

Conquistando a Alice



Susana Oro

Conquistando a Alice

Susana Oro

Conquistando a Alice

Susana Oro

Córdoba - Argentina

Año 2017

1ª edición: Noviembre 2017

Registro Obra: Safe Creative Código N° 1711084768081

Imagen portada: 123rf 53881412_l Mykola Lukash 11097218_l Maxim Loskutnikov

© Susana Oro

©Todos los derechos reservados.

La historia es ficción, cualquier semejanza con personas o situaciones reales es pura coincidencia.

Para las mujeres
que todavía se atreven a soñar

Índice

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

BIOGRAFÍA

CAPÍTULO 1

¡El tío Arturo ha muerto!, esa fue la noticia que trajo Andrea Dávila, la madre de Samuel, una semana atrás. Todos en la familia adoraban al tío Arturo, y Samuel desde los quince años lo había considerado su héroe, el ejemplo a imitar. La forma de ver la vida de Arturo lo había encandilado, y ahora, a sus veintinueve años seguía por el mismo camino. Soltero, libertino, un hombre con las ideas claras.

Soltero significa libre, Sam, solía decirle. Ser soltero es tirarte a la mujer que quieres, es viajar, es dejar las pantuflas en medio de la sala, es almorzar cuando se te da la gana y dejar los platos sucios en el fregadero. Es tomar decisiones sin tener que rendirle cuentas a una esposa metiche, que por tener un papel firmado se te pega como garrapata anclando tu vida a la de ella.

El entierro fue acompañado por el llanto de las mujeres, porque todas coincidían que Arturo, a sus sesenta años, había sido demasiado joven para morir.

Mientras lamentaban su partida, no habían dejado de preguntarse a quién le habría dejado Arturo sus bienes, puesto que era soltero sin descendientes directos. No era una gran herencia, apenas si tenía un hostel algo abandonado y una casa en la punta de la loma desde donde controlaba el negocio, pero todos coincidían que tenía mucho potencial económico si uno le ponía empeño y esfuerzo.

En vida de Arturo, Samuel se había ofrecido a ayudarlo con el hostel, pero Arturo era terco y algo egocéntrico, y nunca había permitido que su familia se metiera en su negocio. Arturo lo había llevado a su antojo, con pocas ganas y menos inversión, ya que le gustaba la vida errática y poco se dedicaba al pequeño negocio que había montado.

Tres días después de enterrar a Arturo, Samuel fue citado a la oficina del abogado de su tío. ¿Solo a Sam?, se preguntó la familia, y a nadie le quedó dudas de que Arturo le había dejado todo a su sobrino preferido, el único varón de la familia.

No era una familia tan grande porque Arturo solo tenía dos hermanas, la madre de Samuel, Andrea Dávila, casada y divorciada de su esposo, Gabriel Dávila; y la solterona y agria tía Flora. Es decir, que los únicos sobrinos de Arturo eran Samuel y sus dos hermanas, Carina y Pamela.

Samuel se presentó solo en la oficina del abogado, rechazando el ofrecimiento de su padre, la imposición de su madre y las suplicas de sus hermanas. Todos querían acompañarlo, todos querían enterarse más rápido de la última voluntad del tío Arturo. Por suerte la agría de la tía Flora no hizo más que quejarse de la mala elección del heredero. *Dejarle todo a un libertino como tú es la peor decisión*, había rezongado desde que se enteró que al único que habían citado para la lectura del testamento era a su descarriado sobrino Samuel.

Durante la lectura del testamento, Samuel fue descubriendo con pánico cómo el tío lo estaba manipulando. Arturo, un solterón empedernido, un libertino, un hombre que huyó toda la vida del compromiso, lo estaba atando a él al tipo de vida que había despreciado. *Te juro muchacho que si mi madre me hubiera obligado a casarme, habría subido a la punta de la montaña y me habría lanzado al abismo*, esa había sido su enseñanza. Viejo hijo de..., pensó Samuel, y se removió incómodo en la silla mientras esperaba que el abogado terminara de leer su condena.

–Si en un mes no consigues esposa, Sam, o si te divorcias antes de transcurridos seis meses, todos los bienes de Arturo pasaran al convento de Las Carmelitas Descalzas.

Samuel tuvo ganas de largar una carcajada, y lo habría hecho si no hubiera estado tan furioso por la ridícula decisión de su tío. Arturo no era católico, y despreciaba lo poco que la iglesia ayudaba a la gente más necesitada. *Todo para ellos, siempre todo es para incrementar sus ya enormes arcas, muchacho. ¿De qué misericordia hablan?*

Era una burla, la última que había preparado para cuando ya no estuviera presente para impartir sus estúpidas y mentirosas lecciones, ya que con esa imposición las estaba tirando a todas por la borda. El tío Arturo le estaba robando la libertad de la que siempre se había sentido tan orgulloso.

Y mientras el abogado seguía leyendo miles de cláusulas que tendría que cumplir, Samuel se puso a repasar mentalmente la larga lista de mujeres con las que se había acostado para tratar de rescatar una, al menos una, que estuviera de acuerdo en casarse y divorciarse a los seis meses. Dejar la herencia de Arturo a Las Carmelitas Descalzas no entraba en sus planes.

Rosaura. ¡Ah, Rosaura!, ¡qué cuerpo de infarto, qué tetas, y ese culo redondo donde se agarraba como ancla mientras la penetraba contra la pared!, pero la descartó cuando recordó que siempre le pedía regalos caros. A esa no se la sacaría más de encima.

Entonces se acordó de Mili, ¡Cómo olvidarse de la encantadora Mili que era experta en felaciones! No era tan exuberante como Rosaura, era más sencilla, una chica del montón y para nada ambiciosa, pensó, pero se acordó que le había contado que cuando el novio la dejó lo estuvo persiguiendo durante dos años, y solo dejó el acoso cuando le llegó una orden de alejamiento. La descartó por razones más que obvias.

Amalia. ¡Madre mía, Amalia! Esa sí que era una mujer fatal. Sensual, elegante, siempre vestida con prendas de diseño. Siempre estrenando zapatos de tacos kilométricos y... Recordó las deudas de tarjeta de crédito que le había relatado mientras se pasaba de copas antes de ir al hotel a finalizar una noche fantástica, y se la imaginó tirando por la borda en seis meses la herencia de Arturo. Él estaría casado, encarcelado, encerrado en una jaula con Amalia la despilfarradora, y llegaría al divorcio sin un centavo. No, Amalia tampoco servía.

La lista era larga, incluso podía ordenarla alfabéticamente, y eso hizo. Berta, Carla, Daniela, Estefi, Fabiola... Zulma. Cuando terminó de repasar el listado del móvil, se dio cuenta que no había una sola mujer que fuera confiable, respetuosa de un trato, honesta, poco ambiciosa. Inclusive la mayoría eran nombres a los que no pudo ponerles rostro. Es decir, que no había ninguna.

–¿Estás de acuerdo en todo? –preguntó el abogado con una sonrisa ladeada, de burla, no tuvo dudas.

Samuel asintió a pesar de que no solo no estaba de acuerdo con la parte de encontrar una mujer y casarse. Asintió a lo que ni siquiera había escuchado, porque había estado buscando en la agenda una mujer con la que pudiera casarse y darle la patada a los seis meses. Bueno, eso de darle la patada era solo literal porque pensaba llegar a un acuerdo económico para sacársela de encima.

–Firma acá y te doy una copia para que lo leas más tranquilo –dijo el abogado.

Por nada del mundo iba a permitir que el hostel de Arturo pasara a Las Carmelitas Descalzas, se repitió y firmó su condena. Recibió la copia del testamento, se giró y salió huyendo de la oficina, huyendo de la maldita condición impuesta por su tío.

Cuando llegó a la calle miró el cielo. Arriba se veía una nube blanca, como algodón esponjoso, y no tuvo dudas que el desvergonzado de Arturo estaba sentado allí, con las piernas colgando hacia el vacío y riéndose a

carcajadas al haberle quitado su libertad.

–¡Te divierte joderme, Arturo! –gritó en la acera–. Pues yo voy a demostrarte cómo puedo burlar tus tontas condiciones. Seis meses. ¿Qué son seis meses de mi vida? En seis meses voy a demostrarte cómo se convierte en humo el matrimonio que me has impuesto –dijo sin importarle que la gente lo mirara como si estuviera loco. Y sí, estaba un poco sacado, pensó mientras se alejaba a zancadas.

Caminó las pocas cuadras hasta llegar al estacionamiento donde había aparcado el coche. Iba tan furioso que llevaba los puños apretados, el entrecejo fruncido y la mandíbula tensa. En su mente no estaba la idea de despreciar la herencia, no podía ni pensarlo. Si bien era un hostel venido abajo, él estaba convencido que podía sacarlo a flote. Esa herencia era como ganar el premio gordo en las tragaperras.

El padre de Samuel era mecánico y la madre empleada en una tienda de regalos, por lo que su familia siempre había tenido que ajustarse. Nada de lujos, solía decir su madre. La ropa se compraba por turnos, una vez le tocaba a Pamela, otra a Carina y otra a él. Incluso su madre solía aprovechar las ofertas de temporada para proveerlos a bajo costo para la temporada siguiente.

Samuel ya era un hombre independiente, alquilaba un departamento y trabajaba en un banco. Su sueldo era aceptable, vivía bien y podía disfrutar de los pequeños placeres de la vida. Por lógica no lo podría comparar con los ingresos que conseguiría con el hostel de Arturo. Si Arturo había vivido bien en el mal estado en que lo tenía, él viviría mucho mejor con todo lo que pensaba hacer para levantarlo.

Lo único que lo tenía cabreado era la cláusula. ¿Acaso Arturo había perdido la cabeza antes de morir para clavarle un puñal en el corazón? Solo será un sacrificio de seis meses, se dijo. Después de ese tiempo sería libre y con más dinero para disfrutar de su libertad.

–Me caso y me divorcio a los seis meses. Voy a tirar por la borda la mierda de condición, y seré yo quien ría último. ¿Qué te parece, Arturo? –dijo mientras entraba al estacionamiento con una sonrisa irónica en el rostro, por lógica Arturo no le contestó.

Se subió al coche y salió haciendo chirriar los neumáticos. A quince cuadras estaba su departamento. Lo había alquilado en la zona céntrica porque le quedaba cerca del trabajo y así se ahorraba el gasto de los viajes diarios. Ahorrar, siempre ahorrar, pero ya no más a pesar del sacrificio. Tenía

ganas de traspasar la puerta de su casa e insultar a gritos a Arturo por lo que le había hecho. Pero cuando se bajó del ascensor y abrió la puerta de su departamento, supo que el día de mierda cada vez se complicaba más al ver a su familia instalada allí, muy cómodos todos, como si estuvieran en su casa, no en la de él. Sus hermanas estaban echadas en el sillón con los pies sobre la mesita baja. Su padre, con la ropa llena de grasa, estaba sentado en la silla con tapizado color crema. Al parecer no tenía ningún coche averiado en su taller para estar perdiendo el tiempo en su departamento. Y su madre seguro que había pedido la tarde libre en su trabajo, ya que estaba instalada en la cocina, muy a gusto, preparando la cena para todos.

Los padres de Samuel llevaban varios años de divorciados, pero no tenían problema de compartir los momentos familiares. En realidad, desde el divorcio parecían más unidos que en la época de casados, por lo que allí estaban todos como esas familias perfectas, esperándolo para cotillear sobre el testamento, cuando lo único que él quería era estar solo.

–¿Y bien? –preguntó Gabriel.

–Cuántas veces te he dicho que no te sientes en las sillas claras cuando estás lleno de grasa –dijo Samuel ofuscado.

–No seas grosero con tu padre –dijo Andrea, su madre.

–¿Nos dejó algo a nosotras el tío Arturo? –preguntó Carina con una sonrisa.

–No sé –dijo Samuel encogiéndose de hombros. Al ver que todos lo miraban, aclaró–. Dejé de escuchar todos los puntos cuando el abogado leyó la parte en la que tengo que casarme para recibir la herencia.

–¡Cómo! –dijeron su padre y su madre a la vez, pero el alarido quedó silenciado con las carcajadas de Carina y Pamela, que se estaba divirtiendo de lo lindo con la desgracia de su hermano.

–¡Fuera! –gritó Samuel mientras les señalaba la puerta de salida. Ninguna de las dos se inmutó. Allí se quedaron, mirándolo con burla y muy cómodas, con los pies sobre la mesita de la sala.

–Eso es como una patada en la cabeza –dijo Gabriel. Eso mismo pensaba Samuel, pero no abrió la boca. Se sentía como si estuviera saliendo de una anestesia, la cabeza embotada y las ideas demasiado dispersas–. Arturo no debe haber estado en su sano juicio –aclaró mientras se rascaba el mentón–. ¿Qué opinas tú, Andrea?

–Claro que estaba en su sano juicio. Hace apenas dos meses que volvió de vacaciones y nos contó de la nueva novia a distancia que se había

conseguido. Esa del bikini diminuto –dijo Andrea, y le arrebató a Samuel la copia del testamento.

Samuel no podía dejar de maldecirlo. Arturo se había dado la gran vida picando de flor en flor, y a él pretendía encarcelarlo de por vida.

Carina y Pamela saltaron del sillón para seguir a Andrea a la cocina. Gabriel se quedó sentado sin apartar sus ojos azul grisáceo de los de su hijo. Todos decían que eran como dos gotas de agua, y Samuel podía ver cómo sería a sus cincuenta y cinco años. No era muy halagador puesto que su padre había perdido un poco de pelo y tenía bastantes canas, al menos se conservaba flaco y no se había encogido, aunque estaba algo desgarrado.

–Arturo era un buen hombre a pesar de sus múltiples defectos. Pero esto no era necesario. Uno se casa cuando encuentra el amor –dijo Gabriel.

–Cállate, que da vergüenza escucharte darle consejos a nuestro hijo cuando me engañaste con tu joven secretaria –dijo Andrea.

Gabriel siempre negó haberse acostado con su secretaria, pero la chica le había contado a Andrea algún detalle muy íntimo, que ella nunca había querido revelar, pero decía que era una prueba irrefutable. La indignación de Gabriel había sido tan grande, que en lugar de tratar de defenderse se marchó y pidió el divorcio. Una estupidez. Andrea quedó desesperada, porque solo había querido amenazarlo para que le contara la verdad y le pidiera perdón. Pero las cosas no se dieron como ella había esperado y cada uno vivía en casas diferentes. En realidad no parecían muy divorciados porque su padre iba todos los días a la casa familiar.

–¡Guau! –exclamó Carina, su hermana menor.

–¡No lo puedo creer! –gritó Pamela.

Las tres cotillas estaban apoyadas en la mesada de la cocina, con las cabezas pegadas, leyendo la copia que le había dado el abogado, copia que se suponía que era solo para que la leyera él, pensó Samuel con el entrecejo fruncido.

–¡Un mes! Tienes un mes para casarte –gritó su madre–. Es evidente que mi hermano tenía algún problema mental.

–Eso mismo te acabo de decir, pero nunca me das el crédito –dijo Gabriel, pero Andrea lo ignoró.

–Y uno muy grave para joderme la vida –aclaró Samuel.

–Eso quiere decir que aceptaste –dijo Gabriel.

–¿Qué otra cosa podía hacer? Dejar que las monjas se quedaran con el hostel del tío y con la casa de la colina –dijo Samuel indignado.

–Hay que conseguirle urgente una esposa a Sam –gritó Andrea, y usó el diminutivo de su nombre.

Andrea solo lo llamaba Sam en casos extremos. Y este al parecer era uno de esos casos. Samuel se quedó pasmado, y vio que su padre la miraba horrorizado. Al menos tenía un aliado, pensó. ¡Su madre, una interesada!, no lo podía creer. Él ya había aceptado la consecuencia de recibir la herencia, y creyó que su madre se indignaría con la condición de su hermano Arturo. Pero no, allí estaba Andrea con la mano en el mentón buscándole esposa. Maldición, tuvo ganas de gritarle que era su adorado hijo y que lo estaba entregando atado, al igual que su hermano. Pero el grito exultante de Pamela, que saltaba y giraba porque Arturo sugería que Samuel le entregara el camafeo que tanto le gustaba, lo puso furioso. Todos eran unos interesados, no tuvo dudas.

–Y también dice que te sugiere que le entregues a Carina el collar con ese diamante diminuto que tanto adoraba –aclaró Pamela a su hermano–. Vaya, dice que nos pongas como encargadas del hostel. Y eso significa que ya no tendré que cuidar más los niños chillones de la estirada esa que me trata como una sirvienta –siguió dando saltos mientras aplaudía como loca.

Samuel ya no tuvo dudas que su familia lo entregaría atado de pies y manos a la primera mujer que pasara por la calle con tal de que no perdiera la herencia de Arturo.

Él había aceptado también porque quería ayudar a su familia, pero le hubiera gustado ver en sus rostros un poco de compasión por su sacrificio.

Su padre y su madre se enredaron en una extensa discusión. Gabriel no quería que se casara por un puñado de dinero. Andrea gritaba que era un puñado que le cambiaría la vida. Sus hermanas ya se estaban peleando por el cargo que ocuparía cada una en el hostel, incluso estaban incluyendo en el paquete algún trabajo importante para sus novios. Es decir, que todos tendrían una posición holgada gracias a su sacrificio, su condena a un matrimonio por interés, que al parecer a ninguno le importaba.

–¡Eh, Sam!, ¿has leído esta parte donde dice que te sugiere que le des sus mascotas a la tía Flora? También aclara que le entregues una suma bastante grande de dinero por mes para que las alimente. Para mí que ha querido asegurarse de que no pasará penurias económicas –dijo Pamela, y sonrió con dulzura.

Samuel no lo había leído porque apenas entró se lo arrebataron de la mano. Pero sintió un agujonazo nada placentero en el pecho, como si le

clavaran un cuchillo. Hasta la agria de la tía Flora se beneficiaría a su costa. Demasiado cabreado estaba con las decisiones de Arturo para soportar la algarabía de su familia por su desgracia.

Quería estar solo. Quería que se fueran y lo dejaran pensar o patear las paredes y romper los pocos adornos que tenía en la repisa, que eran unas fotos de las hermosas mujeres que habían compartido su lecho y algunas salidas divertidas. Ya no más esa vida, al menos por seis meses, pensó lleno de ira.

—¡Guau, pero qué grande Arturo! Acá dice que le gustaría que su biblioteca se la regalaras a Alice. Dice que la quería como a una hija. La hija que le hubiera gustado tener —gritó Carina, que adoraba a Alice—. El tío ha dado a cada uno lo que quería.

¡Qué! ¿Qué? Hasta la mojigata de Alice iba a tener algo gratis a su costa. Hasta en ella había pensado el desalmado de su tío que lo estaba mandando directo al matadero y sin anestesia. ¿Tanto lo odiaba para burlarse de esa forma de él?

Dejó de escuchar a su ingrata familia, inclusive a su padre, que seguía peleando con su madre para que no se casara, porque algo de todo eso lo sacó de la realidad y solo un nombre ocupaba sus pensamientos.

La cena de su madre quedó sin hacer, los ingredientes desparramados en la encimera de la cocina, todo un desastre, y Samuel se quedó mirando la pared como si estuviera en trance. Su familia, en algún momento se había ido, discutiendo entre ellos. Samuel no se había percatado de ese detalle, porque solo podía pensar en un nombre, el que le había soltado sin querer Carina: Alice, Alice, Alice.

¿Cómo conoció Samuel a Alice Montiel?, son esas desgracias que la vida le había impuesto desde el nacimiento. Andrea Dávila, su madre, desde la infancia era amiga de Constanza Montiel, la madre de Alice. Es decir, que nunca había tenido escapatoria con Alice. Ella estaba en todos los cumpleaños familiares, el de su madre, sus hermanas, la tía Flora y el del tío Arturo, por supuesto. Siempre visitaba a Arturo, tenía una especie de adoración por él. También estaba en los cumpleaños de su padre, aún cuando se había divorciado de Andrea. Y por lógica en el suyo, a pesar de que siempre había aclarado que no quería que la invitaran.

El pavor a Alice comenzó cuando eran chicos, ya que ella de niña había sido como esas pegatinas que no salían ni frotando la piel con cepillo y

jabón, porque la vez que se daba vuelta ella lo estaba siguiendo.

Fueron creciendo y nada cambió. A donde iba Samuel se encontraba con la patosa de Alice. Bueno, tan patosa no era, solo que a él le producía urticarias que lo observara con esa mirada soñadora de novela romántica, y de solo verla salía disparando para no tener que soportar el acoso de sus ojos.

No era que Samuel tuviera la certeza de que Alice estaba enamorada de él, pero era como que a ella le producía cierta emoción quedarse observándolo. Inclusive, en algunas reuniones, había creído ver que ella agitaba las pestañas o entrecerraba los ojos cuando sus miradas coincidían, como si él fuera uno de esos personajes ficticios de las novelas románticas que le gustaba leer. Nada más lejos de la realidad, puesto que él era un hombre de picar un tiempo en cada flor para evitar los noviazgos, las galanterías, y todas esas tonteras que las mujeres, que por más modernas que se creyeran, seguían anhelando.

Samuel nunca había tenido una relación estable, porque sabía que después de jurar que solo querían diversión venían los reclamos, las exigencias, los celos y todas esas emociones de las que huía despavorido. Las enseñanzas de Arturo habían calado hondo en su forma de ver la vida y las mujeres, sobre todo las mujeres.

¿Por qué estaba enfrascado en todos estos recuerdos de cómo conoció a Alice?, porque la muerte de Arturo había cambiado su feliz vida. Mejor sería decir que por culpa de su tío estaba metido en ese desastre que le robaría la libertad. Y pensaba en Alice porque de todas las mujeres de la larga lista que tenía no había una que sirviera para su propósito. Había sido su hermana Carina, que sin darse cuenta, le había dado el nombre de la única mujer honesta, a pesar de que a él le producía prurito.

Alice era la única mujer que Samuel nunca se había tirado, por decirlo de alguna manera, pero era en la única que podía confiar. Era honesta como pocas, y él sabía que a pesar de todas esas fantasías que tenía en su cabeza, con ella podía llegar a un acuerdo que tendría fecha de caducidad.

Y para mi querida Alice, que quiero como una hija, te sugiero que le entregues mi más preciado tesoro, la biblioteca. Eso decía el testamento del tío Arturo.

Samuel estaba recostado en el sillón de la sala, embotándose la cabeza con whisky y leyendo la parte en la que le pedía que le entregara a Alice la biblioteca.

Nunca supo que el tío la había querido tanto. En realidad no sabía casi

nada de Alice porque siempre estaba demasiado ocupado intentando escapar de sus garras románticas. Cuando coincidían en las reuniones, porque no había otra alternativa que estar, de solo verla fruncía el entrecejo.

¡La biblioteca!, ¿¡le había dejado la biblioteca!? Claro, que otra cosa le iba dejar a una mujer que siempre andaba con los anteojos caídos en la nariz y los ojos enterrados en alguna página de un libro. Hasta virgen debía ser, se dijo, y eso le produjo un escalofrío porque encima de tener que casarse, lo tendría que hacer con una virgen.

Pero ¿qué podía importarle la poca vida sexual de Alice?, si no pensaba cumplir la parte de compartir con ella la cama matrimonial. Esto solo era un trato con fecha de caducidad. Pasado los seis meses le daría una buena suma de dinero, y si te he visto no me acuerdo. Así pensaba cumplir la condición. Aunque eso de si te he visto no me acuerdo no iba a funcionar con Alice, ya que ella era como una más de la familia.

Maldición, Arturo... me has cagado la vida. Y con ese último pensamiento se durmió. Pero ni la noche le fue favorable, porque en lugar de soñar con alguna de las hermosas mujeres con las que se acostaba, soñó que desnudaba a Alice, y fue tal el susto que se despertó de un brinco y se cayó del sillón de la sala con un fuerte estruendo.

Lo más grave, lo más indignante, lo más vergonzoso, era que tenía una erección que le hacía explotar los pantalones. Una ducha fría, eso necesitaba para despejar su mente de idioteces y pesadillas no deseadas. Y otro whisky para conseguir el coraje para enfrentarse a Alice y poder soportar su presencia mientras le proponía el trato, sin salir huyendo cuando ella entrecerrara los ojos o moviera las pestañas al verlo.

Samuel no tuvo dudas que cuando él dijera la palabra matrimonio ella se caería desmayada de la emoción. Otro escalofrío de terror le recorrió el cuerpo.

CAPÍTULO 2

–¡Alice, no te imaginas la condición que le puso el tío Arturo a mi hermano para darle la herencia! –dijo Carina a gritos cuando Alice le abrió la puerta de su casa con ropa de dormir. Llevaba un pantaloncito corto, una sudadera estirada, el cabello revuelto y los ojos adormilados.

Eran las ocho de la mañana del sábado, el día libre de Alice en el trabajo, y Carina había aparecido a sacarla de la cama para contarle la condición que Arturo le había impuesto a Samuel. No debería sentir curiosidad, después de todo él era el hombre más despreciable, estirado y arrogante que había conocido. Pero allí estaba, sintiendo ese cosquilleo no deseado cuando lo nombraban.

–¡Ah, sí! Pero qué buena noticia. Espero que sea una condición que le baje esos humos que tiene –dijo Alice, y se le instaló una amplia sonrisa en la cara, irónica por supuesto.

Cada vez que alguien nombraba a Samuel le dolía el estómago, pero esta vez sintió cierta felicidad, porque era como que el estirado, si quería la herencia, tendría que agachar la cabeza y hacer lo que le había impuesto el pobre Arturo. De solo nombrar a Arturo se le anudaba la garganta de angustia. A una semana de su muerte, aún seguía sintiendo el dolor de su ausencia. Él había sido como un padre para ella.

–Bajarle los humos. Por poco lo mata con la condición. Está que se trepa a las paredes, pero la ha aceptado –dijo Carina, que se había recostado muy cómoda en el sillón de la pequeña sala mientras Alice preparaba un café cargado para despabilarse.

–No me lo imagino –dijo Alice desde la cocina mientras ponía la cafetera.

–Le ha dejado todo a él –dijo Carina en un susurro.

No hacía falta que se lo dijera, Arturo se lo había contado tiempo atrás a su madre, y ella se lo había contado a Alice con la condición de que no lo divulgara. *Hace años tiene el testamento a favor de Samuel, según él le ha dado pésimas lecciones y quiere tratar de enmendarse cuando no esté.* Alice se preguntaba por qué no había enmendado sus errores en vida, pero se había encogido de hombros, como si le importara un comino todo lo referido a Samuel.

–Me imagino la indignación de ustedes –dijo Alice, ya que Carina y

Pamela también eran sobrinas directas de Arturo.

–Nos hemos librado de una buena –dijo Carina, y rió–. Mi tío le dejó todo, pero ha llenado el testamento de sugerencias, y como conozco a mi hermano, sé que las cumpliré a todas. Le ha sugerido que me entregue el collar con el diamante pequeño, y a Pamela el camafeo. Encima le ha dicho que sería bueno que nos dejara ser las encargadas del hostel, y con Pamela ya nos hemos repartido las tareas. Será de Samuel, pero por fin tendremos trabajos decentes. Además, las dos pensamos darles trabajos a nuestros novios –dijo, y se echó a reír.

Alice sonrió, no solo porque se alegraba de que sus amigas estuvieran contentas con las sugerencias, sino porque Arturo estaba manipulando a Samuel a pesar de que ya no estaba con ellos.

–¿Y cuál es la condición? –preguntó Alice llena de curiosidad.

–Mi madre me ha prohibido que te la cuente. Dice que deje que las cosas sigan su curso, que ya te vas a enterar... por Sam, claro –aclaró Carina, y se tapó la boca para contener la risa.

Eso a Alice la asustó, porque si Andrea no quería que se enterara era porque tenía la certeza de que ella estaría involucrada en la condición. Andrea era una mujer intuitiva y rara vez se equivocaba en sus deducciones, y Alice ya no se alegró de que Arturo le hubiera complicado la vida al estirado. ¡Qué tenía que ver ella en todo eso! Samuel la odiaba y ella... bueno, ella lo quería lejos de su vida.

–¿Me voy a enterar por Sam? ¿Él piensa rebajarse a venir a mi casa? –dijo Alice, y largó una carcajada porque era lo más ridículo que había escuchado en sus veintitrés años de vida. Samuel había huido de ella desde el día que nació. Y ahora iba a venir a su casa porque Arturo le había puesto una condición para heredar el hostel. ¿Qué tenía ella que ver con todo eso?

El teléfono comenzó a sonar en la sala y Carina se apresuró a contestar.

–Sí, estoy acá, mamá. Claro que le dije de la condición... –Carina se mantenía en silencio, como si fuera Andrea la que hablaba, pensó Alice y se estremeció–. No, eso no, solo que hay una condición. Sí, sí, ya me voy –dijo Carina, y se levantó de un salto del sillón–. No me puedo quedar. Mi madre está furiosa conmigo por haber venido. Pero bueno, yo quería adelantarte algo para que no te diera un infarto al enterarte por Samuel, que según mi madre está viniendo –aclaró, dejó a Alice parada en la cocina con las dos tazas de humeante café en la mano, y salió disparada de la casa.

Alice tuvo ganas de salir corriendo tras ella para que le aclarara qué tenía que ver con esa maldita condición, y para saber cómo sabía Andrea que tendría el gran honor de hablar con el hombre que nunca le había dedicado ni una sonrisa de cortesía y que lo máximo que le había dicho era un: ¡hola, Alice!, ¿cómo estás?, y se iba sin esperar respuesta porque le importaba un pimiento como estaba.

¿Acaso Samuel se iba a rebajar a venir a su casa?, se preguntó, y no pudo contener la risa porque parecía una burla de Arturo. En realidad, su risa era porque estaba nerviosa ante la situación, no solo porque Andrea intuía que su hijo vendría a su casa, sino porque nunca había estado demasiado tiempo en su compañía, y menos los dos solos.

El golpe en la puerta le hizo dar un brinco. Se quedó paralizada en la cocina, y vio que aún tenía las dos tazas de café en la mano. Las dejó sobre la mesa y la cucharita tintineó a causa del temblor que le recorría el cuerpo. Era él, no tuvo dudas de que quien estaba del otro lado de la puerta era Samuel Dávila.

Alice, no deberías estar nerviosa. Deja que él sea quien se sienta incómodo, puesto que es la primera vez que se rebaja a venir a hablar con la mujer que siempre ha tratado como si fuera invisible.

Inspiró profundo, tomó coraje, caminó los pocos pasos que la separaban de la sala y abrió la puerta de forma brusca.

Él estaba parado frente a su portal. Imponente y relajadito con las manos en los bolsillos, y ella lo miraba con la boca abierta.

–Vaya sorpresa que se lleva una a las ocho y treinta de la mañana de un día sábado. Debe ser algo realmente importante para que un libertino arrogante como tú se atreva a golpear la puerta de una dama que está sola – dijo Alice con ironía.

–Deja tus ideas románticas para otra oportunidad, Alice, que ya sabes que me ponen de los nervios –dijo Samuel, y sin esperar invitación se filtró por el pequeño espacio que había entre ella y la puerta.

A Samuel el aroma de su piel le recordó a las mañanas de primavera. ¿Azahar, quizá? Pero qué estaba diciendo. Esta era Alice, la mujer más peligrosa del mundo. El mayor incordio que podía encontrar. La más ferviente defensora de los romances a la antigua que debía quedar sobre la tierra. Y allí estaba él, entrando directo a la boca del lobo para que lo devorara, porque no había otra a quien proponerle ese trato.

–Pasa y ponte cómodo –ironizó Alice al ver que ya se había filtrado a

la cocina y se estaba tomando el café que había preparado para Carina.

–¿Esperabas a alguien tan temprano? –preguntó Samuel.

–La verdad es que no. El café lo hice para alguien que salió huyendo antes de tomarlo.

–En mi vida vi una mujer que ahuyentara de esa forma a los hombres. Salen despavoridos de tu casa, y no es para menos con todas esas fantasías románticas que debes tener en la cabeza –dijo Samuel, y frunció el entrecejo cuando ella lo miró con un arqueado de cejas.

¿Dónde estaba el aleteo de pestaña o los ojillos entrecerrados de enamorada con los que solía mirarlo?, se preguntó desconcertado. Esta no era la Alice que él tenía grabada a fuego en la retina, se la habían cambiado. ¿O él se había inventado esa imagen soñadora? No él no había inventado nada, lo había visto con su perfecta visión de águila. Él había visto que usaba lentes para leer, y de reojo había alcanzado a ver alguno de esos títulos horripilantes como: “Ríndete a mí”. ¡Por Dios!, ni muerto se rendiría a esa mujer que si lo agarraba no lo soltaría más, quizá hasta lo encerraría en una habitación para evitar que se le escapara el único idiota que había conseguido enganchar. O aquel otro libro espantoso que se llamaba: “El valor de una promesa”. Cómo si tuvieran algún valor las palabras susurradas a una mujer en medio de la pasión. Él era capaz de decir cualquier cosa con tal de llevarse una mujer a su cama, pero solo eran palabras que no pensaba cumplir, y sus acompañantes lo sabían. Pero bueno, las desgraciadas circunstancias lo habían obligado a venir al único lugar que siempre había evitado.

–¿A qué has venido Samuel? ¿A criticarme? –preguntó Alice. Tenía las manos en las caderas, y Sam sonrió al ver su actitud guerrera.

A él le encantaba la guerra con las mujeres, le encantaba el desafío porque esas guerras solían resolverlas entre las sábanas... Pero ¡qué estaba diciendo! Esta era la tonta soñadora de Alice. Virgen eterna a la espera de su príncipe encantado. La enamorada de las galanterías y esas cosas ridículas que la hacían suspirar. Y eso no se lo había inventado, lo había escuchado, sin querer, cuando hablaba con sus hermanas. *Por más que los tiempos hayan cambiado, no acepto un hombre que no tenga ciertas atenciones con las mujeres*, eso había dicho Alice, y eso a él se le había quedado grabado como una advertencia, por eso corría despavorido cuando coincidía con ella. Y ahora estaba acá, como si ella fuera un karma, su karma particular.

–No me quedó otra opción, sino te aseguro que este sería el último lugar al que habría venido –al ver el entrecejo fruncido de Alice se dijo que

había sido demasiado duro. *Ella es la única que te puede salvar, idiota*, se dijo.

–Lo sé, no hace falta que lo aclares. Supongo que debes estar en un gran aprieto para tocar a mi puerta después de haber huido de mí toda la vida.

–Digamos que estoy en un aprieto, sí.

–¿Y solo yo puedo ayudarte? –Samuel asintió, y ella arqueó las cejas–. Vaya mala suerte la tuya.

–Eres mi única opción –aclaró Samuel.

–No te imaginas lo emocionada que estoy –dijo Alice con los dientes apretados y las manos cerradas en puños.

Samuel había esperado que ella se desmayara de emoción al ser su única opción, o se lanzara a sus brazos diciendo, *gracias Dios por escuchar mis plegarias, por fin lo he pescado*, pero al parecer ella tenía ganas de romperle la mandíbula de una trompada, y eso lo tenía sorprendido.

La miró de forma directa. Nunca la miraba así, él solo le echaba unas disimuladas miradas de reojo, y se sorprendió al ver que la sudadera ajustada le marcaba un cuerpecito para nada despreciable. Echó una mirada más abajo y vio que ese pantalón corto dejaba ver unas piernas firmes y bien torneadas que quedarían fantásticas enroscadas en sus caderas. Subió otra vez y se quedó demasiado tiempo detenido en sus pechos, no eran grandes, enormes, pero se veían redonditos, alertas y se le marcaban los pezones. Frunció el entrecejo cuando sintió que tenía una involuntaria erección. Esto no podía estar pasando, ella nunca le había provocado deseo, y... levantó la vista y la vio arqueando las cejas. Maldita mujer, se estaba burlando de él, de su análisis, y se sintió un idiota.

Era ella la patosa, no él. Era ella la que tendría que estar recorriéndolo con sus ojos románticos y llenos de fantasías, no él mirándola como si la deseara.

Apartó la mirada. Esto no estaba saliendo como se lo había imaginado, y supo que tendría que hacer un esfuerzo titánico para lograr que ella aceptara la condición de Arturo. Esmerarse, eso tenía que hacer.

–Alice, eres la única en quien puedo confiar. En realidad tengo opciones para tirar para arriba, pero nadie es fiable. Eso era lo que quería decirte. Solo que estoy algo confundido y...

–¿Opción para qué, Samuel? –preguntó de forma práctica.

Samuel vio que ahora se había apoyado en la pared con las piernas cruzadas. ¡Qué bonitas piernas!, se dijo, y se imaginó recorriéndolas de abajo

hacia arriba hasta que sus manos se perdieran dentro de ese pantaloncito demasiado corto, y harían a un lado sus calzones, que supuso serían de puntillas y encaje, muy, muy románticos.

–Para casarme –dijo sin dejar de mirarla como si la quisiera tumbar en el suelo para saborearla toda entera.

Ella se tensó, pudo verlo cuando dejó esa postura relajada apoyada contra la pared. También tenía el entrecejo fruncido. ¡Soy yo el del entrecejo fruncido, no tú!, quiso gritarle Samuel. Pero no dijo nada.

–Arturo te puso la condición de que te casaras conmigo –chilló de asombro, no de emoción como habría esperado él.

Samuel negó con la cabeza.

–No contigo –dijo Samuel, y no dijo nada más porque quien había quedado mudo era él, no ella.

–No sé qué burla es esta. Quizá alguna vez te hice algo y estás pensando en vengarte. Pero te digo que no va a surtir efecto porque casarme contigo sería peor que una condena a muerte.

–No es una venganza, y te aseguro que yo estoy tan horrorizado como tú –dijo Samuel de forma despectiva porque se sintió molesto con sus palabras. Ella, que toda la vida le había estado echando miradas soñadoras, ¿no debería sentirse halagada en lugar de decirle que prefería una condena a muerte?

–¿Y entonces para qué carajo has venido? –dijo Alice furiosa, porque sus palabras eran como una puñalada. Pero qué se creía ese engreído, que iba a venir a su casa a insultarla cuando era él quien estaba atrapado con las condiciones de Arturo. ¿Así que Arturo le había impuesto que se casara?, y el muy cretino venía a decirle que ella era su única opción. ¡Qué hombre despreciable! Tenía ganas de agarrarlo del brazo y sacarlo a los empujones de su casa, lástima que era tan grande que dudaba que lo pudiera mover de su cocina. Pero una luz iluminó sus pensamientos... una luz que le dijo que podía usar y abusar de la condición de Arturo para hacerle pagar por todos los años que la había despreciado, y se dispuso a indagar –. ¿Y qué pretendes? ¿Qué me case contigo para que puedas cobrar la herencia de Arturo? ¿A quién pasa si la pierdes?, ¿a tus hermanas, o a Flora? –preguntó Alice, sin apartarle la mirada.

Nada de entrecerrar los ojos, no, ella tenía los ojos más grandes que había visto en su vida, y de un chocolate claro, se dijo, porque ahora que la miraba de forma directa, pudo observar las rayitas doradas que brillaban

como una mañana de primavera con el sol despuntando en el horizonte. ¡Pero qué estaba diciendo!, si hasta parecía un poeta romántico. *¡Cabrón, tienes que convencerla o aclararle tus planes, no hacerle putos poemas!*, se dijo furioso, y la miró serio.

–A unas monjas –aclaró Samuel, y se centró en el tema que tenía que tratar. Sería directo y práctico, y no la miraría más. No miraría esos encantos que nunca había visto, no miraría el cabello castaño claro de ondas desordenadas, ni el rostro radiante a pesar de que no tenía ni un gramo de maquillaje. Tampoco los pechos apuntando a él, ni las piernas bien torneadas, No la miraría más.

–Si no te casas, Arturo le deja todo a las monjas –dijo Alice de forma irónica, y su risa llenó de alegría toda la casa, a pesar de que se estaba burlando descaradamente de él.

Esa risa era como música brasilera, contagiosa y divertida, era lo más fantástico que había escuchado en una mujer, risa franca, sin falsedad, sin deseo de conquistar. ¿Dónde estaba la mojigata? ¿Dónde se había escondido la romántica empedernida?

–Alice, esta no eres tú. Tú eres una chica que sueña con príncipes. Y yo solo vengo a ofrecerte un trato, no sé de qué te ríes con tanto entusiasmo – dijo Samuel.

Alice lo miró con un arqueado de cejas y luego se quedó como en trance, como si estuviera pensando, y Samuel se preocupó. Lo iba a rechazar, pensó. Pero al ver su sonrisa de triunfo después de alguna maquinación que de seguro había estado ideando, Samuel no tuvo dudas que sus palabras serían las causantes de su debacle.

–Un trato –dijo Alice de forma especulativa, y fue él quien tembló de miedo ante sus elucubraciones. Samuel no tuvo dudas que con sus palabras le había dado un poder ilimitado para convertirlo en su monigote personal, que tendría que bailar a su antojo para que él pudiera cumplir la condición del sinvergüenza de Arturo.

–Nos casamos antes de un mes y en seis meses podemos divorciarnos. Después de eso cada uno sigue con su vida como si nada hubiera pasado. Por lógica, voy a darte una suma de dinero para que puedas ponerte ese negocio de organizadora de casamientos que tanto has deseado.

–¡Vaya! Esto sí que es un simple trato –dijo ella sarcástica.

Las lágrimas de dolor no aparecían en su rostro de ángel. Ni siquiera tenía el rostro de ángel, porque más parecía un demonio burlándose del

generoso acuerdo al que él estaba dispuesto a llegar para recuperar su tan estimada libertad. Ella lo tenía desorientado, desconcertado y estaba dudando de que hubiera elegido de forma correcta a la mujer con la que podría cumplir la condición sin complicarse la vida.

–Creo que me equivoqué al suponer que eras la única honesta –dijo Samuel, y caminó dos pasos hacia la puerta. Había cometido un error de cálculos, ella era una arpía, una especuladora camuflada en una mujer que soñaba con caballeros andantes.

–Honesto soy, Samuel. Solo que todo esto me tiene sorprendida. Imagínate, tenerte en mi casa cuando nunca me miraste ni dos segundos en los más de veinte años que nos conocemos –dijo Alice.

–Protesto. Cuando naciste te tuve un segundo en mis brazos –aclaró Samuel recuperando las esperanzas al ver que ella había empezado a hablar como él esperaba, es decir, a reprocharle la nula atención que le había dado.

–Seguro que tu madre te obligó a cargarme –aclaró.

–En eso tienes razón. Pero al menos no te tiré al suelo –dijo Samuel, y sintió que se relajaba por primera vez desde que había llegado–. Sé qué sueñas con un amor romántico, y que mi propuesta es como una patada en tu sensible corazón, pero te juro que no quiero hacerte daño, solo que sé que la herencia de Arturo podría beneficiar a toda mi familia y... no es justo perderla –aclaró Samuel.

Por primera vez en la vida Alice veía algo de sensibilidad en Samuel Dávila. Por primera vez dejaba ver que alguien le importaba más que él mismo. Siempre lo había creído, no solo prepotente y altivo, sino egocéntrico, a pesar de que su familia lo tenía en muy alta estima. Bueno, con ella nunca se había mostrado como un buen hombre. Pero ahora le estaba dejando ver que estaba dispuesto a sacrificarse con un matrimonio para beneficiar a su familia. Y el sacrificio era casarse con ella, se dijo con los dientes apretados, y lo maldijo.

–Es decir, que si me caso contigo dentro de un mes y nos divorciamos a los seis meses, yo consigo mi empresa de organizadora de bodas –dijo Alice, pero no le hablaba a él, sino que parecía estar pensando en el trato. Ella sonrió, y Samuel supo que se la había ganado, aunque en ese momento le pareció más interesada que romántica–. Está bien. Acepto con una condición –aclaró, y lo miró serio.

¡Otra condición más!, pensó Samuel. Él ya tenía más que suficiente con la de Arturo, se dijo, y entrecerró los ojos para no dejar ver su furia.

–¿Y cuál es?

–Si quieres que me casé contigo tendrás que ser el príncipe de mis sueños. Tendrás que conquistarme –dijo Alice, y Samuel abrió la boca horrorizado. Esto era su culpa, él había dicho esas palabras y ella las estaba usando para torturarlo. ¿Qué eran unos días de conquistarla en su vida?, nada se dijo. Ella siguió hablando–. Quiero que me lleves a cenar, al teatro. Que me abras la puerta del coche y me corras la silla. Que me dejes pasar primero y me traigas flores. Y... mm, y que me hagas un poema de amor –lo último le salió en un susurro tembloroso. Samuel no supo si Alice se había emocionado o si estaba conteniendo la risa de burla. Ella siguió con su perorata–. En fin, quiero todas esas cosas románticas que me gustan tanto y de las que tú siempre has huido –dijo Alice, y puso esos ojos soñadores que a él le producían prurito.

Samuel se estremeció de susto. Se sintió más condenado que con la condición de Arturo. Él era el mequetrefe que tendría que cumplir todas esas tonteras que ya no se usaban. Le pedía todo lo que lo había tenido huyendo despavorido de ella, todo. ¡Maldita mujer! Sin duda ella se estaba burlando de él.

–Alice, ahora se liga de otra forma –dijo Samuel.

–Lo sé, pero tú no estás en condiciones de poner los términos. Me dijiste que soy la única. Si no te gusta mi trato, ya puedes ir buscando para casarte a alguna de esas amiguitas tuyas que ligan de otra forma. Porque yo no acepto si tú no terminas arrodillado a mis pies con un anillo en la mano –dijo Alice, y Samuel supo que esta era su venganza por los años en que había salido corriendo cada vez que coincidían en el mismo lugar.

La miró furioso, con una mano en el picaporte de la puerta dispuesto a salir dando un portazo. Ojalá pudiera darle la puerta en las narices por haberse burlado de él desde que había llegado, por tentarlo con esas piernas bien torneadas y porque por su culpa había tenido una erección. Antes de salir se giró a mirarla lleno de ira.

–Estás loca si piensas que voy a ser tu payaso durante un mes –gruñó Samuel, y salió a la calle a zancadas. Mientras avanzaba se acordó que Arturo le había dejado a Alice la biblioteca. Se había olvidado de ese detalle y no tuvo más alternativa que girarse para darle la noticia. Se asombró porque ella ya no tenía esa mirada irónica. Ella parecía dolida, y los ojos de color chocolate con ese brillo especial estaban llenos de lágrimas. Samuel no se compadeció–. Mi tío quiso que la biblioteca fuera tuya. Puedes ir a buscar los

libros cuando quieras, supongo que al igual que todos nosotros, tienes llave para entrar –dijo Samuel, y se fue por el pequeño camino bordeado de violetas.

¡Violetas!, típica flor de mujer romántica, se dijo mientras se alejaba.

Alice cerró la puerta, se apoyó en ella y se dejó caer al suelo mientras las lágrimas se le escapaban de los ojos al recordar cuánto la había herido.

En mi vida vi una mujer que ahuyentara de esa forma a los hombres. Salen despavoridos de tu casa, y no es para menos con todas esas fantasías románticas que debes tener en la cabeza.

Alice, eres la única en quien puedo confiar. En realidad tengo opciones para tirar para arriba, pero nadie es fiable.

Eres mi única opción.

En seis meses nos divorciamos y cada uno sigue con su vida como si nada hubiera pasado.

Tú eres una chica que sueña con príncipes. Y yo solo vengo a ofrecerte un trato.

Y lo odió como no había podido odiarlo en toda su maldita vida de amarlo en silencio.

CAPÍTULO 3

La primera vez que el capullo se presentaba sin que lo forzaran a venir y Alice todavía no podía sacarse la bronca y el dolor por todo lo que le había dicho.

Usada, se sentía usada como si fuera un pedazo de papel higiénico que se tira en el inodoro, eso era ella para el capullo. A los seis meses nos divorciamos y si te he visto no me acuerdo. Creído, soberbio. Ella era quien le debería haber dicho eso de “si te he visto no me acuerdo”.

Habían pasado siete días desde aquel día para el olvido, y Constanza, su madre, le había insistido tanto en ir a pasar el día a la casa de campo que había sido de Arturo, que luego de diez “no tengo ganas”, tuvo que ceder porque Constanza era de insistir hasta conseguir que dijera “sí”.

La casa de campo era un chalet bastante deteriorado de techos de tejas rojas, enclavada en la cima de la loma. Desde allí Arturo solía observar el hostel, que estaba en el valle, tan deteriorado como la casa.

Arturo disfrutaba de la privacidad y de la libertad, y nunca se había atado por el hostel. Él no tenía por costumbre andar tras los empleados para que trabajaran, les pagaba bien y le daba dos días libres a la semana. Ni siquiera se molestaba en ir a diario a controlar, pero los tenía vigilados por el sistema de monitoreo que había instalado en su casa. Desde allí podía ver el movimiento de los empleados por los pasillos, la cocina, las salas de uso común, el comedor y el bar del parque. Como Arturo estaba poco en su casa, el hostel andaba a la deriva.

–¡Has visto eso! –preguntó Alice, que estaba sentada mirando la pantalla que mostraba la cocina del hostel–. ¡Guau, la cocinera está acorralada por el encargado del comedor! –admiró Alice, y Pamela dejó escapar las risas.

–No deberían estar espiondo –dijo Carina, aunque ella también estaba pegada a la pantalla mirando como él hombre la alzaba en volantas y la mujer le enroscaba las piernas en las caderas.

–Arturo no se aburría mirando los monitores –comentó Alice–. Podría pasarme todo el día acá. Esto es como estar leyendo una de mis novelas románticas, pero en vivo y directo.

Samuel, que la estaba espiondo escondido tras la puerta, sintió que un sudor helado le recorría el cuerpo. Durante toda la semana había tratado de

asimilar a la chica romántica que conocía con la sarcástica que vio el sábado cuando se presentó en su casa; y se había convencido que ella de romántica no tenía más que el nombre, porque era un nombre muy dulce. Pero allí estaba suspirando porque el encargado del comedor se estaba montando a la cocinera. ¿Qué pensaría la soñadora de su forma de ver lo que estaba ocurriendo en el hostel?, puesto que lo que para ella era una escena de amor para él era sexo puro y duro.

–Estoy segura de que cuando Arturo vivía no lo hacían. Ahora se han animado porque creen que no hay nadie en la casa, creen que los monitores están apagados. Samuel nos prohibió asomarnos a la pileta para que ellos creyeran que la casa estaba vacía –dijo Pamela.

–¿El pomposo está acá? ¿Y encima haciendo de espía de los pobres empleados que no pueden ni darse un casto beso sin que los miren? –preguntó Alice.

Samuel apretó los puños. ¡Pomposo!, así lo había llamado delante de sus hermanas. ¿Acaso Alice siempre se burlaba de él en las reuniones familiares? Y él, incrédulo, había imaginado que lo idolatraba, que soñaba todas las noches con atraparlo en sus redes románticas. Ella, al parecer, no paraba de criticarlo. ¡Vaya con la descarada!, pensó y caminó hasta pararse frente a Alice, que lo miró como si él fuera el diablo recién bajado del infierno. Tenía la boca abierta y se había encogido en la silla donde estaba viendo a los empleados del hotel montar el numerito erótico.

–Eso está muy mal. El pomposo no lo aprueba. Además, si eso es lo que lees cuando tienes los ojos enterrados en esos libros tuyos, para mí no es más que pornográfico –dijo Samuel.

–¿Qué haces acá? –dijo Alice–. Creí que nunca te volvería a ver. Incluso soñé que un camión te pasaba por encima mientras yo aplaudía desde la acera.

–Lamentablemente me vas a ver seguido, puesto que todo esto será mío. Toma –dijo Samuel, y sacó la mano que tenía escondida tras la espalda y le tendió un ramillete de violetas achicharradas. Hacía tres días que tenía ese ramo en su casa, un rato dentro de un vaso de agua y otro tirado en la mesa de la cocina porque no se decidía a llevárselo a Alice para cumplir con las estúpidas imposiciones románticas que le había exigido. Él no era romántico, y ella debería saberlo. Pero si esto era lo que ella necesitaba para aceptar, él no tenía más alternativa que sacrificarse.

Para su asombro, ella se echó atrás en la silla y clavó sus ojos

radiantes en el ramo chamuscado como si él le estuviera regalando una docena de rosas blancas recién cortadas y salpicadas con gotas de rocío.

–¡Oh! Qué hermosas son –dijo Alice, las tomó en sus manos y aspiró el aroma dejando escapar un suspiro, como si se hubiera extasiado con el perfume.

¿Qué perfume podían tener un ramillete reseco que ni pétalos tenía porque ya se habían caído?, pensó Samuel. Apartó sus pensamientos cuando las risitas de sus hermanas le hicieron recordar que no estaban solos. Maldición, se había olvidado de que ellas estaban allí, porque solo había observado el descaro con el que Alice miraba el sexo puro y duro de los empleados.

–¿Tú trayéndole flores a nuestra Alice? –dijo Pamela con las manos en las caderas y el entrecejo fruncido. Luego señaló el ramo de violetas, o lo que había quedado después de los días que había estado analizando si le daba o no las flores, y dijo–. Por favor, Alice, deja de buscar aroma especial en ese manojo de palos secos –dijo Pamela, y Alice la miró todavía con esos ojos brillantes de emoción.

–Es la intención lo que cuenta, Pamela –dijo Alice, y acarició los pocos pétalos de violetas amarillentas que aún se mantenían adheridas a los tallos–, y nunca me habían regalado... flores –dijo llena de emoción por el gesto.

A Samuel lo invadió una sensación extraña, como si se estuviera ahogando, como si le faltara el aire, y no era de emoción sino de terror puro y duro, como el sexo que se veía en el monitor.

Había creído que con el ramo de violetas secas, ella se daría por vencida con esa idea de convertirlo en un enamorado. Pero estaba comprobando que no, que ella se conformaba con muy poco para sentirse feliz. Eso también lo preocupó, no por ella sino por él, ya que por más que le quisiera demostrar que de romántico no tenía nada, ella estaba empeñada en verlo con sus ojos de enamorada. Podría traerle una escoba de paja de regalo, y no tuvo dudas que hasta le encontraría aroma a jazmines.

–¡Mamá, no te lo vas a poder creer! Samuel le ha traído un ramo de flores secas a Alice, y ella está a punto de desmayarse de la emoción –gritó Carina mientras corría a la sala para que todos se enteraran.

–¡Qué! –dijo Andrea.

–¿Cómo? ¡Emocionada con unas flores secas!, pero si será tonta mi hija–dijo Constanza–. No lo recibas, no lo recibas, Alice. Te lo prohíbo –

gritó.

–Eso es por tu culpa, Gabriel –dijo Andrea, y señaló a su exmarido que estaba abstraído en alguna noticia del periódico y no había prestado atención a los gritos de las mujeres.

–Y yo qué culpa tengo –dijo Gabriel desconcertado, y soltó el periódico sobre la mesa. Este era otro de los cientos de ataques de Andrea que venía soportando desde que se divorciaron. A veces se arrepentía de haber tomado aquella decisión, otras, se sentía aliviado, puesto que al estar separados la veía un rato al día.

–Nunca le enseñaste a ser romántico. Nunca me regalaste un ramo de flores, y el pobre chico no sabe cómo conquistar a una mujer. Pero claro, cómo va a aprender a conquistar a una mujer de verdad si tú y Arturo le enseñaron a engañar, a traicionar y a no atarse a nadie. Eso sí que se lo dejaron bien claro con sus acciones.

–¡No atarme! He estado atado a ti desde que tú tenías quince años y yo dieciocho. Y si no sigo atado es por tu injusta acusación.

–Yo no fui la que pidió el divorcio –aclaró Andrea, y Gabriel se levantó para pararse frente a ella.

–No me dejaste otra alternativa –dijo furioso.

–Me engañaste. Y lo hiciste con una joven que podría ser tu hija. Tu hija –repitió–. Y no tengo dudas de que sigues con ella.

–¿Y qué hago acá si sigo con ella? –preguntó Gabriel alterado–. Ni sé que hago acá después de dos años del divorcio. Será mejor que me vaya con ella.

–Maldito traicionero, y lo dices delante de tus hijos –gritó Andrea. Constanza la miró seria y sus dos hijas tenían el entrecejo fruncido–. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miran como si la culpa fuera mía? Fue él quien se acostó con la secretaria.

–Eso es lo que decidiste creer, mamá. Y creo que siempre supiste que te habías equivocado, pero no vas a reconocerlo –dijo Carina, y Pamela asintió para que supiera que pensaba lo mismo que su hermana.

–Él se divorció, Carina –dijo Andrea a su hija.

–Y no deja de venir un día desde que pidió el divorcio –dijo Constanza.

Al menos la discusión de sus padres les había hecho olvidar que le había traído a Alice un ramo de violetas, se dijo Samuel lleno de alivio. Ella ya no miraba el ordenador, sino el vacío, como si se hubiera quedado

pensando en las peleas constantes de Andrea y Gabriel.

–No vamos a llegar a eso. Nosotros nos vamos a divorciar antes de que empiecen los conflictos. Solo es un trato –dijo Samuel, y Alice lo miró seria.

–¿Eso quiere decir que aceptas mi condición?

–Y qué otra opción me queda –dijo Samuel con resignación.

A Alice le dolió su comentario, pero si algo se había jurado era no demostrarle sus emociones, y le sonrió con picardía.

–Me siento tan halagada que hasta me ha dado un sopor y estoy a punto de desmayarme de la emoción –exageró Alice, y se pasó con delicadeza el dorso de la mano por la frente como si de verdad estuviera descompuesta de la emoción. Maldito cretino, pensó indignada, pero al ver que él sonreía con burla, le recordó una de las condiciones–. No te olvides del poema.

–Eso lo dejo para cuando me tenga que romper las rodillas en el piso para pedirte que te cases conmigo –dijo Samuel con los dientes apretados.

–Mira que de tu poema va a depender mi “sí quiero”. Y solo tienes tres semanas para hacer algo original, porque no voy a aceptar algo sacado de las redes sociales.

–Dos semanas –dijo Samuel con la mandíbula apretada.

–¡Dos! –chilló Alice–. Arturo te dio un mes –volvió a gritar.

–No voy a arriesgarme a perder la herencia al casarme al límite de la fecha. En dos semanas estaremos felizmente casados –y el “felizmente casados” sonó tan irónico que Alice no tuvo dudas que serían los peores seis meses de su vida. Por más que esto fuera un trato, no dejaba de ser un casamiento. Alice no iba a pasar esos seis meses soportando que él se fuera a divertir con sus ligues. Tuvo ganas de hacerle comer las violetas marchitas, pero optó por seguir agregando condiciones que a él le complicaran la vida.

–Infelizmente casado, Samuel. Así vas a estar durante seis meses porque si traicionas el matrimonio acostándote con alguna de tus ligues, esas mujeres a las que no has podido hacerles esta propuesta, no vas a tener herencia sino una sentencia de divorcio anticipada –aclaró, y salió taconeando de la sala donde Arturo tenía los monitores.

Samuel miró como se alejaba ese culito respingón y esas piernas enfundadas en un vaquero ajustado. Piernas que él había visto que estaban firmes y parecían suaves al tacto. Desde que la había visto había sentido el deseo de salir corriendo a descargar su deseo insatisfecho con alguna de los

ligues que ella había mencionado. Esa mujer, salvo por la emoción que vio en sus ojos por las violetas marchitas, cada día que pasaba se comportaba menos como una romántica empedernida. Era un espécimen extraño, alguien a quien podía jurar que acababa de conocer, ya que la Alice de la que él había huido toda la vida no tenía estas tretas, no sabía burlarse. No, la de él habría estado tendida en un sillón llorando a mares con sus comentarios despectivos, o derramando lágrimas silenciosas por el despreciable trato que le había propuesto.

Eres mi única opción, le había dicho él cuando fue a su casa, y se quedó esperando ver el desconcierto en esos ojos bonitos y brillantes por las lágrimas, pero ella no reaccionó como él imaginaba.

Se sentía mal por ser tan duro con Alice, pero no quería que se hiciera ilusiones con ese matrimonio por interés que no duraría un día más de los seis meses estipulados por Arturo. Él lo único que quería era que los seis meses se fueran volando por la ventana, sobre todo ahora que ella pretendía que se mantuviera célibe durante los seis meses. Estaba loca de remate, acaso pretendía que se hiciera monje. ¿Qué necesidad tenían de exigirle que no tuviera mujeres? Él podría haber sido discreto.

Lamentablemente, ella tenía el poder de dejarlo sin la herencia. Solo era un sacrificio de unos meses, estaría bastante entretenido con el trabajo de restaurar el hostel y ni tiempo tendría de pensar en mujeres. Si ella creía que lo estaba jodiendo, estaba muy equivocada. Cuando se cumpliera el plazo, el hostel ya estaría dando buen dinero y encima se habría sacado de encima a Alice, es decir, que recobraría su tan estimada libertad para hacer de su vida lo que quisiera. ¿Qué más podía pedir?

Salió de la habitación de los monitores, y se acercó a la sala donde estaban las mujeres, imaginando que las encontraría a todas cotilleando sobre las flores, el casamiento que le había propuesto, y las condiciones de Alice para aceptar. Pero al entrar vio a su madre, a sus dos hermanas y a Constanza hablando de su padre, no del matrimonio de ellos. Y Alice... bueno, ella no estaba por ningún lado.

–Si le haces daño a mi hija, te mato –dijo Constanza cuando lo vio entrar, con esa cara bella como la de su hija, pero con la amenaza en sus ojos de fuego.

–Y yo te corto las pelotas –dijo su madre, y él se sorprendió ante semejante amenaza.

–Es solo un trato –comentó Samuel. Al ver que todas lo miraban con

el entrecejo fruncido, aclaró—. Ella lo aceptó sin quejarse, y ya es mayorcita para decidir sobre su vida —y salió de la casa dando un portazo.

¿Dónde se habría metido Alice? Tal vez había salido llorando de la casa por sus palabras, y quizá, por eso las mujeres lo estaban llenando de amenazas, supuso.

Samuel podía aceptar la indignación de Constanza, pero no la de su madre. Ni siquiera consideraba justa su amenaza, puesto que él se estaba sacrificando para beneficio de toda la familia, ya que el hostel les daría un respiro y un buen ingreso no solo a él, sino a toda su familia, incluida la tía Flora. Y a Alice, también a Alice, se dijo para convencerse de que el trato también la beneficiaría a ella. Y quizá a Constanza, que podría colaborar con su hija en hacer esas bodas románticas que tanto deseaba su futura esposa. Sintió un escalofrió que le recorrió todas las vértebras de la columna al hablar de ella como su esposa.

Dos semanas. Solo tenía dos semanas para llenar de atenciones a la romántica y conseguir que estuviera conforme para decirle “sí, me caso”. Era un reto, otro más aparte del que le había impuesto Arturo, y lo iba a conseguir aunque tuviera que cantarle una serenata desde debajo de su balcón, o postrarse a sus pies mientras le recitaba el bendito poema que se le había metido en la cabeza.

¿Cómo mierda iba a inventarse un poema?, si ella no le inspiraba más que claustrofobia. Alice significaba la cárcel, el encierro, la pérdida de su libertad. Si realmente se hubiera querido casar, Alice era la última mujer que habría elegido.

Bueno, algún poema se le ocurriría. Al menos estaba seguro de que ella se conformaba con las puras intenciones. Se lo había dicho a su hermana y lo había demostrado con la emoción que le produjo el ramo de flores marchito. Había quedado fascinada, y como no lo vio tirado en la sala, supuso que hasta había tenido la delicadeza de llevárselo con ella para ponerlo en agua, o quizá apretarlo entre las hojas de uno de sus libros románticos para tenerlo siempre como recuerdo.

Lo más seguro era que estuviera recostada en su cama, abrazando el ramo y llorando de emoción. Por lo que Alice había dicho, él había sido el único idiota que le había regalado flores.

Pero mientras bajaba la colina, la vio en el parque del hostel hablando con la cocinera que había estado teniendo sexo puro y duro con el encargado del comedor.

¿Pero qué hacía metida allí?, ella debería estar fantaseando, no metiendo su respingona nariz en asuntos que no eran de su incumbencia, se dijo y escondió el coche entre los arbustos para poder espiarla sin ser visto. Alice movía las manos, hablaba y las dos mujeres largaron una carcajada.

¿Dónde diablos había dejado el ramito de violetas que él le había regalado? ¿Para qué le hacía hacer todas esas estupideces románticas? Ella debería haberse quedado suspirando con el ramo en el pecho, pero no, Alice se había ido corriendo a cotillear con la cocinera, y encima se mataban de risa.

Lo embargó una furia tremenda porque había estado tres días pensando cómo darle el maldito ramo, y al parecer, ella no le había dedicado un minuto de su tiempo. Le había propuesto matrimonio, y eso la debería haber dejado con los ojos dados vuelta de la emoción, después de todo tenía veintitrés años y sin novio conocido, por lo que supuso que nadie le había propuesto matrimonio. Él era como un trofeo. Pero no, allí estaba riéndose y sin el ramo.

Sacó el móvil del bolsillo y le mandó un mensaje. Esta mujer era tan romántica como él, se repitió furioso. Si ella se estaba burlando al exigirle que la llenara de atenciones, pues él le demostraría qué tan romántico podía ser.

CAPÍTULO 4

Alice sintió la musiquita del WhatsApp y miró el móvil que tenía en la mano.

Debido a que tenemos solo dos semanas antes de nuestra boda, esta noche vamos a salir para compartir una cena bien romántica. Paso por ti a las ocho en punto. No me hagas esperar que estoy impaciente por verte. Si quieres terminar la velada con una escena romántica como la de la cocinera y el encargado del comedor, por mí no hay problema. Estoy dispuesto a hacer el sacrificio de conquistarte de forma romántica si eso me permite hacerme con la herencia del desalmado de Arturo. La verdad es que me tienes desconcertado, puesto que te estoy mirando y no veo que tengas el ramo de violetas apoyado en el pecho, y tampoco tienes esa mirada soñadora, con los ojos entornados como solías mirarme antes, tan parecidos a los de tus protagonistas de novela romántica, o eso supongo. Lo único que veo es que te lo estás pasando en grande con la cocinera, y me pregunto dónde está la mujer romántica que me ha exigido que haga tantas estupideces. Espero que no le estés contando que hemos tenido los monitores encendidos. Como mi futura esposa debes velar por nuestros intereses, no alertar al personal de que los estamos espionando. Estoy ansioso porque llegue nuestra velada romántica.

El amor romántico de tu vida.

Cuanto más lo leía Alice, más fruncía el entrecejo. Cada dos palabras había subrayado la palabra romántica ¡Maldito cretino!, lo había hecho a propósito para sacarla de las casillas.

Lo más indignante era que había empezado a sonreír al leer las primeras líneas, porque parecían sinceras, inclusive el primer subrayado la conmovió hasta casi las lágrimas. Pero después de “estoy impaciente por verte”, comenzó a sospechar, y no tuvo dudas de que todo, absolutamente todo lo que había escrito era irónico. Una burla a la galantería que ella le había exigido.

Y encima de que se burlaba de ella, le imponía la cena. Un hombre atento invitaba, él imponía, se dijo Alice. Pero bueno, Samuel nunca fue un hombre atento.

Caminó a largos trancos hasta la casa de Arturo, entró por la cocina y agarró el ramo de violetas que había dejado tirado en la mesa, se colgó la

cartera y se marchó sin saludar a nadie. Cuando se subió al coche de su madre, lanzó las flores sobre el asiento del acompañante, y le mandó un mensaje a Constanza para avisarle que no se quedaría el fin de semana en la casa de Arturo. Manejó por la carretera tratando de armarse de paciencia con ese idiota. Debería haberle dado plantón con un mensaje, se dijo.

¿Por qué había aceptado su propuesta de matrimonio?, la respuesta racional era que no podía permitir que se perdiera la herencia de Arturo. La sentimental, era que Samuel siempre había sido un sueño inalcanzable para ella, y aceptar era hacerlo realidad. Aunque más que un sueño, estar con él iba a ser una pesadilla. Samuel había huido toda la vida de ella, y lo triste era que ni siquiera se había tomado la molestia de conocerla.

Él no sabía nada de ella, solo se había llenado de suposiciones.

La creía una romántica empedernida, y como él era de relaciones sin ataduras siempre la había visto como una amenaza. Y ahora la amenaza era la única que lo podía salvar, pensó mientras manejaba rumbo a su casa para prepararse para la cena romántica. Miró el ramo seco de violetas y frunció el entrecejo. Si eso era ser romántico, prefirió no imaginarse lo que sería una cena romántica para él. Largó una carcajada mientras giraba en el puente que daba ingreso a la ciudad.

A las ocho menos cuarto estaba sentada en el sillón de la sala esperando a su futuro esposo. Si hubiera sido puntual como le exigió a ella, ya tendría que estar allí. Sonó el móvil que tenía agarrado como si se le fuera a escapar de las manos y se tensó al suponer que era Samuel para cancelar. Pero la llamada era de Carina, su futura cuñada, pensó.

–¿Por qué te fuiste, Alice? ¿Acaso Samuel te hizo llorar con sus comentarios horribles? –preguntó Carina.

–Me ha invitado a una cena romántica –dijo Alice sin emoción en la voz.

–¡Oh! ¿Estás segura? Porque me cuesta creer que mi hermano sepa lo que es una cena romántica –aclaró Carina con un chillido, y Alice supuso que todos en la casa de Arturo lo habían escuchado–. ¡Samuel invitó a Alice a una cena romántica! –gritó por si alguno se había perdido algún detalle de la conversación.

¿Estás segura?, preguntó Andrea a gritos. *Para mí que el móvil tenía el corrector automático, sino Samuel nunca habría escrito la palabra romántica*, dijo Constanza, que no apreciaba mucho a Samuel porque sabía los desplantes que siempre le hacía a Alice. “Si supieras mamá que hasta se

tomó la molestia de subrayarla”, tuvo ganas de gritar Alice en el móvil, pero las mujeres seguían sacando conclusiones entre ellas. *Bueno, quizá está cambiando. No sean tan desconfiadas, capaz que la invitó a una cena con velas y todo*, susurró Pamela con un toque emotivo en la voz. ¡*Velas! Dios te oiga, hija*, gritó Andrea.

–Dile a Andrea y a Pamela que dudo que ese sea el concepto de cena romántica para Samuel –dijo Alice con los dientes apretados.

–Por tu tono de voz supongo que no estás emocionada –comentó su amiga Carina.

–Por supuesto que no. La cena no fue una invitación, sino un “te paso a buscar a las ocho en punto”. Ni siquiera me dio opción de decirle que tenía otro compromiso. Y dile a mi madre que la palabra romántica la repitió un montón de veces, por lo que no hubo cambio de palabra del móvil, sino que lo hizo para burlarse de mí.

–¡Oh!, eso es ser muy despreciable –dijo Carina–. Además, sabe que no tienes muchos compromisos –dijo Carina.

Y sí, pensó Alice. Él debía suponer que había tenido pocos hombres en tu vida.

–No sé de dónde supone que tengo pocos compromisos –dijo Alice más para sí que para Carina.

–Bueno... a Pamela y a mí se nos ha escapado algunas veces, y siempre lo soltábamos en su presencia –dijo Carina en un susurro.

Alice sonrió ante la confesión de Carina. Lo que la sorprendió era que Samuel hubiera prestado el oído a algún tema relacionado con ella. No es que no tuviera pretendientes, sino que a ella ninguno la hacía vibrar de emoción, y los rechazaba para no perder el tiempo.

–Son las ocho, Alice –dijo Carina apartándola de sus pensamientos–. Mejor termina de prepararte. Trata de ponerte algo bien sexy así lo dejas con la boca abierta.

Alice se abstuvo de decirle que estaba lista desde las siete treinta de la tarde. También evitó contarle que se había puesto el ropero encima, o mejor dicho, que había vaciado el ropero en su cama hasta que encontró una diminuta y sexy prenda que tenía archivada para una ocasión especial. Era un vestido azul cielo de licra, bien corto, con la espalda al descubierto y un exagerado escote por delante. Se lo puso con unas sandalias al tono de taco aguja, tan altos que no sabía cómo iba a caminar sin terminar despatarrada en la acera. Si él estaba empeinado en encasillarla como una romántica

empedernida, ella le demostraría que podía ser algo muy distinto. Elegancia y sensualidad, eso quería que Samuel viera cuando le abriera la puerta.

El problema era que toda la elegancia que se había insuflado mientras se vestía, se le estaba escabullendo a medida que el tiempo corría y Samuel no aparecía tocando el timbre de la casa.

Ocho y treinta, y ni asomo de Samuel.

Nueve, y con cada coche que pasaba Alice daba un brinco al suponer que era él.

A las nueve y treinta estaba recostada en el sillón de la casa, con las piernas sobre el apoyabrazos y las manos tras la nuca.

A las diez las sandalias estaban tiradas sobre la alfombra y ella se había servido un whisky para tratar de serenarse.

A las diez y treinta ya se había tomado tres whisky y no recordaba ni su nombre, por lo que la cena había quedado en el reino del olvido. Lo único que tenía claro era que lloraba a mares. No, a mares no, sino como esas lloviznas que no paraban en todo el día, aunque si alguien le preguntaba por qué estaba llorando, ella no tenía dudas de que le soltaría todas las desgracias de su vida.

Samuel había salido de su casa pasada las ocho y treinta. Le había aclarado a Alice en el mensaje que estuviera lista a las ocho en punto, pero él no pensaba ser puntual. Primero, porque supuso que ella lo tendría esperando una hora. Y segundo, para matarle poco a poco la idea de convertirlo en un romántico que cumplía a rajatabla el horario de la cita. Aunque su verdadera intención era que no quería que se ilusionara pensando que él era un buen partido.

Samuel no quería ser un buen partido. Quería que Alice pensara mal de él, porque a ella le sería más fácil el divorcio, ya que en vez de llorar por el fracaso se sentiría aliviada de sacárselo de encima. Samuel creía que ella lo amaba y no quería hacerle daño.

Caminó por la vereda a buscar su coche que estaba estacionado a media cuadra, y vio sobre el capó la más bella de las imágenes, esa que a un hombre puede hacerle perder el norte, el sur... y la cena con Alice, por supuesto.

Liliana estaba con un vestido blanco, corto, escotado y tan ajustado que se le dibujaban todas las perfectas curvas y planicies. Liliana era una mujer fatal, una provocadora con una vasta experiencia sexual, justo lo que él

necesitaba en ese momento, puesto que estaba excitado, no por Liliana, sino por haber visto a Alice con los ojos como lechuza mirando en los monitores el sexo para nada romántico de los empleados del hostel.

¡Excitado por Alice!, pensó Samuel y se puso tan furioso que le sonrió de lado a la mujer sentada sobre el capó. Ella solo necesitaba ese gesto para comprender que la invitación había sido aceptada.

Cinco minutos más tarde entraban dando tumbos en su departamento, chocando objetos y riendo mientras hacían a un lado la ropa. Cayeron en la alfombra y se dedicaron a lo que más les gustaba hacer, sin hablar, sin ninguna frase romántica de por medio, sin compromiso posterior, sin ataduras de ningún tipo, solo placer. Ella tenía su pene en la boca y él... no se estaba excitando, maldición.

¿Cómo podía ser?, si este era el mayor placer de la vida, en esto consistía su forma de disfrutar... Una cena, unos tragos en una confitería bailable y un buen revolcón para convertir la noche en una velada perfecta. Esta era su forma de vivir hasta que murió Arturo, su ídolo, su referente, y hasta... hasta que se filtró en su mente la romántica, pensó indignado.

Metió la mano bajo el vestido de Liliana e hizo a un lado la tanga para intentar apartar a Alice de sus pensamientos y dejarse llevar por el placer. La acarició y supuso que los jadeos de Liliana lo llevarían a excitarse, pero no lograba compenetrarse. Liliana empezó a respirar agitada, y él nada, inclusive su miembro en lugar de mantenerse duro perdió el poco brío que tenía. Nada de nada, maldición, no sentía nada. Ella le gritaba no pares, más fuerte, más rápido, y él, mientras la llevaba al orgasmo solo podía pensar que estaba en el lugar equivocado.

La escuchó llegar al clímax con un grito, y Samuel solo sintió una especie de vacío mezclado con culpa. Era un maldito miserable, un hombre despreciable, se dijo. Se levantó del suelo y se meció el cabello.

–Esto recién empieza, querido. No vas a dejarme a la mitad. Necesito tu miembro enterrado bien adentro, aunque no lo veo muy dispuesto a la labor –dijo Liliana, y señaló el maní en que se había convertido su miembro.

Él se sintió asqueado con esas palabras y con lo que había hecho. Ni siquiera le había preguntado a Alice si podían ir a cenar esa noche. Le había impuesto la cena romántica, la hora, todo; y a la hora acordada se estaba revolcando con otra.

–Lo siento. Tengo una cita –dijo Samuel mientras se acomodaba la ropa.

–Supongo que tu cita puede esperar un rato más. Podría levantar a tu amigo –dijo Liliana.

–Mi cita no puede esperar, ya me he retrasado bastante –aclaró Samuel.

–Desde cuándo te preocupan los retrasos, si siempre has hecho lo que has querido –dijo Liliana, pero en lugar de insistir o rogar se acomodó la tanga y se enderezó el escote del vestido.

Él agradeció que las mujeres que frecuentaba nunca le hicieran reproches, y esperó paciente que se marchara. Por lógica, la que sería su esposa no sería tan conformista, se dijo, y se imaginó a Alice tirándole por la cabeza todos los adornos que tenía en la casa por haberla dejado plantada.

–Ya nos veremos otro día, cuando estés de mejor ánimo para terminar lo que empezamos –dijo Liliana, y lanzó un beso al aire mientras salía del departamento.

Samuel no respondió, tampoco la miró porque solo pensaba que mientras él estaba intentando sin éxito excitarse con otra, Alice debía estar sentada en el sillón de la sala, echando maldiciones al cielo por el desplante.

No se sentía contento con lo que acababa de hacer, y eso era algo que lo desconcertaba. Él nunca le había rendido cuentas a nadie. Nunca había tenido que analizar sus acciones, ¿por qué tenía que hacerlo ahora?, si este solo era un matrimonio por necesidad. La arpía de Alice era la que le estaba provocando sentimientos de culpa que no quería sentir.

“Te está haciendo un favor al aceptar ese matrimonio, y está soportando los desprecios que escupe tu boca”, supuso que ese pensamiento era la voz de su conciencia, puesto que él nunca se cuestionaba nada. La verdad era que la voz de su conciencia tenía algo de razón, después de todo ella era su puente para hacerse con la herencia.

Sacó el móvil del bolsillo y miró la hora. Nueve de la noche. Ella llevaba una hora esperando que él se dignara a aparecer, y otra vez su conciencia hizo acto de presencia para decirle que no podía presentarse en su casa con la ropa que había tocado Liliana. ¿Desde cuándo se cuestionaba esas idioteces?

Decidió ducharse, no por su estúpida conciencia, sino para sacarse el perfume de Liliana. Lo mejor era esconder los rastros para evitar un escándalo por el plantón. Pero, a pesar de que trataba de convencerse de que los reproches de Alice no le importaban, él se sentía algo inquieto por lo que había hecho.

A las diez de la noche Samuel seguía dando vueltas por su pequeño departamento. La había dejado esperando y no sabía que excusa poner. Se sirvió un whisky para relajarse y lo bebió de un trago, sin saber que en ese momento ella estaba haciendo lo mismo.

Salió rumbo a su cita con Alice mientras se repetía, es solo un pacto por seis meses, un pacto, un pacto, un matrimonio para no perder la herencia de Arturo, un matrimonio con fecha de caducidad.

Para cuando llegó a la casa de Alice casi se había convencido de que no había hecho nada malo. Pero cuando tocó el timbre por tercera vez y nadie le abrió, frunció el entrecejo al suponer que ella lo iba a volver loco con sus reproches y preguntas. ¡Esto era el maldito matrimonio!

Le agarró una especie de terror al suponer que este desplante podría costarle la herencia de Arturo, y más terror le dio saber que durante seis meses tendría que caminar como si pisara huevos para que la romántica no se ofendiera y le pidiera el divorcio. La muy ladina ya le había aclarado que durante seis meses no podría tener a sus mujeres. Pero los amigos eran otra historia, y una muy buena excusa para apartarse un rato de una esposa no deseada, y de paso echar una canita al aire si le daban ganas de tener a alguna de sus mujeres bajo su cuerpo.

Al cuarto timbre la puerta se abrió golpeando contra la pared, y Samuel se quedó de piedra al ver la imagen que tenía frente a él. Alice tenía ríos de máscara de pestañas secas en sus mejillas. El bonito cabello caramelo parecía un nido de pájaros, estaba descalza y la única prenda que tenía era un vestido ajustado de un azul que resaltaba su piel blanca.

Tenía el escote torcido por el que asomaba uno de sus pechos. La aureola rosa le secó la boca, como a un hombre perdido en el desierto. Se quedó sin respiración al ver el cuerpo hermoso que tenía.

Era la imagen más adorable que había visto, una mezcla de vulnerabilidad, dolor y sensualidad, y en ese momento todas las excusas de las que se había valido para justificar el plantón, y todas las estrategias que había ideado para los seis meses que tendría que tenerla de esposa, se fueron al traste, y él se sintió un hombre despreciable. Ella había estado llorando por su culpa.

–¡Alice! ¿Estás bien, cariño? –dijo Samuel con voz ronca–. Lo siento. No pude venir a las ocho. Sé que me estabas esperando y... te encuentro llorando...

–No estoy llorando por ti, idiota. Si hasta me alegré de que no vinieras

–los cuatro timbrazos a Alice le habían despabilado la borrachera y allí estaba de pie, hecha un desastre, pero lista para dar batalla. Ni loca iba a permitir que él supiera que lloraba por el plantón.

Samuel no podía quitar los ojos de Alice. Liliana no había logrado despertar su deseo, pero Alice, con la máscara de pestañas chorreadas y el cabello revuelto, sumado a ese sexy vestido y el pechito afuera, le había provocado una erección tan potente que tuvo miedo de llegar al clímax con solo mirarla.

¡Madre mía!, ese matrimonio iba a ser un suplicio. Seis meses iba a tener que soportar a esa mujer que lo excitaba sin usar ni una treta para provocarlo. Solo le bastaba verla para quedar así. Encima, en lugar de estar haciéndole reproches o lanzándole los adornos por la cabeza, le quería hacer creer que no lloraba por él.

Una sonrisa de burla se instaló en su rostro.

–No me digas. ¿Y puedo saber por qué lloras? –preguntó, y no pudo borrar el gesto de burla al descubrir que ella se retorció las manos como si no supiera que excusa poner.

–Bueno... Verás... el asunto es que... se murió Sultán, el perro de mi tía Coca –dijo Alice entre tartamudeos.

No sabía mentir, esa fue la conclusión de Samuel, puesto que en su familia todos, incluso él, sabían que Constanza y Alice no tenían parientes, es decir, que no existía la tía Coca. Como él nunca se había interesado por nada que tuviera que ver con Alice, ella debía pensar que no sabía que no tenían parientes. Claro que algo sabía, no era sordo y siempre pescaba algo de lo que hablaban su madre y sus hermanas.

–No sabía que tenías una tía Coca –dijo Samuel intentando desenmascararla para que le dijera que lloraba porque la había plantado. Debería estar fascinado de que no le hiciera un escándalo, pero su orgullo necesitaba saber que había llorado por él.

–Tú no sabes nada de mí, es lógico que no sepas de la existencia de Sultán y de mi tía Coca –dijo Alice mientras se retorció las manos.

A Samuel no le pasó desapercibido el gesto nervioso, y sonrió con ternura. Alice no le estaba haciendo un escándalo como él había pensado, sino que estaba intentando convencerlo de que su llanto era por el perro de la inexistente tía Coca.

–Pero mira qué casualidad. Yo no pude llegar porque se enfermó el perro de mi tío Plácido –dijo Samuel.

Ella abrió los ojos asombrada, frunció el entrecejo y se quedó pensando. Seguramente estaba hurgando en sus recuerdos para hallar al tío Plácido. Después de unos segundos Alice largó una carcajada. El sonido más fantástico que Samuel había escuchado.

Alice debería haberle cerrado la puerta en las narices, debería haberlo insultado y mandarlo a conseguirse otra mujer que aceptara su trato, pero allí estaba desternillándose de risa porque él había respondido a su mentira con otra mentira.

–¡Plácido! –dijo Alice, y volvió a reír–. Podrías haberte inventado un nombre más lindo –comentó con una sonrisa.

–Bueno, tú tampoco has sido muy ingeniosa que digamos –dijo Samuel–. ¿Puedo entrar o me vas a tirar el jarrón con violetas por la cabeza? –preguntó, y señaló el ramo mustio que él le había regalado y ella exhibía sobre la repisa de la chimenea como si fuera el presente más hermoso que había recibido en su vida, y otra vez lo embargó una sensación de ternura hacia ella. Tantos prejuicios, tantos preconceptos hacia ella, que caían al vacío desde que la estaba conociendo.

–No creas que estoy fascinada con tu regalo, pero las flores no tienen la culpa de tu maltrato. Las puse en agua para tratar de resucitarlas un poco –aclaró, y se hizo a un lado para dejarlo pasar.

No perdía oportunidad de aclararle que él le importaba una mierda. Se le escapó una risa mientras ingresaba, y se sentó en el sillón de la sala. Le hubiera gustado poner las piernas sobre la mesa baja y las manos tras la nuca, en una actitud relajada de “me importa un comino todo”, pero su miembro estaba tan duro que se haría más evidente el bulto de su pantalón, por lo que optó por sentarse como el caballero que ella pretendía que fuera.

Ella se quedó un segundo mirándolo embobada, y él comprobó que Alice seguía perdiendo la concentración cuando lo tenía cerca. Esos ojos entornados y soñadores lo habían hecho experto en salir huyendo, pero allí estaba, a punto de casarse con la mujer de la que siempre había escapado. Samuel no tuvo dudas de que Alice seguía enamorada de él, y eso lo puso en alerta. Esto es un trato, no lo olvides, se dijo tratando de encontrar la poca moralidad que debía tener escondida en algún lado.

En la mesita había un vaso vacío, estiró la mano para alcanzarlo y ella corrió a sacárselo, pero él llegó primero y se lo acercó a la nariz para olisquear el contenido.

–¡Whisky! –admiró Samuel–. ¿Te emborrachaste porque no vine a las

ocho?

–Por favor, no te des tanta importancia, Samuel. Es sábado y mañana no trabajo –dijo Alice a modo de explicación. Si él creía que le iba a confesar su dolor, estaba loco. Que supusiera que había llorado porque la dejó plantada, no significaba que ella lo reconociera.

–Claro, es sábado –dijo Samuel, aunque no le creyó–. Respecto al mensaje que te envié esta tarde.

–Era uno de tus sarcasmos, ya lo sé. No hace falta que te expliques. Solo lamento haberme perdido de salir con mis amigos del trabajo por cumplir con este pacto horrible.

¡Pacto horrible llamaba ella al casamiento! Era él quien hablaba de pacto, y nunca había dicho que fuera horrible, solo un pacto. Además, ¿de qué salida hablaba si se suponía que ella pasaba el fin de semana leyendo novelas o mirando películas románticas?, pero no se lo dijo porque ya la había herido demasiado. Él no creía que tuviera tantas salidas. Sus hermanas siempre decían: Pobre Alice, no tiene con quien salir desde que nosotras estamos de novias.

O sus hermanas fabulaban o Alice estaba empeñada en hacerle creer que era una mujer de la noche, que se emborrachaba con whisky mientras... De solo recordar lo que hacían las mujeres que salían con él cuando se emborrachaban, le dio un escalofrío. Alice no era de esas mujeres, se dijo.

El silencio de los dos se tornaba incómodo. Alice no podía mantener una conversación fluida cuando todo se basaba en mentiras, y Samuel estaba desconcertado porque ella no estaba haciendo el escándalo de su vida por el plantón. Al contrario, estaba minimizando la cena romántica. Para colmo estaba allí parada con su sexy vestido, mintiendo sin vergüenza... y con el pecho asomando por su escote corrido. Tantos años que la había esquivado, y desde que le propuso el pacto no podía apartar sus ojos de ella.

–¿Por qué me miras de esa forma? –preguntó Alice, y se tapó la boca por haber dejado escapar aquella pregunta un tanto íntima.

–Porque se te ve el... pecho –dijo Samuel, y la señaló. Flor de erección tenía él por culpa de su teta.

–¡Oh! –dijo Alice, y se puso roja mientras se apresuraba a cerrarse el escote. ¡Por Dios! ¡Cómo le podía haber pasado esto!, si parecía una mujer expuesta en una vitrina. Encima tenía el pezón duro como piedra, y el muy maldito que se lo debía estar mirando desde que había llegado, recién le decía que estaba mostrando una teta. ¿Pero qué haces, Alice? Demuéstrale que eres

una mujer liberal y que un pecho al aire es algo sin importancia, se dijo—. Bueno, tú debes ser experto en ver mujeres desnudas y con cuerpos de diosas. No deberías tener los ojos clavados en mi pecho, que debe ser bastante poco atractivo en comparación con los de tus exuberantes amiguitas –dijo en un intento por quitarle importancia al percance, aunque se arrepintió porque esa respuesta parecía la de una novia celosa. ¡Bah, qué pensara lo que quisiera!, se dijo y se encogió de hombros. Ella no estaba mintiendo. Había visto las mujeres que llevaba a las reuniones familiares, y todas eran tan diosas que solía quedarse encogida en la silla y deseando hacerse invisible.

–No parece poco abundante. Además, para comparar tendría que encerrarlo en mi mano para saber si encaja bien –aclaró. No vayas por ese camino, mejor vuelve al sarcasmo, Samuel, se dijo. Él tenía que lograr que ella lo odiara para que no sufriera con el divorcio, no estar alimentando sus esperanzas, se dijo—. Mejor hablemos de otra cosa. La verdad que a mí no se me ha movido un músculo al ver tu pecho.

La vio agachar la cabeza y supuso que eso era más humillante que todas sus palabras anteriores. La había herido. Mejor, se dijo, mejor que lo despreciara, mejor que sus palabras le arrancaran el enamoramiento que tenía por él.

La primera reacción de Alice fue dejar salir sus sentimientos, pero la descartó. Después pensó en mandarlo a la mierda, pero también la apartó.

–¿Vamos a salir a la cena romántica o no? –preguntó Alice con los dientes apretados, y dispuesta a demostrarle indiferencia ante su despectivo comentario.

Samuel pudo ver que no había lágrimas en sus ojos. Ella estaba enfurecida, pero dispuesta a seguir soportando. Vaya con la fortaleza de la romántica, pensó.

Él no se sentía capaz de soportar una cena especial con ella tentándolo desde el otro lado de la mesa. De lo que sí tenía ganas era de agarrarla de los brazos y lanzarla al sillón para probar el tamaño de sus pechos y todo lo que insinuaba su vestido provocador. Decidió apartarse de ella antes de cometer la locura de llevar sus pensamientos a la práctica. Se levantó del sillón y simuló un bostezo.

–Estoy cansado, Alice. Sería mejor dejarlo para mañana. Un almuerzo, ¿te parece bien? –dijo Samuel.

Ella lo miró furiosa, se había vestido para él y lo único que había hecho era esperar como una mártir y llorar como una magdalena. ¡Qué

hombre insensible!, se dijo mientras apretaba la mandíbula para no decirle todo lo que pensaba de él.

–Mañana tengo el día ocupado. Has perdido tu oportunidad, Samuel, y no estás en condiciones de imponer. Deberías pedir, en realidad deberías rogar que salga contigo –dijo con una seriedad que a Samuel se le erizaron los vellos de los brazos. Él se estaba pasando de listo y ella le estaba aclarando que tenía la sartén por el mango.

Vaya, había querido que lo odiara, y estaba lográndolo en apenas tres encuentros. Esa deducción no le sentó lo bien que había imaginado. Una persona que lo odiaba, y que encima lo tenía agarrado del cuello, podía convertirlo en un títere si se le antojaba. Caminó hacia la puerta, decidido a marcharse antes de que ella lo pusiera de rodillas.

–Sé que estás enojada, y lo entiendo. Te fallé, pero recuerda que solo tenemos dos semanas. Sería bueno que aceptaras que almorzáramos mañana –dijo Samuel cuando estaba en el umbral, ella entrecerró los ojos e hizo un leve asentimiento con la cabeza.

Ya no hubo más advertencias, tampoco le tiró el jarrón con las flores secas por la cabeza. Ella iba a aceptar el trato sin más reproches, y él supo que Alice valía demasiado para el pacto que le había propuesto.

–¿Almorzamos mañana entonces? –preguntó Samuel.

–Dime donde y allí estaré –dijo Alice con un tono de voz inexpresivo.

–Te paso a buscar –dijo Samuel.

–Prefiero ir sola. Si no vienes al menos no me voy a perder el almuerzo –aclaró.

Él dejó pasar el sarcasmo.

–En Los Sauces. Está rodeado de palmeras y es bastante romántico. Creo que con eso voy a cumplir con tu condición –dijo Samuel.

Si él creía que sentarla debajo de una palmera era suficiente escena romántica, estaba rematadamente loco, pensó Alice llena de furia.

–Allí estaré a las doce y treinta –dijo Alice sin demostrarle la indignación que bullía por todo su cuerpo.

–Seré puntual –aclaró Samuel, y la sonrisa de burla de Alice le dio a entender que no le creía.

Estaba tan cabreado cuando salió de la casa de su futura esposa, que en lugar de regresar al departamento se fue directo a bar de copas que había a pocas cuadras. Solía frecuentarlo porque allí siempre se encontraba con conocidos que le hacían pasar una noche distendida. La música era estridente

y él podría olvidarse de todo lo que le estaba pasando, incluso podría borrar con alcohol que en dos semanas perdería su libertad.

CAPÍTULO 5

Alice se sentía avergonzada e indignada. Se había emborrachado por alguien que no valía la pena, y había llorado por el desplante de un hombre que nunca la había mirado. ¡Cómo si ella no supiera que Samuel la estaba usando para no perder la herencia de Arturo!, claro que lo sabía, pero era como si necesitara que le diera un palo tras otro para arrancar de su corazón ese amor no correspondido que venía arrastrando desde que era adolescente.

Un capricho, decía su madre, y ella no creía que un capricho durara tanto tiempo. Lo que más la indignaba era que él había visto su estado deplorable. Ni siquiera tuvo la inteligencia de inventarse una buena excusa. Si le hubiera dicho el perro de mi amiga Coca, todo habría sido diferente, pero ¡tía!, eso había sido lo más estúpido que se había inventado porque los Dávila sabían que su madre y ella no tenían parientes.

Ese desplante había sido para demostrarle que no pensaba cumplir con la condición. Pues ella no se iba a casar si él no cumplía con lo que le había pedido, se dijo. Agarró el móvil y le escribió un mensaje corto y claro: “Si no cumples lo que te pedí, no hay casamiento”, y lo envió sin pensar si estaba bien o no. Que le podía importar lo que pensara si ya había cumplido con creces su cuota de estupideces. Al menos Samuel no tendría dudas que con sus burlas lo único que estaba haciendo era poner en juego la herencia de Arturo.

Se lo debería haber soltado en la cara, palabra por palabra, apenas lo vio aparecer por su casa. Incluso le tendría que haber golpeado el pecho con el dedo mientras lo hacía retroceder hasta la puerta de salida para despedirlo con un portazo en su altiva nariz. Pero siempre había sido lenta de reacción, y encima, con él allí plantado y vestido para matar con ese pantalón negro y la camisa blanca abierta en el pecho, no había soltado más que incoherencias.

El móvil le sonó y se le escapó de la mano como si quemara. Era él que estaba respondiendo a su mensaje. A Alice se le aceleró el pulso al suponer que le debía haber escrito uno de esos sermones sarcásticos que tan bien le salían. Lo levantó del suelo pensando que podrían tener una disputa de mensajes, y se imaginó que pasaban la noche, cada uno recostado en su cama, tirándose dardos. Pero al mirar el mensaje leyó la única palabra que había escrito. “Okey”. Una palabra que no daba pie a seguir hablando, la forma más sencilla de sacársela de encima, pensó.

Tal era la furia de Alice que se metió al baño, y al ver su cara chorreada de rímel se le escapó un alarido. Había llorado pero nunca se imaginó que se hubiera notado tanto. Bueno, de mujer fatal solo había tenido el pecho afuera, y ni eso había logrado atraer a Samuel Dávila, se dijo mientras se lavaba en el grifo. Luego se aplicó un maquillarse suave y un poco de brillo en los labios. Descartó la máscara de pestañas y el delineador por razones obvias.

A los quince minutos estaba saliendo de la casa. No le había mentado cuando le dijo que solía salir con sus compañeros de trabajo. En realidad no salía mucho con ellos porque siempre rechazaba las invitaciones, pero si tenía necesidad de distraerse un rato sabía dónde encontrarlos.

Paró un taxi decidida a no terminar la noche llorando por Samuel Dávila, y le dio al hombre la dirección de la confitería donde se reunían cada sábado. Era un lugar con música fuerte y poca luz que se había puesto de moda, y quedaba a pocas cuadras de su casa. Muchos de ellos iban con sus parejas, pero a Alice no le importaba bailar sola si todos estaban acompañados. Solo quería despabilarse y olvidar el torbellino de emociones que sentía desde esa propuesta de Samuel. “Su esposa, porque no había otra a quién manotear”.

Dios, esta era la peor proposición de matrimonio que le podrían haber hecho. Pero como era la única, y encima era del hombre que le quitaba el aliento, no estaba en condiciones de rechazarla.

Se bajó y entró a la casona antigua de puertas altas de madera oscura y ventanas de doble hoja, con un precioso *vitraux* que impedía ver el bullicio que había adentro los sábados por la noche. La música, como siempre, era insoportable. Ella prefería los lugares más tranquilos, con música suave e iluminados con velas, ese era uno de los motivos por los que rechazaba las invitaciones de sus compañeros, pero hoy necesitaba aturdirse para olvidar.

–¡Eh, Alice!, pero qué sorpresa –dijo Juanjo, su compañero que tenía el escritorio pegado al suyo. Era un buen hombre y tiempo atrás la había invitado a salir, pero a Alice no le atraía. Eso no había quebrantado su amistad, él ya tenía novia y los dos se habían convertido en buenos amigos.

–Hola, Juanjo. Esta noche han venido todos –comentó al echar una mirada a la mesa del fondo, donde había por lo menos quince personas riendo, hablando a gritos y bebiendo.

–Es el cumpleaños de Sonia –aclaró.

¡Oh!, se le había pasado el cumpleaños de la estirada de la jefa de

contabilidad, que había logrado el cargo mostrando las piernas, los pechos y haciendo morritos a los socios del estudio de arquitectura, o al menos eso era lo que todos decían.

Se acercó con Juanjo, que la llevaba abrazada del hombro, y Alice agradeció el compañerismo. Siempre tan atento, Juanjo. Lástima que en el amor no se podía elegir.

–Feliz cumpleaños, Sonia. Te debo el regalo, no sabía que lo festejaban hoy –dijo Alice, y le dio un beso a la mujer.

–Ya me han hecho el regalo de parte de toda la oficina, por lo que supongo que tú has puesto el dinero –aclaró con ese poco tacto que siempre tenía, y Alice asintió.

Claro que había puesto el dinero, pero como su cabeza estaba en la propuesta de matrimonio de Samuel, ni siquiera sabía que era ella la agasajada.

Todos hablaban a gritos para hacerse entender. Alice tenía la voz algo suave, y como estaba acostumbrada a que nadie la escuchaba no se molestó en entrar en la conversación. Lo que hacía era sonreír o reír imitando a sus compañeros para parecer concentrada en lo que decían.

–¿Cómo has hecho para salir de la cueva? Me habías dicho que estarías en el campo de tu pariente –dijo Mariano, un compañero de unos treinta y cinco años que se le había insinuado en muchas oportunidades. Ella lo había rechazado, pero era insistente y todos los sábados la invitaba a unirse a las salidas, sin éxito. Esa noche, por culpa de Samuel había tenido que caer en la trampa. Mariano era el otro motivo por el que prefería no salir con sus compañeros. Su insistencia ya rozaba el acoso.

–Regresé temprano, y decidí pasar un rato a divertirme con ustedes.

En ese momento la música se puso más romántica, una melodía lenta pero con un sonido abrumador que hacía vibrar los vidrios de las ventanas, y Alice se vio arrastrada por Mariano a la pista. Ni siquiera tuvo la cortesía de preguntarle si quería bailar, quizá porque sabía que le diría que no. A los pocos segundos la tenía apretujada en sus poderosos brazos. Él era robusto, muy robusto, y a Alice le costaba respirar al tener la cabeza enterrada en su grueso pecho. ¡Dios mío, qué tortura!, pensó, pero se movió como si estuviera disfrutando.

–Lo que he soñado con tenerte así –dijo Mariano, y la rodeó más fuerte con sus brazos mientras se movía a un ritmo que parecía salsa, ya que pegaba sus caderas a las de ella, y trataba de meterle el jamón que tenía de

pierna entre las suyas.

Si hubiera sido otro, ella se habría dejado llevar y podría haber sido una escena de película romántica, sensual y provocadora, pero esa situación solo le provocaba deseos de salir corriendo, y no tuvo dudas de que la gente se estaba matando de risa con el ridículo espectáculo.

Si hubiera sabido que Mariano la arrastraría a la pista sin preguntarle si le apetecía bailar, mil veces habría preferido quedarse llorando en su casa.

Vio un pequeño hueco en el brazo de Mariano y logró sacar la cabeza para tomar un poco de aire. La idea de haberse quedado llorando en su casa se le borró de la mente cuando vio en la barra del local a Samuel Dávila. ¡Oh, no! ¡Su futuro marido estaba allí!, y acompañado, por lógica, por esas rubias de infarto que le gustaban tanto, pero que no servían para casarse y conseguir la herencia de Arturo.

¡Vaya que chico era el mundo!, y que mentirosos eran algunos de sus habitantes, se dijo al recordar que él le había dicho que estaba cansado para ir a cenar. Al parecer no estaba cansado para la rubia modelito que tenía encima, pensó Alice, y se sintió agradecida de estar a punto de morir asfixiada en los brazos de Mariano. No era la mejor escena, ni el mejor acompañante para demostrarle que ella también tenía pretendientes, pero al menos serviría para que Samuel viera que ella también tenía vida nocturna.

Samuel Dávila tenía los ojos fijos en ella, y le sonreía con burla mientras alzaba su copa en un brindis, el muy descarado. La rubia de infarto estaba colgada de su cuello y se mecía como si fuera una víbora arrastrándose por su cuerpo. Suaves y provocativos roces que lo debían tener con una erección monumental, supuso Alice, y apretó las manos en la espalda de Mariano, dándole al hombre señales equivocadas, ya que él intensificó su abrazo hasta casi dejarla sin aliento.

Ella también tenía una víbora gruesa, al estilo pitón, tratando de ganar espacio. Pero la imagen que estaba dando con Mariano debía estar causando carcajadas en los presentes, puesto que él luchaba por ganar terreno mientras ella luchaba por apartarse, incluso Alice había parado el culo para que el pene de Mariano no la rozara.

Siempre estoy haciendo el ridículo mientras que Samuel siempre está en esa postura de “soy un ganador”, pensó Alice, se sintió vencida y dejó de luchar con Mariano, y con Samuel. Dejó que Mariano la engullera con sus brazos y sus piernas, dejó que la pierna gruesa se metiera entre las suyas. Inclusive ya no le importó que le faltara el aire. Si se reían, pues que se

rieran, y si se desmayaba, mejor así no se enteraba del deprimente espectáculo que estaban montando.

Samuel estaba tan nervioso que había dejado la copa en la barra por miedo a romperla. Allí estaba su futura esposa dando flor de espectáculo en la pista de baile. Alice había asomado la cabeza por el hueco de ese enorme brazo, y ahora el mastodonte que la abrazaba estaba a punto de quebrarla en pedacitos.

¡Pero qué tenía en la cabeza esa mujer para aceptar bailar con ese desaforado que por poco la engulle con su cuerpo de boxeador de peso pesado! Ella era un mosquito a su lado, y casi no se la veía de tan grande que era el hombre. ¿De dónde lo habría sacado?, pensó furioso, no porque sintiera celos, sino porque ella le había pedido fidelidad y allí estaba dejándose manosear por esa bestia.

Se la imaginó con la bestia en la cama, ella debajo y el tipo aplastándola como si fuera un camión con acoplado, y supuso que no saldría viva de lo que ella llamaría la escena más romántica de su vida.

A Samuel la furia le corría por las venas haciéndole hervir la sangre. Alice no era así. Al menos sus hermanas decían que ella era de pocas salidas. ¿Qué hacía allí?, ¿acaso lo había seguido, lo estaba espiando y al verlo en la confitería había decidido darle celos con el monumento? ¡Cómo podía estar dando semejante espectáculo a dos semanas del casamiento! Lo quería poner en ridículo, eso debía ser.

Bueno, él estaba con Beatriz, Carina, Diana, o vaya a saber que letra del abecedario era esa mujer, pero no estaba disfrutando de sus atenciones como lo hacía Alice con el mastodonte. Estaba tan enojado que solo quería sacar a Alice, su futura esposa por seis meses, de las garras de ese tipo.

Samuel se desprendió de los brazos de Beatriz, Carina o la que fuera, y caminó hasta pararse frente a la mujer que había creído una mojigata.

Tocó el hombro del mastodonte para llamar su atención porque hablar con esa música sería inútil, y el tipo se giró.

—¿Qué quieres, carilindo? —dijo el hombre de facciones toscas que apretujaba a Alice.

¡Carilindo!, pero qué se creía ese bruto. Le habían dicho muchas cosas en la vida, algunas buenas, como machote o dinamita por la forma en que las hacía estallar en la cama, y todas esas chorradas que decían las mujeres en el momento de pasión. Otras no eran tan agradables, ya que había tenido unas pocas mujeres que querían algo más de diversión, como Alice,

pero carilindo era uno de los peores insultos que le habían hecho.

–Que sueltes a mi futura esposa –dijo Samuel con una voz grave que tiraba al traste el apelativo del bruto. El tipo lo miró desconcertado, y Alice también.

–¿Qué? ¡Alice es tu futura esposa! No seas ridículo, eso no te lo cree ni tu madre. Todos sabemos que Alice no tiene mucho arrastre con tipos como tú –exageró, y largó una carcajada. Esa risa era una burla a Alice, y Samuel apretó los puños para no descargarlos en su rostro de animal–. Creo que te has equivocado de chica, muchacho. Alice sale tan poco que dudo que alguna vez haya tenido una proposición de matrimonio.

Que un tipo de su edad lo llamara muchacho como si fuera un crío, lo fastidió más de lo que ya estaba por reírse de Alice. La miró y vio que tenía las mejillas sonrosadas y había agachado la cabeza, y él en lugar de pensar dejó que actuara su puño, que se estampó en el ojo del bruto y lo hizo tambalearse. No era tan rudo como parecía, era puro relleno, se dijo.

Agarró a Alice del brazo y la acercó a su cuerpo. Era tan maleable que parecía como si encajara perfecta entre sus brazos. Ella se estremeció, y él decidió dejar los pensamientos ridículos sobre lo maleable y suave y... todas esas chorradas. *Este abrazo es para protegerla del bruto*, se dijo para convencerse.

–Solo hay que mirarla para saber que ha tenido más propuestas de las que tú te imaginas. Por lógica, es una mujer que tiene para elegir, y tú nunca serías su opción. Pero yo sí –aclaró Samuel con el ego por las nubes.

Alice se olvidó de la vergüenza y lo miró con un arqueado de cejas. Samuel le regaló una radiante sonrisa.

–¿Es cierto que es tu futuro esposo, o se está montando el circo? –preguntó Mariano.

–Para mi desgracia, es cierto, Mariano. Aún no sé que tuve en la cabeza el día que acepté la propuesta de Samuel. Él no es el hombre con el que había soñado –aclaró Alice.

Mariano la miraba sin comprender, en cambio, Samuel largó una carcajada.

–Ya te divertiste bastante, querida. Es hora de regresar a casa –dijo Samuel al verla recuperar el brío, y salió arrastrándola del local.

Por suerte Juanjo corrió hacia ella para tenderle el bolso que había dejado sobre la mesa, gesto que le hizo fruncir el entrecejo a su futuro marido. “Futuro marido”, qué bien sonaba, pensó Alice.

Alice Dávila ¡Un sueño hecho realidad!, aunque solo durara seis meses porque ella no se hacía ilusiones. Ella a los seis meses se iría sin esperar que la echara de su vida. Si algo tenía Alice, era palabra, y también orgullo.

–No entiendo que haces acá –reprochó Samuel–. Me pides que sea un monje durante seis meses, y ese tipo por poco te la mete delante de todos. Y encima otro viene corriendo con tu bolso, como si fuera tu lacayo. La verdad es que estoy sorprendido.

–Mi héroe –dijo Alice llena de emoción y sin prestar atención a su grosería.

A Samuel le entró un escalofrío.

–¡Héroe! Deja de hacerte la película, que solo fui a salvarte para poder hacerme con la herencia de mi tío. ¿Quién carajo iba a ser mi esposa si te morías asfixiada con el abrazo de ese animal? –aclaró lleno de ira al ver que lo llamaba héroe. ¡Dios mío!, esa mujer tenía la cabeza llena de fantasías, pensó horrorizado.

Lo asombroso era que la llevaba abrazada y se sentía como si hubiera llegado a casa después de un largo viaje en solitario. ¡Qué! ¡*Es como abrazar a un gato!*, se dijo para sacar esos pensamientos ridículos que se estaban filtrando en su cabeza desde que había hecho el trato con Alice.

–Aunque no quieras reconocerlo, allí has actuado como todo un caballero andante –siguió insistiendo Alice.

–Por favor, Alice, pon los pies en la tierra. Yo soy arrogante, prepotente, despectivo, y no me interesa andar por la vida alabando a las mujeres. Solo las quiero para divertirme. No soy respetuoso, no soy atento, no me gusta perder tiempo en detalles, prefiero ir directo a los bifés –ella tenía los ojos tan abiertos, que Samuel supuso que la estaba desencantando de esa idea suya de creerlo un héroe.

–¿A los bifés? –preguntó Alice asombrada.

–Al catre, Alice. A revolcarnos entre las sábanas –aclaró. Al ver el rubor de Alice supo que por fin había entendido, y sonrió porque ella era demasiado emotiva e inocente para un hombre con tan pocos escrúpulos como él.

–Me encanta eso de ir a los bifés. Nunca lo había escuchado –aclaró–. Por más que lo niegues, Samuel, sé que te molestó verme bailando con mi compañero de trabajo.

–Ya te he dicho que estoy cuidando mi herencia, y tú eres una pieza

clave para conseguirla –insistió Samuel. La mueca de burla que le dedicó Alice le dejó claro de que no se iba a dejar convencer con sus palabras despectivas–. Bah, por mí puedes creer lo que quieras. Esto no es amor, que te quede claro.

Eso a Alice le dolió. Pero al cerrar los ojos podía ver nítida la escena de la confitería. Samuel no le había apartado los ojos de encima mientras bailaba con Mariano. Él había tenido una rubia sexy fregándose sobre su cuerpo, y solo la había mirado a ella. Incluso había apretado los puños al ver el baile atrevido de Mariano. Y como si eso no fuera suficiente, había dejado plantada a su cita y ahora estaba con ella, abrazándola por la cintura desde que la había sacado del local. Caminaba tan apurado que ella iba trotando a su lado, pero se sentía como si flotara en una nube de felicidad, ya que solo en sus sueños se había visto envuelta en los brazos de Samuel Dávila. Esas eran buenas señales, no su boca despectiva, que ya no tenía dudas que escupía cualquier cosa para no reconocer que ella no le era indiferente. Amor no era, pero tampoco existía el desprecio que estaba empeinado en demostrarle.

Llegaron a la casa de Alice luego de caminar varias cuadras. Ella supuso que la dejaría tirada en la vereda para regresar con la rubia sexy, pero él la siguió por el jardín de ingreso.

–Gracias por acompañarme. No hace falta que te quedes hasta que encuentre la llave –aclaró Alice, y aguardó expectante. Él frunció el entrecejo.

–Abre, que no pienso irme hasta que estés adentro.

Vaya caballero que había tras la capa de arrogancia, pensó Alice, y rebuscó en su bolsito la llave de la casa. Cuando la tuvo en la mano, la agitó en su cara. Él se la arrebató y abrió la puerta, ¡y la dejó pasar! ¡Guau, pero qué hombre!, pensó pero no lo dijo para que él no se pusiera a la defensiva. Entró llena de emoción, y cuando se giró él seguía parado en el umbral sin dejar de mirarla. ¿Por qué no entraba?, se preguntó mientras se le escapaba un suspiro.

–Cierra con llave, Alice, así me puedo ir a seguir con mi noche de diversión –dijo Samuel, y Alice se quedó muda al escuchar que regresaba. *Claro, que esperabas, idiota. Por eso te ha traído caminando, no era una excusa para abrazarte. Su coche sigue en la confitería, al igual que la rubia sexy, esa seguramente era la inteligente voz de su conciencia. Pero qué ingenua había sido, se dijo.*

Se acercó a la puerta, le sonrió con burla mientras ponía la llave del lado de adentro, y se la cerró en las narices.

La carcajada de Samuel le erizó el vello del brazo. Cretino, maldito cretino, susurró sabiendo que no la escuchaba.

–Ojalá se desate una tormenta de rayos mientras vuelves a divertirte, y uno te parta la cabeza en dos –gritó Alice.

Otra risa le llegó a los oídos.

–Nos vemos mañana para nuestro almuerzo romántico. Voy a darte todo lo que me pides en un solo día, y prepárate para adelantar la boda –dijo Samuel del otro lado de la puerta.

–¡Adelantar la boda! ¿Acaso te has vuelto loco? –gritó Alice.

–Con lo que he visto hoy, dudo que llegues intacta si esperamos dos semanas. Ese tipo por poco te mata por estrangulamiento, y yo no pienso arriesgarme a perder la herencia de mi tío –dijo Samuel.

Un zapato impactó en la puerta cerrada, y Samuel rió mientras se alejaba por el camino de grava. Hacía mucho que no se divertía tanto, pensó. Pero frunció el entrecejo al recordar que esa mujer era Alice la romántica.

CAPÍTULO 6

Los Sauces era un bonito restaurante rodeado de un gran parque, que era donde Alice pensaba esperar a su especial prometido, bajo la sombra de una palmera y armada de la paciencia de un santo. Iba decidida a pasárselo en grande viniera o no viniera Samuel. Almorzaría y disfrutaría del apacible mediodía, con el sol filtrándose entre las hojas de los árboles y las ramas susurrándole los sonidos del viento. Hasta poética se había puesto. Pero no era ella la que tenía que inspirarse, sino él, y más le valía que le hiciera el poema porque ningún “sí quiero” iba a salir de su boca.

Después del plantón de la noche anterior había decidido llegar tarde, pero puntualidad era su segundo nombre y allí iba media hora antes dispuesta a soportar como idiota un segundo desplante.

Al menos no se había arreglado tanto. Zapatos bajos, vaquero desteñido y una remera de licra blanca con unas flores estampadas por delante. También se había puesto un sombrero de paja en la cabeza, que tenía un precioso lazo de flores, por si el sol del mediodía rajaba la tierra.

Estacionó el coche de su madre en la calle, bajo la sombra de un frondoso árbol, e ingresó por el lateral que la llevaba al parque del restaurante. Ese era el lugar donde su madre y ella solían reunirse a comer con la familia Dávila. Alice rogó que ese domingo no aparecieran para ver cómo el hijo predilecto de Andrea la dejaba plantada.

Toda la familia sabía de su enamoramiento, rozando el capricho, como solían decir; y de la indiferencia de Samuel a sus sentimientos. *Eres demasiado transparente, deberías disimular*, le decía su madre. Pero ella no sabía fingir, sus ojos y su mirada lo mostraban todo.

Recorrió el sendero de piedra decidida a ocupar alguna mesa oculta entre las plantas, así podía mirar sin ser vista, pensó, pero a mitad de camino lo vio repantigado en una de las sillas. ¡Oh, maldito caradura!, susurró mientras abría la boca espantada.

Samuel había llegado temprano para cumplir con su parte de ser un hombre de esos con los que Alice soñaba. Después de todo, qué le costaba darle con el gusto por un día, solo era ser galante en el almuerzo, correrle la silla, decirle que estaba linda y esas cursilerías que a ella le gustaban tanto. Después de esa pequeña tortura vendría el casamiento. Seis meses de soportar la cárcel y al final tendría la libertad, más el hostel de Arturo que le daría

mucho dinero. ¡Adiós al trabajo en el banco! Sí, era un cretino. Pero no la estaba engañando, ella lo sabía.

Para empezar con buen pie había llegado una hora antes. Ni él se podía creer que estuviera actuando de esa forma. Se había levantado de madrugada para no cometer el error de dormir hasta las dos de la tarde. Se dijo que ese sacrificio era nada, puesto que su vida, su futuro, dependía de este almuerzo.

Lamentablemente, al llegar temprano se encontró con una de esas tantas mujeres que no podían ser su esposa. ¿Qué nombre le había dicho la chica? Zulma, Zulema o algo por el estilo. Ni siquiera recordaba cuando había salido con ella y como la había pasado. Eso le hizo dudar de su tan adorada libertad. ¿Qué era su vida?, una carrera a ninguna parte, se dijo confuso.

Arturo había sido un libertino y él siempre había soñado con seguir sus pasos. El problema era que desde que le había propuesto ese pacto a Alice, ya no veía con los mismos ojos su vida pasada. Ella lo divertía, lo hacía correr a rescatarla de ser engullida por ese mastodonte. Ella le despertaba sensaciones que las mujeres que tenía en la agenda del móvil por orden alfabético no le provocaban.

Zulma o Zulema le hablaba de salidas, de fiestas, de los hombres que se había tirado. Su vida reflejada en la de esa desconocida. Esa mujer hablaba su mismo idioma, tenía su mismo estilo de vida. Antes de que Alice se convirtiera en su única opción para el matrimonio la habría pasado bien. Pero Alice le estaba dando vuelta la vida.

Gesticulaba de forma tan exagerada al hablar que el ramo fresco de violetas, que le había traído a Alice para intentar ser un hombre romántico, Zulma o Zulema de un manotazo lo había volado de la mesa. Ahora estaba aprisionado debajo de su zapato de taco aguja, que bailaba nervioso al ritmo de sus comentarios de citas.

Él no tuvo la valentía de levantarlo, no quería parecer un idiota que traía flores a una mujer, y ahora las violetas estaban peor que el ramo reseco que le había llevado a Alice la primera vez. Era evidente que un hombre nacía romántico, no se hacía.

Ya se había aburrido de escucharla parlotear sin pausa, y solo quería que se largara de la mesa antes de que apareciera su futura y romántica esposa.

No tuvo suerte, porque Alice era tan estricta con los horarios que allí

estaba, de pie y con la boca abierta, media hora antes de las doce y treinta. El entrecejo fruncido, las manos cerradas en puños. La viva imagen de una mujer celosa dispuesta a armar un escándalo en el restaurante y arrancarle los ojos a él y la prolija cabellera a su acompañante.

Se levantó de la silla, sin importarle que Zulma o Zulema siguiera hablando de la cita de anoche, y le sonrió a Alice para intentar calmar la ira que veía en sus ojos.

–Mi querida futura esposa –dijo con voz ronca y fuerte para que todos los que estaban alrededor, y su acompañante no invitada, lo escucharan.

–¿Qué has dicho? –preguntó Zulma o Zulema.

Samuel la ignoró y se acercó a Alice, que para su sorpresa iba vestida como si la hubiera invitado a un picnic en el campo, no a un almuerzo romántico. Él se había puesto una camisa celeste y pantalón azul, solo para complacerla, puesto que prefería los vaqueros gastados, como el que llevaba ella.

Ondas desordenadas de su cabello caramelo salían del sombrero de paja que se había puesto en la cabeza. Llevaba la cara lavada, zapatos bajos y una remera con flores. La estampa de una adolescente ingenua, se dijo y sonrió al ver la pureza de sus gestos.

–Supuse que no vendrías –dijo Alice cuando lo tuvo frente a ella.

–Te equivocaste –dijo Samuel, y le plantó un suave beso en los labios cerrados. Todo un caballero para los besos que él solía dar. Retrocedió asustado por el pequeño impacto que sintió ante ese roce casi de amigo. Solo era un beso seco, un saludo algo más íntimo con una amiga, y nada más, se dijo para convencerse que no había sentido algo especial con ese roce. Ella se tocaba los labios como si estuviera imaginando escenas de novelas, y Samuel supo que había cometido un error de cálculos. Se estaba pasando con la conquista.

¡Me ha besado!, pensó Alice y entrecerró los ojos llena de emoción. No era un gran beso, pero sí para un hombre que toda la vida la había ignorado. Su mente voló por otro escenario: una cama, sábanas revueltas, dos cuerpos desnudos, la mano de Samuel recorriendo su sexo, jadeos, besos ardientes y... Abrió los ojos para volver a la realidad. Él estaba con otra, esa era la realidad.

–Esto es peor que si no hubieras venido –dijo Alice, y señaló a la mujer con escasa ropa que estaba sentada con él en la mesa. Los pechos rebosaban la camisa entallada y bien abierta para exhibir sus atributos. Una

diva en medio de ese escenario romántico al que la había invitado. Ella había venido vestida de campesina. Pero él la había besado, y eso significaba algo, se dijo Alice esperanzada.

–No vine con ella. La encontré acá y se sentó sin que la invitara. Ni siquiera recuerdo de dónde la conozco. ¿Qué querías que hiciera?, que la echara –dijo Samuel, y se asombró de estar dando explicaciones.

Alice le sonrió con ternura. Si la viera Constanza le daría un cocorrón en la cabeza para despabilarle la ensoñación.

–No sabes echar a las mujeres. Eres más romántico de lo que crees –dijo Alice, y sonriendo se acercó a la mesa decidida a ser cortés con la mujer.

Todo lo que digas será usado en tu contra, pensó Samuel, y la siguió a pasos rápidos para correrle la silla, como ella quería.

–Encantada. Soy Alice, la prometida de Samuel –dijo Alice con la autoestima por las nubes al recordar el beso delante de la que ella suponía era su cita.

–Zulema –dijo la mujer, y arqueó las cejas–. ¡Sorprendida es poco!

Alice fue a sentarse mientras le sonreía.

–Espera que te corro la silla, querida, no vaya a ser que por ser atento tú termines sentada en el suelo –aclaró Samuel, y Alice sonrió emocionada.

Todo era una farsa. Las atenciones a Samuel no le salían de forma natural. Pero Alice valoraba el esfuerzo.

–Gracias, querido –dijo Alice, se sentó y se sacó el sombrero de paja para no parecer tan ridícula–. ¿De qué conoces a Samuel? –preguntó Alice.

–Hemos coincidido en algunas ocasiones en los mismos sitios –dijo la mujer de forma ambigua.

–Mi novio es un libertino reformado. Dicen que son los mejores maridos cuando sientan cabeza –dijo Alice.

Samuel se atragantó con el agua que estaba bebiendo, y empezó a toser.

–¿Y tú crees que él va a dejar su vida anterior? –preguntó Zulema con un arqueado exagerado de sus cejas dibujadas. Alice no tuvo dudas que las había marcado con varios trazos de delineador.

–Si no la deja, yo lo dejo a él ¿Cierto, amorcito? –aclaró Alice.

Samuel asintió con los dientes apretados. Las dos hablando de él como si no estuviera, pero lo que más le molestaba era que Alice, la soñadora, la mojigata, se estaba burlando abiertamente de él.

–Zulma, mi novia y yo pensábamos compartir un almuerzo de pareja

–dijo Samuel a la mujer de forma directa para que se largara.

–Zulema –aclaró la mujer, y lo miró con el entrecejo fruncido–. ¡No te acuerdas de mí! –dijo sorprendida–. Creí que no era fácil de olvidar. Al menos los hombres que he tenido siempre me lo dicen –aclaró.

–Claro que me acuerdo –mintió Samuel.

–Dudo que esto te dure mucho, Samuel. Es más, estoy segura de que pronto nos veremos en los lugares que solemos frecuentar, y quizá tengas deseos de recordar lo que has olvidado –dijo resentida mientras levantaba de la silla sus piernas kilométricas y toda su esbelta figura.

A Alice el cambio de la mujer la puso incómoda. Eso y decirle que la iba a engañar con otra apenas se casaran, o antes incluso, era humillante. Se encogió de hombros, puesto que ella ya sabía lo que duraría el falso idilio.

–¡Que disfrutes de la vida! –dijo Alice a la mujer que ya caminaba por el sendero.

–Y tú disfruta mientras te dure –dijo señalando a Samuel.

–Eso haré –contestó Alice. Eso mismo era lo que ella se había propuesto–. Simpática tu amiga –comentó Alice.

–Eso parece –dijo Samuel sin prestarle atención porque estaba analizando su vida anterior... y la nueva. También estaba con la vista en el piso, mirando el ramo de violetas que le había traído a Alice. No sabía si recogerlo o darle una patada para que Alice no viera en el estado que había quedado. Quizá con el beso y la corrida de silla ya era suficiente romance para ella. *No te pases con esto del romanticismo*, le gritaba la voz de su conciencia. Pero en lugar de escucharla, se agachó, levantó lo que quedaba del ramo y se lo entregó con un encogimiento de hombros.

–¡Otro más! ¿Estás bien, o te ha dado una fiebre de esas que te hacen delirar? –preguntó con ese sarcasmo que él desconocía en ella, y largó una carcajada que fue como el canto de los pájaros en los amaneceres en la casa de Arturo–. Es hermoso. Bueno, está un poco arruinado, pero al menos las violetas no se han puesto marrones. Gracias –dijo llena de emoción.

–Está peor que el anterior. Pisoteado, con los tallos rotos. Es una miseria –dijo Samuel enojado–. No veas lo que no es, Alice.

–Samuel yo veo gestos –aclaró Alice, y acercó la naricita a las flores–. Huelen mejor que las otras –dijo con una sonrisa.

Ella estaba empecinada en ver lo que quería. No la contradijo. Cuanto más fácil se conformara, menos trabajo para él.

Almorzaron disfrutando una amena conversación. Temas

intrascendentes, como el tiempo, el hermoso entorno que los rodeaba. Sobre si les gustaba vivir en una casa o en un departamento. Ella eligió casa, y Samuel departamento. La verdad que a Samuel le gustaba más la comodidad de una casa, pero no quería perder el tiempo arreglando el jardín por eso había optado por un departamento. El almuerzo venía bien hasta que ella preguntó:

–¿Dónde vamos a vivir cuando nos casemos?

Samuel tosió, y un trozo de milanesa salió volando de su boca y pasó rozando los bucles desordenados de Alice. Nunca se imaginó que luego de una charla intrascendente ella le saldría con semejante planteo, y respondió sin pensar.

–La verdad es que no pensé en esa parte. Estoy seguro de que tú no querrás dejar sola a Constanza, por lo que podríamos obviar el asunto de la convivencia –aclaró Samuel poniendo de excusa a la madre de Alice.

El almuerzo relajado se había ido al traste, se dijo Samuel al ver que Alice dejó de comer y posó sus ojos en la nada. El silencio se tornó incómodo entre ellos, o quizá solo él se sentía así. Por lógica, todos sus intentos románticos cayeron en saco roto con sus últimas palabras. En poco tiempo ellos serían un matrimonio y él sabía que tendrían que convivir, pero como conocía todas las tretas de las mujeres, se puso a la defensiva. *Alice no tiene tretas. Ella no intentaría nada. Lo estaba ayudando*, se dijo. Por otro lado, si la dejaba a su aire seguro que ese mastodonte de Mariano la iba a perseguir hasta llevarla a la cama, y él no pensaba pasar por idiota. Vivir en casas diferentes lo tendría día y noche pensando que lo podía engañar. Y Samuel no podía tolerar ser un cornudo.

–¿De dónde conoces al mastodonte que te acosaba anoche? –preguntó intrigado. La curiosidad le jugó una mala pasada.

Alice, que había quedado como en trance, regresó a tierra y le sonrió ladina. Una sonrisa que cualquier hombre se habría quedado mirando embobado. Otra virtud de Alice, no exigía, no reprochaba, y se allanaba a todo.

Desde que había hecho ese pacto con Alice, él supo que saldría perdiendo.

–Mariano es un compañero de trabajo de la empresa de arquitectura. Él es arquitecto, y yo la asistente de uno de los socios, pero todos compartimos un amplio salón y nos vemos a diario –respondió Alice de forma educada, aunque le hubiera gustado lanzarle el plato por la cabeza

luego de su comentario de que se quedara a vivir con su madre. Si se pudiera elegir de forma racional a quien amar, Samuel habría estado tachado de su lista.

–Es decir, que siempre te está acorralando –preguntó, la curiosidad por saber sobre los pretendientes de Alice no le dejaba mantener la boca cerrada.

–Siempre me invita a salir. Le he dicho cien veces que no, pero no se da por vencido –dijo Alice mientras se llevaba el tenedor con un trozo de milanesa a la boca.

¡Qué boca sensual!, pensó Samuel que no podía apartar sus ojos de esos labios. Labios que había cometido el error de probar.

–¿Y hay más acosadores? –preguntó, y bebió un sorbo de vino tinto.

–Bueno, Juanjo ya dejó de insistir y ahora está muy enamorado de su novia. Es el hombre que ayer me dio el bolso cuando me sacaste a empujones de la confitería –aclaró, y él trató de recordar a Juanjo, un tipo alto y flaco que vino corriendo hacia ella. No era un adefesio, aunque mucho no se había fijado. Solo creyó que era un compañero atento, no otro más de lo que la llenaban de atenciones.

–¡Vaya! Pensé que no habías tenido oportunidades. Bueno, era lo que solían comentar mis hermanas.

La mirada irónica de Alice lo irritó.

–Claro que he tenido oportunidades. Tus hermanas lo saben. Seguro que querían saber tu reacción –dijo Alice, y se tapó la boca con la mano.

–Nunca reaccionaba, Alice.

–Lo sé. Pero ellas siempre creyeron que tras tu indiferencia conmigo había un verdadero interés. ¡Qué ingenuas! Pero no te preocupes. Me quedaré viviendo con mi madre, y a los seis meses yo seré quien pida el divorcio –aclaró.

¿Qué? Todavía no estaban casados y ya estaba pensando en el divorcio. Acaso tenía más pretendientes que esos dos que le había nombrado. Él no era curioso, y menos con la vida de Alice, pero no pudo dejar de preguntar. Necesitaba saber a qué atenerse durante los seis meses del trato, puesto que ella parecía más ansiosa que él por recuperar su libertad.

–Estás muy apurada por recuperar tu libertad ¿Acaso hay más pretendientes haciendo cola? –al ver el arqueado de cejas de Alice, se dijo que debería haberse cosido la boca, pero allí estaba esperando su respuesta, a pesar de que le había dejado en claro que él no tenía interés en ella.

–En la oficina he tenido cuatro compañeros que me han invitado a salir. Bueno, en realidad uno es socio del estudio. Con él salimos algunas de veces.

–¿Y? –preguntó Samuel. En lugar de concentrarse en su plato, la miraba expectante.

–Y nada. No me gustaba más que para amigo, y se lo dije –dijo Alice, y Samuel sintió una punzada de celos.

¡Cuatro en la oficina! ¿Acaso todos los hombres de la ciudad se la habían querido tumbar? Él había creído que Alice la romántica solo vivía para leer novelas, pero allí estaba ella sacándolo de la ignorancia. Además, salía algunas veces con el socio, que debía tener un muy buen pasar económico y debía llenarla de atenciones.

–No puedo permitir que me pongas en ridículo con tus salidas con ese socio, y mucho menos que el resto tenga expectativas estando casada conmigo. Eso me pondría en ridículo –dijo Samuel a modo de excusa–. Vamos a vivir en la casa de Arturo mientras dure nuestro trato, y ni una queja –aclaró.

Al ver la radiante sonrisa de Alice, comprendió que ella no se pensaba quejar. Parecía tan emocionada que lo único que le faltaba era ponerse a dar brincos en la silla.

Samuel se removió incómodo en su silla. Cada vez se metía más en el lodo. Ahora iban a convivir durante seis meses, y él no sabía cómo iba a hacer para no caer en la tentación. Al menos la tendría controlada, porque no pensaba ser el cornudo mientras todos sus compañeros se la querían llevar a la cama.

–Me parece bien –dijo Alice con voz serena, como si le diera lo mismo vivir con él o con su madre, aunque Samuel estaba viendo esos rayitos dorados que iluminaban con más brío el marrón de sus ojos cuando ella conseguía lo que quería.

–¿Todo lo que digo te parece bien? –preguntó Samuel irritado.

–Es un trato, Samuel. No te lo tomes como algo real –aclaró Alice.

Nada de brincos en la silla. Su voz sonó bastante indiferente. Su aceptación, como de compromiso a algo que él creía que la iba a elevar a las pocas nubes que corrían en el cielo, y eso lo estaba cabreando.

Era un pacto, pero el casamiento sería real. La convivencia, una terrible tortura; y a ella le parecía bien. Nada de gracias Samuel, estás cumpliendo mi sueño. Te atrapé como a un mono que mete la mano en el

agujero para sacar la banana.

Mientras él hervía de bronca y no podía pasar bocado, Alice había dejado el plato lustroso. Era de buen comer, y ni se fijaba en las calorías. Al observar su buen cuerpo supo que era una de esas mujeres beneficiadas por la naturaleza, que podían darse una panzada sin sufrir las consecuencias.

Debería estar agradecido con su manera conformista de ser, pero estaba furioso porque tenía la certeza que Alice ocultaba sus verdaderas intenciones. Algo tramaba esa mujer, no tenía dudas. Si ella pensaba que en seis meses se iba a convertir en un tonto enamorado, él le demostraría lo equivocada que estaba.

–Tengo un amigo en el registro civil y conseguí fecha para el viernes. Sería bueno que pidas un permiso en tu trabajo para que podamos disfrutar de nuestro nidito de amor –dijo Samuel con sarcasmo.

Ella lo miró sorprendida, y por fin se removió incómoda en la silla. Un punto para mí, se dijo Samuel, y le sonrió con burla. Quizá, si la acosaba, como lo hacían sus compañeros de oficina, podía hacerle perder la compostura.

Esto ya no era solo un trato, claro que no, esto se estaba convirtiendo en un reto. Él quería doblegarla, quería romper su armadura y penetrar en sus pensamientos. Conocer sus deseos, sus anhelos, lo que realmente estaba tramando para no andar a ciegas.

El móvil de Alice sonó, y ella lo sacó del bolso. Miró la pantalla y sonrió antes de atender.

–Gerardo, es domingo –dijo Alice, y río–. ¿Qué quieres?

Samuel no escuchaba nada, a pesar de que había dirigido el oído derecho hacia el móvil de Alice. Solo podía ver su tierna sonrisa que era, por lógica, para ese Gerardo que no sabía quién era.

–Mañana estaré a las siete y media de la mañana para prepararte la reunión –dijo Alice–. Nos vemos –otra pausa–. Sí, claro que iré contigo –aclaró.

Cuando ella cortó seguía con esa sonrisa cariñosa. Samuel sintió que hervía de bronca.

–Supongo que este es el socio que te quiere para algo más –aclaró Samuel.

–Supones bien –dijo Alice. Lo estaba cabreando. Él levantaba vuelo con nada, y eso la hizo sonreír. Si supiera que Gerardo tenía sesenta y cinco años, amaba más que a nada en el mundo a su esposa Tania, a sus tres hijas y

a sus dos nietos—. Bueno, creo que has cumplido tu parte conmigo. Te dejo libre para que puedas disfrutar de la semana que te queda, porque una vez que sea tu esposa no voy a permitir que sigas con tus ligues. Y no te olvides que espero el poema porque no habrá “sí quiero”.

–Eso va también para ti, querida –aclaró Samuel indignado.

¡El poema!, de donde iba a sacar ingenio para hacerle un poema. Recordando que para ella solo valían las intenciones no se preocupó demasiado.

Samuel levantó la mano para llamar al camarero, pagó la cuenta y salió con ella del restaurante.

La semana previa no disfrutó con ninguna mujer. Esa arpía de Alice, que no era lo que él se había imaginado, no dejaba de rondarle por la cabeza. El lunes, mientras trabajaba en su oficina en el banco, su mente estaba en la reunión que estaría compartiendo con el socio que la quería conquistar. Tampoco se podía sacar de la cabeza al mastodonte, que quizá ya la había acorralado unas cuantas veces en algún pasillo de la empresa.

Por la noche salió dispuesto a conseguir alguna mujer para llevarse a la cama. Estaba necesitado pero ninguna lo entusiasmó, y antes de las doce estaba recostado en su cama, como el móvil abierto y sin animarse a mandarle un mensaje a Alice para descubrir si estaba sola o se había ido a divertirse al bar con sus conquistas.

El martes fue igual, y el miércoles ya ni siquiera fue al bar. No podía dormir pensando que en dos días estaría casado con ella, y la muy ladina ni siquiera lo había llamado por teléfono.

Alice lo estaba matando con la indiferencia, supuso, o vaya a saber cuáles serían sus intenciones, puesto que él ya no conocía a la que sería su esposa. Ella era una caja de sorpresas.

Había revisado el móvil más veces de las que quería reconocer, porque desde el domingo tuvo la certeza de que ella lo acosaría con llamados. Pero nada, ni siquiera una consulta sobre la elemental ceremonia que se haría en la casa de Arturo. Esa reuñoncita no fue idea suya, sino de su madre, que lo llamó el martes para decirle que Constanza y ella se encargaría de preparar el festejo.

Tuvo ganas de decirle que no había nada que festejar, que solo era una formalidad. Pero recordó que la romántica debía estar metida en el asunto, poniendo alfombra roja, sillas con moños de satén y flores en el

recorrido, y decidió dejar que hiciera lo que quisiera. Lo importante era tenerla contenta para que diera el “sí quiero”. Ya estaba jugado, y no quería perder su única opción de hacerse con la herencia de Arturo.

El móvil seguía en sus manos, y decidió a llamarla él para saber si estaba nerviosa, o para tantear si se había arrepentido.

Samuel hizo cuatro llamadas sin que lo atendiera, y supuso que con la vida de solterona que debía llevar, ya estaría en el quinto sueño. Debería haberla dejado descansar, pero decidió insistir hasta que atendiera el puto teléfono. Si la despertaba, mejor, así no era solo él quien estaba con insomnio por el desmoronamiento de su mundo ideal en apenas dos días.

Sonó una, dos, tres veces, y un “hola” a gritos lo dejó patidifuso. De fondo oía las risotadas y el fuerte sonido de una música, que le llegaban como si la fiesta la estuvieran haciendo en su departamento.

–¿Samuel, eres tú? –dijo la chillona voz de la tía Flora.

¿Qué hacía la tía Flora en la casa de Alice?

CAPÍTULO 7

–¡Tía Flora! ¿Qué haces con el móvil de Alice? –preguntó Samuel.

–Estamos haciendo la despedida de soltera de Alice en la casa de Arturo y... ¡Oh, muchacho!, esto es algo que nunca había visto. ¡Dios mío, qué pedazo de hombre! Está sacándose toda la ropa mientras bailotea su miembro como si sacudiera la manguera para regar el césped –dijo Flora, que no parecía horrorizada, sino fascinada–. Nunca había visto semejante aparato –gritó enloquecida.

–¡Qué! ¿Estás segura, tía? ¿Es Alice la que está allí contigo?

–Sí, ella está tratando de manotear, ja, ja, ja –dijo Flora sin parar de reír.

–¡Manotear! –exageró Samuel, pero Flora siguió riendo–. ¿Están en la casa de Arturo? ¿En mi casa? –preguntó a gritos.

–No es tu casa hasta que no pases por el párroco. Pero Alice se ha instalado acá desde el lunes. Se trajo sus cosas, y ha estado limpiando y acomodando todo. Arturo era muy descuidado, y ella quería que todo estuviera lindo. Ja, ja, ja –largó otra carcajada–. Andrea y Constanza están tratando de subirse a la mesa.

–¿En qué mesa? ¿Mi madre está allí? –dijo Samuel con los dientes apretados. Era tan desordenada la información de su tía que Samuel tuvo que imaginar las escenas pornográficas que estaban sucediendo allí.

–Sí, y tu padre está indignado. Le dijo que si se unía a la locura de Alice no volvía más a la casa. Como ella todavía sigue con el tema de la amante, se vino corriendo para hacerlo cabrear, y se trajo a Pamela y a Karina. Nunca me imaginé que esas dos eran tan mojigatas. Las pobres son las únicas que están paradas en un rincón, aunque no le sacan los ojos al muchacho, bueno, al muchacho no, sino a su... ya sabes. ¡Y qué muchacho, Samuel! –volvió a repetir Flora, cómo si él no hubiera escuchado las virtudes del tipo.

Su madre, Constanza y la tía Flora metidas en esa orgía. En realidad la que menos daba el perfil para estar disfrutando de esas fiestas era Alice la romántica, que lo había obligado llevarle flores, correrle la silla y cumplir un montón de idioteces, pero allí estaba tratando de tocar el pene de ¡un extraño!

No te olvides del poema, le había dicho antes de abandonar el restaurante. Samuel hervía de bronca. Había estado toda la semana sin poder

acostarse con alguno de sus ligues, y ella le pagaba llevando a la casa de Arturo, su casa, la que iba a compartir con ella, a un stripper.

A pesar de su furia algo se despertó por allí abajo, algo que toda la semana había estado duro de necesidad, y que él había intentado aplacar con alguna de las mujeres de su lista, pero al llegar a sus lugares habituales ninguna había logrado que se excitara como para llevarla a un hotel a descargar su frustración. Perfectas, radiantes, y ninguna lo había tentado. La romántica era la única que despertaba su deseo. Seis meses de tortura, eso le esperaba, porque no pensaba caer en tentaciones que lo ataran de por vida.

—¿Tía Flora, estás ahí?

Nadie respondió del otro lado. La tía Flora, que vivía criticando hasta a los perros, había dejado el móvil tirado en algún lado y encendido, y se había ido a divertir con el tipo que mostraba sus partes íntimas. Solo se escuchaba música sensual, chillidos, risas y murmullos. Estos últimos debían ser de Pamela y Karina, sus hermanas mojigatas, porque a Alice ya no le iba el mote. Ella era una traicionera que simulaba ser una cosa y era otra.

Le había pedido fidelidad, ¿y ella?, acaso creía que él sería un monje mientras ella se iba de parranda por ahí a recrear la vista o tratar de tocar las partes íntimas de los hombres.

El timbre del portero lo apartó un segundo de la fiesta que se había quedado escuchando por el móvil y puso el altavoz para seguir enterándose de todo lo que estaban haciendo. Cuando preguntó quién era, escuchó el alarido de su padre: *Abre la puerta, maldición que estoy que trino*, gritó Gabriel, y él se sintió también con ganas de trinarle a alguien. Pulsó el botón para destrabar el ingreso, y abrió la puerta del departamento para que entrara su padre.

Unos minutos después Gabriel entraba a zancadas.

—Todas las mujeres están metidas en la casa de Arturo con un tipo que se está desnudando —gritó Gabriel.

—Lo sé —dijo Samuel, y señaló el móvil que había en la mesita baja de la sala—. Hasta Flora está allí. Ella atendió la llamada que le hice a Alice —aclaró.

—Con todas las mujeres que has tenido, y te vas a casar con la peor —dijo Gabriel, y a Samuel le cayó mal el comentario de su padre. Alice no era lo que él había imaginado, pero eso no quería decir que fuera como las mujeres que él frecuentaba. No la estaba justificando, pero tampoco podía juzgarla por una despedida de soltera en la que estaban participando todas las

mujeres de su familia, incluida la solterona de la tía Flora.

–No debe ser para tanto. Está su madre y mamá –dijo Samuel.

–Constanza y Andrea son las peores, de eso no tengo dudas –dijo Gabriel, y Samuel supo que hablaba su ira. Desde que se había divorciado, su padre andaba como alma en pena. Si bien se veía todos los días con su madre, él tenía la certeza de que no habían intimado más. Antes eran un matrimonio que compartían muchas cosas, inclusive cocinaban juntos de noche, uno al lado del otro, mientras se contaban como les había ido su día, pero ahora su padre se comportaba como un zombi. Estaba presente, pero habían perdido las risas, la complicidad. Él solo iba, se quedaba un rato como si no pudiera estar alejado, y se marchaba. Apartó el problema de sus padres porque eran ellos los que lo tendrían que resolver. Él estaba a dos días de casarse y tenía más problemas que la tía Flora, que según ella, le habían caído todos los males del mundo.

–Pretende que sea un mequetrefe romántico. Y lo he intentado para salvar la herencia de Arturo –aclaró para que su padre no creyera que estaba fascinado con el papel que le había obligado a cumplir Alice–. Dos veces le he regalado flores –no aclaró que un ramo había estado seco y el otro pisoteado–. La invité a almorzar y llegué una hora antes para compensarla porque el día anterior la había dejado plantada. Incluso le corrí la silla cuando llegó. La noche anterior hasta la rescaté de las garras de un compañero que estaba en la confitería y por poco la engulle con su abrazo –se había embalado, y no había detectado el rostro sorprendido de su padre–. Y ahora, allá está tratando de tocarle el pene a un desconocido, a dos días de casarnos. Y mientras ella hace lo que quiere, yo tengo que hacerle un puto poema porque no se casa sin ponerme en ridículo –dijo Samuel con los dientes apretados.

La carcajada de Gabriel lo indignó.

–¡Un poema! –dijo sin dejar de reír–. Estás jodido, hijo. Muy jodido –aclaró Gabriel–. Esto no tiene pinta de ser solo un trato de seis meses, esto va para largo –comentó.

Unas risas les llegaron desde el móvil, seguidas de un ¡Oh!, ¡Ah!, ¡guau!, ¡vaya!, y hasta un ¡pamplinas!, que debía ser de la tía Flora. Todo ese escándalo con aplausos incluidos. Después se escuchó un griterío que a Samuel le hizo hervir la sangre. Su padre miraba el móvil desde donde salía el estruendo como si quiera estamparlo contra la pared. Samuel no tuvo dudas que el tipo que habían llevado se había sacado el taparrabos.

Que a dos días de casarse, Alice estuviera gritando por un extraño lo hizo sentir como si ya le estuviera metiendo los cuernos.

–A las mujeres hay que padecerlas, pero sin ellas no estamos completos –aclaró Gabriel.

Samuel creyó que ese comentario era por lo que había pasado con su madre. Dos años divorciados, y su padre no lo superaba. Pero a él solo le rondaba por la cabeza el “estás jodido, muy jodido”, porque en los últimos días había pensado lo mismo.

¿Por qué Alice estaba haciendo una despedida de soltera con un stripper si lo de ellos solo era un pacto? Ella misma había aclarado que a los seis meses cumpliría su palabra. ¿O quizá estaba diciendo una cosa mientras maquinaba la forma de engancharlo de por vida?

–Yo soy muy feliz con mi libertad, papá. Este matrimonio es solo porque a Arturo se le ocurrió manejarme a su antojo. El hombre más libre que he conocido me ha atado de pies y manos –aclaró Samuel mientras se levantaba del sillón para buscar dos cervezas en la nevera–. ¿Quieres? –su padre asintió, y se acercó para entregarle una de las latas.

–A tu madre las amigas le hicieron una despedida de soltera dos días antes de casarnos.

–Me imagino que no tenía nada que ver con la de Alice –dijo Samuel. Su padre sonrió con ternura y negó con la cabeza.

–Deben haber mirado alguna película porno, pero nada más. Recuerdo que le regalaron ropa interior de encaje, y ella estaba fascinada. La estrenó para la noche de bodas.

–No sigas contándome dónde fue a parar la ropa interior. No te olvides que soy tu hijo –aclaró Samuel lleno de pudor.

–No pensaba contarte nada.

–Menos mal. Por esta noche ya he tenido suficiente –dijo Samuel, pero no era suficiente. Los gritos y risas seguían llegando desde el móvil que Flora había dejado conectado, y él lo apagó.

Que Alice hiciera lo que quisiera. Qué podía importarle a él. Inclusive podría usar ese desliz de ella para salir disparando de la casa cuando se sintiera agobiado. Seis meses compartiendo la vida con Alice era algo que no sabía cómo iba a sobrellevar.

Al recordar que ella tenía a un desconocido bajo el techo que compartirían, tiró todas sus deducciones por la ventana. No podía permitir lo que estaba haciendo, pacto o no, ese lugar sería el hogar conyugal, se dijo y

salió a zancadas.

–¿Adónde vas? –dijo Gabriel.

–A sacar a patadas a ese tipo que se ha metido en “mi casa”, y se está sacando los calzoncillos delante de la que será “mi esposa”. Ella me debe respeto, el mismo que me pidió a mí –dijo Samuel, mientras entraba al ascensor.

Las puertas se cerraron y Gabriel se quedó allí, esbozando una sonrisa de lado.

–Vaya Arturo, ya veo que te propusiste enmendar las malas enseñanzas que le diste a Samuel. Mi duda es si tu candidata era Alice, aunque conociendo lo inteligente que eras, no debería dudar –dijo Gabriel mirando hacia arriba y sin borrar su sonrisa.

CAPÍTULO 8

Una mujer fatal escondida bajo la apariencia de una romántica empedernida, eso era Alice. A Samuel todavía le costaba creer que hubiera metido en su casa, la casa que compartirían los dos, a un tipo que se iba sacando capa a capa la ropa hasta quedar en bola.

Samuel manejó pasando el límite de velocidad para llegar antes de que la fiesta terminara. La colina junto al hostel era el único inmueble que había tenido Arturo para su uso, y quedaba a una hora de la ciudad. O Alice había renunciado al trabajo o iba y venía como lo había hecho Arturo, ya que según tía Flora llevaba del lunes instalada allí.

Ella le había mostrado indiferencia y hablaba del matrimonio como un deber que tenía que cumplir, pero no había perdido el tiempo, puesto que ya estaba instalada en su casa.

Llegó al campo en tiempo récord, se bajó, caminó a zancadas por el sendero y subió de dos en dos los escalones de la galería. La música sensual se escapaba por las ventanas abiertas, aunque quedaba tapada por las risas y los gritos de las mujeres, que seguían pasándosela en grande.

Abrió la puerta con tanta bronca que la estampó contra la pared.

Parado, con las piernas separadas, observaba lo que él había creído que era una orgía.

Cinco mujeres disfrutando de un *pijama party*. Se reían y chillaban al ver a Flora girando como loca en medio de la sala, con del perro que heredó de Arturo, que no dejaba de morderle el ruedo del camisón. Un camisón de lanilla con flores desteñidas de la época de matusalén. Constanza y Andrea eran otra historia. Las dos estaban con ropas sensuales. Las dos eran mujeres atractivas, que cuidaban su figura, a pesar de sus casi cincuenta años. Sus hermanas, las mojigatas, tenían unos pijamas discretos que les marcaban el cuerpo. Y Alice... Alice iba llena de encajes y lasos. Una romántica empedernida, se dijo y tuvo ganas de salir corriendo. Pero se quedó allí parado, observando lo que había creído que era una orgía. Flora lo había engañado, puesto que lo que había arriba de la mesa no era un stripper, sino el televisor de pantalla plana de Arturo, que mostraba a un hombre sacándose la ropa. *Alice está tratando de manotear. Andrea y Constanza se están tratando de subir a la mesa*, eso le había dicho, y él se lo había creído.

El tonto de Samuel está en la puerta. Casado como un idiota. El tonto

de Samuel está en la puerta. Casado como..., ese era el loro de Arturo. La tía Flora había venido a la despedida de soltera con la fauna a cuestas. Claro, no iba a arriesgarse a perder el dinero mensual dejando todos los animales solos en la casa. Ella los cuidaba como si fueran frágiles cristales.

Todas se giraron a mirarlo. Constanza y Andrea arquearon las cejas. Sus hermanas se le reían en la cara. Flora dejó de bailar y lo miró horrorizada.

–¿Qué haces acá? –dijo su futura y arpía esposa.

–¡Oh! Madre mía –exageró Flora–. Te llamó al móvil y me olvidé de apagarlo –se tapó la boca con la mano.

–¿Llamaste al móvil de Alice? –preguntó su madre.

–¿Y creíste que estábamos en una orgía? –preguntó Constanza.

–Eso le hiciste creer a papá, Andrea. Él vino a mi departamento porque estaba muy afectado con tu descaro –dijo Samuel, y miró con reproche a su madre. Ella agachó la cabeza para ocultar su sonrisa, y se puso a enredar los dedos en el lazo del camión de satén. Tretas, las tretas de las mujeres. Todas eran iguales, se dijo.

–Pero como puede acusarme de libertinaje después de haberse tirado a su secretaria de la edad de sus hijas –dijo Andrea.

–Nos arruinaste la diversión, Samuel. La estábamos pasando genial –dijo Carina indignada.

–Este casamiento no es real, por Dios, si ni siquiera deberían estar haciendo una despedida de soltera. No sé qué idea se te ha metido en la cabeza, Alice. Tú misma me has dicho que a los seis meses me vas a pedir el divorcio. Y no entiendo a qué viene toda esta farsa –dijo Samuel señalando todo, la película porno, las cervezas vacías en la mesa, las papas fritas desparramadas en la alfombra.

Ella lo miró con los ojos brillantes.

–Si serás bruto –dijo Pamela, que se había acercado a él para darle un golpe en el pecho.

–Bruto no, soy realista. Y Alice también debería serlo, puesto que sabe que este es un matrimonio para no perder la herencia de Arturo –aclaró Samuel.

–Para que tú no pierdas la herencia del tío –dijo Carina, que también se le vino encima para increparlo.

–También es por ustedes –aclaró Samuel.

–¿Y Alice qué papel juega en esta mierda? –preguntó Pamela.

–Tendrá una recompensa. Ella lo sabe y lo ha aceptado –aclaró Samuel.

Alice se había levantado del suelo y estaba de espaldas a todos. Las risas que habían compartido se habían ido al traste desde que él había venido a humillarla, a decirle que esa reunión era una estupidez.

Puede que tuviera razón, pero él nunca entendería lo que ese trato con fecha de caducidad significaba para ella. “Tendrá su recompensa”, nunca había conocido a un hombre más despreciable que Samuel Dávila. Se le resbaló una lágrima, pero esta vez no se quedó simulando una entereza que no sentía, sino que subió corriendo las escaleras y se encerró en la seguridad de la habitación que ocupaba desde que se había instalado allí.

Toda una semana limpiando la casa para vivir en un lugar agradable. Una semana cambiando cortinas y rellenando almohadones porque Arturo nunca le había dado importancia a los detalles.

La estúpida era ella, que a pesar de que en seis meses se iría sin que la echaran, le había puesto entusiasmo, garras e ilusión a sus seis meses de gloria. Algunas señales de Samuel le habían bajado las defensas y desde el lunes se venía comportando como una soñadora.

Hacía años luz de aquella época en la que creía en los cuentos de princesas, pero un beso seco, una corrida de silla y dos ramos mustios le habían devuelto la ilusión. Pues esa noche ya había entendido que tras sus atenciones él solo estaba cumpliendo con lo pactado. No había, como le había dicho Carina y Pamela, un hombre que no quería ver sus sentimientos. No, ese hombre no sentía más que indiferencia por ella, como se lo había demostrado durante toda la vida. La estaba usando y ella se lo estaba permitiendo.

Se arrancó a tirones el camisón de encaje y puntillas, que cayó como un trapo deshilachado a sus pies, y se dirigió a su maleta para sacar un vaquero viejo y ancho y una remera holgada que no dejaba ver la forma de su cuerpo. Así se vestiría durante los seis meses, sin provocar, y solo se dedicaría a esperar que pasara el calvario.

Cuando salió de la habitación, se quedó en el pasillo al escuchar la conversación que mantenían en la sala.

–¿Por qué no te buscaste otra para casarte? –preguntó Constanza–. Es humillante lo que le estás haciendo. Arturo no te lo perdonaría nunca –comentó su madre.

–¿Y tú cómo sabes tanto de Arturo? ¿Eras su amante, Constanza?

Alice retrocedió dos pasos.

–Ese no es asunto tuyo –dijo Constanza con esa voz gruesa que le salía cuando estaba furiosa. Alta, de tez aceitunada y elegante. Tan segura como insegura era su hija. Una mujer nacida para hacer pedacito a los hombres, y Samuel no tuvo dudas que entre ella y Arturo había existido algo.

–¿Ella es su hija? –preguntó Samuel.

–¡Cómo te atreves a decir eso!

–¿Entonces quién es su padre?, y por qué Arturo actuaba como si fuera su hija.

–Crees que si Arturo hubiera sido el padre de Alice yo no habría parado esta locura. Por más farsa que sea, no habría permitido que mi hija se casara con su primo hermano, Samuel.

–¿Él quería que fuera ella? Arturo sabía que no había otra, por eso me puso esa maldita condición –dijo Samuel, la última frase no era una pregunta sino su conclusión.

–Una maldita condición que mi hija debería haber rechazado. Pero es demasiado buena para dejar que pierdas la herencia de tu tío. Si yo hubiera estado en su lugar, te habría echado a patadas cuando fuiste a hacerle esa despreciable propuesta –dijo Constanza con los dientes apretados.

–Tienes un pésimo concepto de mí. Lo que no entiendo es por qué estabas participando de esta farsa –dijo Samuel.

–Porque esto para mí hija no fue una farsa. Esto fue su despedida de soltera y la disfrutó hasta que apareciste tú a arruinarlo todo. Ella por seis meses será tu esposa, sin importarle el maldito pacto que le propusiste. Acaso no te das cuenta de lo que esto significa para ella –aclaró, y Samuel cada vez se sentía más confuso–. Será mejor que me vaya, no quiero que mi hija escuche toda esta mierda.

Alice no estaba en condiciones de seguir enfrentando más humillaciones, por lo que giró sobre sus talones y regresó a la soledad de la habitación. Puso el pestillo y se quedó esperando en silencio que se marchara. Los pasos de Samuel resonaron en la escalera y el pasillo. Ella lo sentía tras la puerta de su habitación, pero, para su alivio, a los pocos minutos se alejó. Alice sintió el silencio en toda la casa, y se quedó tras la cortina del ventanal esperando ver el coche de Samuel alejarse por el camino, pero seguía estacionado en el ingreso. Pasada media hora supo que no se iría, y también que no la molestaría.

Se recostó en la cama pensando que no podría dormir. Los

pensamientos iban a acosarla hasta la madrugada. Su madre la había puesto en evidencia. La había humillado al contarle a Samuel que ese matrimonio ella lo viviría como si fuera real.

Todo lo que había simulado frente a Samuel y Constanza, en un segundo, había desnudado todas sus emociones. Ya no tendría que disimular. Esa noche sus ilusiones por fin habían caído en saco roto, y ella estaba aprendiendo a poner los pies en la tierra. Seis meses de soportar la convivencia, y si te he visto no me acuerdo, como él le había dicho. Esa deducción fue como sacarse un gran peso de encima, y se durmió.

El único que pasó la noche en vela fue Samuel, sentado tras el escritorio de su tío, maldiciéndose por la situación en la que lo había puesto Arturo, y rebuscando en su mente un poema que le permitiera cumplir con las exigencias de Alice.

El haberla visto con un camisón de encaje y satén lo había dejado a punto del infarto. La veta romántica que él siempre había imaginado por fin había salido a la luz. Pero esa parte de la que siempre había huido, esta vez le había provocado una erección, y eso era algo más terrorífico que el impacto del camisón.

Bueno, ya estaba convencido que se pondría duro aunque llevara una bolsa de papas. Él había descubierto, después de años de ignorarla, lo que había debajo. Conocía esas piernas, el culito parado y uno de sus pechos. El resto se lo había imaginado noche tras noche. Y no solo era el cuerpo, era ella, que no tenía nada que ver con sus suposiciones, ¿o sí? Ya no sabía quién era Alice. Ella lo tenía desconcertado.

Cuando estaba frente a él se mostraba indiferente y sarcástica. Pero esa noche la había pescado *in fraganti*. Encima, las palabras de Constanza le retumbaban en la cabeza. *La despedida de soltera fue real. El casamiento es real para ella.* Eso, sin duda, era lo más aterrador de ese día. Alice estaba simulando indiferencia, pero en el fondo se estaba tomando el matrimonio como algo real. Furioso, estaba furioso con Alice, con él mismo y con Arturo, sobre todo con Arturo por provocar esta situación.

Por lógica, todas esas deducciones no despertaron su parte emotiva para hacer el poema más romántico. Él tenía que desencantarla, tenía que lograr que se le pasara ese embobamiento que tenía por él. Tenía que lograr que quisiera salir huyendo del matrimonio. Y como no podría dormir, se puso a hacer un poema que le quitara todo ese amor que creía sentir por él.

En el cielo las estrellas, en el campo las espinas, y en el centro de mi

pecho, tú, mi peor pesadilla, como una daga clavada de por vida.

Samuel frunció el entrecejo. Ni era original, ni era romántico, pero serviría para su cometido.

Intentó hacer algo mejor aunque sin exagerar demasiado. Escribió, tachó, escribió y tachó palabras hasta que una sonrisa de triunfo le borró el entrecejo fruncido.

El día que naciste, mi madre te puso en mis brazos. Dejarte caer al piso fue mi primer pensamiento. Menos mal que no lo hice, sino no estaríamos aquí, tú y yo, a punto de casarnos para salvar la herencia de Arturo.

Ese no estaba nada mal. Era lo más real que había escrito, y era suyo, puesto que el anterior ella se lo podría haber rechazado por falta de originalidad. En este le dejaba bien claro que se casaban por la herencia. ¡Vaya inspiración que le estaba viniendo esa noche!

Hasta él se asombraba de su creatividad. Sonrió al imaginar su cara de espanto. No uno, le iba a dejar los dos poemas para que eligiera cuál le quería tirar por la cabeza.

Si de algo estaba seguro era que ella valoraba las intenciones. Al menos sabía que con esos poemas no la iba a dejar con los ojos dados vuelta y llorando a mares mientras se desvanecía de emoción en el suelo. Quitarle el amor que creía sentir por él era la meta de Samuel, porque no quería hacerle daño.

El poema, o los poemas, estaban listos. Solo faltaba dejarle una flor sobre la hoja, y con eso ya había cumplido con todas las tonteras que le había pedido.

Gracias a Constanza él se había sacado las culpas de encima, porque Alice también lo estaba usando para su propósito. Caradura, que simulaba indiferencia mientras se montaba flor de festejo por haber logrado su objetivo de pescarlo.

¡Se casaba de verdad! ¡Por Dios!

Su vida se había convertido en un montón de condiciones, pensó Samuel indignado. ¡Todas para él y ni una para Alice! Eso era muy, muy injusto. Hasta monje pretendía que fuera. Pero ella no se la iba a llevar de rocas, se dijo.

CAPÍTULO 9

Alice se despertó con resaca. La noche anterior habían bebido tanta cerveza que tenía la cabeza como un tambor. Miró la hora. Las doce del mediodía. Menos mal que su jefe le había dado dos semanas de licencia por matrimonio. Dos semanas que había pensado aprovechar para convertir la casa que había sido de Arturo en un hogar.

Pero con lo que había escuchado la noche anterior, ya no tenía tanto entusiasmo por dejarle a Samuel una casa acogedora cuando se marchara.

La despedida de soltera había sido hermosa, y la había disfrutado como si el futuro matrimonio fuera real. Samuel ya lo sabía, y Alice se sentía vulnerable después de escuchar cómo su madre contaba sus emociones. Pero Alice lo iba a arreglar. Iba a cambiar esa patética verdad por una versión diferente, bien armada para sacarle a Samuel las ideas que se habría hecho la noche anterior.

Que ella pensara disfrutar de sus seis meses de matrimonio no quería decir que quisiera atraparlos en sus redes. Una cosa era vivir el matrimonio con entusiasmo, y otra creer que eso podía convertirse en real. Real sería, pero solo por seis meses.

Samuel ya sabía por Constanza que ella se tomaba todo con mucha ilusión, y Alice tendría que apartar a un lado las ilusiones. Ella no quería que la viera como una pobre chica patética, que soñaba con fantasías. Una romántica empedernida, como la llamaba él.

No había hecho una despedida de soltera por romántica, sino porque ella creía que la vida tenía sentido si se disfrutaba cada momento, y este pacto sería un momento de su vida.

Luego de una rápida ducha bajó para prepararse un café cargado.

El silencio era mortal, y Alice supuso que Samuel se había marchado de madrugada.

Entró a la cocina y se encontró en la mesa con una flor de campanita silvestre sobre un papel escrito a bolígrafo. La caligrafía desgarrada de Samuel le arrancó una sonrisa. Al ver el escrito se le escapó una carcajada. Samuel le había dejado el poema, y su idea de apartar las ilusiones se fue al traste al ver que se estaba esmerando por ser romántico.

Agarró el papel y mientras leía sus ojos se iban agrandando por el desconcierto.

En el cielo las estrellas, en el campo las espinas, y en el centro de mi pecho, tú, mi peor pesadilla, como una daga clavada de por vida.

El día que naciste mi madre te puso en mis brazos. Dejarte caer al piso fue mi primer pensamiento. Menos mal que no lo hice, sino no estaríamos aquí, tú y yo, a punto de casarnos para salvar la herencia de Arturo.

Dos poemas que ni rimaban ni tenían nada de romance. Parecían una burla al romanticismo que le había pedido, pero no tuvo dudas que debió usar una buena cantidad de horas para encontrar las palabras para burlarse de sus peticiones.

Se le escapó otra carcajada, y se esfumó toda la bronca y amargura de la noche anterior al escuchar cómo su madre la dejaba expuesta frente a él.

Seguramente, después de todo lo que le reveló Constanza, Samuel estaría pensando que ella era una estafadora que pensaba pescarlo con ese pacto. Y no tuvo dudas que había escrito esos poemas para quitarle las ilusiones.

Lo que valía era la intención, y el esmero que había puesto para hacerlos tan mal. Volvió a reír al imaginarlo tratando de encontrar las palabras que la dejaran furiosa. No recordaba haber pasado por tantas emociones en su vida. Samuel podía hacerla pasar del llanto a la risa en escasos minutos.

Sonó el teléfono de la cocina, y Alice levantó el aparato.

–¡Hola!

–Por fin te has levantado –la voz gruesa de Samuel le hizo dar un salto en la silla–. Te estoy llamando desde la diez.

–¿Y a que se debe el honor de tanta insistencia, alteza? ¿Aún no nos hemos casado y ya me estás extrañando? –preguntó Alice.

–No, Dios me libre de esas emociones –exageró Samuel, y Alice se lo imaginó con el entrecejo fruncido.

Él, en realidad tenía una sonrisa en los labios.

–Espero que no me estés controlando –aclaró Alice.

–Solo quería escuchar tu romántica voz luego de leer los poemas amorosos que te dejé –ironizó Samuel.

¡Amorosos!, vaya caradura que era. Y encima creía que le iba a largar todos los insultos por la línea telefónica por hacerle dos poemas de mierda.

Era evidente que Samuel no sabía a quién le había pedido matrimonio.

–Estoy con las sales en la mano. De la emoción me ha dado un sopor –dijo Alice, y exhaló un suspiro para que él la escuchara.

La risa al otro lado le produjo un arqueado de cejas.

–Menos mal que te gustaron, cariño. Eso quiere decir que mañana gritarás a los cuatro vientos “sí, quiero casarme contigo, Samuel Dávila” –dijo Samuel.

–Después de tres whisky capaz que diga todo eso y me cuelgue de tu cuello y todo –dijo Alice con los dientes apretados–. Mira, estoy atrasada. Anoche bebí demasiado en la despedida y se me pasó la hora de la manicura.

–Te estás tomando muy a pecho este matrimonio, Alice, y no quiero que sufras –dijo Samuel dejando de lado el sarcasmo.

–Claro que me lo estoy tomando a pecho. Estoy perdiendo mi libertad, Samuel. Tendré que estar seis meses atada a ti. No te parece ese suficiente motivo para disfrutar de mis últimos días de independencia –dijo Alice dando vuelta el concepto que a él le debía haber quedado con las palabras de su madre.

Visto desde esa óptica, Samuel podía darle la razón. Pero eso no era lo que le había dicho Constanza. Ella le había dejado ver que Alice se tomaba a pecho el matrimonio. O Constanza estaba equivocada o Alice lo estaba tratando de convencer de lo contrario.

Como si casarse con él fuera la cárcel, pensó y no le agradó la explicación de Alice.

–Eres una romántica. Te haces ilusiones. No trates de convencerme de lo contrario, querida –dijo Samuel irritado por sus palabras.

–Si tú lo dices –dijo Alice sin aclarar nada.

Vaya, ahora le daba la razón como a los locos, pensó Samuel. Tenía la mano cerrada en un puño sobre el móvil porque ella lo desconcertaba. Ya no sabía si era una romántica o una diosa del sexo. Todas sus suposiciones se hacían agua con la seguridad con que ella refutaba sus afirmaciones, y si no las refutaba le tiraba la pelota para su cancha, como acababa de hacer, dejándolo más confundido de lo que estaba. Samuel dejó de sacar conclusiones y fue directo a tratar el motivo de su llamada.

–Mejor hablemos del motivo de mi llamada –dijo Samuel.

–Los poemas –dijo Alice y resopló, como si ya se hubiera hartado de hablar con él.

A Samuel no le había pasado eso, se estaba divirtiendo, enfadando, se

la estaba pasando bien. Y eso era algo que pocas mujeres lograban, puesto que luego del sexo él no tenía ganas de seguir compartiendo lo que venía después, sino de largarse a dormir como un tronco en su cama. Tal vez era porque ninguna le retrucaba con la inteligencia de Alice.

–Sí, los poemas. Y el casorio de mañana.

¡Casorio!, así llamaba a un paso tan importante en la vida, pensó Alice, y fue ella la que ahora apretó el móvil en su mano. Se podía decir que era un matrimonio por conveniencia, pero ella no sería la misma cuando todo terminara. ¡Sería una mujer divorciada! Lo menos que podía hacer Samuel era respetar la institución.

En lugar de corregirlo decidió acabar con estas disputas sin sentido.

–Iré, Samuel. Esa herencia será tuya siempre y cuando mantengas la bragueta del pantalón cerrada a cal y canto –aclaró Alice, y le cortó sin darle tiempo a seguir insultando el matrimonio.

El clic le indicó a Samuel que le había cortado. Ni siquiera le dejó decir la última palabra. ¡La bragueta cerrada durante seis meses! La Alice de su imaginación nunca le habría cortado la llamada y mucho menos habría hablado de su bragueta. Pero hacía rato que se había dado cuenta que él se había inventado una Alice que nada tenía que ver con la real.

Largó una carcajada que hizo girar a todos sus compañeros de oficina. Ya vería que hacía con la bragueta si estallaba de forma involuntaria.

Mientras rellenaba los formularios de pedidos de préstamos personales de los clientes, se la imaginó haciéndose la manicura, la pedicura, el tinte en el cabello, un alisado, y quizá también se estaba probando el vestido para el casamiento. De solo imaginarla envuelta en seda, gasa, satenes y puntillas, todo de un blanco inmaculado, se estremeció de susto.

¿Qué le había hecho Arturo con esta jugarreta? ¿Por qué tenía que pasar por esta tortura? Bueno, no se sentía tan torturado por el momento. Quizá era una agradable tortura que lo enojaba y divertía por partes iguales.

Solo faltaba un día para ser el marido de Alice. Debería estar golpeando paredes y tirando los papeles del escritorio, pero asombrosamente no estaba furioso, sino nervioso.

Alice estaba instalada en un centro de belleza haciéndose la manicura y pedicura, y luego seguiría con la limpieza de cutis porque una no se casaba todos los días. Este era un acontecimiento que requería de todo su esmero.

La única que la había acompañado era Pamela, que trabajaba

cuidando niños los fines de semana.

–Eso no es un poema, es un insulto, Alice –dijo Pamela, que desde que habían entrado en el centro de estética no había dejado de releer el poema de Samuel.

–Al menos lo hizo –dijo Alice–. Ni siquiera esperaba que cumpliera –aclaró, y sonrió.

–¿Te sonríes? Con esta basura yo estaría llorando boca abajo en la cama –aclaró Pamela mientras agitaba el papel en la nariz de Alice.

–Lo hace para hacerme enfurecer. Al principio lo conseguía. Inclusive me hacía llorar. Pero ahora me divierto con sus intentos por comportarse como un mal hombre –aclaró Alice, y sonrió ante la boca abierta de Pamela.

–Me alegro de que te diviertas, porque no quiero que salgas lastimada de este matrimonio, Alice. Sé que lo haces para que no se pierda la herencia de mi tío. Pero también sé que estás cumpliendo tu sueño –dijo asombrada.

¿Era cumplir su sueño, o era por la herencia? Alice ya no podía distinguir, aunque tenía la certeza que la herencia estaría en primer lugar. El sueño, como decía Pamela, era el agregado. ¿Y por qué no hacerlo realidad aunque durara un suspiro?

–No voy a salir lastimada porque sé en lo que me estoy metiendo. Y admiro a tu hermano, porque ha hecho un gran esfuerzo para sacarme de las casillas con esos poemas. Le deben haber llevado varias horas –dijo Alice.

–El primer poema no tiene nada de ingenioso, Alice. Es más viejo que matusalén. Y el segundo ni siquiera merece ser llamado poema. Vez lo que no existe, te ilusionas y vas a caer en picada al precipicio. Quiero a mi hermano, pero sé que te hará sufrir –dijo Pamela.

Alice no la contradijo. Quizá tenía razón, solo que ella estaba preparada para pasar página antes incluso de dar el sí frente al párroco. ¿De qué párroco estaba hablando?, tonta ilusa, si de la boda lo único que importaba era el papel firmado por el juez.

–No me hará sufrir –dijo Alice convencida. No sufriría si ella mantenía los pies en la tierra, se dijo, pero no se lo comentó a Pamela.

Después de todo el tratamiento estético, las dos fueron al centro para comprar el vestido para el gran acontecimiento. Alice, cuando lo vio en la vidriera se quedó enamorada. Pamela asombrada, pero no abrió la boca para cuestionar el gusto de su amiga. Y cuando Alice se lo probó y le preguntó que le parecía, Pamela solo se encogió de hombros y le dijo: “Si a ti te gusta, me parece fantástico”.

Esa noche Alice se pasó toda la noche dando vueltas en la cama. Farsa o no, era su casamiento y estaba nerviosa.

En la ciudad, Samuel se quedó por horas mirando desde el décimo piso de su departamento como la noche iba dando paso al amanecer. Su vida daría un enorme giro, y por más que en seis meses recuperara su libertad, supo que no sería el mismo después de ese matrimonio.

CAPÍTULO 10

El juez de paz del pueblo era un hombre condescendiente, y había aceptado trasladarse al hostel de Arturo para casar a su sobrino Samuel con la adorable Alice, esa muchacha que Arturo había querido como si fuera su hija.

Entre discusiones sobre flores, alfombra y sillas, Constanza y Andrea se habían encargado de organizar el evento. A la ceremonia sencilla le seguiría un copetín para brindar por la felicidad de los novios. Todo eso era para complacer a una novia ilusionada, según la opinión de Andrea. El novio, que había llegado hacía media hora, solo miraba todo con el entrecejo fruncido.

El juez, gran amigo de Arturo, no dijo nada. Sabía de antemano que esto era una especie de pacto, puesto que el sobrino de Samuel amaba su libertad más de lo que había simulado amarla Arturo. Y sí, Arturo había sido un gran artista, puesto que libre no había sido nunca, pero eso solo lo sabían unos pocos, como el juez que estaba parado tras la mesa de mantel con puntillas blancas que había puesto Andrea, a pesar de que Constanza había elegido un mantel con puntillas negras.

Esa era una de las tantas discusiones que habían tenido las dos mujeres mientras organizaban la boda de sus hijos. Constanza, salvaje como siempre, había querido dar su toque irónico al evento. Andrea, imaginando que Alice vendría vestida como una adorable princesa, se esmeró por darle un toque principesco a la boda. Como las dos habían tenido que ceder en algo, la decoración era un tanto desconcertante. Alfombra roja, sillas blancas a los lados, unidas con cintas de raso negro como si eso fuera un velorio en vez de una boda.

El juez miraba los dos jarrones que tenía a cada lado de la mesa, el elegido por Andrea estaba lleno de margaritas. El que había puesto Constanza tenía unos tallos de rosas llenos de espinas y sin ninguna flor. Era su forma de demostrar el error que estaba cometiendo su adorada hija al aceptar casarse con el hombre que le arruinaría la vida.

El juez tenía una habilidad innata para detectar a la gente, y con solo mirar sus gestos podía decir cómo era cada uno de los presentes. Él conocía más a Alice que su madre, y no pensaba que saldría herida. Esa mujercita era más inteligente de lo que todos suponían, esa mujercita sería la que menos perdería con la falsa boda, aunque falsa no era un término que le gustara usar

a un hombre que se movía dentro de las leyes. Era real, más real de lo que todos los presentes se imaginaban.

–Huber, por tu cara veo que estás feliz de firmar mi condena –dijo Samuel al juez, que lo miró con asombro, como si no entendiera sus palabras.

–Bueno, feliz estaría mi amigo. Es él quién te puso la condición, y creo que fuiste tú quien elegiste a nuestra adorable Alice –dijo, y sonrió de lado al imaginar a la encantadora Alice, y a Arturo, su amigo, porque si Arturo estuviera allí estaría realmente feliz de ver a su sobrino casándose con Alice.

–No tenía otra para elegir –aclaró Samuel en el momento que Constanza se había acercado a ellos.

–Claro, no tenías a otra. A una madre le encanta oír eso. Imagínate que te escuche mi Alice –Constanza tenía el ceño fruncido y las manos cerradas en puños, como si las quisiera descargar sobre su rostro, pensó Samuel.

–Parece que la batalla por la decoración ha sido feroz –dijo Samuel señalando todo.

–Andrea quería todo muy romántico. Yo quise reflejar cómo quedara de traumatizada la tonta de mi hija cuando esto acabe –dijo, y señaló los palos con espina de rosas.

–Al paso que vamos ya dudo que sea ella la que quede traumatizada. Tu princesita es una arpía –dijo Samuel recordando cada una de sus sarcásticas respuestas. Todavía estaba dolido de que le hubiera cortado la llamada sin dejarlo replicar, y furioso con su comentario de la bragueta. Sus compañeros del banco se habían dado un festín desde que se habían enterado que se tenía que casar para conservar la herencia de Arturo, y sus amigos no habían parado de burlarse al saber quién había sido la elegida. Él era el irónico, el hombre sin prejuicios, el que hacía lo que quería; pero ella lo estaba convirtiendo en un idiota.

La sonrisa de burla de Constanza le resultó familiar. ¡Era la misma de Alice!, la que nunca había conocido porque nunca la miraba a los ojos. Siempre se había preguntado como Constanza, una mujer tan fuerte y zagas, había engendrado a un ángel. Claro que ese pensamiento era respecto a la Alice de su imaginación. La de verdad, era la digna hija del demonio de Constanza, se dijo.

–Eso me encantaría verlo –dijo Constanza, y se marchó cuando vio que Andrea venía con un jarrón de margaritas, seguramente para reemplazar

los tallos de espinas de rosa que había puesto ella.

Samuel las escuchó discutir a gritos, y se apoyó en el tronco del árbol que tenía junto a él para descubrir el motivo de la pelea. Su madre no era de entrar en discusiones, salvo con su padre. Al nombrar a su padre recordó que la noche anterior le había dicho: *No voy a ir a esa pantomima*.

Quizá por eso su madre estaba tan alterada y se desquitaba con Constanza, que siempre estaba dispuesta para la batalla que fuera.

–No las vas a cambiar –dijo Constanza.

–Por supuesto que lo voy a hacer. No voy a permitir que Alice vea semejante barbaridad sobre la mesa donde dará el sí.

–“Sí, claro que quiero ser humillada y pisoteada durante seis meses por Samuel Dávila” –parodió Constanza el sí que daría su hija.

–No hables así de mi hijo. Es un gran hombre, y esto lo hace por todos nosotros –gritó Andrea.

–Claro, todos se van a beneficiar a costa de mi hija. ¿Te has puesto a pensar lo que va a tener que soportar Alice durante seis meses? –preguntó Constanza.

–No seas ridícula. Mi hijo nunca le haría daño a propósito.

–Ese es el problema, que él se lo hará y ni se dará cuenta que la está destrozando –aclaró Constanza. Sacó las margaritas del jarrón, las tiró al césped, las aplastó con el pie y las volvió a colocar donde estaban–. Ahora sí puedes ponerlas, si es lo que quieres –dijo, y se marchó trastabillando sobre la gramilla con sus tacos agujas.

Su padre siempre decía que se aprendía con el ejemplo, y Constanza pisoteando las margaritas le dio el mejor ejemplo del daño que podía llegar a hacerle a Alice con ese casamiento.

–No ha venido –dijo su madre que se había acercado a él. Samuel se asustó al pensar que Alice le había dado plantón–. Desde que fui a la despedida de soltera de Alice no volvió más –aclaró, y Samuel soltó el aire al descubrir que hablaba de su padre.

–Anoche me dijo que no vendría a esta pantomima, mamá –dijo Samuel intentando tranquilizarla–. No es por ti, es porque no está de acuerdo con el casamiento.

–Esa es la excusa que pone para andar mariposeando con la secretaria –dijo Andrea, sin entrar en razón.

–Dudo que alguna vez te haya engañado con la secretaria. Además, tú sabes que la echó después de tus acusaciones.

–Que la haya echado para disimular no quiere decir que no la vea más, Sam –dijo su madre. Siempre que estaba furiosa lo llamaba Sam–. Yo no quería el divorcio –dijo en un susurro.

–Deberías ir a decírselo. Deberías ir alguna vez tú a verlo, no esperar que siempre sea él quien aparezca a rogarte –dijo Samuel.

–No me ruega. Si me hubiera rogado le habría dicho que sí –dijo Andrea.

Andrea tenía casi cincuenta años y su padre cincuenta y cinco, y los dos seguían con ese juego de divorciados que no pueden vivir uno sin el otro, pero ninguno daba el paso para una reconciliación definitiva.

En ese momento aparecieron Carina y Pamela frente a ellos, y Samuel se quedó estupefacto al ver los vestidos provocadores que se habían puesto, uno rojo furioso y el otro verde loro. Ajustados, cortos, y con unos escotes que por poco les llegaban a la cintura. Iban con sus novios, que no podían apartar los ojos de sus pechos. Parecían vestidas para ir a un cabaré, no a una boda romántica... o sarcástica, se dijo al ver la excéntrica decoración, y a sus hermanas.

–¡Oh, Dios! De dónde han sacado esos vestidos de rameras –susurró su madre, que las miraba con la boca abierta.

Él se estaba preguntando lo mismo, pero lo comprendió todo cuando vio a Alice aparecer por el costado izquierdo del hostal.

Samuel se olvidó de sus hermanas, de los escotes y del horror de su madre, porque solo podía ver a su futura esposa. Su vestido de novia no era de satén, seda y puntillas blancas. Era negro, tan negro como los cuervos. Negro como si fuera a un funeral. Lo que él no supo dilucidar era si el muerto sería él o ella, que estaba enterrando su vida con ese matrimonio. Zapatos también negros, y un velo igual de negro arruinando su blanco y radiante rostro. ¿Qué le quería decir con esa ropa?

Ella se acercaba caminando con seguridad. No tropezaba como las veces que lo veía en alguna fiesta de cumpleaños, tampoco lo miraba con los ojos entornados, sino que los tenía bien abiertos, y en la comisura de los labios pudo ver una mueca, como de burla. ¿Se estaba burlando de él... o del casamiento?, no lo supo.

Alice se paró frente a él, y le sonrió.

–No analices, no te lo tomes como algo personal. Siempre me dije que si algún día daba este paso lo haría de blanco, solo por seguir las costumbres. Pero lo de hoy es un paso en falso –aclaró Alice, borrando de un plumazo

todas las deducciones que estaría sacando Samuel.

–Ya no sé quién eres –dijo Samuel confundido.

–Solo soy Alice Montiel, la hija de Constanza Montiel –aclaró Alice.

Samuel se preguntó si con esa aclaración quería dejarle en claro que se parecía más a su madre de lo que aparentaba. Lo que no tuvo dudas era que Alice de romántica no tenía más que su afición por las novelas de caballeros andantes.

–Me esperaba unos vaporosos volados en el escote, varios metros de puntillas envolviendo tu cuerpo y una cola larga como todo este parque; no todas tus curvas destacando en ese apretado vestido negro. Y ese tajo –señaló el tajo que le dejaba una de sus torneadas piernas a la vista de todos. Eso le molestó. Ella, en unos minutos sería su esposa y lo estaba poniendo en ridículo.

–Ese es tu problema, juzgas a las personas sin conocerlas, Samuel –aclaró Alice, y nunca mejor dichas las palabras. Ella lo estaba poniendo en su lugar. y Samuel no tuvo dudas que el negro del vestido lo había planificado minuciosamente mientras le hacía cumplir todas esas galanterías románticas que no le importaban un pimiento.

–Me pediste que fuera un hombre atento. Creí que soñabas con príncipes –dijo Samuel, y habría preferido morderse la lengua antes de dejar ver su desconcierto.

–Así me veías tú antes de pedirme “ayuda” –hizo énfasis en la palabra ayuda para que él no olvidara que ella le estaba haciendo un favor, no él a ella.

Alice podía ver la furia en sus ojos, en su tensa mandíbula y en la rigidez de su postura, y se adjudicó la batalla. Al menos ese día la que ganaba era ella. Después de los seis meses de convivir... dudaba que ella saliera ganando. Pero bueno, la vida se lo puso en su camino, y ella aceptó el reto.

–Mejor terminemos con esta farsa que han montado nuestras madres, o tú. Bueno, ya no sé de quién fue esta idea descabellada –dijo Samuel señalando la decoración excéntrica y la mesa con el copetín a lo lejos. Él había pensado ser atento durante el casamiento, pero el vestido negro y las palabras de Alice le hicieron cambiar de idea.

Eso a Alice le dolió, pero no podía quejarse puesto que era ella la que había venido decidida a demostrarle que más que a su casamiento venía a su entierro. Tragó el nudo que tenía en la garganta y se irguió en su escasa altura de metro sesenta frente al juez, testigo mudo de las pullas de los novios, ya

que solo los miraba con el entrecejo fruncido.

Fue una ceremonia tensa. Los novios parecían más dispuestos a agarrarse a piñas que a tirarse uno en los brazos del otro. Si las miradas pudieran matar, el juez habría asegurado que Samuel estaba a punto de asesinar a su esposa antes incluso del “sí quiero”.

Samuel estaba que le salía humo por la cabeza. Ella miraba para todos lados, saludaba a los empleados del hostel, y movía la pierna para que todos le vieran el tajo que casi le dejaba el culo al aire. Y él se sentía cada vez más envenenado con esa mujer come hombres. Romántica, ja, ja, ja, ¡qué estúpido había sido!

–Quieres a Alice Montiel como tu esposa para amarla y respetarla y...

–Huber, te estás excediendo. Esto es un pacto. Nada de hasta que la muerte nos separe. ¡Dios me libre de semejante cárcel! – exageró Samuel haciendo aspavientos con las manos. Había venido de negro, y lo único que faltaba era que él gritara sí quiero como un loco enamorado.

–El protocolo, Samuel. Cumple el protocolo o esto no será legal – aclaró el juez.

–Sí, quiero –dijo Samuel para evitar que ahora se pusiera a darle un sermón, cuando lo único que él quería era terminar con el maldito protocolo de amarla y respetarla hasta que la muerte los separe. De solo pensarlo tuvo ganas de salir corriendo de allí. La herencia, piensa en la herencia, le dijo la sabia voz de su conciencia.

–Alice, quieres por esposo a Samuel Dávila y prometes amarlo y respetarlo hasta que...

–Dios me libre de tener que soportarlo hasta que se muera –exclamó Alice. Él había sido un ordinario, y ella no pensaba quedarse atrás, pero a Samuel le molestó que Alice pensara que él se moriría primero.

–Alice, tienes que decir, sí quieres o no a Samuel –dijo el juez con hastío.

–Que otra alternativa me queda. Si el libertino no ha encontrado otra idiota que se case con él sin que le saque hasta los calzoncillos pasado los seis meses del trato –aclaró Alice. Huber la miró con el entrecejo fruncido y ella cumplió con la formalidad–. Sí quiero –aclaró a gritos.

Una de las peores ceremonias que había celebrado, pensó el juez Huber, pero al menos había logrado las dos palabras para formalizar la alianza.

Andrea no había parado de abrir y cerrar la boca durante toda la

ceremonia, como si estuviera impactada con las palabras de los novios. Constanza parecía tan hastiada que se limaba las uñas mientras el juez casaba a su hija.

–Los declaro marido y mujer –dijo el juez–. Puedes besar a la...

–No creo que esto sea necesario puesto que... ya sabes Huber que el casamiento no fue algo deseado, sino algo... –dijo Samuel.

–Un mero trámite para que el señor se quede con los bienes del pobre Arturo –dijo Alice de corrido lo que a él le costaba explicar.

Samuel frunció el entrecejo. Recorrió con sus ojos a la gente que estaba allí. Su madre abría y cerraba la boca horrorizada por lo que estaba pasando. Sus hermanas se tapaban la boca con las manos para que no las vieran reír, y Constanza... ¿Se estaba limando las uñas? ¡Vaya madre la de Alice! Ni una lágrima, ni el desconcierto de su madre o las sonrisas de sus hermanas. No, ¡Constanza se estaba limando las uñas! Esa actitud, sumada a la provocación de Alice, que le mostraba la pierna desnuda al jardinero, le hizo hervir la sangre en las venas. Por eso fue que la tomó de los brazos hasta pegarla a su cuerpo y le dio un beso de esos capaces de desatar un huracán. Duro, ardiente y tan pasional que el calor comenzó a correr por todo su cuerpo. La ropa le molestaba y Samuel solo quería dos cuerpos desnudos, con las piernas entrelazadas y girando sobre la hierba. Le metió la lengua dentro de la boca, y se puso a conocer desde los dientes hasta la forma del paladar de Alice. La tenía pegada al cuerpo, una pierna haciéndose espacio entre las de Alice, su sexo duro rozando las caderas de su recién estrenada esposa. Cuando la sintió jadear en su boca, se dio cuenta de lo que había hecho, y tan brusco como empezó terminó el beso y la apartó de él.

Alice estaba temblando. Él también. Ella lo miraba con la boca abierta, como si aún esperara recibir más de sus besos. Los ojos entrecerrados, y por fin pudo ver esa mirada emocionada de romántica empedernida. No había estado loco al catalogarla como una soñadora. Ella sabía disimular muy bien. Samuel se recompuso antes de que empezaran a hacer conjeturas. Miró al juez.

–Ese beso vale para cumplimentar los ritos matrimoniales.

–No son ritos –dijo el juez luego de carraspear–. Es amor. Y ese vale más que todos los que he visto en mi vida –sonrió, y Samuel tuvo ganas de borrarle el gesto de una trompada.

Se había excedido, pero al menos había sacado varias capas de Alice hasta encontrar a la romántica que tenía guardada bajo llave.

Firmaron el acta, y Samuel se alejó lo más que pudo de ella. Ni siquiera se acercó cuando su madre lo llamó para cortar el ridículo pastel al que le habían encajado dos novios arriba.

Todavía conservaba el sabor del beso, y esos labios los había sentido suaves y mullidos como una fruta madura.

Alice flotaba en la gramilla del parque del hostel. Tenía unos tacos de diez centímetros, pero parecía que se desplazaba por el aire de un lado a otro. La había besado, pero no era un beso seco, sino lleno de pasión. ¡Oh! Nunca se había imaginado que el matrimonio de pacto le daría tantas emociones. Se sentía como si el mundo girara a su alrededor, y eso que nunca había sido egocéntrica.

Comió, brindó, bebió champán más de la cuenta, y rió con todos, sin importarle que Samuel saliera huyendo cada vez que la veía. Si ella se acercaba a la mesa de copetín, él se iba al ingreso del hostel, si ella se acercaba a la puerta del hostel, él iba a la mesa de copetín. Siempre había hecho lo mismo, huir de ella. Pero el beso... ¡Madre mía, qué beso le había dado! Y la había acercado tanto a él, tanto, que ella pudo sentir como se le iba endureciendo el miembro a medida que intensificaba el beso.

La deseaba, por más que de su boca salieran desprecios, Samuel Dávila la deseaba. Lo que no sabía era como iban a convivir seis meses sin sacarse la ropa. Se encogió de hombros y esbozó una sonrisa tonta, de esas soñadoras que le salían cuando se ponía a imaginar su vida maravillosa.

–Ya estás perdida por Samuel –dijo Constanza acercándose a su hija–. Se te ve en la cara que pones. Te va a destrozar, y tú en lugar de ponerte una barrera, has caído bajo su embrujo con un solo beso.

–No, mamá, solo estoy disfrutando el momento. Ya te dije que no puede herirme –aclaró Alice.

–Ya veo que no. Si con un beso te ha dejado así, no quiero ni imaginar lo que va a pasar en seis meses –dijo en un susurro.

Alice la miró sorprendida por sus últimas palabras.

–Solo ha sido un beso rabioso –dijo Alice.

–Quizá empezó rabioso, pero siguió de otra forma –dijo Constanza.

–Qué ganas de arruinarle el día a tu hija, Constanza –dijo Andrea, que venía taconeando al imaginar que Constanza estaría llenándole la cabeza de idioteces a su hija.

–Solo la estoy alertando –aclaró Constanza con el entrecejo fruncido.

–No todos son cálculos matemáticos, amiga. La vida es una caja de

sorpresas, y tu pesimismo ya me enferma –dijo Andrea.

–Tú estás enferma porque hace dos días que no ves a tu marido – aclaró Constanza.

–Mi ex –dijo Andrea, y agachó la cabeza.

–Te has montado un circo con eso de la amante, y cada vez lo alejas más. Encima, nosotras soportamos tus ataques de histeria porque no ves a Gabriel –aclaró Constanza.

Alice sonrió agradecida de que Andrea hubiera llegado a interrumpir. Su madre estaba tan enojada con el trato que había hecho con Samuel, que no dejaba de darle la lata de que con esta decisión había cavado su propia tumba. Según ella, con el divorcio se convertiría en una muerta en vida.

Dio varios pasos hacia atrás para alejarse, y oteó los alrededores en busca de su marido. Su marido, que raro sonaba.

–Se fue –dijo alguien a sus espaldas.

Alice se giró y vio que Pamela estaba parada junto a ella.

–¿A la casa? –preguntó con un chillido. De solo imaginar que conviviría con él entró en pánico.

–A su departamento. Según dijo, tenía toda su ropa allá.

Claro, seguramente iba a dilatar la convivencia todo lo que pudiera. No es que Alice se imaginara disfrutando con Samuel de la noche de bodas. Tampoco había soñado con la luna de miel. Esos bonitos momentos no eran para ellos. Pero nunca creyó que Samuel sería tan cobarde como para salir huyendo de ella después de la ceremonia.

–Dudo que venga a instalarse acá –dijo Alice.

–Después de ese beso yo ya no dudo de nada –dijo Carina, que se había unido a la conversación–. Bueno, la verdad que estuvo todo muy raro. No sé si felicitarte o...

–Mejor dame el pésame –dijo Alice, y las tres rieron.

Varias horas más tarde, Alice estaba sola en el parque del hostel, meciéndose en una de las sillas que había bajo un frondoso roble.

Los empleados se habían llevado todo, sillas, alfombra, mesa, cintas negras y hasta los dos ramos de flores, el de margaritas de Andrea y los tallos con espinas de su madre.

El novio no había regresado, y ya habían pasado cuatro horas del casamiento. Alice tenía un nudo en la garganta, pero no se permitió derramar ni una lágrima. Su madre tenía razón cuando le decía que saldría destruida de ese matrimonio.

Se levantó y se fue a la casa de Arturo, imaginando que estaría seis meses sola, a la espera del divorcio. Al día siguiente, con o sin esposo, ella se pondría a trabajar junto a Pamela y Carina para mejorar el hostel que sería de Samuel. Tenía quince días de vacaciones en su trabajo, y según como marcharan las cosas en el hostel, hasta había pensado en renunciar. Después de todo, no se iría del matrimonio sin nada, sino con el dinero para montar su pequeño negocio de organizadora de bodas.

Aunque después del desastre que había sido su boda, ya no estaba segura de llevar a cabo su sueño. Mejor se ponía una ferretería, algo que no la hiciera soñar. Algo práctico que le dejara dinero y punto. A su negocio entrarían clientes con ropas de trabajo. Ella diría: buen día, y seguido le preguntaría: ¿qué se le ofrece? Su cliente le pediría un cuarto de clavos sin cabeza, y ella pensaría en todas las veces que tuvo ganas de arrancarle la cabeza a Samuel. Otro le pediría dos enchufes, un macho y una hembra, y otra vez ella pensaría en las veces que habían hecho cortocircuito mientras él trataba de ser el peor romántico del mundo. No, una ferretería era un peligro para su estabilidad mental. Cualquier cosa que hiciera lo relacionaría con Samuel. Mejor no pensar más, se dijo y siguió recorriendo el prado rumbo la casa.

CAPITULO 11

A una semana de casados, el reciente estrenado esposo se había dado a la fuga. Alice no podía creer que él se hubiera marchado tan campante mientras ella se quedaba atendiendo lo que eran sus responsabilidades. Eso era ser muy ratero, era peor que el pacto y todas las palabras despectivas que le había escupido las semanas previas al matrimonio. La estaba usando, mejor sería decir que la seguía usando luego del “sí quiero”.

Fue una semana de mucha ansiedad en la que Alice iba del hostel a la casa y de la casa al hostel. Incluso había ido dos veces al centro del pueblo para comprar algunas provisiones, y de paso se había tomado un café en el bar con la intención de serenarse viendo la gente pasar con sus lentas rutinas pueblerinas. Pero ella, o tenía metido el ritmo acelerado de la ciudad, o estaba muy alterada por la desaparición de Samuel, porque se bebía el café de dos tragos y salía huyendo de esa paz.

Pamela y Carina se estaban tomando muy en serio su trabajo de encargadas, aunque más que encargadas se habían puesto a trabajar a la par de los pocos empleados. Las dos, con novios incluidos, habían estado en el hostel haciendo acto de presencia y trabajando en lo que fuera para mejorar el servicio y atraer más clientes. Limpiaban los pisos, sacudían las alfombras, pasaban el plumero para ayudar al poco personal que tenía Arturo. Sin grandes gastos se veía la diferencia. Eran ambientes pulcros y alegres, con flores frescas distribuidas en jarrones por todos los ambientes, ventanales con las cortinas corridas que dejaban entrar la luz del día y macetas con plantas colgando de las paredes exteriores. También habían pensado en poner flores en las habitaciones, y habían estado practicando doblar las toallas con formas de animales y sobre cada una de las almohadas habían puesto tres caramelos de fruta. No era mucho, pero cuando Alice entró supuso que los clientes se sentirían bien recibidos en el hostel.

Si bien Samuel no había aparecido, la llamaba todos los días para decirle que estaba organizando todo para trasladarse. Alice no tuvo dudas que las llamadas eran para que no le plantara el divorcio a la semana de casados. O tenía miedo a la convivencia, o se estaba divirtiendo a lo grande con sus amiguitas mientras ella hacía números y buscaba ideas para mejorar los ingresos del hostel.

El negocio de Arturo había sido rentable para él. Le había permitido

viajar y disfrutar de una vida sin problemas económicos, pero había que pensar como darle un giro más rentable para que todos los Dávila vivieran bien, con la tía Flora incluida, que ya había venido una tarde a buscar dinero para las mascotas que le había dejado en herencia Arturo. *Mi pensión es tan chica que ya no tengo ni con qué comprarle la comida al loro, mucho menos me alcanza para mantener al perro y los dos gatos*, había dicho Flora.

Alice había rebuscado en su cartera y le había dado parte del salario que había cobrado ese mes. Ella no manejaba el dinero del hostel, y no pensaba meter mano en la caja de seguridad de Arturo, por más que conociera la clave para ingresar. Él se la había dado dos años atrás con la excusa de que siempre era mejor que la tuviera alguien más por si le pasaba algo. Y le pasó. Como Samuel también conocía la clave no pensaba meter mano para que después la tildara de ladrona.

La tía Flora se había ido fascinada con el dinero, prometiendo regresar en una semana por más. Alice, que le había dado dinero suficiente para un mes, esperaba que el descarado apareciera porque no podría solventar por mucho tiempo los exagerados gastos de Flora, que le había aclarado que las mascotas de Arturo se merecían lo mejor. Era Samuel quién tenía que explicarle a Flora que tenía que cuidar los gastos, no ella, que solo estaba allí cumpliendo un pacto.

Ya era viernes, y Alice regresaba por la interminable subida del pueblo a la casa de Arturo. Era una tarea titánica porque la hacía de a pie y cargada de bolsas de provisiones. Apenas le quedaban unas tres cuadras, pero tenía ganas de ir descartando algunas compras, como las papas, que para aprovechar la oferta se había traído tres kilos. O los tres kilos de carne que había comprado para hacer milanesas para congelar.

Un resoplido y un paso más. Una parada para recuperar el aire y unos pasos más. Un descanso apoyada en el roble del camino, y otros pasos más. Cuando llegó al parque del hostel tuvo ganas de entrar para que Marita, la cocinera, le diera una limonada, pero las nubes habían convertido la tarde en noche y no quería caminar en esa oscuridad, con las víboras zigzagueando entre sus pies.

Muerta de susto estaba, y no tenía fuerzas para acelerar el paso. Es la última subida, se dijo mientras arrastraba los pies. Caminaba por el medio del camino, donde no había pajonales en los que se pudieran ocultar las serpientes. Esto de vivir en medio del campo era algo que no le gustaba, sobre todo cuando Constanza se había llevado el coche. Bueno, era de su

madre, pero podría haber tenido un poco de compasión por ella, pensó Alice.

Giró en la curva del camino pensando seriamente en lanzar por el aire los tres kilos de papas. ¿Quién se iba a comer las papas crudas? Además, solo sería por unas horas porque a al día siguiente ella estaría fresca como una lechuga para venir a recuperarlas.

El viento soplaba del sur anunciando que después de este agradable otoño vendría el crudo invierno. En el campo la ventisca era tan dura que se hacía tornillo, y ella estaría seis meses allí, justo los de invierno, los peores, porque para la llegada del verano ya sería Alice la divorciada.

Revoleó las papas que se perdieron entre los pastizales que bordeaban el camino, pero ni así se sintió ligera. El cansancio ya la había debilitado. Caminaba arrastrando los pies y mirando el suelo para evitar pisar una serpiente, porque si la mordía no tendría fuerzas para regresar al centro médico a que le pusieran el suero contra las picaduras.

El jardín de la casa de Arturo estaba iluminado, pero Alice seguía obsesionada con el suelo y no vio que Samuel observaba desde la galería todos sus movimientos. Lo que escuchó fue la carcajada que sonó en el silencio del campo, y recién allí elevó la vista.

–¿Y eso que salió volando qué fue? –preguntó Samuel.

Allí estaba el esposo fugitivo, apoyado en el poste de madera que sostenía el techo de chapa de la galería. Las manos cruzadas sobre su pecho. El cabello recién recortado. Todo impecable y relajadito con su vaquero desgastado, sus zapatillas de deporte blancas como nieve recién caída y esa remera azul con unas rayitas grises como sus ojos azul grisáceos, dependiendo su estado de ánimo. ¿Acaso había venido de visita de fin de semana?

–Las papas –dijo Alice jadeando.

–¿Nuestras papas para la cena? –preguntó Samuel. Parecía divertido.

–Mi cena. Tú tendrás que ocuparte de la tuya. Soy tu esposa de seis meses, no la idiota enamorada que te espera con las pantuflas en la mano después de tu escapadita libertina de siete días, en donde seguro que saltaste de cama en cama –dijo Alice.

–Oh, eso parece el primer ataque de celos –dijo Samuel con un arqueado de cejas. Había tenido una semana complicada organizando algunas cosas, pero sí que había pensado echarse una canita al aire. Ella estaba metida en medio del campo y ni se habría enterado. Pero una conciencia que antes no había tenido se lo impidió.

Bajó los tres escalones y fue a sacarle las bolsas antes de que se desmayara como una delicada florecilla en el camino.

–Gracias, eres muy amable –dijo Alice.

–¿Por qué Constanza no te dejó el coche? –preguntó, mientras caminaba junto a ella.

–Porque es su coche no el mío –aclaró Alice antes de que le dijera que su madre era un poco egoísta, porque no era así. Constanza vendía ropa a domicilio y necesitaba el vehículo–. Mi madre cree que como ya soy tu esposa, te corresponde a ti dejarme el coche –dijo Alice.

Eso le hizo gracia, y rió por la ridícula ocurrencia.

–Yo no dejo que nadie maneje mi máquina –dijo Samuel.

–Esa es otra de las enseñanzas de Arturo, supongo.

–No, solo que siempre lo uso y no sería justo tener que caminar para que otro lo disfrute.

–Sí, claro. Arturo decía lo mismo. “Por qué voy a prestar mi coche si lo compré para mi comodidad”.

–Mejor no hablemos más del tema, que estoy muerto de hambre –dijo Samuel. Subió las escaleras cargado con las bolsas y se perdió en la casa.

Alice miraba desde el jardín alejarse al doble de Arturo. Vaya que le había dejado todas sus malas enseñanzas, pensó. Los dos eran igual de egoístas con sus cosas. Arturo en vida no había ayudado económicamente a nadie, aunque no estaba segura de sus suposiciones, por eso le sorprendía que le hubiera encajado tantas responsabilidades a su sobrino predilecto.

Lo siguió a la casa, no porque deseara hacerle la cena, sino porque necesitaba una ducha y echarse un rato para recuperarse del ajetreado día, y no era solo por la caminata cargada de compras, sino porque antes de bajar al pueblo había pintado las sillas y los juegos de niños del parque del hostel.

Subió las escaleras que llevaban al primer piso y sacó del armario, de la que hizo su habitación, lo primero que encontró para llevarse al baño. Se lavó el cuerpo y se frotó las uñas con un cepillo para quitar la tierra del jardín, se lavó el cabello con su champú de manzana y se quedó veinte minutos dejando que el chorro de la ducha le quitara todos los dolores y le calmara los latidos de su corazón. Samuel había aparecido después de una semana de la boda. ¿Había venido a quedarse? ¿O su matrimonio serían visitas esporádicas?

Salió de la ducha y tembló mientras se envolvía en la toalla blanca con el logo LCA, del hostel. La casa de Arturo. Qué poco original era el

nombre, pero Arturo solía decir que de esa forma mucha gente se acordaba de él.

Se envolvió el cabello en una toalla más pequeña y se puso la tanga de algodón blanca y el pijama con florecillas rosas. Si él creía que ella se pasearía por la casa envuelta con camisones de encaje y transparencias, no le daría con el gusto. Nada de provocaciones. Él ya tenía demasiadas mujeres que se paseaban desnudas frente a sus ojos. Cuando estuvo vestida se puso crema en la cara y las manos. Un poco de perfume floral y ya estaba lista. Pero en lugar de salir del baño se cepilló los dientes, después se pasó un peine de dientes separados para que se le formaran los bucles... y siguió allí, sin animarse a abrir la puerta. Cinco minutos, diez minutos. Se miró en el espejo y pensó que si se ponía un poco de maquillaje estaría más presentable. No, mejor nada de maquillaje porque Samuel creería que estaría coqueteando. Ya era hora de aparecer frente a él, pero bajó la tapa del váter y se sentó un rato. Era ridículo, ya lo había visto parado en la galería, pero el coraje se le había escapado por la ventanita del baño.

Toc, toc.

–Alice, la cena ya está helada –dijo Samuel–. Llevas una hora en el baño. ¿Estás bien, o estás muerta de miedo por tenerme aquí? –preguntó con esa voz sarcástica.

¡Era adivino!, pensó y apretó los puños. Claro que estaba muerta de miedo al saber que seguía allí, y más miedo sentía al suponer que se quedaría a dormir.

–Estoy perfecta. Solo que me tomo mi tiempo para ducharme.

–Me debes haber dejado sin agua caliente. Este calentador de agua de Arturo no es muy grande –dijo Samuel.

La puerta se abrió de golpe y Alice hizo su aparición.

–Creí que ya te habías ido. Pensé que era un: “pasaba por aquí y entré para ver como andaban las cosas” –dijo Alice caminando insegura.

–He venido a quedarme, porque no voy a arriesgarme a que pidas la anulación si no duermo en mi casa –aclaró.

¡Mi casa, había dicho!, como si quisiera advertirle que ella era una invitada no deseada. Además, estaba hablando de anulación, no de divorcio. La anulación solo se pedía si no había... ¡sexo! ¡Oh, madre mía! Acaso pensaba compartir la cama con ella... y lo que se hacía en la cama. Le dio un ataque de tos al imaginarlo sin ropa sobre ella y se le estremeció hasta el dedo meñique del pie.

Su enamoramiento era platónico y siempre se imaginaba con él en posiciones indecentes, pero ella en su imaginación tenía un cuerpo perfecto como el de las amiguitas de Samuel. En la realidad nada era perfecto. Ella tenía unos cuantos defectitos, como la horrible cicatriz por la operación de apendicitis, algunos lunares y esas molestas rayitas de estrías, aunque las estrías solo las podía ver si se miraba con linterna y lupa. Quizá era un poco obsesiva en encontrarse defectos.

Alice sabía que no era como Zulema, la mujer que habían encontrado en el restaurante el día del almuerzo romántico. Esa sí que era perfecta. Y ella ni loca iba a consumar el matrimonio para tener que soportar las comparaciones de Samuel. Apartó todos sus pensamientos de ella desnuda debajo o arriba de él y se concentró en lo otro que había dicho.

–Ya sé que es tu casa, no hace falta que lo recalques. Por lo visto este no será un matrimonio basado en la confianza –ironizó Alice, y se le escapó una risa, no porque le pareciera divertido, sino porque no se podía sacar de la cabeza el tema de la anulación y el sexo. También recordó el beso que le había dado el día que se casaron. Ese beso era el motivo de sus sueños eróticos, era el motivo de que se despertara de madrugada, húmeda y necesitada, y dejara que su mano se filtrara bajo la tanga mientras cerraba los ojos y se imaginaba que era él quien la hacía vibrar...

–Te has instalado una semana antes y ni me has pedido opinión. Por eso he creído que sería mejor aclarar de quien es la casa –aclaró Samuel. Todos los pensamientos húmedos de Alice se fueron al diablo con las palabras de Samuel–. Hoy te he hecho la cena, pero no quiero que te acostumbres a que te atienda como una reina –aclaró.

–He estado toda la semana limpiando “tu casa”, sacudiendo “tus alfombras” y fregando todas “tus sábanas y toallas”, y tienes la osadía de quejarte por una cena de mierda. Me instalé una semana antes para que la casa pareciera acogedora –aclaró Alice con los dientes apretados.

–Yo no te pedí que la hicieras acogedora.

–No, ya sé que no, pero a mí me gusta vivir en un lugar limpio. Si tú prefieres el chiquero, te puedes ir al establo. Quizás te sientas más a gusto en compañía de los cerdos.

–Acá no hay cerdos, Alice –Sonrió de lado, y sus ojos se deleitaron recorriendo su cuerpo. Un pijama de flores rosa, romántico, nada de transparencias que le abultara los pantalones, aunque él estaba excitado desde que la había visto revolear las papas en los pajonales.

Samuel se había quedado una semana en la ciudad para recomponerse del impacto de ese matrimonio. Había querido divertirse con sus amigos y tirarse a alguna de sus amigas como una forma de burlarse de ese matrimonio que le había impuesto Arturo. Pero el beso del casamiento le había quedado grabado, y algo en su interior le decía: eres un hombre casado.

Lo más insólito fue que cuando entró al departamento, no se sintió como otras veces en las que disfrutaba de recostarse en el sillón con la cena en el regazo y una copa de vino mientras veía un partido. Se sintió solo y perdido, como si ese ya no fuera su sitio. Alice estaba sola en la casa, y él tuvo ganas de regresar. Ese beso furioso, que le había despertado la pasión, lo había tenido alterado toda la semana. No había sido suficiente, era como si necesitara probar un poco más. Esa mujer era una droga, se dijo mientras seguía mirando, o imaginando lo que había bajo ese pijama de flores de color rosa.

Alice se sentía desnuda al ver como Samuel recorría su cuerpo con los ojos. Esos ojos que habían recorrido tantos cuerpos perfectos, llenos de curvas bien delineadas, iban y venían como si él viera más allá de sus defectos, como si se sintiera atraído por ella. ¿Por ella?!

–La cena –dijo Samuel con voz ronca.

–Gracias –susurró Alice, y rauda pasó entre él y el marco de la puerta para alejarse de las sensaciones que le hacía sentir.

Otra vez Samuel sintió ese aroma tan suyo cuando ella pasó junto a él provocando una brisa primaveral. Era un aroma puro, un aroma a inocencia al que poco estaba acostumbrado.

Cuando Alice llegó a la cocina, se embriagó del aroma a especias de la comida. Samuel, no solo era experto en llevar mujeres a su lecho, sino que antes las conquistaba con una buena cena. Bueno, ella no pasaría de la cena. Era una esposa de conveniencia y nada más.

Había dos platos. Uno impecable, y el otro solo tenía huesos de pollo, por lo que supuso que esa cena no tenía nada de prelude. Él había cenado solo. El pollo estaba destrozado en la fuente, como si cortarlo no fuera su habilidad. Alice se sirvió un poco de pechuga, una alita y un muslo, que acompañó con papas al horno salpicadas de verde.

Estaba tan delicioso que Alice cerró los ojos mientras degustaba los sabores a romero y salvia con un toque de mostaza. Ella no era experta en cocinar, pero sabía distinguir los aderezos.

Samuel la miraba desde la puerta de la cocina. Había sido grosero al

no esperarla para cenar, pero no quería entablar con ella una relación más allá del pacto. Aunque verla comer lo dejó con ganas de tirar el pacto por la borda, alzarla en sus brazos, arrancarle el pijama de flores y probar esa piel de crema. Sopesar esos pechos naturales que apuntaban a sus ojos y meter la mano bajo su ropa interior para descubrir si él podía provocar el jadeo que se le escapaba de la boca mientras saboreaba la comida como si estuviera extasiada. Parecía a punto de llegar al orgasmo, los ojos entrecerrados y el rostro como en trance. Por Dios, solo era pollo con papas al horno al que le había tirado algunas hierbas que encontró en la cocina.

–Parece que no está tan malo –dijo Samuel, se acercó a la mesa y se sentó frente a ella. Su idea había sido ir a prender la tele en la sala y mirar los deportes, pero esto estaba más interesante, esto era sangre corriendo por las venas, toda junta para ir a concentrarse bajo sus calzoncillos.

–¡Está delicioso! Eres bueno para algo más que la lista de mujeres que tienes en el móvil –dijo, y se tapó la boca al dejar salir esa confidencia que le había hecho Pamela. “Tiene una lista de mujeres por orden alfabético”.

–¿Cómo sabes que tengo una lista en el móvil? Nunca lo has tenido a mano para ponerte a husmear.

–Pamela sí –dijo Alice, y siguió comiendo sin entrar en detalles.

–Ya veo que soy el centro de las conversaciones –dijo Samuel, se recostó en la silla y la miró con una de sus sonrisas de suficiencia, de esas prepotentes que Alice odiaba.

–Más que centro solo entras de pasadita en nuestras conversaciones –dijo Alice con la boca llena, y Samuel sonrió.

Tan solo que había estado toda la semana por no dar el brazo a torcer, y ahora se sentía en casa, no porque esta fuera su casa, sino porque allí estaba Alice. ¡Por Dios!, qué bajo estaba cayendo para querer estar sentado con ella a la mesa en vez de estar recorriendo la lista de su móvil. Se sirvió un vino y pinchó una papa con el tenedor. No tenía hambre, pero era una excusa para quedarse allí, al calor del hogar. Casi le dio taquicardia ese pensamiento malsano.

–¿Cuándo se te acaba la licencia? –preguntó Samuel.

–El lunes tengo que regresar al trabajo. Pedí quince días, pero tomé la semana previa y ya se pasó todo mi tiempo –dijo Alice.

Todo el tiempo de licencia por matrimonio lo había pasado sola, puesto que el esposo no se había dignado a aparecer, se dijo Alice. Qué iba a decir cuando le preguntaran ¿qué tal la luna de miel?

–Me dijiste que tenías algunas ideas interesantes para levantar el hostel. Me gustaría que las analizáramos. Si no hago cambios no dará para que mis hermanas vivan bien. Mi madre queda afuera.

–Claro, solo vas a cumplir a rajatabla con las exigencias de Arturo, y tu madre no estaba en el paquete –dijo Alice con desprecio.

–No quiere estar en el paquete, Alice. Le dije que dejara su trabajo y se viniera a trabajar con nosotros. Pero ella no quiere saber nada de vivir en un pueblo. Creo que prefiere quedarse cerca del taller de mi padre –dijo Samuel dolido–. La verdad que me alegro porque dudo que el hostel rinda para alimentar a tantas familias.

–Solo es una –dijo Alice desconcertada.

–Ahora es una. Pero mis hermanas se van a casar, y por lo que veo sus novios no piensan buscarse trabajo afuera, por lo que en poco tiempo seríamos tres familias.

–¿Perdón, pero donde está la tercera?

Vaya que lo había pillado en falta. La tercera eran ellos, se dijo Samuel. Eso debía ser un acto fallido de su puto inconsciente que le estaba jugando una mala pasada.

–Bueno, soy yo, que además tengo que cargar con Flora y las mascotas –dijo Samuel para enmendar el error.

Alice frunció el entrecejo, agachó la cabeza y se puso a revolver la comida, como si le hubieran dolido sus palabras. Solo le llevó cinco minutos reponerse y poder mirarlo a la cara para que Samuel no viera su dolor. Se estaba convirtiendo en una gran artista, se dijo, y retomó el hilo de la conversación.

–He pensado que se podrían refaccionar las tres cabañas, y quizá más adelante, cuando nuestro acuerdo se acabe, podrías construir algunas más.

–Eso había pensado yo –dijo Samuel.

–También se me ocurrió que se podría remodelar el salón. Es muy grande y podría servir para casamientos. Sería mucho trabajo, pero podrían subcontratar una empresa...mmm, bueno, una empresa organizadora de bodas que se ocupara de los eventos –dijo Alice entre tartamudeos.

–¿Te estás ofreciendo para hacer tu negocio de organizadora de bodas en mi hostel? –preguntó Samuel, y supo que había sonado egoísta, pero su propuesta le resultó algo interesada.

–No. No –lo repitió porque había cometido un error al suponer que a él le habría gustado la idea de que ella se encargara de conseguir bodas para

celebrar en el hostel. ¡Por Dios, qué tonta era! Él solo estaba contando los días para deshacerse de ella. Tragó el nudo que tenía en la garganta, y le aclaró—. Podrías contratar a alguien con mucha experiencia. Alguien con una buena cartera de clientes. Solo quise decir que los casamientos dejan mucho dinero, también dan mucho trabajo. Si se usa el hostel para casamientos fuera de la temporada de verano, lo tendrías produciendo dinero todo el año. Y también podrías sacar rédito alquilando las habitaciones a los invitados. Si quedan satisfechos sería una publicidad sin costo que correría de boca en boca. Quizá regresen en verano, y lo recomienden a sus amigos.

Al ver el rubor en el rostro de Alice, Samuel se dio cuenta que podía ser muy cruel. Le quedaba bien el sonrojo, muy de mujercita romántica, pero le sentaba bien. Parecía un ángel inocente con los cachetes sonrosados, que hacían juego con sus labios rojos como las frutillas maduras. ¡Qué labios! Otra vez se estaba dejando llevar por esa parte pasional, cuando lo que debería estar haciendo era sacarle el enamoramiento. Bueno, con las palabras que escupía lo estaba haciendo tan bien que hasta a él le dolían.

Sacudió la cabeza, y se concentró en su genial idea de los casamientos. Él pensó que también se podría usar para cumpleaños de quince, seminarios de profesionales, conferencia, o talleres, o lo que fuera, aunque no lo pensaba reconocer delante de Alice. Nada de puntos a su favor, se dijo.

—Esto no es como las estancias que buscan los ricos para celebrar casamientos —dijo Samuel.

—No, pero el entorno se parece. Además, el hostel tiene un toque hogareño que le añadiría encanto. También podríamos ofrecer las instalaciones para seminarios y congresos. Diversificar —dijo Alice.

¡Esa había sido su idea después de escucharla hablar de los casamientos!, y eso le molestó, aunque tuvo que reconocer que Alice la romántica también tenía inteligencia. Tenía virtudes ocultas, y no le pasó desapercibido que había hablado en plural.

—¡Podríamos! —dijo Samuel.

A Alice le brillaron los ojos. Samuel no perdía oportunidad para dejarle en claro que eso era suyo. ¡Lo estaba tratando de ayudar!, que mierda, y él solo estaba concentrado en su egoísmo.

—Tu casa, tu hostel, tu coche, tu esto y tu aquello. En mi vida conocí a alguien tan egoísta. Bueno, Arturo era así, y tú eres su copia —dijo furiosa, conteniendo las lágrimas. Se levantó, dejando la mitad de la cena en el plato, que le supo como tragar arena después de soportar su pésima compañía—.

Gracias por arruinarme la cena con tus comentarios fuera de lugar. No sé si piensas quedarte en tu casa para ocuparte de tu hostel. Espero que sí, porque yo desde el lunes tendré que irme a la ciudad a cumplir con mi trabajo. Buenas noches –salió a largos trancos de la cocina y subió corriendo las escaleras para ir a encerrarse en su habitación. O mejor sería decir la de Samuel, puesto que a él le gustaba poner los límites.

–¡Alice! –gritó Samuel, pero ella lo ignoró. Lo único que escuchó fue el portazo y el clic del pasador.

¿Qué le estaba pasando? Una cosa era quitarle el enamoramiento que siempre tuvo por él y otra ser grosero. Él no era así. Tampoco era un caballero andante, pero nunca ofendía a nadie y menos a una mujer.

Debería haberle agradecido las buenas sugerencias, y debería haber sido él quien le ofreciera ser la organizadora de bodas en el hostel. Pero sus palabras tartamudeadas lo llevó a suponer que ella lo quería usar y de paso atrapar de por vida, por eso se puso a la defensiva.

Se quedó limpiando la cocina. Quizás si la veía impecable al levantarse a la mañana se olvidaba que le dejó atragantada la cena.

Cuando todo estuvo reluciente, subió las escaleras para ir a la habitación que ocupaba cuando era niño, pero bajo la puerta se veía la luz encendida. Ella estaba allí, acostada en su cama, dejando sobre las sabanas el aroma de su colonia que le recordaba la primavera. ¡Alice había ocupado su habitación!, y se enfureció, pero al recordar todo el egoísmo que ella le había hecho ver, decidió olvidarse del asunto.

Siguió por el pasillo y entró en la última puerta para dormir lo más lejos posible de ella. No porque le produjera prurito. Eso había cambiado y ella le producía una comezón muy diferente. Alice, con su encanto, inteligencia y ese cuerpecito tan natural y sin artificios, podía llegar a matar al Samuel de antaño. Tetas reales, piernas delicadas y sin esa dureza de las mujeres de gimnasio con las que se solía acostar. No tenía dudas que si rozaba las piernas de Alice las encontraría como un almohadón, de esos suaves y blandos. Nada de rocas duras en Alice, nada de exageraciones, nada de perfecciones a base de cirugías.

La última habitación era la que solían ocupar sus hermanas y Alice cuando se quedaban en casa de Arturo. Al abrir la puerta casi sale huyendo al ver el empapelado de flores y los cobertores de voladitos en las camas. *Dios me libre de dormir en un cuarto tan femenino*, se dijo y cerró de un portazo.

La única habitación que quedaba libre era la de Arturo, y no quiso

usarla. Todavía no estaba preparado para violar la zona íntima de Arturo. Todavía no estaba preparado para ver el vacío que había dejado.

Regresó a la sala con una manta que encontró en la habitación de las chicas, y se recostó en el sillón con el televisor encendido proyectando un partido de tenis. Pero no pudo concentrarse. Él solo podía imaginar a su esposa durmiendo en su cama de dos plazas y media, con el colchón de resorte y la almohada de pluma.

Gruñó porque ese sillón era de la época de María Castaña, con el relleno apelmazado y los resortes vencidos. ¿Con qué derecho ella lo desplazaba de su cama? Ni siquiera le había preguntado si podía adueñarse de su espacio. Se levantó y salió al jardín. A veces, cuando salía de juerga al pueblo, solía entrar a la casa trepando la enredadera que daba a su ventana para que Arturo no supiera que había regresado de madrugada. Y allá fue a subir a su cuarto, puesto que Alice se había encargado de poner el maldito cerrojo para que no entrara. Era su habitación, y si ella no la quería compartir que se fuera. Él no tenía porque ceder su enorme y cómoda cama.

Quizá ese fue el comienzo del fin para Samuel Dávila. Solo que él tenía tantos pensamientos contradictorios, que no pudo comprender el error que estaba cometiendo mientras trepaba la enredadera de la pared, abría el ventanal de “su habitación”, se sacaba la ropa y se metía bajo las sábanas de “su cama”.

CAPÍTULO 12

La confusión del despertar puede llevar a no distinguir la realidad de la imaginación. Alice no sabía si había un montón de mujeres murmurando en su habitación o si lo estaba soñando. Ella aún estaba adormilada, por lo que tampoco podía deducir si era real el roce de una pierna peluda sobre la suya, o el brazo envolviéndole la cintura hasta hacerla chocar con un pecho tipo muro de granito. ¿Un sueño podía ser tan vívido que lo seguía rememorando mientras se intentaba despabilar? También era un sueño bastante erótico, se dijo al sentir algo duro rozándole el culo. Era como demasiado palpable en muchas partes de su cuerpo y por ese le parecía bastante real.

Sintió otra mano que se posaba sobre su muslo y le rozaba el elástico de la tanga. Esa mano se deslizó hacia atrás y le tocó el culo, y después volvió hacia adelante y... ¡Oh! ¿Cómo podía recorrer tanta desnudez si la noche anterior ella se había puesto su pijama? Dormir en tanga no había sido una opción teniendo a Samuel metido en la casa.

¡¿Qué?!, se preguntó al darse cuenta que Samuel no solo estaba en la casa, sino que se había metido en la misma cama que ella. Esto de sueño erótico no tenía nada.

¿Y los murmullos?, se preguntó. ¡Oh, mierda!, las mujeres habían llegado de visita de fin de semana y estaban todas metidas en la habitación. Y ella allí, encamada con Samuel, y recién se estaba enterando de que habían dormido juntos y... sin ropa.

¡Oh, Dios!, esa manó perversa se le había metido dentro de la tanga y se movía y... ¡Oh!, pero qué manera de exclamar en sus pensamientos. Si ya parecía una idiota romántica con tantas expresiones de asombro que se repetía mentalmente.

Arriba y abajo, arriba y abajo. Esto era una tortura y ella no podía moverse ni soltar un jadeo porque allí estaba su madre, la madre de Samuel y las hermanas. Todas mirando mientras él le metía mano.

Siempre había soñado con esa escena, y también se la había imaginado, pero no habían tenido espectadores.

–No me esperaba esto –esa voz era la de Constanza–. Creí que no la tocaría ni con un palo –aclaró en un susurró.

–Bueno. Parece que sí la quiere tocar –dijo Andrea–. Creo que no ha

sido buena idea meternos en la habitación –aclaró–. Mejor nos vamos, que están de luna de miel.

–Yo ni loca me pierdo esto –dijo Carina en un susurro.

–¿A ti te gustaría que yo me metiera a husmear cuando estás con tu novio? –preguntó Andrea.

Mientras ellas discutían, Alice sentía que la mano experta seguía rozando arriba y abajo en su excitado sexo. No sabía si jaderar o darle un puntapié en las bolas. En realidad lo que deseaba era abrir las piernas y arquearse para que la llevara al límite. ¡Pero qué estaba diciendo!, Samuel la odiaba, y ella... solo era un trato conveniente para él. Y encima allí estaban todas las mujeres mirando. ¡Acaso se había vuelto loco!, y ella estaba más loca que él para no levantarse de un salto de la cama. El problema era que no podía levantarse porque no tenía más que la tanga. Desnuda, estaba desnuda.

–Nunca lo haría donde tú pudieras entrar, mamá –aclaró Carina.

–El error es nuestro, que creíamos que esto nunca podría pasar. Pero es tan romántico verlos abrazados –dijo Pamela con voz soñadora.

–Mi Sam se ha enamorado –dijo Andrea llena de emoción.

La mano que estaba metida dentro de la tanga se quedó tensa, Samuel se maldijo por haber destrabado el pestillo la noche anterior. Fue una actitud guerrera la suya, ella le trababa la puerta y él la destrababa; y allí estaba la consecuencia: las mujeres metidas hablando de amor.

Alice, al sentir la tensión de la mano de Samuel, que había dejado de tocarla, supo que a él ya no le causaba gracia la escena. El muy maldito lo había hecho a propósito porque ella no podía chillar. Quizá para burlarse de ella, para hacerle saber que no era más que una de las tantas que se llevaba a la cama.

–¡Salgamos de acá! No sé ni por qué nos hemos quedado mirando algo tan íntimo, tan de ellos –dijo Andrea en un susurro, y al parecer nadie se quejó porque al rato la puerta se cerró con el chirrido en los goznes y la habitación quedó sumida en el silencio. El desconcierto a Alice no la dejaba reaccionar. Podría simular que estaba dormida, pero había movido apenas el cuerpo cuando se le llenó de sensaciones, y Samuel sabía que estaba despierta.

–No me he enamorado –dijo Samuel con voz ronca, no por estar enamorado sino excitado–. Esto es pura necesidad biológica. Me has prohibido tener a mis mujeres, y mi cuerpo no aguanta tanta abstinencia.

–¡Ha sido solo una semana, caradura! –chilló Alice.

Él la giró en la cama y le tapó la boca con un beso furioso, que poco a poco fue suavizándose hasta que los dos terminaron jadeando.

–Si quieres que cumpla con lo que me has pedido, tendrás que dármelo tú –dijo Samuel sobre sus labios. Lo que ella no sabía, y no pensaba confesar era que no dormía con sus amantes, tampoco compartía esos besos que se iban suavizando. Sí alguno que otro en medio de la pasión, pero no era algo que le gustara hacer con sus mujeres. Era solo sexo puro y duro, pero ella... Bueno, tenía una boca bonita, turgente, suave y muy dispuesta a los preliminares.

–Estás loco –jadeó Alice.

Él no pedía, él tomaba, se dijo Alice cuando sintió que sus manos se apoderaban de sus pechos desnudos. Y sí, estaba como Dios la trajo al mundo, y eso era otra cosa que él había decidido sin que ella pudiera negarse. Le había sacado su pijama de flores y solo le había dejado la tanga. Lo tenía sobre ella, con las manos amasando sus pequeños pechos. Él se había metido en la habitación y seguro que la había mirado con una linterna, o había prendido la luz, y ella no se había enterado. Ella no era una beldad, tampoco exuberante como sus mujeres. Estaba muerta de vergüenza y quiso que la tierra la tragara.

–Puede ser. Tomo lo que es mío. Además, no pienso arriesgarme a una anulación, Al. Si consumamos el matrimonio, esa parte ya te queda descartada.

–Creí que confiabas en mí.

–Ya no tanto. No eres lo que imaginé. Tienes más inteligencia que pájaros en la cabeza.

¿Lo tenía que tomar como un halago o un insulto?, se preguntó Alice. Encima le había dicho Al. Se había inventado un apodo para ella. Al era demasiado íntimo y cariñoso, más íntimo que él sobre ella con sus pechos en las manos. Más íntimo que... ¡Oh!, le acababa de sacar la tanga. Cuando abrió los ojos vio que se estaba sacando un bóxer blanco. Vaya que tenía armamento. Era algo... algo digno de quedarse mirando con la boca abierta, como estaba ella en ese momento.

Él sonrió con esa arrogancia muy suya, como si le dijera, sabía que ibas a quedar impresionada.

–Vete, Samuel. Este... no era el tra... el trato –dijo Alice entre tartamudeos.

Sus dudas lo llenaron de confianza, porque en lugar de irse le abrió

las piernas, y ella se dejó hacer. Dejó que la mirara, que la abriera para su deleite. Y cuando él se agachó y posó sus labios, también lo dejó que hiciera lo que quisiera.

Quién podía frenar algo descabellado cuando él tenía la cabeza enterrada entre sus piernas. *Muerta en vida vas a salir de ese matrimonio*, le había dicho su madre. Ella nunca se imaginó que llegarían a consumarlo, y puede que Constanza tuviera razón, pero estaba dispuesta a vivirlos a plenitud. Era preferible pasar por esto a no haberlo vivido nunca.

Jadeó, elevó las caderas, y él la ayudó poniendo sus manos en sus nalgas para levantarla. Fue algo que nunca había vivido. Ningún hombre le había hecho esto. Se le escaparon unas lágrimas mientras alcanzaba la plenitud. Se las secó porque no quería que él viera sus debilidades, no quería que le dijera que esto era solo sexo. Mejor se lo decía ella para evitar que le hiciera daño. Se relajó cuando la tormenta interior amainó y Samuel se acomodó entre sus piernas.

–Dime que tomas algo para evitar el embarazo –dijo Samuel con voz ronca.

–No estoy en mis días fértiles. Y estoy sana, pero dudo que tú puedas decir lo mismo –dijo Alice.

Samuel arqueó las cejas. Vaya, ella no estaba llorando con mocos y todo, sino que estaba preocupada por su salud sexual. Otra sorpresa que nada tenía que ver con la Alice de su imaginación.

–No tengo relaciones sin preservativo, pero voy a confiar en ti. Además, tú debes haber tenido tan pocos hombres que dudo que me contagies alguna venérea. Hasta telarañas debes tener por la falta de uso –dijo Samuel. Y sí, él confiaba en ella, por algo había sido su única opción.

Ese comentario a Alice le dolió porque se acercaba mucho a la realidad. Pero luego pensó que el ataque era su arma de defensa para no reconocer que le tenía confianza, o quizá, que solo con ella lo quería hacer piel con piel.

Ese pensamiento la llenó de emoción. Cuando él entró despacio, Alice creyó que entraba dentro de sus sueños, en la magia en la que vivía cuando soñaba con él, y se entregó en cuerpo y alma.

A sus veintitrés años Alice había tenido dos hombres en su vida. El primero se enorgullecía de su velocidad para llegar al orgasmo, y ella se había quedado pensando que si esto era el sexo podía prescindir de él toda la vida. El segundo hombre era perezoso, todo lo hacía en cámara tan lenta que

a ella le costaba alcanzar el clímax, pero al menos con ese conoció que luego de una eterna espera, podía flotar.

Ahora entendía cuanto se había perdido. Samuel era pasional, intenso, era una máquina de dar y tomar placer. Un rato estaba sobre ella moviendo todos los músculos y haciéndola jadear sin descanso. Después la puso a horcajadas y la instó a moverse a su ritmo, y ella lo encontró después de unos cuantos movimientos torpes. Se echó hacia atrás mientras subía y bajaba. Él le acarició los pechos mientras los dos se dejaban arrastrar por el orgasmo. No había una espera eterna para sentir placer. El placer era como olas que cada vez la elevaban más alto.

Claro que quería seis meses de esa vida, y de todo lo que él le quisiera dar. Era lo mejor que habían hecho desde que Samuel le había propuesto el pacto. Su boca gritaba insultos, pero cuando se posaba en sus labios, y cuando sus manos hablaban, ella podía conocer a otro Samuel. Él decía que ella no era lo que él se había imaginado, y ella podía decir lo mismo cuando Samuel la hablaba a través del cuerpo. Él era una contradicción, y ella se dejaría envolver en esa relación compleja que la dejaría hecha pedazo. Vivir era arriesgar, era lanzarse al vacío, aunque al final del recorrido se estrellara contra rocas de granito.

Alice se recostó sobre su pecho, los dos seguían con las respiraciones agitadas, el corazón bombeando como en una carrera de cien metros. Pero ella no era idiota, y supuso lo que vendría antes de que él pronunciara las palabras. Su medio de defensa no le permitía esa debilidad.

–Bien, ya no hay posibilidades de que pidas la anulación –aclaró Samuel en un susurro sobre su oído.

–Ya puedes descansar tranquilo que no habrá anulación –dijo Alice. Era tan predecible que tuvo ganas de reír. Salió de la cama y caminó desnuda los pocos metros hasta el armario. Sacó ropa interior, un vaquero y una remera de algodón rosa. La elección del rosa fue a propósito, porque sabía que a él le producía urticaria todo lo que creía que era romántico. Se vistió delante de él, sin demostrar la vulnerabilidad que sentía al tenerlo sentado en la cama, totalmente desnudo y muy cómodo con su cuerpo, observándola con todo su descaro—. Dudo que te guste lo que ves –aclaró mientras se metía dentro de la tanga. Después se puso el sujetador y la remera.

–No está mal –dijo Samuel, que seguía pendiente de cada uno de sus movimientos.

Ella no se daba cuenta lo sexy que era en su naturalidad. Nunca se

imaginó que Alice reaccionaría así, tan entregada y tan desvergonzada a todas sus atenciones. Él había esperado que lo sacara a patadas, no que se dejara tocar y participara con tanta pasión en su primera vez. Tampoco se esperó que saltara desnuda de la cama. Se la había imaginado envuelta en el edredón y cambiándose tras la puerta del armario, no exhibiendo frente a él todo su suave y delicado cuerpo—. Unas buenas piernas, un culo agradable y unos pechos...

—Pequeños. Ya lo sé, no hace falta que detalles todo mi cuerpo. Además, una cicatriz de apendicitis y algunas estrías —dijo Alice, y se señaló la pierna.

Samuel no vio más que unas piernas fantásticas. No era de mirar al detalle a las mujeres, sino de buscar una compañera de cama que disfrutara sin remilgos, y Alice... había disfrutado.

Sorprendido estaba con Alice la romántica. Desconcertado, y aturdido a pesar de su pose despreocupada. Y otra vez la tenía dura. Eso debería sacarle las dudas sobre los defectos de su cuerpo.

Samuel la quería de nuevo entregada a él. Quería enterrarse hasta el fondo y ver como llevaba la cabeza hacia atrás mientras la llevaba al orgasmo. Se levantó antes de que se pusiera el vaquero y caminó a zancadas hasta pararse frente a ella, que lo miraba con el entrecejo fruncido. La tanga que se acababa de poner quedó tirada en el suelo embaldosado, y Alice sintió que la elevaba del suelo y la sentaba en la vieja cómoda que había sido de los padres de Arturo. Le abrió las piernas y otra vez la penetró duro y exigente. Una, dos, tres veces, y más, y más. La besó, y el orgasmo se les escapó a modo de grito silenciado dentro de sus bocas. Se quedaron unidos unos segundos hasta que recuperaron el ritmo normal del corazón.

—¿Esto por qué fue? —preguntó Alice con ironía.

Él dio dos pasos atrás. Se puso el vaquero que se había sacado la noche anterior, la remera que estaba sobre la silla y salió dando un portazo. Ella se quedó sentada sobre la cómoda sin encontrar respuestas a todo lo que había pasado. Tampoco se las volvería a pedir. Ya sabía que en la primera vez había encontrado una excusa, pero en la segunda vez la anulación no podía estar en el medio. La segunda había sido deseo.

Recién lo acababan de hacer y él se había puesto duro mientras la veía caminar desnuda por la habitación. Sus defectos no le habían producido repulsión. Quizás ella no tenía tantos, o tal vez, las amigas de Samuel no eran tan espectaculares como aparentaba Zulema. Quizá bajo la ropa sensual y las

capas de maquillajes también había algunas estrías, algunos lunares o alguna cicatriz de apendicitis. Y sonrió mientras se ponía la tanga para ir a darse un baño.

CAPÍTULO 13

El fin de semana fue bastante confuso y complicado. Samuel no podía perdonarse las dos veces que había tenido sexo con Alice. No podía entender qué le había pasado por la cabeza para ir de noche a meterse en la cama con la romántica empedernida. Debería haberse ido a dormir al hostel y nada de esto habría pasado. Para colmo, después de la primera arremetida donde la había tomado como un desesperado, vino la segunda a los pocos minutos, donde la había tomado más desesperado que la primera vez.

Su madre, sus hermanas y Constanza estaban metidas en la casa, analizando lo que se podía hacer para mejorar los ingresos del hostel, como si él no fuera el dueño, como si ellas también lo fueran a heredar. Sabía que en otro momento les habría agradecido que se interesaran y lo ayudaran, pero ahora todas le estorbaban. No las quería allí. Necesitaba pensar.

Había pedido seis meses de licencia sin goce de haberes porque quería levantar los ingresos del hostel y renunciar a su trabajo en el banco. También necesitaba pensar cómo solucionar el error que había cometido con Alice. Él la tenía que desencantar, no enamorar. Era un idiota rematado.

Todas se irían el domingo, y por suerte Alice también. Una semana en soledad para tomar decisiones, eso necesitaba, se dijo.

–Samuel, la idea de Alice de alquilar el salón para eventos es genial, ¿no te parece? –dijo Carina, que estaba sentada sobre las piernas de su novio y se movía con descaro encima de él. Lo debía tener loco de deseo, pensó. Al mirar que Alice estaba en la cocina secando hierbas aromáticas sobre papeles, quiso que ella hiciera lo mismo para aplacar su deseo. Su pene no razonaba, el muy maldito, y estaba duro al imaginarla sin ropa sobre él y con el cuerpo arqueado hacia atrás, como esa misma mañana.

–Ya me lo comentó y descubrí su doble intención. Ella quiere hacerse con el negocio de organizadora de bodas –dijo Samuel con resentimiento.

–¿Qué has dicho? –preguntó Constanza–. ¿Acaso no conoces a mi hija? –esa segunda pregunta estaba llena de reproche.

–La verdad es que no la conozco –dijo Samuel.

Sus hermanas arquearon las cejas. Su madre tenía una expresión furiosa, al igual que Constanza. En realidad, su suegra por seis meses tenía en los ojos la amenaza de matarlo si le hacía daño a su romántica hija. Y Alice... Alice ni lo miró, ni se inmutó.

Samuel odiaba que ella no reaccionara. La quería alterar, sacar de su centro, que le mostrara su mirada furiosa, su ira, su odio. Lo ponía loco ese conformismo de “todo está bien o nada me afecta”, como si no le importara un pimiento que él la atacara delante de la familia.

–Por cierto. Hoy se me dio por abrir la caja fuerte de Arturo y no hay un centavo allí –dijo Samuel. Era cierto, y se había sorprendido, pero no había pensado comentarlo porque solo Alice y él conocían la contraseña, y tenía la certeza que ella no había tocado nada. Pero al ver la falta de reacción de ella, quiso quitarle la maldita serenidad que estaba simulando. Era una artista, no tuvo dudas, y de romántica no tenía ni la uña pintada de rosa del dedo meñique del pie. Ya había visto que era azul, como usan las mujeres modernas.

–Arturo hace un tiempo dijo que tenía dinero ahorrado –aclaró Carina–. Un dinero que te podría servir para reacondicionar algunas de las habitaciones, que están bastante abandonadas, Samuel.

Alice se tensó y dejó de desparramar el romero sobre el periódico para que se secase. Eso y decirle ladrona era lo mismo. Apretó los puños en la mesada, pero no se giró a mirarlo.

–Parece que dijo cosas que no eran ciertas, o alguien echó mano cuando yo no estaba –dijo Samuel, y se sintió una porquería al acusarla de forma directa, puesto que solo ella podría haber metido mano.

Los dos sabían que el otro tenía la contraseña. Arturo se los había aclarado a cada uno por separado, pero el resto de la familia solo suponía que era Samuel quien conocía la clave de la caja fuerte.

–Creíamos que solo tú la tenías, Sam –dijo Andrea–. Mi hermano siempre decía: si algo me pasa, Sam sabrá que hacer –aclaró.

Alice se giró a mirarlo. La furia se había apoderado de sus bonitos ojos marrones con esas rayitas más claras que los hacían brillar, y él se dijo que por fin había reaccionado.

–También yo sé la clave de la caja. Hace dos años que Arturo me la dio, pero me pidió que no dijera nada –dijo Alice, que solo lo miraba a él con esos ojos acusadores. Dejó la ramita de romero que tenía en la mano y salió disparando de la cocina.

–¿Cómo? –dijo Carina.

–¿Qué? –preguntó Pamela.

Alice escuchó sus preguntas mientras salía de la casa, pero no regresó para tratar de explicar algo que ni ella había comprendido. ¿Por qué a mí?, le

había preguntado a Arturo dos años atrás. Él tenía dos sobrinas más, y no entendía por qué quería que ella la tuviera. Arturo se había encogido de hombros, y Alice supo que no le sacaría una palabra. Él era así, raro, reservado, parco, pero también era cariñoso y todos lo querían.

–Arturo la adoraba –dijo Andrea para evitar el recelo de sus hijas.

–¿Y a nosotras no? –preguntó Carina, la menor y más revolucionaria de los hijos Dávila.

–Por supuesto que sí –aclaró Andrea.

–Y entonces, por qué no nos dio esa confianza a nosotras –dijo Carina–. ¿Por qué a Alice, si no es su pariente?

Pamela no era tan competitiva, y se conformó con el comentario de su madre. Fue Constanza la que tuvo que hablar para evitar que las chicas se resintieran con Alice por algo que su hija no había elegido.

–Carina, tu tío siempre me decía que Alice debería haber sido su hija –dijo Constanza–. Yo fui su obsesión o su pesadilla. Fui la mujer que no le permitió tener una familia. Me quedé embarazada y tuve sola a mi hija porque mi novio no quiso hacerse cargo, y Arturo... digamos que Arturo se quedó resentido. Se ha cansado de repetirme: elegiste mal Constanza, yo habría puesto el mundo en tus manos si me lo hubieras pedido –dijo Constanza sin mirar a nadie.

–¡Dios mío! Somos amigas de toda la vida y nunca me contaste esto –dijo Andrea.

–No iba a exponer las debilidades de Arturo. Era un gran hombre, y siempre estaba allí para ayudarme cuando lo necesitaba. Pero nunca me perdonó que no lo hubiera elegido a él –aclaró Constanza–. ¿Por qué te lo tendría que haber contado? Todos creían que era un mujeriego y que nunca se quiso casar. La realidad era que su vida quedó detenida después de que yo me quedara embarazada.

Todos estaban sorprendidos. Nadie se imaginaba a Arturo enamorado y resentido.

–¿Nunca te pidió que te casaras con él? –preguntó Pamela, que disfrutaba de todas las historias románticas.

–No. Él no se conformaba con ser segundo plato, como decía. Pero a Alice la quiso como a la hija que habría querido tener conmigo –dijo Constanza–. Esto lo cuento para que entiendan porque Arturo le dio la clave a mi Alice. Para Arturo ella era su hija.

–¿Era tu amante? –preguntó Pamela llena de curiosidad. Su novio se

acercó a ella y la abrazó. Ese chico era justo para ella, uno de los pocos románticos que quedaban. Lástima que su Alice se había empecinado en el hombre menos romántico que había sobre la faz de la tierra.

–Ese no es asunto tuyo, cariño. Es algo íntimo que Constanza nunca ha querido desnudar delante de todos –aclaró su novio.

–¿Por qué no? Esto es muy emocionante –dijo Pamela.

–Mejor vive tu historia, Pam, que la mía no tiene nada de emocionante –dijo Constanza, y se giró para mirar a Samuel–. Mi hija no es lo que tú imaginas. Por otro lado, nunca metería mano en la caja fuerte de Arturo.

–Lo sé –dijo Samuel, y le sonrió.

Eso hizo que Constanza arqueara las cejas.

–¡Dios mío! Ya estás viendo como es Alice –dijo Constanza, y rió a carcajadas.

–Perdón, pero creo que me estoy perdiendo algo –dijo Andrea, que era la más inocente.

Todas rieron, pero ninguna dijo nada. Samuel salió a buscar a su esposa de seis meses para disculparse. Claro que Alice no era lo que él había imaginado, solo que aún no terminaba de sacar las capas para descubrir su verdadera personalidad. Constanza parecía conocerla, aunque dudaba que alguien realmente la conociera. Sus hermanas creían conocerla, pero él no creía que conocieran sus profundidades. Ella era... una incógnita. ¿Romántica?, quizá, pero no de forma exagerada. ¿Una mujer liberal?, eso no, pero sí sabía disfrutar del buen sexo a pesar de su poca experiencia. De eso estaba seguro porque le había costado encontrarle el ritmo, pero una vez que lo pilló, se dejó llevar por la pasión. ¡Y qué pasión!, era algo que no todas las mujeres solían dejar a la vista. ¿Sarcástica?, eso sí era, y también era muy inteligente. Y él, el más vivo de todos, parecía un tonto a su lado.

La encontró de rodillas quitando hojas secas del jardín, y vio que había removido la tierra de los rosales. El jardín estaba bonito, cuidado, y al ver sus manos no tuvo dudas que en esas dos semanas había trabajado mucho en el parque.

–No desconfío de ti, Al –dijo Samuel usando el apodo que le había puesto.

–Me alegro –dijo Alice sin levantar la vista.

–Podrías pedir unos días más en el trabajo así analizamos tus ideas. Son buenas –dijo Samuel.

Alice sonrió sin levantar la vista del suelo. Todas esas palabras valían más que la disculpa que Samuel no sabía dar.

–Ya no tengo días, y mi jefe no sabe arreglarse sin que yo esté corriendo tras él con la agenda –aclaró Alice.

–¿Ese jefe tuyo es el que te quiere llevar al catre? –preguntó Samuel de forma despectiva. La armonía se había ido al traste. A él no le parecía justo tener que cumplir con sus condiciones cuando ella andaba mariposeando por allí–. Además, está el mastodonte que te arrincona en el bar. No tengo deseos de pasar por el marido cornudo, que se ha instalado en el campo mientras su esposa anda flirteando por ahí con sus compañeros de trabajo.

–Yo no ando flirteando –aclaró Alice, y por fin levantó la vista para mirarlo. Una sonrisa tierna le curvaba los labios, y Samuel desconfió porque ya no sabía si la ternura era real o fingida, ya no sabía si ella era un ángel o el demonio disfrazado de ángel–. ¿Acaso me quieres decir que no puedes estar sin mí? –preguntó con un arqueo de cejas, que Samuel quiso borrar de su rostro.

–Al contrario. No veo la hora de que te vayas. Y no solo tú, sino todas las mujeres. Puedo arreglármelas solo, y no necesito los consejos de ninguna de ustedes –dijo Samuel, y dio media vuelta para marcharse.

¿Qué capa sería esa que usaba para sacarlo de las casillas?, la sarcástica, por supuesto. Aunque no entendía el porqué cuando él había ido con la cabeza agacha a disculparse por el tema de la caja fuerte. Le había dado una gran muestra de confianza y encima había alabado su inteligencia. ¡Mujeres!, fue su conclusión mientras se iba al hostel a esperar que todas desaparecieran de su vista.

A Samuel el día se le había pasado volando, y había terminado de conversar con los empleados del hostel cuando el sol ya estaba cayendo. No eran muchos. Solo la cocinera, el encargado del comedor y dos chicas que se ocupaban de limpiar las habitaciones. En temporada alta contrataban más empleados porque no daban abasto, como le había comentado el encargado, que no solo se ocupaba del comedor, sino de todo. También tenían un jardinero que mantenía el parque y la pileta.

Muy pocos empleados para las ideas de Alice, se dijo Samuel.

Samuel regresó a la casa pasada las diez de noche deseando que todas las mujeres, incluida su esposa, se hubieran largado. Al ver solo una luz mortecina iluminando la galería supo que su deseo se había hecho realidad.

Ninguna se había quedado a pasar el fin de semana, como solían hacer cuando vivía Arturo. Su tío se desvivía por atenderlos cuando llegaban los fines de semana. Él le había aclarado a Alice que no las quería allá. Por lo visto, no era tan parecido a Arturo como creían.

La noche en el campo estaba llena de silencio, y cuando Samuel entró a la casa sintió la ausencia de las mujeres. No había murmullos, risas, discusiones. Tampoco había ese aroma a comida que solía embriagar la casa cuando regresaba de pasar la tarde en el bar del pueblo.

Se quedó parado frente al ventanal de la sala. La única compañía que tenía era el ruido de los árboles que se mecían con el viento y la llovizna fina que había comenzado a caer y mojaba el vidrio de la ventana. La soledad podía ser la mejor compañía cuando se necesitaba pausar el tiempo y pensar en su vida antes y después de la muerte de Arturo.

Tenía veintinueve años, y desde los quince llevaba transitando la vida con un solo fin, disfrutar a tope. Era una carrera cuyo objetivo era divertirse con mujeres diferentes, sin ataduras y sin compromiso, como a él le gustaban. Incluso tenía una especie de programa metido en la cabeza, porque siempre tenía el mismo verso para conquistar. Unas copas, algunas palabras halagadoras sobre su cuerpo, su encanto y su sensualidad. Todo eso le permitía llevárselas a la cama para conseguir un buen polvo, y siempre se iba satisfecho. Era como ganar un trofeo, otro más de los tantos que tenía de ese tipo. ¿Qué había querido probar?, que podía conseguir la mujer que quisiera.

Analizando su vida, podía decir que solo tenía el trabajo en el banco y diversión con la mujer que se le antojara. El trabajo no lo llenaba pero tampoco renunciaba porque, como decía su madre, entrar en el banco, con un buen horario y un sueldo holgado, es una gran suerte. Lo de las mujeres nunca se lo había planteado... hasta que selló el pacto con Alice, porque ella le estaba haciendo dudar hasta del aire que respiraba.

Ahora se preguntaba: ¿qué era vivir la vida a tope? Esa visión parecía no tener sentido desde la ventana de uno de los sitios más tranquilos de su provincia, con el agua deslizándose serena por el ventanal.

Se fue a la cocina con el ruido de sus pasos como única compañía. Abrió la nevera y se encontró con varias bandejas con comida que podía calentar en el microondas. Lasaña, carne al horno, una tortilla de papas, una montaña de milanesas, un pollo en salsa cortado en cuartos que tenía muy linda pinta. ¿Todo eso había hecho Alice antes de irse?, ¿antes de que él le dijera que estaba esperando que todas se largaran?, no, eso era obra de todas

las mujeres, las que él había corrido con su indiferencia, pensó. Le habían dejado comida para una semana, y no tuvo dudas que era con las compras que Alice había acarreado desde el pueblo y había pagado con su propio dinero, mientras él la acusaba de meter mano en la caja fuerte de Arturo.

Mientras cenaba solo en la mesa de la cocina, sonó el teléfono de línea fija de Arturo. Samuel se apresuró a atenderlo. Quizá era Alice y él podía decirle que no hacía falta que se gastara su sueldo en comidas para él.

–Hola, mi querido Samuel. Soy Flora.

–¿Tía Flora, pasa algo? –preguntó Samuel preocupado, puesto que ella no solía llamar salvo cuando tenía algún problema.

–Nada, mi querido. Solo quería agradecerte por el dinero que me diste. Bueno, que me dio Alice. Seguro que tú se lo dejaste para que me lo diera. Le dije que volvería la semana que viene por más, pero cuando llegué a casa y conté todos los billetes, me dije: Flora, Samuel está haciendo un gran sacrificio para levantar el hostel. Por lo que quiero que sepas que lo voy a estirar como chicle, querido –dijo Flora, todo de corrido y sin respirar.

Samuel también se quedó sin respirar. Alice... ¡Alice le había dado el dinero a Flora! Según su tía era bastante, por lo que supuso que le había dado una buena parte de su salario mensual.

–¿Alice te lo dio? –preguntó Samuel.

–Claro, lo sacó de su cartera. Pero como son matrimonio, supongo que no importa quién de los dos me lo dé –dijo Flora.

Él la había acusado de sacar dinero de la caja fuerte. Ella se había callado la boca y se había ido sin hacerle ningún reproche, se dijo Samuel mientras cenaba las comidas que Alice había pagado de su bolsillo. Y como si eso no fuera suficiente, Alice también estaba pagando la comida de las mascotas de Arturo, y no le había pedido que le devolviera el dinero.

–Sí, tía, es lo mismo –dijo Samuel, pero cuando cortó se sintió más egoísta de lo que ya era. Mi casa, mi cama, mi hostel.

Esa noche no durmió pensando en lo diferentes que eran. Ella se había instalado una semana antes para que la casa se sintiera acogedora, él la había corrido. Ella ponía de su escaso dinero, y él, con sus comentarios la había tildado de ladrona.

El domingo trabajó de sol a sol y se quedó haciendo números hasta la madrugada. Pero no pudo dejar de pensar en lo generosa que era Alice. Ella daba sin alardear. Él no daba nada.

El lunes decidió armar la página del hostel para promocionarla por

internet. Sabía algo de programación porque de adolescente había aprendido con algunos libros, incluso había comenzado la carrera, pero la había dejado porque estudiar le quitaba tiempo para vivir a tope. Se rió de su estupidez. Si hubiera terminado la carrera no sería un empleado de la oficina de préstamos en un banco, no habría necesitado la herencia de Arturo y... no estaría casado con Alice la romántica. Esa última deducción le hizo fruncir el entrecejo.

Alice no lo llamó el lunes. Él tampoco. Estaban como antes del trato, cada uno por su lado, y eso a Samuel no le gustaba.

El matrimonio podía ser un pacto, pero habían quedado en convivir durante seis meses en la casa de Arturo, y Alice se había largado a la primera oportunidad.

Por las noches Samuel se acostaba en su cama, la que ella había usado, y tenía que soportar el aroma primaveral de su colonia. Le costaba dormir porque era como si le faltara algo, y toda la culpa era de ese abrazo que habían compartido cuando se trepó por la enredadera que daba a su ventana.

Apartó ese pensamiento dañino. A él no le faltaba nada más que recuperar su vida, se dijo.

El martes agregó a sus trabajos hachar leña para el invierno, porque no podía dejar de pensar que Alice se había largado. Quedaba tan agotado que a la noche dormía como un tronco, sin que ella se le filtrara en los pensamientos. Alice seguía sin llamar, y él no pensaba dar el brazo a torcer a pesar de que tenía ganas de decirle que por su culpa podía perder la herencia de Arturo.

Era tal la bronca de Sam, que el día miércoles se contactó con varias empresas organizadoras de eventos, y tres se mostraron muy interesadas en venir a visitar el hostel para analizar el potencial. Le dijeron lo mismo que le había dicho Alice, que los invitados solían ocupar las habitaciones para no tener que regresar bebidos y cansados de madrugada a la ciudad, y que esa era la mejor publicidad para ganar clientela para el verano. También le dijeron algo que Alice no había pensado, o quizá sí y él no la había escuchado. El tema era que con una buena clientela, el hostel podía subir de estatus. Le recomendaron contratar un buen chef y hacer unas cuantas remodelaciones para darle un giro estético que encandilara a los clientes. Era un hostel familiar que se podía convertir en un hotel más selecto, con gente rica ocupando las plazas.

Dos de las empresas tenían una muy atractiva cartera de clientes que

incluía, empresarios importantes, políticos y gente de la farándula. Samuel se tentó con toda esa gente que levantaría por las nubes el hostel, y se olvidó del sueño de Alice de montar su negocito de organizadora de bodas. Se olvidó por completo de Alice. Bueno, del todo no, porque el día jueves decidió acabar con el silencio de los dos, y comenzó a llamarla todas las noches para contarle las novedades. Lo hizo durante una semana entera, sin que ella le atendiera el móvil. Quizá no atendía porque le había dejado un mensaje en el WhatsApp donde le contaba que tenía dos empresas que organizaban eventos, que le habían prometido elevar el estatus del hostel.

Alice solo le había contestado: *me alegro mucho por todos ustedes*, y nada más. Al ver que le importaba un pimiento, a la segunda semana de su desaparición ya no le mando más mensajes contándole los progresos. Para qué gastar saliva si se hacía la ofendida. Quizá estaba furiosa porque en lugar de ofrecerle el trabajo a ella, había llegado a un acuerdo con una empresa organizadora de eventos, la que tenía la mejor cartera de clientes. En el fondo ella tenía razón. Él había usado su idea y le había dado una patada.

Samuel se metió tanto en el trabajo que pensaba en Alice como esas ráfagas de viento que llegan y se van. Pasó de no poder dormir porque Alice faltaba en su cama, a dormir a pata suelta durante la segunda semana de su ausencia. Trabajaba de doce a catorce horas al día, y como no almorzaba, la cocinera venía con un sándwich que casi nunca podía comer.

Sus hermanas se turnaban para venir a trabajar con sus novios. Ponían esfuerzo y los novios estaban dispuestos a cumplir con cualquier trabajo, sea importante o insignificante. Era una carrera la que estaba haciendo, una carrera muy distinta de la de su vida anterior, porque le permitiría tirar por la borda su trabajo del banco y por fin tendría una vida acomodada para él y su familia. Todos se lo merecían, y sus hermanas al igual que sus parejas tenían el mismo entusiasmo. Era su futuro, y no podía dejar pasar la oportunidad.

En dos semanas habían convertido la vieja sala de comedor en un salón lleno de mesas redondas con sillas tapizadas en pana roja y manteles blancos atados con delicados moños, todo hecho de forma artesanal por su madre, que estaba fascinada de colaborar en lo que pudiera. Las cortinas rojas y la alfombra dorada del pasillo le daban un toque de distinción. Los candelabros del color del oro y los oleos que habían encontrado en el desván habían servido para dar ese aire de ostentación que tanto gustaba a la gente de dinero.

Por sugerencia de Alexandra, la dueña de la empresa organizadora de

eventos que había elegido, estaban ampliando la sala con un patio de invierno vidriado con techos de caña. *Los ambientes exóticos vuelven loco a los clientes ricos. Ellos buscan lugares originales*, le había dicho Alexandra. También era económico, había pensado Samuel, que ya se estaba quedando escaso de fondos.

La caja fuerte de Arturo había estado vacía, como había dicho aquella tarde para enfurecer a Alice. Pero Arturo era un hombre raro, no tenía dudas, puesto que Samuel había encontrado el dinero dentro de una deteriorada caja de zapatos que tenía bajo el escritorio, y que casi había tirado a la basura porque se la chocaba con los pies cada vez que se sentaba en el sillón para hacer cálculos de los gastos.

Con ese antecedente, Samuel estaba decidido a revisar hasta las cajas de fósforos que había visto guardadas en los cajones donde estaban los cubiertos.

¿Para qué les había dado la clave de la caja fuerte?, no tenía idea. Quizá era otra de sus excentricidades, o una forma de hacerlos dudar al uno del otro cuando él no estuviera.

Esos eran los momentos en los que se acordaba de Alice, es decir, que ella siempre se metía en sus pensamientos de forma indirecta. Y así como aparecía, se iba porque su vida se había convertido en un tornado.

Ahora les faltaba montar una pérgola de hierro, que estaban construyendo el jardinero con la ayuda de las parejas de sus hermanas, a la que le pondrían rosas trepadoras. Ese sería el lugar que Alexandra le había sugerido como altar para casamientos. Nada mejor que una pérgola con rosas trepadoras para que una novia grite “Es acá donde me quiero casar”, le había comentado.

Era evidente que Alexandra sabía que todas las mujeres tenían algo de romanticismo, pensó Samuel, y como una ráfaga de viento otra vez se acordó de Alice, su esposa. Pero Alexandra se paseaba con su ceñido pantalón de cuero negro, ese culo bailarín que tenía, y esos pechos que asomaban de su entallada camisa con varios botones desabrochados, y él... bueno, él todavía tenía muy presente su vida anterior al casamiento con Alice.

Esa mujer era al estilo de las que solían salir con él. Las distinguía a simple vista. Miradas sensuales, sonrisas de lado, movimientos del cuerpo que paralizaban los trabajos de los hombres en el hostel. Todavía había un conquistador arraigado dentro de él, y solo tendría que acercarse y soltar unos cuantos halagos para tenerla esa noche en su cama... El albañil lo llamó para

mostrarle unas molduras prefabricadas que estaba poniendo en los techos, y eso lo bajó a su nueva realidad. Menos mal, se dijo, porque si Alice se enteraba, adiós hostel y prosperidad económica.

En dos semanas Samuel se había olvidado de todos los actos generosos de Alice. No recordaba que las mascotas de Arturo estaban comiendo con el sueldo de Alice. Tampoco recordaba que sus cenas hechas en la nevera, se habían comprado con los escasos ingresos de Alice como secretaria de un estudio de arquitectura. El trabajo lo había absorbido, y a la única mujer que miraba pasar delante de sus ojos, era a Alexandra, la organizadora de bodas con la que haría negocios.

Era viernes por la tarde, y sus hermanas le habían pedido un descanso el fin de semana.

–No vamos a rendir si no paramos nunca –dijo Carina.

–En la vida también hay que distraerse, y mamá está mal porque papá hace casi un mes que no aparece. Queremos estar con ella este fin de semana –dijo Pamela.

Las dos habían entrado a la biblioteca de Arturo, donde Samuel hacía unos cálculos de lo que tendría que gastar para tener el hostel a punto para un casamiento, y también estaba sacando cuentas del dinero que le dejaría el primer evento que le había conseguido Alexandra para dentro de un mes.

La pareja de novios había venido esa tarde y la jovencita se había quedado encantada con el lugar, por lo que Alexandra le había dicho: *Tú encárgate de tenerlo todo listo, que yo me ocupo de convencerlos de que es la mejor opción.* Tenían que trabajar a contrarreloj para tener todo listo para el casamiento, y Samuel no podía creer que sus hermanas le hablaban justo ahora de descanso, y que priorizaran las peleas que su madre seguía manteniendo con su padre.

–Me parece bien –mintió Samuel, porque no quería entrar en una discusión. No le parecía bien que se largaran cuando más las necesitaba. Aunque las dos tenían algo de razón, porque todos estaban trabajando sin cobrar un centavo. Era él quién tenía que hacer el esfuerzo. Era su hostel, su futuro, se dijo.

–Alice va a venir el fin de semana –dijo Pamela, que ya tenía la mano en la manija de la puerta, pero se quedó observando su reacción.

Otra ráfaga, una cálida que le arrancó una involuntaria sonrisa. ¿Qué excusa le daría ella al haber desaparecido durante dos semanas? ¿Y qué le diría al no haber atendido las llamadas que le había hecho la primera semana

de su partida?

–¡No me digas! Y yo que creí que solo vendría para traerme la demanda de divorcio y pedirme el dinero para poner su negocio de organizadora de bodas –dijo Samuel de forma sarcástica.

–Parece que te equivocaste, hermano –dijo Carina seria. Las dos salieron corriendo a encontrarse con sus novios que las esperaban en la sala–. Por fin tenemos un fin de semana libre –dijo Carina, y se echó en brazos de su novio como si ese fuera su hogar, su lugar seguro, su sostén, su otra mitad, algo que Samuel nunca había conocido.

¿Qué se sentiría al tener esa relación?, una gran atadura. Eso sería como enredarse en una telaraña de problemas, celos, reproches, insultos y muchos etcéteras, todos negativos, fue la respuesta que se dio Samuel a su propia pregunta.

Apartó esos pensamientos nocivos y siguió con sus cálculos de gastos. Si no le alcanzaba el dinero iba a tener que recurrir a un préstamo en el banco donde trabajaba, algo que no quería hacer.

Alguien llamó a la puerta y no le prestó atención. Seguro que era Quique, el encargado, con algún requerimiento de última hora. Si era algo importante ya entraría sin que le abriera. Los días de trabajo eran tan largos que tenía poco tiempo para hacer cálculos. El dinero de la caja de zapatos, que ahora estaba a resguardo en la caja fuerte, ya se había reducido considerablemente y tendría que gastar de forma responsable para poder cumplir con todos los arreglos para tener listo el hostel para el casamiento, que era su prioridad.

Dos minutos después tenía frente a él a la persona que había llamado a la puerta. Un champán en una mano y dos copas en la otra. Unas piernas largas. Un buen cuerpo. Un provocador escote, y un pantalón de cuero negro. No había necesitado desplegar sus dotes conquistadoras para atraer a Alexandra Barrios a su guarida. Ella solita había venido, bebida en mano, a festejar los logros. Samuel no tuvo que pensar demasiado para saber donde terminaría el festejo.

Alexandra estaba apoyada en el marco de la puerta. Una sonrisa de loba hambrienta le curvaba los labios. Ante su arqueado de cejas ella comenzó a avanzar con sus andares de modelo, con el trasero bamboleándose a un lado y otro hasta que terminó apoyado sobre su escritorio, justo al lado de su silla.

Y Alice, su esposa de seis meses, estaba al caer, según le había dicho su hermana.

CAPÍTULO 14

Dos semanas de infierno en el trabajo, se dijo Alice, y resopló de cansancio mientras subía la cuesta del hostel cargada de bolsas de compras para hacer una cena decente para Samuel. No es que pensara ser una devota esposa, pero la cocinera le había dicho que no dejaba de trabajar ni para comer el sándwich que ella le llevaba todos los mediodías. Estaba ojeroso y flaco como poste de luz, esas habían sido sus palabras.

Esa cena era un acto de misericordia, se dijo Alice mientras avanzaba arrastrando los pies. Esto ya parecía una mala costumbre. Llegaba de noche y cargada como esas esposas atentas y sumisas. Pero ella no podía permitir que se cayera muerto por culpa de inanición. Capaz que encima la culpaban de matarlo de hambre, se dijo y jadeó mientras recorría la media cuadra que le faltaba para llegar a la casa.

Había visto de pasada el hostel, y se sorprendió con los cambios que estaban haciendo. La casona antigua relucía con las paredes pintadas de amarillo y los techos rojos. Todo estaba iluminado y pudo apreciar la ampliación junto a la sala, toda de vidrio. Le habían puesto techo de cañas y parecía un lugar encantador, ideal para echarse en una tumbona a leer una novela romántica, pensó Alice. También pudo ver el arco redondeado que había en el parque, y se imaginó la pérgola de rosas trepadoras que le había contado Carina entre saltos mientras le decía: *Allí nos vamos a casar*. Ella y su novio caminarían por el sendero rodeado de flores multicolores, que se veía gracias a las luces que iluminaban el sendero. De solo recordar su casamiento, tuvo ganas de echarse boca abajo a llorar en medio del camino que subía a la casa. Ella nunca tendría un casamiento especial, pero se montaría su pequeño negocio y haría realidad el sueño de muchas novias.

También sabía por Carina que Samuel había contratado una empresa para eventos. En realidad dos se habían mostrado interesadas por usar el lugar, pero Samuel se decantó por la que tenía la mejor cartera de clientes. ¿Y a quién había elegido?, a la famosa Alexandra Barrios, la mejor en el rubro. Era una experta, eso Alice no podía negarlo.

Alice no tuvo dudas que se llevarían bien, porque Alexandra era tan arrogante y creída como Samuel. Pero no solo se parecían en eso. Los dos eran liberales, alérgicos al matrimonio, y dispuestos a romper la cama con sexo del duro durante toda la noche. Eran tal para cual, y no tuvo dudas que

eso había pesado en la balanza para que Samuel la contratara. Tener allí a Alexandra sería un grave problema para su salud mental, pero Alice no tenía voz ni voto en las decisiones, por lo que solo tendría que soportar con resignación la presencia de la mujer.

Subió los escalones de la galería y al ver la puerta entreabierta se quedó parada, dudando si entrar o dar unos golpecitos para anunciar su llegada.

Durante seis meses esta será tu casa, Alice. ¡Cómo vas a golpear la puerta!, se dijo y se filtró por el espacio entreabierto sin hacer ruido.

Quizá podía sorprender a Samuel con su llegada, aunque se rió de su deducción puesto que más que darle una sorpresa podía llegar a causarle un disgusto. Lo de ellos era un acuerdo y Samuel no estaría feliz de verla.

Alice no había respondido sus llamadas, que se sucedieron a diario durante la primera semana. Pero, ¡cómo iba a responder después de aquel mensaje donde le informaba de que tenía a la mejor empresa organizadora de eventos a sus pies! Se sintió decepcionada porque Samuel había usado su idea y había contratado a la mejor, sabiendo que ella soñaba con un negocio pequeño de organizadora de bodas.

Ese mensaje fue como una patada en la cabeza que la regresó a su realidad. Samuel estaba haciendo su negocio, estaba armando un futuro para él y sus hermanas, incluso para su madre y la tía Flora. Y ella no entraba en esa ecuación.

Dejó las compras en el sillón de la sala y se acercó a la luz que salía de la biblioteca. La puerta estaba apenas entreabierta y se asomó.

Cuando uno quiere dar una sorpresa, puede llegar a ser el sorprendido, solía decir Constanza.

Alice miraba con la boca abierta la escena que había en la biblioteca. Samuel estaba sentado en la silla, observando como un cazador a la mujer que tenía el trasero apoyado en su escritorio. Los separaba una línea tan fina, que la pierna de ella rozaba la de su esposo. Alexandra Barrios tenía una copa en la mano, Samuel otra, y el champán descansaba sobre el escritorio.

Alexandra tenía el rostro inclinado y Samuel no le quitaba los ojos de encima. La tensión sexual se palpaba en el ambiente. Alice supuso que la mirada de los dos podía incendiar la biblioteca que Arturo le había dejado en el testamento.

Abrió la puerta y se quedó de pie en el umbral sintiéndose pequeña y poco atractiva. Invisible, tosca y sin encanto. La belleza que estaba con

Samuel podía bajarle la autoestima a una docena de mujeres normalitas como ella.

Samuel se levantó de un salto, derramando el champán sobre su vaquero gastado.

–¡Al! ¿Qué haces acá a esta hora? –dijo sorprendido, como si acabara de ver a un fantasma merodeando por la casa–. Pensé que llegarías mañana –aclaró al ver que Alice se había quedado con la boca abierta mirando la escena.

–Pensaba venir mañana, pero la cocinera me dijo que trabajabas tanto que casi no comes, y me pareció que podía venir a hacerte una cena. Pero veo que no te hace falta –aclaró Alice.

Alexandra levantó el trasero del escritorio y se giró para mirarla. Un arqueado de cejas y una mueca de burla se instalaron en su rostro al ver a Alice.

–No me digas que has contratado para organizar bodas a la novata –dijo Alexandra, y señaló a Alice.

Samuel miró desconcertado a una y a otra.

–¿Se conocen? –preguntó Samuel.

–Me pidió trabajo un par de veces. Estaba llena de ideas innovadoras, pero no tenía referencias. Al final se fue ofendida y me dijo que algún día se iban a invertir los papeles. Por lo visto ese día no ha llegado –dijo Alexandra–. ¿Y ustedes de qué se conocen? –preguntó Alexandra, pero solo miró a Samuel como si Alice no mereciera entrar en la conversación.

Alice no pensaba ponerse en ridículo y responder que era su esposa. Esperó llena de curiosidad por saber qué iba a responder Samuel. Lo más humillante sería que él dijera: *Me tuve que casar con la romántica porque era mi única opción para conseguir la herencia de mi tío Arturo.*

–Es amiga de la familia. Muy amiga de mis hermanas, y viene a ayudarnos –dijo Samuel.

No, pensó Alice. Había algo más grave, y era negar que ella fuera su esposa. Pacto o no pacto, él le debía fidelidad. No iba a humillarla durante esos seis meses, o cinco meses, porque uno ya se estaba marchando. Bueno, con la respuesta que Samuel acababa de dejar salir de sus labios, Alice no tuvo dudas que tirarse a Alexandra era su prioridad. Samuel miró el desconcierto de Alice y se encogió de hombros, como si le diera lo mismo lo que ella pensara.

–Bastante inoportuna su llegada –dijo Alexandra, y señaló a Alice.

–Al no se caracteriza por ser oportuna. Le encanta aguar las fiestas –

dijo Samuel, pero no miraba a Alexandra, sino a Alice.

Ahora la que tenía la mirada incendiaria era Alice, porque no podía creer que Samuel fuera tan desvergonzado. El respeto, el honor y la nobleza eran los motivos por los que ella había sido su única opción, y Alice se merecía el mismo respeto que él reclamaba de ella.

–En el sillón de la sala te dejé las compras. Quizá Alexandra te quiera hacer la cena. Me voy a dormir al hostel así no interrumpo la noche que pensaban disfrutar. No deberías mezclar placer con negocios, Samuel, pero ya veo que el hostel y esta casa te importan una mierda –dijo Alice, se giró y salió muy digna del lugar.

Samuel supo que las últimas palabras eran una amenaza, y que ella al día siguiente podía plantarle el divorcio, la muy cretina.

–Porque no te quedas, tesoro, y nos preparas la cena –dijo Samuel con sarcasmo. Allí estaba ella de regreso dispuesta a sacarlo de las casillas, pensó Samuel. Dos semanas de paz, y la pesadilla volvía a su vida. ¡Amenazas a él! No hacía ni dos minutos que había entrado y ya estaba poniendo su mundo del revés. Pero bueno, tonto no era, y no pensaba tentar los demonios de Alice, porque no sabía si sería capaz de cumplir sus amenazas. Tampoco iba a cometer una estupidez y poner en riesgo su futuro por algo que ni siquiera había llegado a suceder.

Con Alexandra solo habían llegado a la previa, que era la copa de champán.

¿Qué habría pasado si Alice no hubiera llegado?, se preguntó. No quiso hurgar en su mente la respuesta. Él no había salido de conquista. La conquista había venido a sus pies, y no sabía que habría hecho si las cosas pasaban a más. Duro no se había puesto.

Alexandra era una de esas mujeres fantásticas para disfrutar de un revolcón. Pero viendo a Alice, pequeña y sin tantas exageraciones, avanzando a la salida de la casa con dignidad y seguridad, Samuel se había puesto duro, sin previa, sin champán, sin poses sensuales. Ella no era como las otras, ella tenía algo mucho más excitante.

–La chiquilla no se quiere quedar, querido –dijo Alexandra de forma despectiva.

Chiquilla no era, se dijo Samuel. Alexandra debía rondar los treinta, y quizá se creía con derecho a tratar de chiquilla a Alice que apenas tenía veintitrés. Pero la madurez no siempre tenía que ver con la edad, y Samuel no tuvo dudas de que Alice era más inteligente que Alexandra. Un mundo las

separaba, que no tenía nada que ver con la diferencia de edad. Alexandra tenía calle, se le notaba en el rostro ajado y disimulado con exceso de maquillaje, en el cabello reseco de tanta tintura y en sus poses de mujer fatal. Alice aún conservaba en su rostro y en sus gestos la ingenuidad de una adolescente. No conocía la vida nocturna, no conocía el desgaste de saltar de un catre a otro, no era ambiciosa ni competitiva. Pero tampoco era idiota, mojigata y ni una romántica empedernida, como él había creído.

Alice era como esas flores de la loma que aguantan con estoicismo los embates del viento. Y Samuel sintió la necesidad de construir un muro a su alrededor para protegerla del dolor que iba a causarle durante esos meses, porque si ella hubiera llegado media hora más tarde... quizá los habría encontrado teniendo sexo sobre el escritorio de Arturo, porque él era muy parecido a Alexandra. Y eso lo hizo sentir culpable, a pesar de no haber faltado a su palabra.

–Es más madura de lo que te imaginas. Todo lo que estoy haciendo ha sido gracias a sus ingeniosas ideas –dijo Samuel–. Gracias por venir a brindar por nuestro éxito. Espero que podamos seguir trabajando juntos por mucho tiempo –dijo Samuel para dejarle claro que no habría más que trabajo.

Alexandra arqueó las cejas, agarró el champán, las dos copas y se marchó captando la indirecta.

Samuel agarró el móvil que tenía en el escritorio y buscó a Alice en la agenda.

No seas chiquilina y vuelve a la casa, que no voy a permitir que te pases toda la noche imaginando lo que no es.

Ella abrió la puerta de la biblioteca con tanta fuerza que fue a dar contra la pared. De chiquilina no había nada en su rostro. Estaba furiosa, y Samuel cometió el error de esbozar una sonrisa.

–¡Imaginando lo que no es! ¿Sabes por qué no es?, porque llegué antes de encontrarlos desnudos sobre el escritorio –gritó Alice–. Te lo tomas como un juego, y no te das cuenta que te he hecho un favor –siguió gritando mientras se acercaba lentamente hacia él.

–Yo no la invité –dijo Samuel, y se preguntó por qué tenía que darle explicaciones.

–Tampoco la pusiste en su lugar, Samuel.

–Te estás portando como una esposa celosa, Al –gritó Samuel.

–Soy una esposa. Y te aclaro que no son celos, pero no voy a permitir que me humilles durante el tiempo que esté atada a ti –dijo Alice.

–¡Atada a mí! Querida, ya quisieras estar de por vida atada a mí –dijo Samuel, y al ver el brillo en los ojos de Alice se arrepintió.

–No sabes nada. Hablas sin saber nada, solo imaginas, Samuel. Ese es tu problema –dijo Alice.

Fue Samuel quien se acercó acortando la distancia donde ella se había detenido para poner el límite, que era un escaso medio metro.

–¿Qué tengo que saber? ¿Qué es lo que imagino? Me has puesto condiciones, pero tú te vas dos semanas, y yo no tengo idea de lo que estás haciendo. No has contestado a mis llamadas. Y cuando te escribí para contarte lo de las empresas que organizaban eventos, apenas me escribiste un mensaje de: “me alegro mucho por ustedes”. Como si todo te importara un comino. O quizá lo tuyo es indignación porque no te di a ti el trabajo –dijo Samuel.

Ella lo miraba con la boca abierta. *Vas a quedar como una muerta en vida después de salir de ese matrimonio*, le había dicho su madre. No, iba a salir bailando en una pata, porque quién podía ser tan estúpida para querer seguir casada con un hombre como Samuel Dávila.

–Samuel, lo que menos quiero es tener una relación laboral contigo una vez que esto se acabe. Sería torturarme por el resto de mi vida. Yo quiero organizar casamientos sin tener que verte la cara –dijo Alice. Él había acertado, maldición, puesto que ella se había enfurecido cuando le dijo que había contratado una empresa, pero después había recapacitado. Lástima que él no llamó más. Al menos, esta vez fue él quien se quedó mirándola con el entrecejo fruncido–. Mejor te hago la cena, así ocupas la boca en algo que te cambie el humor –dijo, y salió de la biblioteca dejándolo furioso.

Samuel no lograba captar la esencia de esa mujer. Tenía tantas facetas como un diamante. También parecía fría como la piedra preciosa. Pero él sabía que no era fría. Ella era pasional, lo había descubierto cuando consumó el matrimonio. También era una soñadora, sino no leería esas novelas de príncipes que cumplían promesas o de tontos que se rendían a las mujeres. Y supuso que estaba tratando de ocultarle su verdadera personalidad. Tuvo ganas de aplaudirla porque era una actriz consumada. Lamentablemente, aún no sabía cómo era en realidad. Pero lo iba a averiguar. Como el libertino experto en mujeres que era, lo iba a averiguar.

CAPÍTULO 15

La cena de Alice fue sustanciosa y deliciosa. En menos de una hora había preparado una lasaña de carne y verdura, toda cubierta de salsa roja y blanca con parmesano gratinado al horno. Samuel se había comido casi toda la fuente, y supuso que ella podía llegar a conquistar a cualquier hombre por el estómago, y eso lo puso en alerta. ¿Acaso ella estaría tratando de conquistarlo? Pero al darse cuenta la velocidad con la que había preparado la lasaña, dudó que fuera una comida casera. Quizá la había comprado en la ciudad y se estaba llevando la gloria, supuso. Él era un buen cocinero, era rápido y sabía que una lasaña con tantos ingredientes no se hacía en una hora.

Samuel se dedicó a analizar a Alice. Ella no lo miraba como antes. No hacía ese aleteo de pestañas ni entornaba los párpados, y supuso que se había desencantado en las primeras semanas de matrimonio. Su amor por él debía ser platónico, y la realidad estaba matando la ilusión.

No se sintió ligerito al saber que sentía un amor tan superficial por él, sino con una sensación de vacío. Siguió comiendo para dejar de pensar.

Alice apenas había picado de su plato. Estaba como en otro mundo, desconcertada al estar cenando con el hombre de su vida, y pensando que el tiempo pasaba demasiado rápido. Si pudiera detenerlo, lo habría hecho en ese mismo momento. Él buscando el vino en la nevera, ella llevando la lasaña a la mesa. Ella sirviendo en los platos, él llenando las copas. Ella colocando las servilletas, él sacando el pan de la bolsa.

Samuel no se daba cuenta, pero esta era la cena más romántica que habían compartido. No había velas, no había media luz, ni música para enamorar. Era él, íntimo y cercano, quien había logrado que la noche se sintiera especial. Era él, que a pesar de su fachada de libertino, era un buen hombre, un buen hijo, un buen hermano, como decía Andrea.

–Está muy buena, Al. Podrías conquistar a un hombre por el estómago –dijo Samuel, tratando de descubrir de donde había salido la lasaña.

–Quizá podría espantar a un hombre si me pongo a cocinar. La lasaña la hizo mi madre. Yo solo le eché las salsas, el parmesano y la gratiné en el horno –dijo Alice, y rió.

A Samuel le quedó claro que ella no lo estaba conquistando por el estómago. Quizá Constanza le estaba dando una mano en eso. Aunque lo dudaba porque Constanza lo odiaba.

Y mientras él seguía devorando la lasaña sin hacerse planteos estúpidos, Alice solo la removía en el plato, porque no podía quitarle los ojos de encima. Samuel la apartó de sus fantasías cuando le contó que había encontrado el dinero de Arturo en una deteriorada caja de zapatos.

Se rieron de la poca conciencia de Arturo. Y se preguntaron por qué les había dado a los dos la clave de la caja fuerte.

–He pensado que puede tener dinero tirado por cualquier lado de la casa –dijo Samuel, y se metió un bocado de lasaña–. ¿Tú qué crees?

–Supongo que puede tener algo en su habitación. ¿Has mirado? –preguntó Alice.

–Aún no he entrado. Siempre fue tan celoso de ese cuarto que me siento como un ladrón al invadir su intimidad.

–Ya no está, y dudo que le importe –dijo Alice de forma práctica.

Samuel la miró sorprendido. Ella no era práctica. Bueno, al parecer, sí, se dijo y dejó los cubiertos sobre el plato.

–Esa no era la respuesta que esperaba de ti, Al.

–Ya te he dicho que tu problema es que haces demasiadas suposiciones respecto a mí –dijo Alice.

Samuel se levantó, acortó el espacio y apoyó el trasero en la mesa, justo al lado de Alice. Ella lo miró seria, esa misma postura había visto cuando llegó a la casa, solo que era Alexandra la que tenía el trasero sobre el escritorio.

–¿Y cuál es la verdadera Alice? –preguntó Samuel.

–La que vez –dijo Alice, corrió la silla y comenzó a levantar los platos.

Él se unió a ella, y mientras Alice lavaba se puso a secar y guardar.

–Si esta que veo eres tú, ¿por qué carajo me pediste tantas tonteras románticas? –preguntó Samuel, y se apoyó en la mesada a esperar que ella levantara el rostro para mirarlo. Alice terminó de lavar las copas de vino y se la entregó para que la secara.

–Tú te hiciste ideas sobre mí, y no quise decepcionarte –aclaró.

A Samuel se le escurrió la copa de las manos, no porque estuviera resbalosa, sino porque esa respuesta lo enfureció.

–¿Te burlaste de mí? –preguntó sorprendido.

–Me encasillaste durante toda la vida. No te atrevas a quejarte de cumplir durante una semana con algo que tú te inventaste –dijo Alice.

–Yo no me inventé nada. Tú, maldición, me mirabas arqueando las

pestañas –gritó Samuel, y la cena romántica se fue al diablo. Alice tiró la esponja llena de detergente sobre su pecho, y él tiró el repasador dentro de la piletta. Alice dio media vuelta y se marchó—. No me lo inventé. También entornabas los ojos –siguió gritando Samuel mientras ella subía las escaleras—. Y los libros esos románticos, ¿también me los inventé? –estaba fuera de sí, un poder que ninguna mujer había tenido sobre él.

Ella lo sacaba de las casillas. Estaba enamorada de él, y ahora estaba simulando ser otra mujer, una práctica a la que Samuel Dávila le importaba una mierda. Samuel no sabía si estaba furioso porque ella negaba lo que había sido evidente, por su actuación desde que le había pedido ayuda, o porque quizá él se había inventado todas esas cosas de ella. No, claro que no se había inventado que leía novelas románticas, si hasta los títulos se sabía. Maldición, no estaba loco. Ella lo estaba tomando de idiota.

El portazo, otra vez el portazo, le dejó en claro que la práctica, o la romántica escondida en una mujer práctica, nuevamente le había robado “su habitación”.

Samuel subió de dos en dos los escalones para aclararle que esa era “su cama”, y si no se largaba era porque estaba ansiosa por compartirla con él, pero cuando abrió, Alice no estaba allí.

Se sentía como una marioneta que ella manejaba a su antojo. ¿Con quién se había casado? Con una guerrera que no pensaba cederle ninguna batalla. Pero esa noche el ganador había sido él, se dijo mientras se sacaba los vaqueros y los tiraba con bronca en el suelo. Ella había salido huyendo cuando él la puso en evidencia. Se sacó la remera que también fue a parar al piso. Ella se escabullía cuando no sabía qué responder, y revoleó las medias. La cama estaba revuelta porque él nunca la hacía, por lo que se dejó caer en ese amasijo de sábanas, y con las manos tras la nuca se puso a mirar el techo.

Una semana en la que no se había acordado de ella. Una semana en la que había trabajado más que en todo un año, pero se sentía relajado y en paz; y llegaba ella a alterarle la vida.

Después de media hora de echarle todas las culpas a Alice, por supuesto, recapacitó. Ella había venido caminando del pueblo con la cena para él. Había cargado las bolsas porque se había enterado que no comía. No le había reprochado que estuviera con Alexandra brindando en la biblioteca y a punto de seguir el festejo girando desnudos sobre la alfombra. Habían conversado con normalidad, y él, Samuel Dávila, la había atacado con sus suposiciones. La había querido hacer confesar que lo amaba, poniéndola en

evidencia. Y Alice, se había ido.

Él, solo él tenía la culpa de estar alterado. Ella no hacía nada, solo lo alteraba con su presencia. Ella lo estaba cambiando poco a poco, y en ese momento, mientras Alice dormía a pata suelta, él solo miraba las humedades del techo. Manchones que al echarle imaginación se convirtieron en objetos. Y Samuel vio lo que quiso, vio un cuerpo recostado sobre esos manchones, vio un rostro sonriente, vio un caballo trotando y le agregó un prado verde, y una mujer con un vestido largo flotando en el prado. No tenía rostro, pero como él le echaba imaginación, cerró los ojos y le puso el rostro de su esposa por seis meses. Un mantel a cuadros verde y blanco, un picnic, dos personas riendo, una abundante cena. Sintió los sabores y el aroma a primavera. Era ella, la que reía, la que comía con gusto cuando se sentía cómoda, o revolvía la comida, como esa noche, porque su mente estaba en otro lado.

¿Dónde habría estado Alice con sus pensamientos?, ¿imaginando la escena de sexo entre Alexandra y él?, no lo sabía, y ella nunca se lo diría porque le encantaba jugar con él, dejarlo desconcertado, inseguro, furioso, gritando y viendo su rostro en las humedades del techo; mientras ella dormía como un tronco en la habitación de las mujeres.

Alice se despertó de madrugada apretujada contra un pecho peludo. Una mano le envolvía la cintura y algo duro le rozaba el trasero. ¡Otra vez la misma escena!, y ni siquiera le había usurpado la cama.

¡Madre mía! Los dos estaban en una cama de una plaza, sin espacio para hacer movimientos. Ella no quería moverse, pero se sentía un poco ligera de ropa. Se había acostado con la tanga y una remera de algodón que había encontrado en el armario, pero las manos de Samuel estaban rodeando su cintura desnuda, es decir, que se había filtrado bajo la remera y... la otra mano estaba posada en su pecho.

La armadura de Alice se resquebrajó y las emociones ocuparon su lugar. Ella no era Alexandra Barrios, no provocaba. Ella no quería artimañas en este matrimonio. Ella había entrado sabiendo que se tenía que ir, pero él... él era quién avanzaba sin que ella se le insinuara o hiciera algo para conquistarlo. Y cada una de las reacciones de Samuel la estaban conquistando más que aquel amor platónico que siempre había tenido por él.

En ese momento se sentía osada. Quería girarse y colocarse a horcajadas sobre su cuerpo para hundirse en el sexo duro que le rozaba el trasero. Pero no iba a dar un solo paso en falso. Su palabra era pura y limpia, sin trucos.

Se removi6, y sinti6 el miembro de Samuel duro como piedra. Intent6 incorporarse para salir de ese nido tan acogedor antes de cometer una locura, pero los brazos que la rodeaban se convirtieron en una jaula, y 6l la atrajo m6s cerca. Cada vello de su pecho le hac6a cosquillas en la espalda, y 6l solo tendr6a que correr un poco la tanga para que su miembro encontrara cobijo.

Y lo hizo, pero no deslizando a un lado, sino que baj6 lentamente la tanga por sus piernas. Alice no lo apart6.

Nunca se imagin6 que con ese trato iba a vivir semejante experiencia. Nunca se imagin6 que 6l se excitar6a con ella, una mujer tan distinta de las que le gustaban. La mujer que nunca hab6a mirado y que solo le hab6a servido para conservar la herencia de Arturo.

–Esto est6 mal –dijo Alice, y se le escap6 un grito cuando 6l en lugar de retirarse la penetr6.

–Esto es fabuloso –susurr6 Samuel en su o6do–. Creo que ac6a nos entendemos mejor. En realidad, es en el 6nico lugar donde nos entendemos – sus manos se ocuparon de apartarla de lo que estaba bien o mal. Una se amold6 en un pecho, la otra se filtr6 entre sus muslos, y a ella ya no le pareci6 mal. Estaba bien. Estaba m6s que bien. Era maravilloso.

Dicen que el amor ideal es mejor que el real, pero Alice supuso que quien dec6a eso no hab6a tenido la suerte de tener los dos tipos de amores. Ella no cambiar6a el real por el de su imaginaci6n. 6l era... perfecto, a pesar de esa boca tan enojada que ten6a.

Fue algo impulsivo, acelerado, a un ritmo vertiginoso. Alice se corri6 demasiado r6pido, estaba tan excitada y 6l se mov6a con tanta fiereza que no dur6 nada. 6l tampoco dur6 mucho, estaba al l6mite y solo habl6 para preguntarle si tomaba la pastilla. Alice asinti6, y su cuerpo recib6 el semen de Samuel.

Las respiraciones agitadas, los cuerpos sudados, el silencio de la habitaci6n. Fue un fin de semana extra6o. Ese s6bado estuvieron los dos solos en la casa de Arturo, a ratos hablando, a ratos peleando. Todo era raro. Todo era distinto desde ese pacto. 6l, en lugar de huir, la buscaba para quejarse de algo. Ella, en lugar de entrecerrar los ojos, lo miraba sin pesta6ear, le sonre6a con burla o le dedicaba un arqueo de cejas cuando 6l le sal6a con esa idea fija de que ella era una rom6ntica empedernida. Se llevaban como el perro y el gato, pero por las noches el perro y el gato hac6an una tregua, y Samuel el s6bado por la noche tambi6n se filtr6 en la habitaci6n de las mujeres para dormir acurrucado a ella.

Esa noche no tuvieron sexo, pero el domingo Alice se despertó jadeando al sentir la lengua de Samuel haciendo estragos en su clítoris. Se arqueó para él, jadeó, gritó y le tiró el cabello mientras la llevaba al orgasmo. Alice soñó despierta con una vida a su lado mientras él la llevaba a dar un paseo por las pomposas nubes que se veían desde la ventana.

–No te vayas –dijo Samuel, mientras se acostaba encima de ella–. No te vayas a la ciudad.

Alice le tomó el rostro y lo besó. No podía quedarse.

–No puedo quedarme. Esto es un pacto y...

–Por Dios, Al, somos adultos. Me has pedido fidelidad, y lo menos que puedes hacer es darme lo que no me dejas buscar afuera –dijo Samuel.

El romanticismo, el erotismo, el fantástico despertar se fue al diablo cuando Samuel sacó a relucir su condición. Fidelidad, eso le había pedido. Pero cuando llegó por poco lo encuentra teniendo sexo con Alexandra.

–Samuel, si el viernes hubiera llegado diez minutos más tarde, te habría encontrado desnudo con Alexandra –dijo Alice.

–Eso, querida, no puedes saberlo –dijo Samuel furioso, porque quizá ella tenía razón.

–No puedo saberlo, pero tus antecedentes hablan por sí solos –dijo Alice.

–¡Mis antecedentes! Desde el maldito trato no me he acostado con nadie –gritó Samuel.

Alice arqueó las cejas y eso lo enfureció más.

–Samuel, estuviste la primera semana de casados en la ciudad. ¿Acaso me crees idiota? –preguntó Alice–. No quieras convencerme de que es la primera vez que Alexandra se mete en tu casa “a brindar” –hizo énfasis en la palabra brindar, y Samuel, que por primera vez en su vida respetaba un maldito pacto, tuvo ganas de salir a buscarse una de sus amigas, solo para que lo acusara con motivos.

–Ya sé que no soy tan perfecto como tú, pero yo también puedo respetar un pacto –dijo Samuel. Alice en lugar de parpadear, largó una carcajada. No había dudas de que ella tenía la capacidad de volverlo loco. Y sí, debía estar loco para haberle pedido que se quedara. Loco de remate–. Será mejor que te vayas temprano –dijo Samuel, se levantó de la cama y salió desnudo al pasillo para ir a acostarse a “su habitación”.

Aunque “su casa”, “su hostel”, “su habitación” estaban perdiendo fuerza a medida que iban pasando los días. Su cama era demasiado grande sin

ella. En su habitación no escuchaba el ritmo acompasado de la respiración de Alice. Además, cuando dormía con ella, no se pasaba la noche buscando a Alice en las manchas de humedad del techo, sino que disfrutaba mirándola a ella, tocándola.

Su casa era demasiado silenciosa cuando ella se iba y ¿su hostel? ¿Para qué quería un hostel para él solo? Ese hostel sería lindo si él tuviera algo más que diversión con mujeres desconocidas. Había sido un hostel familiar, y él lo estaba convirtiendo en un hostel de ricos.

¿Qué pensaría Alice de eso?, nada, porque le importaba un comino lo que él estaba haciendo, solo se quería largar a la ciudad para recibir las atenciones de sus compañeros. Tal vez, hasta se iba al bar a dejarse asfixiar por el mastodonte que por poco la mata.

Después de mucho pensar, divagar y conjeturar, se durmió cuando estaba saliendo el sol, y se despertó cuando ya era de noche. Maldición, había dormido todo el domingo, no había aprovechado el fin de semana más que para pelear con Alice. Bueno, también había dormido y disfrutado del sexo.

Samuel se levantó y entró al baño para darse una ducha. Al bajar las escaleras, el silencio y la oscuridad le permitieron confirmar sus suposiciones: Alice se había ido.

¿Cuánto demoraría esta vez en regresar?, otras dos semanas, se dijo.

¿Por qué?, ¿qué sentido tenía desaparecer durante dos semanas? Otra incógnita más que había en ese rompecabezas en el que nada encajaba.

Samuel abrió la nevera y sonrió al ver que le había dejado, al igual que dos semanas atrás, varias bandejas de comidas. Había llegado el viernes cargada de compras, se había traído la lasaña que preparó Constanza para que cenara rico, había gozado del sexo y se había ido luego de asegurarse que no pasaría hambre. Le había dejado una montaña de milanesas cocinadas, y un pollo al horno cortado en cuatro. No era una gran cocinera, pero le ponía tanta voluntad que él la admiraba. Otra de sus virtudes.

No entendía que la movía a comportarse como esos vientos que soplan del sur y luego viran hacia el norte. Quizá ella estaba confundida, por eso él no lograba captar esa forma tan aleatoria de ser desde que le había propuesto el pacto.

Se calentó una milanesa de carne del tamaño del plato y se preparó una ensalada mixta. Se sentó en el sillón con el televisor prendido en los deportes y la llamó. Pero otra vez ella no respondió.

Colgó y marcó el número de su padre, porque él también estaba

desaparecido.

–¡Sam, hijo! –gritó Gabriel–. ¿Cómo va todo por allá? –preguntó.

Samuel se asombró al escuchar un bullicio algo extraño, luego risas, murmullos y gritos, incluso chillidos de niños.

–¿Se puede saber dónde carajo estás, papá? –preguntó Samuel.

–Ah, eso. Bueno... Es que me pareció justo tomarme unas vacaciones, y... bueno... me encontré una oferta a unas playas de Brasil que son un sueño y... Hace dos semanas que estoy acá. La verdad es que no tengo ganas de volver –dijo Gabriel, y Samuel se quedó de piedra.

Su madre tenía motivos para estar preocupada. Sus hermanas habían intentado alertarlo, pero estaba tan concentrado en temas económicos que se había olvidado de la parte afectiva.

–¿Papá, le has dicho a mamá que te has ido? –preguntó Samuel, tenía el entrecejo fruncido porque ya se imaginaba la respuesta.

–Por supuesto que no –dijo Gabriel, y las tres rayas de la frente de Samuel se convirtieron en surcos.

¡Oh, mierda! Sus padres divorciados por algo que ni había existido. Su madre, dale y dale reprocharle lo que solo estaba en su imaginación. Y Gabriel, que ya se había cansado de intentar una reconciliación, se había largado con...

–¿Te fuiste con la que era tu secretaria? –preguntó Samuel, aunque se arrepintió porque sabía que era imposible.

–No sé de qué hablas –dijo Gabriel–. Tampoco entiendo que tú, nada menos que tú, te atrevas a juzgarme. Te pasas la vida de fiesta en fiesta, y ahora vas a arruinarle la vida a Alice para conservar unos bienes. Te has preguntado cómo va a quedar Alice después de los seis meses. Yo sí, y me apuesto lo poco que tengo a que ya te metiste en su cama, porque tú, aunque me duela, no tienes autoridad moral para meterte en mi vida. ¿Todavía quieres que responda a tu pregunta? –preguntó Gabriel–. Pues no me he traído a nadie. Estas playas son un sueño y me gustaría haber venido con tu madre antes de que esa secretaria dijera cosas de mí, que no sé ni de dónde las sacó. ¿Algo más?

–¿Dónde estás? –preguntó Samuel, aunque había quedado algo aturdido con el sermón. Alice se quedaría hecha mierda. Se había metido en su cama. Su padre lo conocía bien. El problema era que él ya no quería otra cama, otra mujer, no quería revolcones de una noche. Ella lo había cambiado.

–Estoy en Picinguaba, una playa preciosa cerca de São Paulo –dijo

Gabriel—. Hay un grupo de gente que ha venido en excursión, y es un poco ruidosa, pero esto tiene mucha paz. Mirar el mar es relajante, es bello... Me arrepiento de no haber traído a tu madre cuando estábamos bien. Quizá, si hubiéramos disfrutado un poco más, ella no habría visto tantos fantasmas – dijo Gabriel, y a Samuel se le anudó la garganta.

Su padre era un hombre simple, familiar, un hombre digno de tomar como ejemplo. Pero él había tomado el ejemplo de Arturo.

–Quizá están a tiempo, papá –dijo Samuel–. Por qué no te quedas unos días más –sugirió.

–Ya quisiera yo. Pero, o mi bolsillo tiene agujeros o esto es más caro de lo que imaginé. Ya no me queda mucho dinero, hijo.

–¿Y sí te giro algo de dinero? –preguntó Samuel.

–Tú ocúpate del hostel, que yo vuelvo al curro, junto un dinerito y me vuelvo para Picinguaba –aclaró, y ríe enloquecido.

Nunca lo había escuchado tan feliz. Samuel se juró hacer mucho dinero para que sus padres nunca más tuvieran que pasar penurias económicas. Él lo haría bien. Trabajaría día y noche para conseguir levantar el negocio, y toda su familia podría ir de vacaciones al fin del mundo si se le antojaba.

–Al menos deja que te pague para que te quedes una semana más. Pásame por WhatsApp el hotel donde estás así te mando un giro –dijo Samuel.

–Bueno, si estás empecinado, no voy a decirte que no. Gracias, hijo, cuando regrese me hago unos cuantos arreglos de coches y te devuelvo el dinero –dijo Gabriel.

–Mejor te vienes a ayudarme, que estoy hasta la cabeza de trabajo y me he comprometido en tener el hostel listo en un mes para un casamiento. Podrías trabajar conmigo.

–Quizá, pero yo al taller no lo dejo –aclaró Gabriel–. Me voy, que ya está lista mi cena. Un pescado frito que está de muerte –dijo, y Samuel sonrió.

–Buena cena, viejo. Espero que tu última semana sea la mejor –deseo a su padre, pero él no dijo nada, solo se despidió con un agradecimiento.

Samuel se quedó pensando en el amor. Algo raro en él que siempre estaba buscando en el móvil alguna mujer con la que divertirse un rato. Tan distinto que era a su padre, que solo había hablado de su madre, a pesar de que llevaban dos años de divorciados.

Gabriel solo había hablado de lamentos, tristeza por lo que no hicieron, suposiciones por lo que podría haberse evitado si hubieran hecho algo distinto, como ahorrar para llevar a Andrea a una playa de Brasil. Su padre estaba en una bonita playa, y en lugar de echarse una cana al aire pensaba en Andrea.

Le sonó el móvil, y vio que su padre le había mandado el nombre del hostel. Fue a la biblioteca, abrió el portátil y se puso a investigar, y se preguntó: ¿por qué no cumplir el sueño de su padre?

Tres horas peleando por teléfono con una recepcionista que no le resolvía el problema. Ya era de madrugada cuando cortó, pero por fin había logrado lo que quería. Solo faltaba hacerle una visita a su madre y tratar de arreglar un asunto que sus padres, personas maduras, no sabían resolver. Quizá, esta sería su mayor obra, no el hostel, sino este pequeño granito de arena que pensaba aportar en nombre del amor.

Samuel no era así. Le había dolido la separación de sus padres, pero más por ellos que por él, que ya era un hombre adulto e independiente. Además, nunca sintió la ausencia, puesto que su padre siempre estaba en la casa de Andrea. Quizá, por eso nunca se había percatado de que los dos sufrían. Lo más seguro era que no se hubiera dado cuenta porque vivía corriendo de una cita a otra. Una vida en busca de la eterna felicidad bajo las sábanas.

Eso ahora no lo llenaba, ni siquiera lo extrañaba. Por el contrario, se sentía como si hubiera perdido muchos años de su vida en algo que ya no parecía importante.

La libertad, la independencia de la que tanto hablaba Arturo, ¿qué era?, si él, en ese momento, solo sentía la soledad de la casa.

Se levantó de la silla, agarró la llave del coche que tenía sobre el escritorio y se marchó. Prefería no dormir antes de estar dando vueltas en la enorme y solitaria cama, mirando a Alice en las humedades del techo.

Una hora más tarde estaba tocando el timbre en el portal de su madre. Andrea abrió en camisón y con los ojos hinchados por el sueño, o quizá rojos de haber llorado por la ausencia de su padre.

–¿Ha pasado algo, Samuel? ¿Tu padre? –dijo, y se tapó la boca con la mano para acallar el grito.

–No, él está bien. Solo que hice algo por impulso y... –le tendió el sobre, que su madre desgarró aún en estado de alarma.

Al ver el pasaje aéreo, se quedó perpleja.

–¿Y esto? Acaso no tienes suficiente trabajo en el hostel para tomarte la molestia de venir a traerme un pasaje a Brasil. Ni siquiera entiendo lo que significa esto –dijo Andrea desconcertada.

–Digamos que la muerte de Arturo me ha producido un gran cambio en mi vida y... se me dio por pensar que nunca has tenido unas vacaciones dignas de recordar, mamá. Nuestras vacaciones eran en camping. Las chicas y yo lo pasábamos genial, pero tú tenías un trabajo de locos.

–¡Oh! Bueno, es cierto. Pero también eran maravillosas –dijo Andrea. Miró nuevamente el pasaje y volvió a mirar a su hijo–. ¿Qué se supone que voy a hacer allá sola? –preguntó.

Samuel sonrió y se encogió de hombros.

–Yo qué sé. Túmbate en una hamaca y mécete mirando el mar. O deja que los empleados del hostel te atiendan como una reina.

La carcajada de Andrea llenó el silencio de la madrugada.

–Ya veo como has cambiado. Aunque no sé si ha sido Arturo o la mujercita que tienes de esposa.

–Ella no sabe nada de esto. No está en el hostel, y prefiero que se quede en su casa antes de tener que soportar una pelea tras otra. No ha sido ella –repitió, más para convencerse él que para convencer a su madre.

–¿Y qué hago con mi trabajo? Esto es una locura, Sam. ¡El pasaje es para dentro de siete horas! –exageró Andrea.

–Tiempo suficiente para llamar al trabajo y preparar un bolso con alguna ropa. Vamos, mamá, es un regalo que quise hacerte. No me lo rechaces –dijo Samuel.

–No, que lo voy a rechazar. Es un sueño esto, un sueño. Siempre quise estar tirada en una playa de Brasil –se acercó a su hijo y lo abrazó–. Gracias, gracias, Samuel. Me lo voy a pasar genial.

–¿Quieres que te lleve al aeropuerto? Podría volver del hostel a buscarte al mediodía –dijo Samuel.

–No, Constanza seguro que se ofrece a llevarme –dijo Andrea. Samuel pudo ver la emoción en su radiante sonrisa, y rogó que al ver a su padre no se le borrara.

Samuel regresó al hostel y trabajó de corrido hasta el atardecer. Carina se había ofrecido a reemplazar a su madre en la tienda, y Pamela había llegado con su novio y el de Carina pasada las nueve de la mañana, por lo que las tareas no se habían resentido. Lo único que lo había alterado eran los comentarios de Carina: *Mi hermano el romántico. Mi hermano se ha vuelto*

sentimental. El celestino de mi hermano, y a eso le seguía su carcajada y la de todos los que estaban cerca.

–¡Aún no me lo puedo creer! –y otra vez la risa de burla, que a Samuel ya lo tenía indignado. No dijo nada, porque él tampoco pensó que alguna vez se le saltaría un tornillo para hacer lo que hizo–. El casamiento te ha cambiado –siguió Pamela revolviendo en la herida.

Samuel miró la hora. Seis de la tarde. Uno no podía hacer una buena acción sin pagar las consecuencias. Por ese día ya había tenido suficientes burlas, se dijo, y se marchó a su casa de la loma.

Dios mío, Samuel, sí que puedes ser un romántico empedernido cuando te lo propones. Y pensar que tú siempre te burlaste de mí.

¡Romántico empedernido él!, Las cosas que tenía que escuchar. Ese era el desquite de Alice, y se la imaginó con dolor de estómago de tanto reír.

Con una cerveza en la mano, sentado en la mecedora de la galería, Samuel frunció el entrecejo por el mensaje de Alice. Su pequeño desliz emotivo por tratar de reconciliar a sus padres estaba trayendo consecuencias nefastas.

Habría ido con gusto a la ciudad a provocar la ira de Alice con algún comentario sarcástico, pero la noche anterior no había dormido, y el sueño lo encontró en la mecedora de la galería.

CAPÍTULO 16

Andrea no salía de su asombro al observar la maravilla que la rodeaba. Se había bajado muerta de miedo del avión porque no sabía cómo moverse en un sitio desconocido. Pero respiró aliviada al ver que un hombre agitaba un cartel con su nombre. Su hijo, precioso, se había ocupado de que todo fuera perfecto.

Por sugerencia de Constanza, que era más mundana en esto de hacer un viajecito, se había puesto un vaquero flojo, una camisa suelta, y llevaba un cárdigan en la mano por si refrescaba, pero la tardecita estaba tan cálida que daban ganas de meterse a ese mar que lamía la arena de la costa.

Picinguaba era una villa de pescadores, y Andrea podía ver los barquitos de madera meciéndose sobre las aguas. El paisaje era precioso. Pero Samuel podría haberle regalado una estadía en el paraíso que no lo habría disfrutado. El alejamiento de Gabriel la tenía hundida en una tristeza de la que no podía salir, aunque por momentos se ponía hecha un basilisco, como ahora que repetía en su mente: *Maldito hombre, desaparecer sin dejar rastro. Insensible. Desgraciado.* En ese momento, si lo tuviera frente a ella le retorcería el cuello. Apartó esos pensamientos. Su hijo había hecho un gran esfuerzo por cambiarle el ánimo y ella tenía que sacar felicidad de donde fuera para disfrutar del regalo.

Sacó el móvil de la cartera. Las ocho de la noche. Al suponer que Sam estaría terminando su trabajo en el hostel le mandó un mensaje de agradecimiento y una preciosa foto del mar que veía desde la ventanilla del coche.

Una musiquita despertó a Samuel de su sueño. Estaba aterido de frío en la galería, pero se le calentó la sangre al suponer que era Alice con otro de sus comentarios sarcásticos, puesto que él no le había respondido el anterior. Ni loco iba a entrar en su juego, sobre todo cuando lo dejaba tan desencajado con sus cambios de carácter, que no sabía que contestarle.

Abrió el mensaje y sonrió al leer las palabras de su madre.

Esto es una maravilla, hijo. Te estoy mandando una foto para que veas la belleza de este lugar. Un señor muy agradable me ha recogido en el aeropuerto y me está llevando al hostel en un coche blanco. Estoy viendo el mar desde la ventanilla, y no veo la hora de llegar para caminar por la

arena y que las olas me acaricien los pies.

Vaya poetiza que era, aunque no sabía si seguiría tan inspirada y contenta cuando se diera con la sorpresa de que allí la esperaba algo más que las olas acariciándole los pies. Seguro que la inspiración se le iba al diablo y él se ligaba unas cuantas puteadas.

Diez minutos más tarde el móvil comenzó a arder en sus manos.

Maldición Samuel, acaso te has vuelto loco. Cómo te has atrevido a hacerme esto. Mandarme justo a donde tu padre se la está pasando en grande con mujeres de la edad de tus hermanas. Si lo vieras... si vieras como se ríe y baila esas danzas brasileras tan sensuales. Te voy a matar cuando regrese. No, mejor olvídate de que soy tu madre.

¡Qué!, ¿Eso qué significaba? Samuel no encontró respuesta, y se quedó pensando que quizá su padre no le había dicho la verdad, o que su madre, muerta de celos, estaba exagerando el tema del baile. Se decidió a responder para salir de la duda.

Mamá, debes estar exagerando. Ayer hablé con él. Estaba lleno de nostalgia y no dejaba de lamentar el no haberte llevado de vacaciones a un lugar como ese. Él estaba deseando tenerte allí.

Lo envió. Diez minutos más tarde volvió a sonar la musiquita. Su madre demoraba mucho en responder porque no era muy diestra con el móvil, se equivocaba y borraba más de lo que escribía. Según decía ella, no pensaba mandar barbaridades para que sus hijos se rieran de su poca habilidad.

Un falso, eso es. Si estaba deseando tenerme era para demostrarme cuántas jovencitas podía tener a sus pies. Son tres. Nunca voy a perdonarte lo que me has hecho, Samuel. Yo pensé que habías salido torcido como Arturo, pero me equivoqué, saliste torcido como Arturo y tu padre.

De héroe romántico al peor de los hijos. Bueno, ya ni lo reconocía como hijo, puesto que le había aclarado que no era su madre. Se acordó de que había pagado ese viaje con la tarjeta. Doce cuotas. Un año endeudado y allí estaba el desastroso resultado.

Samuel se levantó de la mecedora y entró en la casa. Nunca te metas donde no te llaman. No te metas en la vida ajena, en las relaciones de otros, aunque esos otros sean tus padres, se repetía mientras entraba a la cocina. ¿Desde cuándo él se ponía a arreglar los temas sentimentales de sus padres?, si toda la vida había estado al margen y solo miraba lo que a él le convenía.

Otra vez sonó su móvil, y tuvo ganas de estamparlo contra los

muebles de la cocina.

Por qué me has mandado a tu madre. Creí que me ibas a dar dinero para disfrutar una semana más de este paraíso. Pero no, me mandaste el infierno al paraíso. Acá está diciendo a gritos que soy un viejo verde. Si crees que voy a trabajar como negro para pagarte por esta tortura, ve enterándote que no pienso devolvarte ni un centavo.

Ese era su padre. Samuel se meció el cabello con los dedos una y otra vez hasta que quedó con los pelos como si acabara de salir de uno de sus mejores revolcones en la cama. Al menos eso le pareció cuando se vio reflejado en el espejito que tenía colgado Arturo cerca de la alacena. Vaya mal agradecidos que eran. O él había interpretado mal las señales de su padre, o su padre se había expresado para la mierda.

No te metas más en arreglar la vida ajena, se repitió. Todo esto era culpa de Alice, que le había metido el romance hasta por las orejas.

Al traerla a su mente se la imaginó recostada en el sillón de la casa de Constanza, muy relajadita, con uno de esos libros tontos que le llenaban la cabeza de pájaros. Y él en el campo, totalmente aislado, aguantando a sus desagradecidos padres. Solo como un perro abandonado estaba. Ella debería estar allí, soportando con él todos los males del mundo. Era su esposa, y también iba a salir beneficiada con ese trato, iba a conseguir su famosa empresita.

Organizadora de casamientos. Debería impartir con el ejemplo y comportarse como la perfecta esposa, no estar disfrutando de una soltería que no tenía, mientras él se rompía el lomo para hacer productivo el hostal. Y encima, por culpa de Alice, actuaba de forma ridícula al regalar una segunda luna de miel a sus desagradecidos padres.

Te has convertido en un romántico empedernido, eso le había escrito la muy descarada. Mentira, eso era una mentira más grande que la casa de Arturo con parque incluido. ¡Romántico! Ya quisiera Alice convertirlo en un idiota. Nunca le iba a pasar eso, por más que hubiera cometido ese mínimo error de tratar de unir a sus padres.

Debería ir y traerla de los pelos, pero eso era dejar ver que la quería allí. Y él, Samuel Dávila, nunca había necesitado una mujer más que para un rato de diversión. Sacó la bandeja con un cuarto de pollo y lo calentó en el microondas. Estaba tan cansado de los trabajos del día y la noche sin dormir que ni siquiera prendió el televisor para mirar los deportes mientras cenaba. Solo comió de parado y se fue a dar una ducha antes de acostarse.

Lamentablemente, apenas el sueño lo envolvía se despertaba sobresaltado, como si le faltara algo, y en ese estado de ensoñación tanteaba el otro lado de la cama buscando a.... ¡a Alice! Terror sintió con lo que hacía de forma inconsciente. Esto era ridículo. Él quería el sexo y nada más, se dijo.

Dos días después seguía con el mismo problema, dormía de a ratos y se despertaba buscándola al otro lado de la cama, donde ella había dormido cuando él se filtró por la ventana. Siempre había disfrutado de despatarrarse en su enorme y cómodo colchón, ahora esa cama no le daba paz. Y entre el trabajo, el mal sueño y sus dos desagradecidos padres, que seguían mandándole mensajes ridículos al día jueves, parecía que los demonios se le habían metido en el cuerpo.

–Arregla ese techo de paja, que no queremos que se les caiga encima a los novios cuando estén cortando la torta –gritó Samuel a Francisco, el novio de su hermana Carina.

–Cómo digas, jefe –dijo Francisco con esa mueca de burla que a Samuel lo ponía loco.

–No te burles de mí –aclaró, y salió a zancadas a buscar otra víctima a quien echarle sus broncas.

–¿Qué pasó con el piso de piedra negra que no llegó? Acaso todo lo tengo que hacer yo –gritó Samuel al novio de su hermana Pamela.

–A ti te pasa algo que nada tiene que ver con el piso que no llegó. Nos estás mareando de tanto exigir y gritar. Por qué no vas a la ciudad y te traes a tu esposa –dijo Ricardo, su futuro cuñado, que no vio venir el puño hasta que estuvo sentado en el suelo. Le sangraba la nariz y Pamela, que estaba hablando con Alexandra, corrió a rescatar a su novio.

–¡Te has vuelto loco, Samuel! –Gritó Pamela.

–Él se ha vuelto loco. Decirme que necesito a la romántica. Por favor, si tenerla lejos es lo mejor que me puede pasar –gritó, y se alejó a zancadas a gritarle a los empleados del hostel.

–¿Estás bien? –preguntó Pamela a su novio.

–Claro que no. ¡Cómo voy a estar bien trabajando con ese demente! El lunes estaba algo sacado, pero a medida que pasan los días se pone más insoportable. Si sigue así mañana me va a mandar al hospital –se quejó Ricardo.

Pamela miraba angustiada a su novio. Su hermano estaba cambiado desde la muerte de Arturo, o mejor sería decir desde que Alice entró en su

vida a ponerla patas para arriba. ¿Qué estaría haciendo Alice mientras ellos soportaban a la fiera?, se preguntó Pamela.

Alice estaba recostada en el sillón de la sala con su pijama de mariposas y unas pantuflas acolchadas. Un tarro de helado en una mano y la mirada clavada en el techo, rememorando, recordando, suspirando y tratando de volver a su centro después de aquel fin de semana tan intenso con su esposo con fecha de caducidad. Así lo llamaba para tratar de meter en su cabeza a fuerza de repetir, como si fuera un mantra, que Samuel desaparecería de su vida dentro de... cinco meses. Sí, eso faltaba, días más días menos.

Su madre tenía razón, ella no saldría entera de ese matrimonio. Una cucharada de helado, un suspiro. Otra cucharada de helado, un gruñido. Y mientras ella se la pasaba suspirando, gruñendo y pensando, no tenía idea lo que estaba pasando en el hostel. Solo sabía que aprovechando el receso de otoño, que Arturo solía usar para reacondicionar los espacios, habían puesto patas arriba el hostel para poder celebrar una boda al mes siguiente. La primera boda, puesto que la suya no contaba, pensó Alice llena de tristeza.

Alice sabía que estaba faltando a su promesa. Ella tendría que estar viviendo con él, como habían quedado. Pero necesitaba recuperarse después de esos fines de semana tan... Ni siquiera sabía definirlos. Locos, quizá, desenfrenados, tal vez. Solo sabía que en lugar de pensar en las consecuencias se dejaba llevar por las emociones. Y eso estaba mal, muy mal.

¿Cómo podía haber llegado tan lejos con Samuel? Por momentos se ilusionaba porque él parecía no poder resistirse. Pero a los pocos minutos bajaba a la realidad. Samuel no tenía otra posibilidad, por eso estaba tan ansioso con su cuerpo, que por cierto no tenía el encanto del de sus amiguitas. Samuel estaba respetando todas sus exigencias, y ella... otra vez era “la única opción”, por eso la atacaba como un animal desesperado, por eso le había dado el mejor sexo del mundo, aunque ella tenía poco con lo que comparar. Se comió otra cucharada de helado para calmar la ansiedad, la ira y el dolor que le provocaban las palabras “única opción”.

Unos golpes en la puerta la sacaron de su autoflagelación. Constanza se había olvidado la llave, pensó. Ahora le tocaría escuchar el sermón de su madre, que no toleraba verla deprimida por su errada decisión de casarse con Samuel. *Te lo dije*, le diría al verla con el tarro de helado de chocolate y

vainilla en la mano. Y sí, pero ni así habría dejado pasar la oportunidad de vivir ese imposible.

Se levantó del sillón y abrió decidida a callarla antes de que empezara con los reproches.

–No me digas “te lo dije” porque te tiro con el helado por la cabeza – dijo Alice, pero al otro lado de la puerta estaba el arqueado de cejas de Samuel–. ¡Oh! –dijo, y supo que se había ruborizado por el ardor que sentía en las mejillas–. ¿Qué... qué haces aquí? –preguntó desconcertada.

–Vaya que disfrutas de lo lindo cuando te vas de casa –dijo Samuel, y Alice solo pensó que aún no había juntado sus pedazos para tenerlo allí, con ese gesto de burla que tuvo ganas de borrarle de una cachetada–. Pues eso ya se acabó. El trato era que teníamos que compartir la casa, y he venido por ti – aclaró, y la que arqueó las cejas fue Alice.

–¿Qué? ¡Tengo mi trabajo! –gritó Alice–. Mañana tengo que estar en la oficina a las ocho y treinta –aclaró.

–Entonces tendremos que salir a las siete de casa –dijo Samuel.

¡De casa!, lo había dicho como si fuera de los dos. Desde cuando había dejado de ser *su casa*, *su cama* y *su* *hostal*.

–Tu casa, querrás decir. Además, es ridículo que te levantes a las seis para traerme al trabajo y después regresar.

–Ridículo es que tú estés acá, disfrutando de tu vida de soltera, comiendo muy cómoda ese helado mientras yo tengo que estar allá soportando a los novios de mis hermanas que hacen todo mal, a mis hermanas que los defienden y a mis padres que me putean cada cinco minutos, pero ninguno de los dos se vuelve de Brasil. Ni siquiera piensan devolverme el dinero de lo que ellos llaman la pesadilla en la que los metí. Me has dejado solo, has faltado a tu palabra, y tu deber es colaborar con tu esposo –aclaró Samuel, y Alice estuvo a punto de echarse a reír, pero vio sus ojeras y su postura, que ya no era la de autosuficiencia que conocía tan bien, sino agotada, como si estuviera vencido. Vaya cambio en menos de un mes. Toda una vida comportándose como un cretino y ahora parecía un hombre desesperado.

–Vas a seguir estando solo puesto que yo trabajo varias horas al día. Y mi trabajo está en la ciudad.

–Ya nos vamos a organizar. Yo estoy cumpliendo mi parte, pero tú aceptaste ocupar esa casa y solo vas de visita cada quince días.

Y claro, si con solo dos días de visita necesitaba diez para volver a

rearmarse, para sacarse la ilusión y convencerse que esto solo era un pacto, no un matrimonio de verdad, a pesar de que él estaba cumpliendo con todas las de la ley, incluso en la cama.

Samuel tenía razón, él estaba respetando sus términos y ella... bueno, ella tenía ganas de desmayarse en la sala porque sabía que le sería muy difícil simular indiferencia en una convivencia ininterrumpida.

Era un gran logro que él hubiera venido a buscarla. Y encima que estuviera dispuesto a hacer el sacrificio de levantarse al alba para traerla al trabajo. Pero lo que más desconcertada la tenía, aunque no lo había reconocido, era que la extrañaba.

Todo eso a Alice le producía emociones encontradas. ¿Cómo iba a mantener la entereza? ¿Cómo iba a mantener la indiferencia si no tenía ni un día para reponerse de los estragos de Samuel? Bueno, ya vería como quedaba cuando esto se acabara. Vivir la vida a pleno, eso iba a hacer.

–Está bien –dijo Alice, dejó el tarro de helado sobre la mesita baja de la sala y fue a su cuarto a vestirse.

Unos minutos más tarde ya iban de regreso a la casa de Arturo. Alice se frotaba las manos con nerviosismo. Le había respondido “está bien”. Pero no estaba bien. Y con Samuel manejando callado, como si ya se hubiera arrepentido de su impulso de viajar a buscarla, estaba peor.

Negra noche, con negros árboles pasando a la velocidad del coche de Samuel. Ese trayecto tendría que hacerlo al otro día a las seis de la mañana, y al otro, y al otro, durante cinco meses. Sí, seguro que se había arrepentido puesto que sería un ir y venir constante durante los cinco días de la semana.

–Si sigues retorciéndote los dedos te los vas a descolocar –dijo Samuel.

Ella dejó las manos quietas sobre su regazo.

–Lo siento –dijo Alice.

–No me molesta, solo que no entiendo por qué estás tan nerviosa. Esta no es la primera vez que vienes –comentó sin apartar la vista de la carretera.

–Es que no encuentro sentido al ir y venir. Te vas a cansar y me lo vas a echar en cara –dijo Alice poniendo una pobre excusa.

–No me voy a cansar –aclaró Samuel.

–Además, lo nuestro es un trato y... –no terminó la frase para que no se le escapara que aún no se había recuperado de la visita anterior. Que necesitaba de esos diez días para poder pasar dos con él, y que solo habían pasado cuatro míseros días del último encuentro.

–Por supuesto que es un trato, y tú no lo estás cumpliendo –dijo Samuel.

–Porque se nos está yendo de las manos –gritó Alice con una voz chillona producto de los nervios y la ansiedad. Ella tenía las emociones a flor de piel, y Samuel veía lo que era Alice sin la coraza, y eso no le gustaba.

–¿Lo dices por el sexo? –preguntó Samuel como si ella fuera una de las tantas mujeres con las que se acostaba. Alice tosió, y se giró para mirar la negrura de afuera.

–Sí –susurró casi sin voz.

–Seguramente no te gusta todo lo que te hago –comentó con desparpajo–. Tus jadeos y gritos son prueba suficiente.

–No me hables así –dijo Alice.

–Me parece a mí, o el fin de semana pasado estuve con Alice la liberal, y ahora regreso a casa con Alice la romántica empedernida –dijo Samuel con ironía.

Vaya deducciones, pensó Alice, y siguió tercamente mirando por la ventanilla. No es que ella fuera liberal ni romántica empedernida, solo era una mujer enamorada.

Necesitaba sacarse a Samuel de la cabeza, arrancarse a tiras ese amor por él para poder fingir que todo le daba lo mismo, que ella saldría entera de ese pacto, que sería feliz con el divorcio, que sería un alivio recuperar su libertad. Y para rearmarse comenzó a enumerar todos los defectos de Samuel. No te conviene. Es un egoísta. Es un hombre que todos los días tiene una mujer distinta. Cuando se divorcie va a volver a su vida, y siguió y siguió buscando fallas mientras él seguía manejando.

Así logró apartar sus ilusiones, aunque solo fuera hasta llegar a la casa y encerrarse en la habitación. Bueno, con él trepando las enredaderas no tenía la certeza de que dormiría sola.

–Ni en tus sueños, Sam. La romántica esta en tu fantasiosa cabeza –dijo Alice, aunque no lo miró porque era fácil fingir con las palabras. La mirada era el espejo del alma, como solía decir Arturo. Y ella había visto en la mirada de Arturo que nada era lo que parecía, por lo que supuso que si Samuel la miraba con detenimiento a los ojos, podría ver a la verdadera Alice.

–La verdad es que ya no sé con cual me acuesto de las dos –dijo Samuel de forma despreocupada, como si estuvieran charlando del tiempo.

Cómo odiaba su sarcasmo. Él era despreciable. La antítesis del

hombre que soñaba a su lado. Lástima que cuando soñaba solo lo veía a él.

–¿Cómo va el hostel? –dijo Alice para salir del terreno pantanoso.

–Bien, pero nos falta bastante, y como no hay mucho dinero nos hemos tenido que arremangar y hacer nosotros el trabajo.

–¡Qué! ¡Tú te arremangaste y trabajaste de albañil! –exageró Alice, y largó una carcajada.

–Hasta Carina se ha arremangado. Hoy no fue a reemplazar a mi madre en la tienda, para venir a dar una mano, y esta tarde le estaba alcanzando las cañas que van en el techo al novio de Pamela–aclaró. Al ver que Alice lo miraba asombrada, dijo lo que venía pensando y callando–. Deberías tomarte una baja en el trabajo para colaborar, Alice.

¡Ah, bueno! Ahora estaba descubriendo el verdadero interés de Samuel. Él no pensaba viajar más que unos pocos días. Solo había estado esperando la oportunidad para pedirle que renunciara y se arremangara como todos para que él, pasado los seis meses, tuviera todo el negocio armadito. ¿Y ella? ¿Qué sería de ella después de ese tiempo? ¡Qué ilusa!, si a Samuel ella le importaba un pimiento. Él era un egoísta.

–Una baja en mi trabajo equivale a renunciar –dijo Alice–. ¿Me estás pidiendo que renuncie a mi puesto?

–No es un gran puesto, Al. Solo es un trabajo de mierda –dijo Samuel.

Alice apretó los puños, no porque estuviera equivocado, solo que eso le correspondía decirlo a ella.

–Pero es mi trabajo seguro –aclaró–. Pasado los seis meses, tú tendrás tu hostel. ¿Y yo qué tendré, Samuel? –preguntó. La respuesta era tan dura que le brillaron los ojos. Yo no tendré trabajo y el corazón hecho pedazos.

–Tu empresita de organizadora de bodas, Al –dijo Samuel.

–Mi empresita –dijo Alice, y ya no habló más. Por suerte estaban entrando en el pueblo y a los pocos minutos él había parado el coche a metros de la galería.

Samuel salió para abrirle la puerta como un caballero, pero Alice salió antes y se fue dando un portazo. Se rascó el mentón, como si no supiera por qué de golpe se había cabreado, aunque en el fondo lo sabía. Se apoyó en el capó con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa de triunfo. La había sacado de las casillas, y eso le gustaba puesto que en los últimos tiempos era ella la que le había robado su vida. No podía culparla ya que había sido él quien los había metido a los dos en ese berenjenal al considerar a Alice su única opción. Si tuviera que volver a hacerlo, otra vez sería ella.

Eso le hizo fruncir el entrecejo, porque Alice... Alice era un incordio del que le estaba costando alejarse.

Samuel entró a la casa y cerró dando un portazo, el mismo que había dado ella. Se fue a su habitación con la convicción de que Alice no estaría allí, y no estaba. No probó si se había encerrado en la habitación de las mujeres, sabía que hasta debía haber cruzado un mueble para evitar que entrara. Esa noche no le apetecía entrar.

Se tiró en la cama, el entrecejo fruncido y la mirada perdida, pensando que había cometido un error al ir a buscarla. Pero no pudo seguir analizando esa debilidad que le provocaba Alice porque, por primera vez en días, durmió como un tronco.

CAPÍTULO 17

Era una villa preciosa, pensó Andrea. El mar, la arena, la paz, la gente caminando por la playa, los pescadores. Pero allí también estaba Gabriel entorpeciendo la vista. Él se reía mientras escuchaba a una de las mujeres sentada a su lado. Tenía un vaso gigante en la mano, con una rodaja de limón, y los bordes, donde ponía su boca licenciosa, estaban salpicados de azúcar.

Andrea siempre supo que se había equivocado cuando lo acusó de acostarse con la secretaria de la edad de sus hijas. Veintitrés años tenía la chica. Ella a sus cuarenta y seis, por aquella época, no podía competir con una niña. Ahora estaba segura de que no había existido equivocación. El día que llegó, tres jovencitas le movían el trasero y las tetas en la cara. Tres, no una. El escándalo de Andrea fue tan grande, que el dueño del hotel se apersonó para evitar que uno de los dos matara al otro. No estaba preocupado por ellos, sino por la reputación de su negocio. Para calmar los ánimos, a Andrea le dieron una suite, y Gabriel siguió ocupando su habitación. En realidad, la intención del hombre había sido devolverles el dinero para que se largaran, pero Gabriel y Andrea se negaron a marcharse.

Andrea caminaba descalza. Los hombros encogidos y la mirada abstraída en un mar que iba y venía sin descanso. Todos en el hostel sabían que eran un matrimonio divorciado. Ella misma, en un ataque de histeria había contado su versión de lo sucedido, bajo el atento entrecejo fruncido de Gabriel.

Dos días faltaban para regresar a la rutina, a su solitaria casa y su más solitaria vida. Del trabajo a la casa y de la casa al trabajo, salvo los fines de semana que solía llegarse a la casa de Arturo, que ahora era de su hijo, aunque poco iba desde que la ocupaba Samuel.

Su hermano había sido un gran anfitrión, su hijo solo quería que todos se largaran, por eso ya no iban demasiado. Pero esta traición de Samuel, de mandarla a ver como Gabriel la engañaba, se la iba a hacer pagar instalándose todos los fines de semana allá.

–Mi bella señora, la veo algo decaída –dijo una voz masculina a sus espaldas.

Andrea se giró y se encontró a un encantador pescador. Bronceado, musculoso y con una sonrisa hecha para conquistar. También le sonrió, y sintió una extraña cosquillita en el cuerpo. No supo distinguir si era de

atracción o regocijo al imaginar que Gabriel la podía estar observando. Ella, una conquistadora, ja, ja, ja.

–El paisaje me produce melancolía –dijo Andrea, porque ni loca le iba a decir, allá está mi exesposo disfrutando como loco con una mujer de la edad de nuestra hija Carina.

–¿Ha venido sola a nuestro paraíso? –preguntó, su voz gruesa la hizo temblar.

–Totalmente sola –mintió, aunque no era una mentira puesto que su ex solo le gruñía cuando se encontraban de casualidad a las horas de la comida. Era cierto que ella, al contar el motivo del divorcio, lo había hecho quedar con un donjuán que andaba tras toda mujer joven que se le cruzaba en el camino. Incluso les dijo que el lunar en la punta del pene había sido la causa de que el matrimonio se hubiera ido al traste. La secretaria le había visto el lunar del pene, y eso solo significaba que le había analizado en detalle las partes íntimas a su marido porque no era un lunar que saltara a la vista, aclaró. Ella solo lo había visto cuando le hacía una felación, aunque esa última parte le dio vergüenza contarla delante de los empleados y turistas que estaban en el hostel, pero no tuvo dudas que ellos sacaron las deducciones acertadas.

Rememorando todo aquello, otra vez la asaltó la bronca por el pasado, por la secretaria, y ya que estaba le agregó la furia del presente. Él estaba a pocos metros, sentado con una jovencita en la tumbona, que seguramente ya había visto su lunar del pene, mientras ella caminaba sola.

–Y dispuesta a divertirme –dijo Andrea con voz seductora al impresionante pescador que se le había acercado. Pero los impulsos siempre la hacían meter la pata, y se quedó horrorizada. ¡Qué había dicho!, se dijo, y se ruborizó al ver que el pescador la miraba con picardía.

–Ja, ja, ja, no se va con vueltas –dijo el pescador, y se acercó achicando la distancia–. Allá tengo mi bote –señaló una barcaza que se caía a pedazos–. Podríamos hacernos a la mar y ver que nos regala el día –sugirió.

¡A la mar! Con ese bote podrido seguro que el destino la ahogaba. “Muerta ahogada mientras se hacía a la mar con un pescador musculoso”, ese sería el título del periódico.

En qué momento Gabriel llegó hasta ella, la verdad que Andrea no lo supo, solo se enteró cuando él empezó a hablar.

–¿Ya te estás portando mal, cariño? –preguntó Gabriel, parado al lado de Andrea–. Disculpe a mi esposa, es que a veces se le pierde la cabeza, se

dispersa, me entiende –dijo Gabriel al pescador.

–¡Cómo! Pero si es joven para tener el alemán –aclaró desconcertado.

–Ella no tiene el alemán. Ella tiene un trastorno psiquiátrico que le hace olvidar que está casada y me debe fidelidad. Es adicta al sexo con extraños, y eso que la atiendo bien para evitar estos deslices.

–¿Qué has dicho? –dijo Andrea furiosa–. Es él quién no puede tener el miembro dentro de los calzoncillos. A toda mujer que pasa le muestra el lunar del pene –gritó Andrea. Al ver que el pescador la miraba con la boca abierta comprendió que había actuado otra vez por impulso.

–Oye, belleza, creo que eso de pasear en mi bote no podrá ser –dijo el pescador, se sacó la boina que tenía en la cabeza, se inclinó a modo de saludo y se marchó caminando despacio, tan despacio como entraban las olas a lamer la arena.

–Mira lo que has hecho. No te da vergüenza arruinarme el día. Nos íbamos a ir a navegar en su barco –dijo Andrea indignada, y señaló el barquito que le había mostrado el pescador.

–¡En eso te ibas a ir! –exageró Gabriel–. Deberías estarme agradecida de que te haya salvado la vida –aclaró.

–¡Me has arruinado la vida, no entiendo que ahora me la quieras salvar! –dijo Andrea–. Ve a divertirte con tus jovencitas, que ya veo que solo tú tienes derecho a pasártelo bien. Maldita idea la de Samuel de mandarme a este infierno –dijo Andrea.

–Apenas llegaste te pusiste a contar todas mis intimidades. Yo no te di permiso para hablar de mi lunar. Eso es algo íntimo, y me avergonzaste delante de todos los que estaban allí. Me hiciste fama de donjuán y encima me hiciste quedar como un cretino. Y yo, querida, te estoy demostrando lo cretino que puedo ser, así tienes algo real de lo que agarrarte –dijo Gabriel, y comenzó a alejarse.

–¡Cómo si no fuera real lo que estoy viendo con mis dos ojos! –gritó Andrea.

–¿Y qué vez? –preguntó regresando sobre sus pasos. La ira dio paso a la tristeza, y Andrea vio en sus ojos algo que nunca se detenía a mirar. Él era un hombre resignado, y eso la dejó algo aturdida.

–Eh, donjuán, yo creo que ya está basta del trato que tenemos. Si me paga, me desaparezco –dijo la jovencita que había estado recostada en la tumbona con él.

Gabriel metió la mano en el bolsillo, sacó unos billetes y se los

entregó con un “gracias”. Luego se quedó mirando la arena que removía con el pie derecho, como avergonzado por lo que había hecho.

–¿Le has pagado para que simule ser tu ligue? –Andrea estaba desconcertada.

Habían sido un matrimonio feliz, con poco dinero pero mucha inventiva para no caer en la rutina. Solían ir de vacaciones a un camping, eso sí, con baños limpios y duchas con agua caliente. Ellos no tenían para pagar hotel, aunque Arturo siempre los invitaba al hostel. *Esas no son vacaciones, vamos todos los fines de semana*, solía decir Gabriel, y se esforzaba en trabajar hasta la noche para conseguir el dinero para algo diferente, se esforzaba para que a las chicas no les faltara nada. *Me vas a venir a ver al partido, papi*, le decía Samuel cuando era niño, y Gabriel cerraba el taller porque su prioridad era ver los partidos de fútbol de su hijo. Nunca había faltado. Le gritaba desde las gradas, lo presionaba para que dejara la timidez y se animara a marear la pelota, y cuando el equipo perdía, se acercaba, lo abrazaba y le decía, *no pasa nada, la próxima vez tienen la revancha y seguro que les meten una goleada*. Era el mejor hombre, el mejor padre y...

–¿Y qué querías que hiciera? Que corriera a seguir disculpándome por algo que no hice, después de dejarme en ridículo delante de toda la gente que estaba en esa pequeña fiesta del hostel –dijo Gabriel.

–Te estaban bailando encima, con el culo casi al aire.

–¡Y qué culpa tengo! Yo no las llamé. Ellas hacen su espectáculo. Solo me quedé allí mirando, nada más que mirando. Y te aclaro que soy un hombre divorciado, Andrea.

–Porque tú metiste esa idiota demanda –grito ella.

–¿Acaso habríamos arreglado algo si no metía la demanda? –preguntó Gabriel, aunque lo dudaba.

–Sí, lo habríamos arreglado.

–¡Ah, sí! ¿Se puede saber cómo?, porque me echaste de casa y me aclaraste que nunca más pisara.

–Pero seguiste viniendo.

–Por supuesto que seguí, esa era mi casa, mi familia... tú eras la mujer que elegí para compartir mi vida, pero nunca quisiste arreglar lo nuestro. No quisiste escucharme, y yo no tenía forma de defenderme. No tenía pruebas para rebatir esa mentira. Qué sentido tenía seguir casado con alguien que ni siquiera quiso escucharme. Tú deberías haber confiado en mí, pero preferiste creerle...

–No la nombres. Nunca la nombres.

–¿Y qué importa un nombre? No es más que el nombre de una mujer que logró que nos separáramos –dijo Gabriel, y Andrea por primera vez sintió que el veneno dejaba de correr por su sangre. Solo había sido un nombre, Roxana, un nombre sin historia de engaño. El nombre de una mujer que solo estuvo en la cabeza de su esposo porque le llevaba la agenda y le atendía a los clientes cuando él se ausentaba del taller. Quizá había sido una mujer enamorada de Gabriel, un hombre casado, con hijas de su edad, un imposible que quiso conseguir a toda costa.

–Roxana –dijo Andrea–. Me dijo que pensabas divorciarte de mí, pero te dolía hacerme daño.

–Me dolió hacer el divorcio porque lo perdí todo. Perdí las cenas de sábados con mi esposa. Perdí las tardes de domingo mirando una película en el cine. No importaba si era buena o mala porque siempre teníamos algo que comentar. Las vacaciones sencillas, pero que nos encontraba de madrugada haciendo el amor en una oscura y húmeda carpa. No nos importaba que se sintieran nuestros jadeos de afuera, o que se moviera la lona, y nos reíamos de lo que pensarían nuestros vecinos del camping –dijo Gabriel.

Andrea derramaba lágrimas por los recuerdos. Ella añoraba toda esa vida simple pero llena de alegría que habían compartido. Añoraba la complicidad en sus miradas, el compañerismo cuando hacían la cena, las noches mirando una película en el sillón. Y nunca logró acostumbrarse a la cama vacía. Añoraba a su esposo.

–¿Por qué nos arruinó la vida? –preguntó Andrea.

–Ella no arruinó nuestra vida. Fuimos nosotros. Tú, por algún motivo dejaste de confiar en mí. Y yo en lugar de preguntarte qué nos estaba pasando o de esperar para aclararlo todo, me indigné al descubrir que le creías a una extraña, y te pedí el divorcio. Fuimos nosotros los que por algún motivo nos desconectamos, Andrea. Pero yo te amo como el día que te conocí –dijo Gabriel, y Andrea bajó la barrera de autodefensa y se echó en sus brazos–. Nunca te he engañado. Te he sido fiel aún estando divorciados –susurró en su oído, y Andrea se separó para mirarlo con una sonrisa traviesa.

–Entonces podríamos aprovechar en el paraíso los días que nos quedan –dijo Andrea.

–En el único lugar donde quiero estar es dentro de ti, mi vida –susurró Gabriel–. Recorrerte entera con mis manos y mi boca, y demostrarte cuánto te he extrañado.

–Y yo me muero de ganas que lo hagas. Además, ese lunar me debe estar extrañando –dijo Andrea, y Gabriel largó una carcajada.

–Otra cosa te está extrañando más, te lo aseguro –la tomó de la mano y juntos regresaron al hostal.

La recepcionista los miró con una sonrisa, y le tendió la llave de la suite que ocupaba Andrea, gracias a la generosidad del dueño del hostal.

–Mejor la de mi habitación –dijo Gabriel, y Andrea se dijo que seguía siendo el mismo hombre orgulloso que nunca aceptaba regalos. Pero se sintió feliz, porque ella amaba cada una de las virtudes y defectos de su marido.

–¿Por qué desapareciste de mi vida durante un mes? –preguntó Andrea.

Gabriel le besaba el cuello mientras el ascensor subía a la segunda planta, y le susurró.

–Porque esa relación de vernos y no tenernos se había hecho costumbre. Me alejé para intentar que recapacitaras, pero no lo hiciste. Por suerte Samuel fue más inteligente que nosotros.

Andrea largó una carcajada al recordar los mensajes que le había mandado a Samuel.

–Le dije a Sam que ya no era mi hijo.

–Ja, ja. Y yo le escribí para decirle que no pensaba pagarle el préstamo de dinero que me hizo para que me quedara una semana –dijo Gabriel.

Andrea arqueó las cejas.

–Sí que sabemos arruinar todo tú y yo.

–Pero ahora lo vamos a solucionar –dijo Gabriel, y entró en la habitación–. No pienso salir de acá hasta que tengamos que tomar el avión.

–Eso es desperdiciar las vacaciones soñadas en Brasil –susurró Andrea, y jadeó cuando él comenzó a bajar los breteles de su vestido de playa.

–Eso es recuperar todo el placer que nos perdimos en estos dos años separados.

Y no salieron de la habitación hasta que tuvieron que marcharse. No iban a extrañar esa playa bella y tranquila, la arena, las olas, los barcos de pescadores. Pero siempre la iban a recordar como el comienzo de la segunda oportunidad que les dio su hijo Samuel.

Los dos rieron con ironía al pensar que el hijo que menos se había preocupado por el divorcio de sus padres, porque siempre estaba preocupado

buscando un nuevo ligue, era el que los había unido.

CAPÍTULO 18

Samuel lo único que recibió fue dos mensajes. Uno de su madre que le decía: *Eres mi hijo varón preferido*. A los pocos minutos le llegó otro mensaje, esta vez de su padre. *Te voy a pagar el dinero con intereses y todo, hijo. Gracias por este regalo, es el mejor que me han hecho en la vida*.

Samuel supo que el regalo no eran los días de vacaciones que había pagado, sino su madre. Ellos volvían a ser una familia, y sintió un extraño nudo en la garganta. Extraño porque él no era de tener esas emociones, pero saber que él había logrado la reconciliación lo hacía sentir mejor persona.

El viernes había llevado a Alice al trabajo y la había ido a recoger para evitar que se inventara alguna excusa como, “no tengo coche o se me pasó el colectivo”, para no regresar a la casa.

–Tus padres han regresado de Brasil, y Andrea le dijo a mi madre que se iban a volver a casar. ¿Lo sabías? –dijo Alice apenas entró al coche de Samuel, que la esperaba en la puerta de la empresa.

–No, yo solo me ligué todos los insultos –dijo Samuel.

–Ja, ja. No me comentaste los detalles –dijo Alice.

–No hubo oportunidad. Regresaste anoche a casa, y apenas llegamos te encerraste a cal y canto en la habitación de las mujeres –dijo Samuel–. Estoy seguro de que me trabaste las puertas y ventanas con algún ropero para que no me filtrara de noche.

–No te trabé nada –dijo Alice, y miró por la ventanilla. Lo había esperado toda la noche, a pesar de que sabía que era un gran error. Ni siquiera había dormido esperando sentir sus pasos y el crujido de los goznes, pero él no había ido.

–¿¡Me esperabas, Al!? –era una mezcla de pregunta y exclamación. La miró, y esbozó una sonrisa al verla mirando por la ventanilla. Aprovechando que ella no lo miraba, lo hizo él. *Es bonita. Natural, sin artificios. Es bonita*, se repitió. Alice le provocaba algo más que un revolcón, le provocaba ganas de conversar, de compartir una comida, un rato de descanso en la sala, una caminata. Le provocaba necesidades que nunca había tenido–. ¿Necesitas ir a tu casa a recoger algo para el fin de semana? –preguntó Samuel para olvidar la conversación anterior, y para dejar de desear meterle la mano bajo la falda.

–Claro. Tengo que llevarme varias cajas y dos valijas –dijo Alice, y lo

miró con una sonrisa—. Pensé que estabas apurado y le pedí a mi madre que me las llevara el fin de semana —aclaró.

—¿Constanza piensa ir el fin de semana? —preguntó con el entrecejo fruncido. No tenía nada contra Constanza. Era ella la que no lo soportaba.

—Sí, y también piensan ir tus padres —dijo Alice.

Maldita familia, que se había acostumbrado a que la casa de Arturo era la escapada de fin de semana de todos.

—No sé a qué van a ir. Deberían quedarse solos después de haberse reconciliado.

—Ellos te quieren agradecer —dijo Alice.

—Podrían hacerlo con una llamada de teléfono —aclaró Samuel, y Alice sintió un extraño cosquilleo al suponer que Samuel quería estar solo con ella.

—Yo los invité a todos para que vengan a almorzar el domingo —dijo Alice, y se mordió el labio inferior al darse cuenta que se había tomado una atribución que no le correspondía.

—¿A mis hermanas también? —preguntó Samuel irritado—. Las aguanto toda la semana, y no las quiero ver hasta el lunes —aclaró.

—Ellas dijeron que no iban porque ya tienen demasiado con aguantarte durante la semana —dijo Alice, y se echó a reír—. Parece que es mutuo eso de soportarse. Si yo tuviera hermanas o hermanos, estaría feliz de recibirlos en mi casa —comentó.

—Si quieres te las regalo —dijo Samuel, y arrancó el coche.

—Bueno, son como mis hermanas, puesto que nos hemos criado casi juntas —dijo Alice.

—Ni me recuerdes la pesadilla de soportarlas en la adolescencia —dijo Samuel, y Alice rió.

Diez minutos más tarde estaban en la casa que Alice compartía con su madre, cargando cajas, valijas, bolsos y unas carpetas. Ya no había más lugar en el coche donde meter los cachivaches que Alice estaba trasladando. Samuel supuso que el traslado sería definitivo si se estaba llevando todo lo que tenía en la habitación.

Constanza los miraba de brazos cruzados desde la puerta de la cocina. Bebía una gaseosa y se fumaba un cigarrillo, pero no intentaba ayudarlos y solo fruncía el entrecejo.

—Ya no te queda nada que llevarte. Dentro de unos meses tendrás que regresar de vuelta con todo, lo sabes —dijo Constanza cuando Samuel salía con la última caja y Alice llevaba el bolso colgado al hombro.

–Lo sé –dijo Alice, que se detuvo junto a su madre–. ¿Vendrás el domingo a almorzar? –preguntó para cambiar el tema.

–No sé. Tengo unas clientas que solo tienen libre el fin de semana. Había pensado ir a visitarlas para mostrarles la nueva ropa que compré. Necesito hacer buenas ventas para mantener la casa, Al –dijo Constanza, y eso a Samuel le sonó a reproche. Esa era una realidad que él no había barajado cuando le pidió que se mudara a la casa de Arturo. Quizá los ingresos de Constanza no eran suficientes para solventar los gastos del hogar.

–Bueno, puedo ayudarte con parte de mi sueldo, mamá –dijo Alice, y Samuel se quedó sorprendido.

–No, si no estás en casa no vas a ayudar –aclaró Constanza–. Estoy pensando en conseguirme un trabajo de medio día, puesto que puedo salir a vender ropa por la tarde –aclaró.

Otra vez Samuel sintió la presión que Constanza ejercía sobre Alice, pero no dijo nada. Quién era él para meterse en la relación de madre e hija. Igual sintió cierto recelo hacia Constanza. Su madre siempre decía que Constanza no tenía problemas económicos, y Samuel creyó que el reproche económico era solo la excusa de una mujer que no quería que su hija dejara el nido. También podía ser que Arturo la ayudaba económicamente, y con su muerte ellas habían quedado a la deriva. Todas eran suposiciones. Si bien Alice y Constanza eran como de la familia, él nunca se había interesado por sus vidas.

El primer tramo del trayecto ninguno de los dos habló. Alice estaba encerrada en sus pensamientos, y Samuel no sabía si preguntarle si era Constanza quien la había dejado tan abstraída. Era su vida, y ella podía mandarlo al diablo. Pero, como el silencio se hizo un poco incómodo, decidió arriesgarse a que lo mandara al freír espárragos.

–Siempre creí que Constanza tenía tantas clientas que no necesitaba ayuda económica –dijo Samuel.

–¿Cómo? –dijo Alice, no por el comentario en sí, sino porque estaba tan abstraída que se sorprendió que a él le interesara algo de la vida que compartía con su madre.

–Que siempre creí...

–Ya te escuché, solo que creí que no te interesaba nada de mi vida –dijo Alice.

–Si no quieres contarme, por mí no hay problema –dijo Samuel. Nunca se había interesado, pero ahora que había empezado a conocerla, era

como si necesitara saber todo de ella.

–Si no quieres saber, no te cuento –dijo Alice, y Samuel apretó los puños en el volante.

–Quiero saber –dijo con los dientes apretados. Esa mujer tenía una habilidad natural para sacarlo de las casillas–. Me interesa saber el desbande que ocasioné al sacarte de tu casa –aclaró para que ella no creyera que se moría por conocer a la Alice que siempre lo había hecho huir.

–Mi madre se quedó sola, Samuel. Siempre vivió conmigo. No está aceptando de buen grado que en menos de un mes se le fue su hija.

–Es decir, que el dinero es una excusa –dijo Samuel.

–Desde que trabajo la he ayudado con los gastos, a pesar de que nunca quiso. Ella va a buscar un trabajo para no sentirse sola. Su trabajo le da mucha libertad, algunos días salía todo el día. Pero cuando no tenía ganas de salir se tomaba el día libre, y me esperaba con comida casera –aclaró Alice.

–Y ahora no tiene a quien atender –dijo Samuel.

–Sí –dijo Alice–. La muerte de Arturo la dejó perdida, y a los pocos días me fui yo.

–Arturo y ella...

–Arturo era un hombre reservado, y mi madre también. Pero yo vivía allí, Samuel. Y sí, Arturo y mi madre eran amantes –dijo Alice, y Samuel le echó una mirada de asombro. Después se concentró en la ruta, pero pasado unos minutos largó una carcajada.

–De qué te ríes. Fue una historia triste –dijo Alice.

–¡Triste! Triste fue su vida de mentira. Me hizo creer que no había nada mejor que ser un soltero sin ataduras, que se podía tirar a la mujer que quería –dijo Samuel sin apartar la vista del camino.

–Hablabas su orgullo, que lo tenía al por mayor –dijo Alice–. A mí no me decía eso. A mí me decía... –se calló porque lo que Arturo le había dejado como enseñanza la ponía en evidencia.

–¿Qué te decía a ti? –preguntó con curiosidad Samuel–. Y no me digas, déjalo estar. Quiero saber, porque creo que no conocía a mi tío –aclaró.

–Me decía que no deje escapar ninguna de mis oportunidades de ser feliz, por mínima que sea. Que si no me lanzaba a la pileta podía perder más que si me lanzaba estando vacía. Que al lanzarme, quizá no estaba llena pero que si veía al menos un charco de agua, eso podía ser suficiente para ir llenándola poco a poco –dijo Alice, y supo que había desnudado su vida con esa respuesta. Esas palabras eran la confirmación de sus sentimientos.

En ese momento Samuel entendió por qué Alice había aceptado el casamiento. Ella se había lanzado a la pileta para comprobar si al menos había un charco de agua. No le respondió, porque las palabras de Alice eran una clara confesión de sus decisiones, de sus sentimientos hacia él. Y él..., era el charco. Eso era él.

Otra vez siguieron recorriendo la carretera en absoluto silencio. Samuel ya no se sentía incómodo, y supuso que ella tampoco puesto que no llenaba los vacíos con comentarios del tiempo o con alguna pregunta de compromiso. Le echó una mirada de reojo, y sonrió con ternura al verla dormida. Se había dormido después de sincerarse con él. Quizá con su confesión se había sacado un peso de encima. Estoy enamorada de ti, por eso me casé. Me lancé a la pileta para comprobar si estaba vacía o había al menos un minúsculo charco.

La pileta estaba vacía, Alice, quiso decirle Samuel. ¿O no? Quizá nunca estuvo vacía. Quizá siempre hubo un charco, y por eso él huía despavorido cada vez que la veía, porque ella habría sido... ella habría sido su perdición.

Llegaron a la casa, y Samuel tuvo que cargar todas las cajas, valijas y bolsos que Alice se había traído. También cargó a Alice, que parecía agotada después de levantarse a las seis de la mañana para ir a trabajar. Ella se agarró de su cuello y emitió un pequeño suspiro que lo llenó de ternura. La subió a su habitación para que descansara en su enorme cama, la cubrió con una manta y se quedó de pie mirándola. Tuvo ganas de tirarse a su lado y abrazarla, pero se marchó antes de seguir cometiendo locuras.

Ella le había hecho una confesión, y él tenía que apartarse para no sentirse el peor hombre del mundo cuando la dejara.

Samuel trabajó en el hostel colocando postes para la pérgola hasta las doce de la noche. La cocinera y el encargado vinieron a despedirse a las nueve y le sugirieron que se fuera a descansar a la casa, pero quería llegar agotado para evitar cometer más locuras con Alice. Él la había traído de regreso, y ya no le parecía tan buena idea tenerla allí.

A las doce y treinta de la noche la vio aparecer con una bandeja de comida y una botella de vino blanco.

–Creo que te estás pasando con el trabajo –dijo Alice, que se sentó en una mesa de plástico y le tendió un tenedor para que se uniera a comer de su bandeja.

–Si no trabajo no voy a llegar –dijo Samuel, y se unió a ella.

–Esto está quedando precioso –comentó Alice mientras recorría el parque con sus ojos chispeantes.

–Sí, y espero que rinda lo suficiente para todos –dijo Samuel.

–Con Alexandra Barrios tienes asegurado el éxito –comentó Alice, y Samuel no vio maldad en sus palabras.

–Puede ser. Es muy exigente –dijo Samuel, y se metió un trozo de carne en la boca–. Esto está bueno. ¿Lo hiciste tú, o es otra de las delicias de Constanza?

–Una receta de tía Flora –dijo Alice.

–Creía que la tía no sabía más que quejarse.

–A veces destaca en algo más –dijo Alice, y los dos rieron.

–Por cierto, me asombra que no haya venido a pedir su mesada para alimentar a las mascotas. Flora no es vergonzosa cuando tiene que pedir dinero. Hasta mi padre ha tenido que desempolvar la billetera en algún momento.

–¿No vino? –preguntó Alice.

Y él descubrió cuán generosa era su esposa. Le había dado el dinero de su trabajo, y no pensaba pedirle que se lo devolviera.

–Tendré que llamarla para preguntarle cómo está alimentando a las mascotas –dijo Samuel, y Alice se concentró en la bandeja que estaban comiendo.

¡Por Dios! Esa mujer era demasiado buena para cualquier hombre. No exigía nada, se conformaba con lo que tenía. No reprochaba, no juzgaba, y ni siquiera le gritaba “Yo le di la mensualidad a Flora”.

Samuel le sirvió vino. Ella le cortó dos rodajas de pan.

Él la miró comer, saborear y pasarse la lengua por el labio superior; y sus hormonas no entendieron razones, no entendieron que había trabajado hasta el agotamiento para no caer rendido en la cama de Alice. Allí estaba, sentado frente a ella, con una erección de las más potentes que había tenido. Ni siquiera se podía levantar sin que ella notara el bulto en sus pantalones. Lo más grave era que ella ni siquiera lo provocaba con prendas exóticas. Tenía una sencilla remera de algodón, un pantalón de deportes bastante holgado y unas zapatillas blancas. La mujer menos provocadora, y la que más lo excitaba.

–¿Por qué no te vas a dormir? Yo tengo para un rato más. Voy a aprovechar que mañana no te tengo que llevar a la ciudad, y voy a quedarme hasta tarde.

Alice negó con la cabeza mientras volvía a meterse el tenedor en la boca y lo sacaba despacio, y él imaginó que ella saboreaba su miembro y...

–No me voy hasta que no vengas conmigo. Ya has trabajado demasiado por hoy. Me quedo a esperarte –aclaró, y él se asombró de su preocupación. ¡Por él!, que la estaba usando, que pretendía que dejara el trabajo para no tener que ir y venir de la ciudad todos los días de la semana. ¡Se preocupaba por él!

–Al, estoy trabajando mucho porque si no tengo todo listo para la fecha de la boda voy a quedar como el diablo, no solo con Alexandra sino con los novios que han confiado en que todo estaría listo –aclaró.

–Mañana te ayudo en lo que necesites –dijo Alice, y él supo que no se iba a rendir, y también que esa noche no podría dormir solo. Al diablo con el hombre honorable que pretendía ser. Él no era honorable. Él era un cretino.

–De acuerdo. Mañana y el domingo vas a trabajar a la par mía.

–El domingo vienen tus padres, y quizá mi madre –dijo Alice.

–Espero que se arremanguen y ayuden –aclaró, se levantó y cargó con los vasos y el vino. Ella agarró la bandeja y lo siguió. La luna iluminaba sus pasos mientras subían hasta la casa. Alice iba pegada a él, como si temiera que alguien los atacara—. Me parece a mí o estás muerta de miedo.

–No, pero no me gusta andar de noche por el campo –aclaró.

–Estuviste sola una semana –dijo Samuel al recordar que ella se había instalado allí antes del casamiento.

–Pero no salía de la casa de noche –comentó—. Bueno, ya casi llegamos –y soltó un suspiro.

Él quiso pegar un alarido, porque lo que a ella le parecía un alivio para él era una encrucijada. Nunca le había pasado eso de no saber qué camino tomar, si el del deseo o el del deber. Él tomaba lo que deseaba y después se largaba. El problema era que a Alice la quería viviendo allí, y también la quería desnuda en su cama, pero no quería que creyera que estaba llenando el charco. Él tenía que intentar sacar el agua, secar esa pileta hasta que quedara cuarteada. Lamentablemente, su deseo era más fuerte que la poca honestidad que tenía.

Alice se metió en la cocina. Samuel subió a darse una ducha que duró más de lo normal. Él solo esperaba que ella se largara a la habitación de las chicas, como la llamaba Arturo. *No entres sin llamar, que esa es la habitación de las chicas*, le solía decir. Él tenía ganas de poner un armario por fuera para no caer en la tentación.

Salió del baño hecho una pasa de uva, con la piel arrugada y aterido de frío después de que se acabara el agua caliente. Mejor, se dijo, así se le aplacaba la necesidad de romper la puerta con los puños para ir a meterse en la cama de Alice. Seguro que ella ya se había acostado y dormido, pensó y caminó descalzo, con la toalla enrollada en la cintura. Toalla que tenía ganas de tirar en el pasillo y aparecer desnudo en la cama de Alice, para que ella saboreara su pene con la lengua, como lo había hecho con la comida que casi le había provocado un orgasmo.

Se metió en su habitación. Estaba oscura, y se desenrolló la toalla pensando que tendría que satisfacerse solo mientras pensaba en ella envuelta en esos pijamas tan poco eróticos que tenía. Nada en ella era para provocar, y sin embargo, todo lo volvía loco. Su cuerpo con pocas curvas, su rostro más angelical que sensual, su boca de labios suaves, sus palabras irónicas, su sinceridad. Ella, toda ella lo excitaba.

Se metió desnudo y decidido a sacarse esa necesidad con su mano subiendo y bajando hasta que se le quitara el deseo de meterse en la cama de Alice. Una mano suave le acarició la pierna, muy cerca de su erección, y Samuel dejó escapar un jadeo al saber que era ella. Nada de pedir permiso, ella tomó el mando cuando trepó sobre su cuerpo, y Samuel pudo comprobar que no llevaba nada puesto.

Reptó sobre él, y el deseo se extendió por todo su cuerpo, a tal punto que estuvo a punto de eyacular antes de empezar. ¿Qué poder tenía Alice la romántica empedernida para ponerlo en ese estado? ¿Dónde había caído?, en la cueva del oso, en la boca del lobo, o en algún abismo del que nunca podría escapar, porque cada vez la deseaba más, la necesitaba más.

Apartó las sábanas y recorrió entero su cuerpo, acariciando cada rincón mientras ella descendía y... ¡Oh, Dios!, se había metido su pene en la boca. Si hasta parecía una bruja que le adivinaba los pensamientos.

Samuel soltó un gruñido cuando casi lo hizo acabar, y la tuvo que apartar.

–¿No te gusta? –preguntó con voz temblorosa.

–Me gusta demasiado –dijo Samuel con voz ronca.

Y ella volvió a la carga. Una y otra vez su boca succionando, lamiendo su pene, mientras él no dejaba de tocar ese cuerpo suave como seda. Tan femenino, aunque tuviera pechos pequeños. Pero era perfecto, era natural, y era de Alice.

La dejó que siguiera. Él gruñía y trataba de que aquello durara toda la

noche. Pero no era posible, estaba al límite.

–Al, voy a acabar si no paras –dijo con voz ronca–. Y no quiero acabar tan rápido –aclaró.

Ella se incorporó, y la luna le permitió ver su sonrisa de triunfo. No supo si era una estrategia de conquista, un plan macabro para hacerlo caer en sus redes. Quizá estaba intentando llenar el maldito charco hasta que la pileta se desbordara de agua.

Ya no le importó una mierda el charco, la pileta y todas las metáforas.

La tumbó en la cama, le abrió las piernas y allí fue a devorarla como ella lo había hecho con él. Alice se arqueaba, elevaba las caderas, y estaba tan mojada que Samuel se sintió fascinado con su respuesta. No era tímida, no era romántica, era sensual y desprejuiciada. Y cuando estalló, no tuvo dudas que su grito había sido escuchado por la cocinera y el encargado del hostel, que estaban a un kilómetro de distancia.

Entró en ella sin preservativo. Necesitaba un contacto directo, piel con piel. Era Alice, y confiaba en ella mucho más de lo que confiaba en él mismo.

–Dime que puedo seguir –dijo Samuel.

–Tomo la píldora –aclaró–. No quiero darte ningún motivo para que te vayas a la ciudad a buscar a tus amiguitas durante nuestro matrimonio. Y no quiero quedar embarazada.

–Al, yo no pensaba incumplir mi parte –dijo Samuel.

–Y yo voy a cumplir la mía –dijo Alice.

–Esto es más que el trato que hicimos.

–Ya lo sé. Esto lo complica todo. Pero me enseñaste a sentir y ya no puedo vivir sin el sexo –aclaró Alice.

¡Qué! pensó Samuel asombrado, puesto que eso significaba que si él no estaba se buscaría otro. Imaginarla con otro no le agradó.

–No eras virgen, Alice –dijo Samuel, y se guardó los pensamientos perversos.

–No, pero mis experiencias anteriores fueron pobres –aclaró–. ¿Podemos dejar de hablar?

–Sí, señora –dijo Samuel, y también le gustó esa parte de disfrutar sin tantos diálogos.

Las mujeres como ella se complicaban la vida con el sexo. Las mujeres como ella, las que se querían casar, siempre tenían una queja, una excusa, un reproche. Siempre había algún motivo para discutir: Que si te

quedabas, que si te ibas, que si les daba vergüenza abrirse de piernas, que esto no les gustaba, que aquello sí, que si no las abrazaba después de acabar, y la famosa pregunta, ¿qué tal estuve?

Alice no era como las otras mujeres, no era un estereotipo. Era... una mujer especial. Todo eso pensó mientras se hundía en ella, entraba y salía, mientras la besaba con hambre, mientras le recorría el cuerpo con las manos. Y cuanto más pensaba en la diferencia de las otras mujeres y Alice, más disfrutaba del momento.

Ella se tensó, jadeó sobre sus labios y él supo que le había dado uno de los mejores orgasmos. La siguió después de unos pocos envites, y cayó sobre ella besándola con el poco aire que le quedaba.

Se giró para no aplastarla pero se la llevó con él, y Alice se acostó, cuan larga era, sobre su cuerpo. La volvió a besar, y no dejó de tocarla hasta que se quedó dormido.

A Samuel no lo despertó el sol entrando por la ventana, sino su esposa que se había escurrido en la cama y se estaba dando un banquete con su pene.

En su vida nadie lo había despertado de forma tan gloriosa. Puso las manos en su cabeza y la instó a acelerar el ritmo. Ella lo hizo y eso lo volvió loco. Antes de acabar, la levantó en sus brazos y la sentó a horcajadas sobre su cuerpo. Ella se adaptó a su pedido y descendió hasta que abrazó su miembro dentro de su cavidad. Samuel se incorporó hasta apoyarse en el respaldo de la cama para poder mirarla a placer, y le acarició el sexo húmedo arriba y abajo sin dejar de mirarla. Ella también lo miraba.

El cabello despeinado, el rostro sudado y esos ojos que expresaban su deseo lo llevaron al límite. Se miraban sin pudor, sin vergüenza. Ella se arqueó y él pudo ver su sexo en todo su esplendor, hinchado y húmedo, y siguió acariciándola hasta que ella explotó. La envolvió en sus brazos y movió de forma torpe las caderas. No había ritmo, pero qué importaba si el placer de tenerla así, piel con piel, era lo que lo estaba llevando al clímax.

Fue una mañana intensa. Fue un antes y un después. Fue aceptar que ese matrimonio sería completo el tiempo que durara. Samuel la abrazaba en la cocina mientras ella preparaba el desayuno. Le metía manos y ella se dejaba hacer. No era solo sexo de noche, era una provocación constante, al menos durante ese sábado después de entender las pautas, aunque ninguno las había expuesto con palabras. Ella desnuda en la cama de Samuel había dado el paso para que él dejara de plantearse los deseos y los deberes.

–Se puede saber qué has traído en todas esas cajas –preguntó Samuel

cuando ella se giró con las tazas de café y las rebanadas de pan para el desayuno.

–Mis proyectos para mi empresita de organizadora de bodas –dijo Alice.

Samuel creyó que le estaba dando una patada en la cabeza. Acaso pretendía conquistarlo con sexo para que él cediera a echar a Alexandra.

–No te asustes, es solo para la boda de tu madre y tu padre –aclaró Alice.

–¿Por qué iba a asustarme? –preguntó Samuel algo descolocado, ya que ella parecía adivinarle hasta los pensamientos.

–Porque lo mío solo es una afición. Yo nunca organicé una boda, y voy a practicar con tus padres –aclaró Alice–. Alexandra es tu mejor opción, aunque me cueste reconocerlo.

–Lo sé, y lo siento, pero en estos momentos que estamos empezando necesito de sus contactos, por eso no pensé en ti.

–Y cómo ibas a pensar en mí si no tengo nada montado –aclaró Alice–. Pero he pensado en tu idea de renunciar a mi trabajo, y creo que tienes razón. Yo tengo todo en esas cajas, solo me faltaba animarme a dejar un trabajo que creía que me daba seguridad.

–¿Y eso también es mérito mío? –preguntó Samuel con una mueca como sonrisa.

–Claro. Te veo tan entusiasmado en el proyecto y tan decidido a dejar el banco, que me pregunté, ¿por qué yo no? –dijo Alice.

–¿Al, me estás tomando de ejemplo? –preguntó Samuel lleno de desconcierto, puesto que nunca había sido ejemplo para nadie. Él era la oveja negra de la familia. El libertino, el que solo se preocupaba por divertirse. Pero a ella, su esposa de pacto, le encantaba encontrar sus pocas virtudes.

–Claro. Es increíble lo que estás haciendo. Mi madre siempre me decía, no dejes el trabajo seguro. Y te veo a ti, luchándola para que puedan vivir todos del hostel, y dispuesto a tirar tu trabajo por la borda para dedicarte a algo que te dé mejor pasar económico. Y si no fuera porque tú me dijiste que renunciara, yo nunca me habría animado.

–Te enfureciste cuando te dije que renunciaras –dijo Samuel.

–Sí, pero cambié de parecer y... me traje todo para empezar a planificar la boda de tu madre. Si sale bien la voy a usar para promocionarme y conseguir más clientes –aclaró Alice con una radiante sonrisa–. Me siento libre, y eso que aún no renuncié.

–Y si yo te pido que renuncies ahora –dijo Samuel.

–No puedo, es mi único ingreso –aclaró Alice.

–Pero yo puedo solventar tus gastos, Al –dijo Samuel.

–Tú ni siquiera tienes para pagar albañiles para que hagan los trabajos en el hostel.

–Hoy podríamos revisar la casa de Arturo, y quién te dice que no encontremos otra caja de zapatos llena de dinero –dijo Samuel, y sonrió cuando Alice lo miró con la boca abierta.

–¿Tú crees? –preguntó.

–¿Renunciarías si encontramos más dinero? –preguntó Samuel.

Ella asintió. Samuel sintió que los dos formaban una buena pareja, no solo en la cama, sino fuera de ella.

–Entonces, vamos a buscar en la habitación de Arturo –dijo Samuel entusiasmado.

–Nunca entré en la habitación de Arturo. Él era muy reservado –dijo Alice.

–Creo que nadie ha entrado a su habitación, Al. A mí me lo tenía prohibido –dijo Samuel–. No he entrado desde que murió porque me sentía como un violador de su intimidad –aclaró.

–¿Qué crees que encontraremos allí? Está con llave –dijo Alice.

–No lo sé. Tendremos que romper la cerradura porque no sé dónde puede haber escondido la llave.

Media hora más tarde, luego de rebuscar en el establo algo que pudiera abrir la cerradura, los dos subían las escaleras de la casa.

–Dios, me siento como una ladrona que va a hurgar en los recuerdos de Arturo –dijo Alice, pero corrió por las escaleras mientras Samuel, herramientas en mano, la seguía con una sonrisa.

En el establo se habían sorprendido con la cantidad de muebles viejos y recuerdos que Arturo tenía archivados allí. Samuel encontró la vieja bicicleta que solía usar cuando se quedaba unos días; y Alice, las muñecas con la que jugaban con Carina y Pamela de niñas. También había varias cajas, y decidieron regresar a revisar por la tarde.

Cuando Samuel logró violar la cerradura, Alice y él se quedaron con la boca abierta observando desde el umbral la austera habitación de Arturo.

Era como entrar al pasado, puesto que todo lo que tenía Arturo allí eran recuerdos, cajas y cajas llenas de recuerdos. Encontraron fotos de años

pasados, de amigos de su juventud, de algunas novias, y de Constanza, varias de Constanza sonriendo, pero en ninguna estaba con Arturo.

Samuel encontró una carta dirigida a él, que guardó en el bolsillo para poder leerla cuando Alice no estuviera a su lado. Él supuso que en esa carta encontraría una respuesta a la condición que Arturo le había puesto en el testamento.

–Ya vuelvo, Al –dijo Samuel, y fue directo a guardar la carta en la caja fuerte, con la firme decisión de sacarla una de esas noches para leer el contenido.

–¡Sam, encontré una caja llena de dinero! –gritó Alice desde el piso superior.

Samuel subió corriendo. Y cuando vio la caja con ese dinero que tanto necesitaba para tener el hostel listo para el casamiento, abrazó a Alice y largó una carcajada.

El problema fue que entraron en un ritmo alocado de trabajo, y la carta que Samuel pensaba leer una de esas noches quedó en el olvido.

CAPÍTULO 19

Dos meses después de haber encontrado más dinero del que esperaban en distintas cajas que Arturo había tenido desparramadas por la casa, Samuel había conseguido más de lo esperado. Había modernizado el hostel y terminado todas las ampliaciones. Y si hubiera querido, podría haber levantado otro hostel en el mismo predio, pero no se aventuró a tanto. La mejor decisión de su vida, decía cuando Gabriel le preguntaba si era feliz.

Alice sabía que no hablaba del matrimonio de pacto, sino de su progreso económico. El matrimonio solo era el puente.

Samuel había renunciado al banco después de encontrar el dinero de Arturo, y se había obsesionado con las ganancias que comenzó a obtener gracias a los eventos. Él estaba abocado a hacer más dinero, más, siempre más. Eso era lo que lo tenía tan contento.

Alice supuso que al haber logrado su propósito, solo esperaba que el tiempo pasara para poder recuperar su libertad. A veces lo veía parado junto al ventanal, pensando. Otras, lo veía nervioso, como si el campo lo agobiara.

Alice tampoco disfrutaba de tanta paz, solo que ella iba bastante seguido a la ciudad, y él solo había regresado en contadas ocasiones. Alice tenía ganas de decirle, porque no vas a ver a tus amigos, pero sabía que donde estaban sus amigos también estaban las mujeres que él se había llevado a la cama. De solo imaginar que se iba a pasar la noche con una de ellas, se negaba a sugerirle que fuera a reunirse con sus amigos. Era egoísta, lo sabía, pero solo le quedaban unos meses para disfrutar de la vida junto a Samuel, y no quería arruinarlos.

Los dos compartían la cama de Samuel y seguían teniendo sexo, pero él ahora estaba demasiado obsesionado con el hostel y muchas noches venía tarde a la cama, y otras, no venía y ella lo encontraba dormido sobre el escritorio o el sillón de la biblioteca.

–Es decir que te vas –dijo Samuel a su hermana Pamela, que estaba sentado en la galería junto al resto de la familia, bebiendo una cerveza helada.

–A Ricardo le ha salido un trabajo que no puede despreciar. Además, no nos adaptamos a la vida de pueblo –comentó Pamela.

–Pero si siempre te gustó este pueblo –se quejó Andrea, que estaba sentada, como una adolescente enamorada, sobre las piernas de su marido. Él le hacía masajes en la espalda, y todos estaban fascinados con el cambio que

había obrado Brasil en la relación. Hasta se habían casado nuevamente, y Alice se había encargado de organizarles la boda. Esa había sido una buena práctica para comenzar con su empresita.

–Eso era porque venía de vez en cuando. Ahora me agobia, mamá – dijo Pamela.

–Mejor que se vayan, así Federico y yo nos quedamos como encargados del hostel –dijo Carina, que estaba sentada sobre su novio y se mecía adelante y atrás.

Samuel no podía creer el descaro de Carina, aunque no era la primera vez que hacía eso en su casa. Eso era como tener sexo delante de todos, se decía al ver los movimientos de su hermana sobre el miembro de su novio, que en cualquier momento se pondría a jadear delante de todos. ¿Dónde se había metido Alice?, se preguntó, puesto que esa escenita de su hermana le había despertado la necesidad de estar con su romántica esposa.

–Si quieres compensarme por liberarte de la carga de tenerme como encargada, por mí no hay problema –dijo Pamela.

Todos estaban al tanto del dinero que Arturo había guardado en cajas, y Samuel siempre tuvo en mente ayudar a su familia.

–Por supuesto. Les puedo dar dinero para que se compren un terreno. Ustedes se encargan de construir su casa –dijo Samuel.

–¡Oh, Sam, eres el mejor hermano del mundo! –gritó Pamela, y corrió a abrazarlo.

–¿Y nosotros qué? –preguntó Carina, que seguía meciéndose sobre su novio. Samuel solo quería que Alice apareciera para llevársela a la biblioteca. Los espectáculos públicos no le gustaban, pero podía echar un polvo rápido con la excusa de algún contrato que necesitaba que analizaran y... –¡Sam! A mamá le diste dinero para que arregle la casa. Y tía Flora ya tiene una mensualidad con la que se puede ir de vacaciones todos los meses. Pamela te deja plantado y tú le das dinero para un terreno. Y nosotros, que nos vamos a quedar como encargados, ¿qué? –gritó Carina al ver que no le respondía.

–¿Les parece bien un terreno dentro del hostel? ¿O la casita que está en el límite?, pero ustedes la tienen que acondicionar. Yo voy a encargarme de hacer la división para que esté a nombre de ustedes –dijo Samuel. El predio era tan grande que no tendría problema de hacer una división para cederle el terreno con la casa a su hermana, y de paso la tendría siempre cerca del hostel. Eso a él le daría libertad para apartarse un poco del trabajo. Carina y Francisco estarían a cargo, y él ya no tendría necesidad de estar todo el día

controlando.

–Eso sería genial –dijo Francisco, y a Samuel su voz le sonó más ronca de lo normal.

Malditos provocadores, pensó, y se levantó de la silla justo cuando Alice aparecía por la galería cargada con una canasta llena de esos souvenir artesanales que hacía para las bodas.

Alice había preparado la boda de sus padres. Su madre había llorado de emoción al ver todo el trabajo que se había tomado. Su padre la había abrazado y le había dicho que su trabajo era una obra de arte. Y sí, tenía mano para convertir un salón en un palacio de princesa de cuento.

Samuel no había dicho nada, ni la había felicitado ni criticado, porque supuso que ese trabajo tan artesanal era porque los novios eran Andrea y Gabriel. Pero Alice había conseguido otra boda, y allí estaba metida de lleno en hacer ella misma cada adorno, tarjeta y souvenir para la boda. Para él era una idiotez que no le rendiría económicamente. Alice no estaba pensando como empresaria. Ahora venía feliz con su canasta llena de cisnes de porcelana cocinada en el horno que había instalado en el establo. Y las mujeres se levantaron todas a mirar.

–Ah, pero esto es una maravilla, Alice –dijo Andrea.

–Yo quiero estos para cuando me case –gritó Pamela, y se puso a dar saltitos mientras aplaudía enloquecida.

Alice rió emocionada, y Samuel negó con la cabeza. Alguien debería decirle que así no se hacían los negocios, pensó.

Carina no se movió, su novio la tenía amarrada de la cintura, y Samuel maldijo a esos dos descarados. Bueno, Carina no era romántica como Pam y Al, por lo que supuso que le importaba un comino levantarse para ver los cisnes de la canasta.

–La pareja quiso dos cisnes que al besarse formaran un corazón. ¿Qué romántico? –dijo Alice, y Samuel vio la fascinación en sus ojos.

–Al, eso no te va a reeditar dinero. Te lleva muchas horas –dijo Samuel.

–Y muchas satisfacciones –aclaró Gabriel, y Samuel miró a su padre con el entrecejo fruncido.

–Me gusta hacerlo –dijo Alice a Samuel.

–Has renunciado al trabajo. Deberías aprovechar mejor el dinero que te di para montar tu empresa, Al.

–Ya todos están enterados de que tú me diste el dinero, puesto que no

dejas de aclarar que renuncié al trabajo gracias a tu ayuda. Ese fue nuestro trato, Samuel, y tú te has beneficiado bastante con este matrimonio. Pero a mi empresa la manejo yo –dijo Alice.

A Samuel le sonó a reproche. Él solo quería alertarla que estaba volcando demasiadas emociones y entusiasmo en la empresa, y que para ganar dinero debería ser más práctica.

–Le estás dedicando un mes entero, con todas las horas del día, a un solo casamiento, y eso te va a llevar a la ruina. Deberías aprender de Alexandra que es capaz de organizar varios eventos en un mes –aclaró furioso.

–¡Cómo! –dijo Alice, que la comparación le pareció de mal gusto. Ya tenía que aguantar a la prepotente mujer que trabajaba con él, para encima soportar que Samuel le dijera que la tomara de ejemplo–. Yo no veo que tu Alexandra sea un ejemplo digno de seguir –dijo Alice.

–No es mi Alexandra, pero ella sabe llevar una empresa –aclaró.

–No me compares con ella. Yo tengo mi propio estilo –dijo Alice.

–Si sigues con tu estilo, cuando se termine este matrimonio vas a estar buscando un trabajo de mierda para poder vivir –gritó Samuel.

–Sam, por qué no te callas la boca –alertó Andrea a su hijo.

–El trato era que yo te ayudaba para que tuvieras el hostel. Y creo que estoy cumpliendo. No es justo que juzgues mi trabajo cuando yo solo te felicito por tus logros. Y más injusto es que me compares con esa arpía, puesto que a mí lo que me interesa es la felicidad de mis clientes. En cambio, tú y Alexandra solo piensan en el crecimiento de sus cuentas bancarias –dijo Alice–. Serían el matrimonio perfecto –aclaró antes de entrar en la casa con su canasta con cisnes.

–¡Te das cuenta lo que has hecho! –gritó Carina, que por fin dejó de satisfacer al calentón de su novio, puesto que se levantó a increparlo–. Ella te ha permitido tener esto –señaló todo a su alrededor.

–Solo le di un consejo –dijo Samuel–. Así no va a llegar lejos –aclaró.

–¿Y adónde tiene que llegar, Sam? –preguntó Gabriel–. Ella es feliz al organizar las bodas con detalles personales. ¿Adónde quieres llegar tú con todo esto? ¿Qué felicidad crees que vas a lograr? Arturo tenía montones de dinero y nunca fue feliz, hijo –dijo Gabriel.

La pequeña reunión familiar se hizo agua, y la culpa era suya, pensó Samuel. Alice se había encerrado en la habitación de las mujeres para seguir preparando la boda artesanal, y su madre sugirió que ya era hora de

marcharse, por lo que todos se fueron antes del anochecer.

Era un domingo aburrido. Ese fin de semana no había contrataciones para alguna fiesta, y hasta el miércoles no habría demasiada actividad, salvo unos pocos turistas que venían de vacaciones fuera de temporada. El miércoles tendrían el hostel lleno con un seminario de tres días, pero él ya no trabajaba tanto. Todo estaba organizado por Alexandra, y los empleados del hostel ya le habían tomado el ritmo a estos eventos y no necesitaban que él los estuviera dirigiendo. Además, ese trabajo era de Carina y su novio, y los dos eran buenos anfitriones. Es decir, que cuando no tenían eventos o casamientos a Samuel le sobraban horas del día. No así a Alice, que se la pasaba haciendo manualidades para la boda que tendría dentro de un mes.

En momentos como ese extrañaba la ciudad. Las noches de diversión en el bar. Una cerveza. La compañía de sus amigos y... y tenía ganas de ir a probar lo que había tenido que dejar.

Pero había dado su palabra y Alice no se merecía esos pensamientos. Por lo que entró en la casa y fue a buscarla.

La encontró encorvada en el pequeño escritorio, pintando tarjetas de invitación. Cien, le había dicho, tenía que pintar cien, y él no le encontraba la emoción a ese trabajo que más se parecía a una tortura. Ella tenía abierta en el piso una de las cajas que se había traído de la casa de Constanza. Y al echar una mirada, Samuel vio todos los diseños que tenía como muestrario, y no tuvo dudas que llevaba media vida armando la empresa de sus sueños. Y él, la había criticado.

–Al, yo no quise juzgarte. Solo quise darte un consejo –dijo Samuel, y sintió cierta pena al haberla criticado. Ella estaba tan compenetrada en su actividad que parecía feliz–. Quizá te gusta hacerlo así y... creo que.

–Sam, deja de justificarte con tartamudeos. No soy idiota y sé que mi método no me dará mucho dinero. Pero por ahora solo tengo esta boda, y puedo hacerla como me gustaría hacer todas –aclaró.

Samuel se quedó sin saber qué decir.

–¿Y si tuvieras cinco bodas para los próximos meses? –preguntó Samuel.

–Contrataría personas para que me hicieran los souvenir y otras para que me pintaran las tarjetas. Pero algo seguiría haciendo yo, solo porque me gusta –aclaró, y Samuel sonrió mientras negaba con la cabeza. No iba a cambiar su método artesanal por un trabajo en serie, sino que se buscaría quien le hiciera los trabajos.

–¿Quieres que te ayude? O mejor ¿por qué no nos vamos un rato a la ciudad?, cenamos, tomamos una copa y nos empapamos de un poco de ruido. Tanto silencio me agobia –aclaró.

–¿Estás extrañando tu antigua vida, Sam? –Alice se enderezó en la silla, dejó el pincel y se giró a mirarlo.

Claro que la estaba extrañando. Llevaba tres meses sin ir a un bar a divertirse con sus amigos, pero no le podía decir que quería ir a probar lo que había tenido que dejar de lado.

Se encogió de hombros.

–No sé, solo sé que el campo es demasiado silencioso. Vamos, Al, es sábado y lo podemos pasar bien –dijo Samuel lleno de entusiasmo.

Era la primera vez desde que estaban casados que él la invitaba a salir de la casa. Su relación era puramente doméstica y puertas adentro. Trabajo, cena preparada por los dos, una película en el sillón y sexo. Alice le sonrió emocionada.

Ella se había dado cuenta que no podía tenerlo atado durante seis meses, y supuso que en algún momento él tiraría sus pedidos por la borda, se iría de parranda con sus amigos, y a disfrutar de ese sexo sin compromiso que tanto le gustaba. Nunca se imaginó que la invitaría a ella a compartir su vida anterior.

–Eso sería fantástico –dijo Alice entusiasmada porque esa invitación de Samuel era un paso muy importante en la relación de los dos–. Voy a estar lista en menos de media hora –aclaró para que Samuel no se quejara con la tardanza.

–Quizá hasta podemos quedarnos a dormir en un hotel, así puedo beber a mis anchas –dijo Samuel.

–Sí, claro. Es una excelente idea –dijo Alice cada vez más contenta. Ya había llegado a la habitación que compartían y estaba rebuscando en el armario la ropa que se pondría.

Él la había seguido y estaba apoyado en el marco de la puerta.

–Podríamos pasar por el bar donde se reúnen mis amigos. Solo para tomar un par de copas. Una hora a lo sumo –aclaró Samuel.

A Alice no le pareció buena idea pasar por el bar donde estaban sus amigos, porque allí también estaban sus amigas. Pero ¿qué podía pasar si la llevaba a ella? Nada, se dijo para darse ánimo. Él no la habría invitado si quería pasar la noche con alguna de sus amigas.

–Claro, por qué no –dijo Alice insegura, pero Samuel no lo noto, y

sonrió al verla entrar al baño para darse una ducha.

Samuel sintió la adrenalina recorrer su cuerpo, la que siempre tenía antes de casarse con Alice. Con ella se sentía demasiado bien. Pero a veces extrañaba lo que había sido su mundo.

El único contacto que tenía con el pasado era a través del móvil, y siempre que intercambiaba algunos mensajes con sus amigos tenía ganas de correr a la ciudad para beber unos tragos y dejarse envolver por el ruido del local.

Esa noche por fin iba a poder comprobar que sentía al regresar. No sería lo mismo ir con Alice, pero tampoco quería engañarla. Ella era demasiado honesta.

Cenaron en un bonito restaurante que tenía zona de reservados. Alice estaba radiante, sonreía y hablaba de la boda que estaba preparando. Samuel le dio algunos consejos para que fuera más práctica, cuidándose de no compararla con Alexandra, y ella le dijo que lo iba a pensar. Era evidente que el ambiente había distendido las tensiones de la casa. Ella era una mujer increíble. No siempre tomaba a bien sus consejos, pero después de pensar solía aceptar sus sugerencias. Él quería que dejara de trabajar de forma tan precaria, porque no llegaría muy lejos si seguía manejando el negocio como en la época de su abuela.

—¿Y cómo sigue la noche? —preguntó Alice cuando acabaron la cena—. Me imagino que será en el bar que nos encontramos la otra vez, cuando me rescataste de las garras de mi compañero de trabajo.

—No, mis amigos han cambiado de bar —aclaró Samuel.

Alice se sorprendió de que lo supiera, pero supuso que les habría hablado por teléfono mientras ella se duchaba.

—¿Te mantienes en contacto con ellos? —preguntó Alice.

—No tan seguido, pero hablamos —dijo Samuel.

Era lógico, eran sus amigos, se dijo Alice.

Cuando llegaron al bar, Alice se sintió fuera de lugar. Las mujeres iban todas con faldas cortas y blusas que dejaban poco para la imaginación, y ella, con su pantalón negro y su camisa blanca parecía una secretaria recién salida de la oficina.

Esa era la otra vida de Samuel, donde se movía como pez en el agua. Ella en cambio se sentía una extraterrestre.

La música estaba tan alta que poco se podía conversar. Las luces eran de colores, escasas y giraban alrededor de la pista. Alice no sabía dónde

ponía el pie, y en el recorrido pisó a un hombre que avanzaba con dos copas en la mano.

–Eres ciega o qué –dijo el hombre de mal humor.

–Lo siento. No veo mucho.

–Una novata –aclaró de forma despectiva, y siguió andando.

Novata y sin ganas de adaptarme a este ambiente, pensó Alice.

Las mujeres bailaban solas en la pista, contorneaban las caderas y se movían a un ritmo sensual, y Alice supuso que los hombres estarían a punto del orgasmo.

Se giró para mirar si Samuel estaba igual de fascinado que el resto de los hombres, pero él no estaba tras ella. Se había escabullido y eso le dio mala espina.

Esta no había sido una buena idea, se dijo mientras se ponía en punta de pie para tratar de localizarlo. No lo encontró a pesar de que recorrió con sus ojos todo el lugar. Se dirigió a la barra porque supuso que a Samuel le sería más fácil encontrarla. Se sentó en un taburete y pidió una gaseosa. El barman arqueó las cejas.

–Sola o con vodka –preguntó el hombre.

–Un chiquitín de vodka –aclaró Alice para no sentirse tan fuera de lugar.

El hombre rió a carcajadas y le puso un chorro tan grande de vodka, que Alice supuso que la dejaría roncando sobre la barra del bar.

Mientras bebía, cada vez se ponía más nerviosa porque Samuel no aparecía por ningún lado. Era como si se lo hubiera tragado la tierra.

¿Para qué la había invitado?, se preguntó Alice, y siguió bebiendo de a sorbos durante lo que le pareció una eternidad. Por fin, después de un largo, muy largo rato, vio conversando a Samuel con una mujer que estaba de espaldas. Ella hablaba y gesticulaba con las manos, y Samuel... Samuel reía a carcajadas. La mujer tenía un vestido ajustado y una cabellera platino con ondas perfectas. Esas eran las amigas de Samuel. Su vida pasada.

Alice no podía dejar de mirar como disfrutaba Samuel de lo que ella le había quitado. La mujer que estaba con él comenzó a mover las caderas, y él no se apartó sino que le siguió el ritmo. Ella le colocó las manos en el pecho y Samuel le envolvió la cintura acercándola a su cuerpo. El ritmo de sus cuerpos era tan provocador que Alice se imaginó a Samuel teniendo una erección en ese mismo momento, y ella... ella allí observando todo. Sintió una opresión en el pecho.

No eran celos o bronca, sino pena por ella misma y porque lo había apartado de su mundo para meterlo en el aburrido de ella.

Ahora podía ver lo que él tanto extrañaba.

Ella le había hecho un favor al aceptar ser su esposa por seis meses, pero había sido egoísta al pretender que el matrimonio fuera real. Nada era real, y si se acostaba con ella era porque le había pedido que no la engañara.

Condiciones, Samuel había estado rodeado de condiciones y términos desde la muerte de Arturo.

El baile continuó hasta que tres hombres se acercaron a ellos, todos de la edad de Samuel. Alice siguió bebiendo y observando. No tuvo dudas de que Samuel se había olvidado de que había ido con ella, ya que ni una vez la había buscado con la mirada.

Dos mujeres se unieron al grupo, y una se colgó del cuello de Samuel y le dio un largo beso en los labios. No había prejuicios, antes había bailado rozando su sexo al de una mujer y ahora se besaba con otra.

¿Qué hacía ella allí? ¿Para qué la había traído?, quizá para mostrarle su vida, para decirle: ya falta menos para que pueda regresar a mi vida.

Alice se bebió el contenido del vaso y caminó decidida a marcharse. Iba a pasar a su lado porque quería comprobar si era capaz de presentarla a sus amigos, aunque estaba segura de que él simularía no conocerla.

Había tanta gente que Alice fue engullida por los bailarines y arrastrada a la pista de baile. Una mujer le dio un codazo en el pómulo, y sintió algo caliente que le resbalaba por la mejilla. Quiso apartarse a un lado, pero en ese momento un hombre le pisó un pie y otro de un empujón la tiró a cuatro patas en el piso. En ese momento creyó que iba a morir aplastada, a pisotones de tacos aguja, pero se vio elevada del suelo por unos fuertes brazos.

–¡Al! ¡Por Dios! ¿Qué te ha pasado? Te dejo un segundo y mira como te encuentro –dijo Samuel.

Un segundo. ¿Acaso el tiempo en compañía de sus amigos eran segundos?

–Yo... yo me iba... pero es imposible salir de acá y... –balbuceó Alice.

–¡Irte! Pero si hace cinco minutos que hemos llegado –dijo Samuel.

–Media hora. Hace media hora que estoy bebiendo en la barra –dijo Alice, y se le escapó una lágrima. Producto del alcohol, se dijo, y de los golpes, pisotones y caída, agregó, porque no iba a admitir que verlo en acción

era lo que más le había dolido—. Yo me voy —dijo de forma terca.

—Lo siento, no me di cuenta que había pasado tanto tiempo —dijo, y la miró a los ojos—. ¡Estás sangrando, Alice! —exclamó, y sacó el pañuelo del bolsillo trasero del pantalón para limpiarle el pómulo.

Alice se lo arrebató, y se limpió sola.

—Ve con tus amigos que hace mucho que no los ves. Yo me voy —dijo.

—¿Adónde te vas? —preguntó Samuel.

Eso no se lo había planteado y se encogió de hombros.

—Puedo ir a la casa de mi madre —aclaró—. Ella se va a poner feliz de que me quede una noche.

—Pero nos íbamos a divertir, Al —dijo Samuel.

Él se había olvidado de ella apenas vio a las mujeres con las que solía divertirse, pero no se lo dijo. No iba a desnudar sus miserias delante de un hombre para el que la palabra divertirse no tenía reglas.

—Mira, Sam, tú diviértete toda la noche si quieres. Creo que después de tantos meses conviviendo conmigo te vendría bien un cambio de aire. Esta es tu vida, y no es justo que lo hayas tenido que dejar todo —hablaba como una loca, pero no le importó. Ella se quería ir sola porque esa experiencia la había hecho recapacitar—. Además, debes tener muchas cosas que hablar con tus amigos y yo... yo estoy cansada.

A él tampoco le parecía justo haber renunciado a su vida, pero no quería herirla.

—¿Estás segura? —preguntó Samuel.

Alice supo que ese era el comienzo del fin. ¿Por qué?, porque ella había visto la alegría de Samuel cuando entró a ese mundo que era el suyo y que nada tenía que ver con el de ella. Porque también comprendió que ellos no tenían nada en común, y que Samuel estaba siendo demasiado honesto con ella al mantenerse alejado de la vida que le gustaba. Lo de ellos era un pacto, y ella ya no tuvo ganas de seguir fingiendo que todo estaba bien.

—Sí. Estoy segura, Sam. Mira, yo estaré todo el fin de semana en la casa de mi madre. Y tú, bueno, podrías aprovechar para disfrutar de tus amigos.

—Al, esta era una salida de los dos —aclaró Samuel, dudando de que Alice le concediera de buen grado esa libertad.

¡Salida de los dos! ¡Él por poco había tenido sexo con una mujer en la pista de baile y se había besado con otra! Pero lo que para ella era algo inaceptable, para él parecía lo más normal del mundo. Quizá hasta le

presentaba un amigo para que se encamaran esa noche mientras él se iba a revolcarse con otra.

–Ya cenamos. No es justo que tú tengas que irte porque yo estoy cansada –aclaró Alice.

Él se acercó para susurrarle.

–Podríamos ir a un hotel.

Alice negó con la cabeza. Ni loca se iba a acostar con él después de ver como había intimado con dos mujeres en media hora. Ni loca. Ella tenía otros códigos. No podía juzgarlo ni condenarlo. Y Samuel... bueno, él acababa de demostrarle que lo que tenían era solo una ilusión que pronto se haría añicos.

–Me duele la cabeza –la excusa que ponían las mujeres para no tener sexo. Samuel se quedó mirándola preocupado, como si le hubiera creído porque ella nunca se excusaba, siempre estaba dispuesta, nunca estaba cansada y siempre se la pasaba genial–. Solo es cansancio de tanto forzar la vista con la pintura de las tarjetas.

–¡Eh, Sam!, vamos a ocupar aquella mesa. No te demores que la noche nos espera. Vamos a pasarlo en grande –dijo la mujer, que ya estaba colgada de su cuello.

Alice lo miró.

Samuel miró a Alice, y se giró a la mujer que tenía colgada del cuello. También observó la mesa donde sus amigos reían, y volvió a mirar a Alice.

–Que te diviertas –dijo Alice, y se alejó para que él no tuviera que elegir. Tampoco quería cargarlo con culpas.

Cuando Alice llegó a la salida se giró. La mujer seguía colgada del cuello de Sam y le susurraba algo al oído. Samuel le dedicó una sonrisa de lado que prometía una noche intensa. Luego él se giró hacia la puerta y la sonrisa se le borró al ver a Alice parada allí.

Alice se marchó casi corriendo.

Samuel se quedó observando la puerta por donde se había ido. La había invitado para pasar un rato con sus amigos y la había dejado plantada. Esa no había sido su intención, pero Carola se interpuso en su camino y comenzó a contarle todo lo que se había perdido durante los tres meses de ausencia. El baile se dio de forma natural y él... extrañaba aquella época y se olvidó de que había ido con Alice. Y cuando bailó con Carola, o cuando lo besó a esa chica de la que no recordaba el nombre, él se transportó al pasado y solo quiso disfrutar de la noche.

–¡Eh, Sam, que la noche recién empieza! –susurró Carola en su oído.

Alice le había arrancado su vida anterior, se dijo Samuel. Nunca debería haber aceptado renunciar a todo. Sus amigos estaban allí, su vida era aquella. Alice no tenía vida, solo el deseo de aprovecharse de ese pacto para robarle la libertad, y casi lo había logrado. Todo eso se dijo Samuel para convencerse que no estaba haciendo nada de malo.

Además, Alice no era de reprocharle nada, y él no iba a pasar el límite, no iba a acostarse con ninguna extraña, solo era una noche de copas con sus amigos, se dijo.

Esa noche Alice se había dado cuenta que no podía atarlo de pies y manos, guardarlo bajo llave para que se comportara como el perfecto caballero. No podía apartarlo del mundo, pensó Samuel, se bebió un vodka, y otro más para entrar en el ritmo de la noche, para liberarse de culpas y traspasárselas a ella. Lo había encerrado en el campo donde no había tentaciones, se dijo. Y mientras más excusas encontraba más ligero se sentía.

Una mujer que no conocía, o no recordaba, se sentó en su regazo. Tanto alcohol le impedía recordar que se había prometido no caer en la tentación, y ahora solo podía pensar que ese lugar era el paraíso.

Todos hablaban a gritos para hacerse escuchar. Todos reían. La noche era fantástica y se dejó envolver, arrastrar. La noche era como una droga. La música y las luces tenues se convertían en sus aliadas, y se dejó llevar por la tentación.

Sus amigos ya estaban pasados de copas, y las manos se filtraban buscando los lugares prohibidos. Él mismo se perdió cuando su acompañante se fregó sobre su sexo. Recordó a su hermana Carina moviéndose sobre el pene duro de su novio. Se había indignado con algo que él solía hacer aprovechando las luces difusas de las confiterías bailables. El toqueteo, la previa antes de caer en la cama de un hotel barato, desnudos y disfrutando del sexo sin ataduras.

El deseo, la excitación, la noche, las copas, la necesidad acuciante bajo sus pantalones, ya no le permitieron pensar.

A la mañana siguiente se despertó desorientado. Se le partía en dos la cabeza de dolor. Estaba en una cama extraña. Se giró y vio a su lado a... no supo quién era la mujer, pero estaba totalmente desnuda, al igual que él.

Por primera vez se sintió la peor escoria del mundo. Salió de la cama, se vistió sin hacer ruido, y se marchó de la habitación.

CAPÍTULO 20

Siete de la mañana del domingo y Alice ya estaba en la cocina de la casa de su madre. Cuando entró para hacerse un café, Constanza se había puesto en la labor. Había dormido allí, aunque la realidad era que no había pegado ojo en toda la noche porque había esperado que Samuel corriera tras ella. ¡Qué tonta!

Constanza, para su alivio, no hizo ningún comentario por la inesperada visita de su hija un día sábado a la una de la madrugada. Solo la había mirado con pena, y eso era peor que si le hubiera escupido sus clásicos sermones de que era una ingenua, una ilusa, de que él no iba a cambiar. Nada, no dijo nada. Constanza le puso la taza delante y las dos bebieron el café en absoluto silencio. Cuando Alice lo acabó rompió el silencio.

–Necesito que me prestes el coche para ir a buscar unas cajas que tengo que traer a mi oficina –dijo Alice. Cuando Samuel le dio el dinero para cumplir con el trato, ella se había montado una pequeña oficina para atender a sus clientes. Él se lo había sugerido, y ahora estaba agradecida de tener un lugar donde poder refugiarse mientras se conseguía un departamento, porque vivir con su madre ya no le parecía la mejor opción.

–Llévatelo –dijo Constanza sin preguntar para qué.

–Al mediodía te lo devuelvo –aclaró.

–No tengo apuro. No voy a usarlo este fin de semana –comentó Constanza, y dejó la taza en el fregadero. Alice se levantó, enjuagó la suya y fue a cambiarse a su habitación. Diez minutos más tarde salía con la llave en la mano.

–¿No vemos más tarde? –preguntó Constanza.

–Solo voy a pasar para dejarte el coche –dijo Alice. Abrió la puerta de calle para marcharse, y se encontró de frente con uno de los arquitectos de la empresa. Eran tres, el que había sido su jefe, el sobrino de su jefe, y Jeremías Lutero, un hombre separado y sin hijos. Y quien estaba allí era Jeremías, con la mano en alto a punto de tocar el timbre.

–¿Jeremías, qué haces acá? –dijo Alice asombrada.

–Hola, Alice. Vengo a buscar a tu madre para salir a correr –aclaró como si eso fuera normal un día domingo a las siete de la mañana.

Ese era el motivo por el que su madre no le había preguntado qué había pasado con Samuel. Estaba esperando a uno de los socios y quería que

su hija se largara antes de que se lo encontrara en la puerta.

Su madre la había reemplazado en el trabajo, y había cambiado mucho desde que trabajaba en la empresa de arquitectura. Ya no era irónica y siempre sonreía. Era como que veía la vida de colores, no como con Arturo, que siempre era de un gris tormentoso.

Jeremías era un hombre que debía tener ocho años más que ella, separado desde la juventud y con un carácter hermoso, siempre sonriente, siempre positivo. El mejor hombre para su madre. Alice no se había dado cuenta que el cambio en el carácter de Constanza no era solo por el trabajo. Ella había encontrado a su compañero de vida.

Se giró a mirarla. Constanza estaba con las mejillas sonrosadas como una adolescente a la que habían encontrado en falta. Ella, a pesar de que estaba destruida, le sonrió, y Constanza se relajó.

–Que se diviertan –dijo Alice sin preguntar qué pasaba entre ellos. Ya se lo imaginaba.

A Alice el mundo se le había venido encima y no tenía ganas de festejar la vida feliz de su madre, aunque sintió un agradable cosquilleo al saber que por fin había encontrado la felicidad.

Se marchó y el recorrido fue una tortura, porque solo podía pensar que Samuel había regresado a su vida pasada, la que ella le había quitado. No necesitaba que se lo dijera. Él no había venido por ella, y esa era prueba suficiente de que había estado con otra.

El fin. Ese era el fin de algo que nunca debió existir. Alice sabía que la culpa era suya. Ella lo amaba, pero le había cortado las alas. Su amor por él no había sido generoso, sino egoísta.

Generosa fue la noche anterior, cuando comprendió que por alcanzar un sueño lo había encarcelado. Samuel era de ese mundo sin prejuicios. Se movía a sus anchas y disfrutaba de tener muchas mujeres a su alrededor. Era otro Samuel, uno que desplegaba sus encantos y que era feliz en su papel de conquistador. Ella lo había visto con sus propios ojos desde la barra del bar. No era un hombre para una sola mujer. Era un hombre para vivir la vida a tope, sin ataduras. Lo más triste era que eso ella lo había sabido de siempre, y aún así se había metido en ese matrimonio para tener algo que recordar.

¡Qué estúpida había sido! Como si la vida fuera solo los recuerdos.

Se secó las lágrimas que iba derramando, y aceleró para acabar con esa tortura. Quería regresar antes de encontrarse con él, porque no sabía cómo enfrentarlo sin desnudar su corazón y su alma. Tampoco quería que él le

dijera, “lo intenté pero no pude cumplir”. Saber que había estado con otra fue el terremoto emocional que necesitaba para salir de esa relación insana. Pero no quería que él se lo confirmara. No quería agregar una mierda más en sus recuerdos.

Ahora que estaba dispuesta a marcharse, comprendió que su vida había quedado estancada muchos años atrás por culpa de una ilusión.

Estacionó el coche cerca del ingreso, se bajó, entró en la casa y fue directo al primer piso para buscar sus cosas y marcharse lo antes posible.

En la habitación de Samuel iba y venía sacando la ropa de las perchas y tirándola sin arte ni concierto dentro de dos valijas de Arturo, que había encontrado en el armario. Le siguieron los cajones donde tenía la ropa interior y después puso en una bolsa todos los artículos personales que había colocado en el baño, junto a los de Samuel. Y así estuvo buscando sacar de esa casa hasta el mínimo rastro de su presencia. Nada, no quería dejar nada que la obligara a regresar. Cuando terminó, bajo arrastrando las valijas y las guardó en el coche.

Volvió a subir a la habitación de las mujeres para llevarse las cajas y bolsos con todo el material que había hecho con tanto esmero para montar su empresa de organizadora de bodas. Desde los quince años que pintaba y hacía souvenir para tener su empresita en un futuro, que nunca llegaba.

¡Desde los quince años!

Allí se dio cuenta que todo eso era una mierda. Que ser organizadora de bodas era otro sueño ridículo, y más ridículo era hacer todo el trabajo con sus propias manos.

Alice envidió la vida de desenfreno de Samuel, porque con prejuicios o sin ellos, él había vivido. Ella solo había imaginado la vida. Había soñado futuros. Había vivido de ilusiones. Él, Samuel Dávila, era otra más de sus ilusiones.

Tienes que ser más práctica, Alice, eso le decía Samuel. ¡Qué razón tenía!

Dejó todas las cajas con su colección de tarjetas y souvenir, que venía armando desde que era adolescente. Solo guardó en el coche lo necesario para organizar la boda para la que la habían contratado, porque había dado su palabra y no pensaba defraudar a los enamorados novios.

Pero ese era también el principio y el fin de su pequeña empresa. Ese era el fin de la mujer que nunca tuvo los pies sobre la tierra.

Y con esa conclusión regresó a la habitación, bajó todas las cajas por

las escaleras y las volcó en el medio del parque de Arturo. Solo fue necesaria una cerilla raspando la caja, y la decisión de Alice de dejarla caer en medio de la montaña de sueños, que de a poco se fueron convirtiendo en humo, viento y ceniza, mientras ella lloraba como si alguien le estuviera arrancando el corazón.

Parada allí, frente a la hoguera, Alice dejó ir la vida que había imaginado, dejó ir los sueños románticos y el amor que había sentido por un solo hombre.

Lo había atado a ella creyendo que el recuerdo de lo vivido juntos le serviría para ser feliz cuando todo se acabara. Pero ahora sabía que ella había estado atada a él desde que tenía quince años. Atada a alguien que nunca la había querido. Siguió llorando a medida que veía como se ennegrecían los cisnes y las parejitas de novios, y como desaparecían las tarjetas pintadas a mano. Dos manos entrelazadas que dejaban ver los anillos. Un ramo de flores y dos corazones unidos; y cientos de diseños que le habían llevado ocho años de trabajo.

Y mientras la hoguera crecía convirtiendo sus sueños en cenizas, ella se prometió construir una vida de verdad, muy, muy práctica. La decisión no le quitó las lágrimas. La que se estaba quemando había sido su vida hasta ese momento, y terminó encogida en el suelo, sufriendo por lo que había perdido, y por los años que había desperdiciado. *Solo tienes veintitrés años y una vida por delante*, se dijo, pero nada la consoló.

Así la encontró Samuel cuando entró derrapando por el camino de tierra. Ella encogida en el suelo y su vida de ensueño consumiéndose por las llamas.

¿Qué había hecho? ¿Cómo podía haber jugado de esa forma con la mujer que le había dado la posibilidad de cambiar su vida? Y él, en lugar de sentirse agradecido con la magia que Alice había obrado en tres meses, se había acostado con otra que ni el nombre conocía.

Tierna, pura y dulce; sarcástica por momentos, romántica de a ratos y práctica la mayoría de las veces. No había llegado a conocer a la verdadera Alice, pero no tuvo dudas que era la que estaba allí, tirada en el suelo, llorando, destrozada por su traición.

La mujer que lo amaba y le había dado lo que necesitaba para que lograra quedarse con la herencia de Arturo había sido una soñadora, una romántica. Él no se había equivocado cuando huía despavorido de Alice. Ahora ya no quería huir.

Samuel tenía el estómago anudado y le faltaba el aire. Esa hoguera era por su culpa, se dijo. Ella estaba quemando sus ilusiones por su culpa.

–Al –dijo Samuel, y se agachó a su lado. Quiso envolverla en sus brazos, pero ella se apartó como si el contacto la quemara. Alice lo sabía. Ella sabía que había estado con otra–. ¿Por qué lo quemaste todo, Al? –dijo Samuel con un nudo en la garganta. Nunca había llorado. Él era duro, era indiferente. Ahora se le caían las lágrimas–. Lo siento, Al. Soy un mal hombre. Soy un tipo que no valora lo bueno –aclaró.

–No lo sientas –dijo Alice, y se levantó del suelo. De un manotazo se secó las lágrimas–. Tú eres así. Tú tienes una vida, buena o mala, la tienes, y siempre te sentiste satisfecho. Yo no –dijo Alice, y al ver que Samuel hizo amago de acercarse se alejó dos pasos.

–¿Qué estás diciendo? –dijo Samuel sin comprender–. Te he engañado. He traicionado lo que teníamos –gritó Samuel.

–No teníamos nada. Era solo un pacto y nunca debería haberte apartado de tu vida. Te he quitado tu libertad.

–Me has dado todo esto –dijo señalando los bienes de Arturo–. Y mucho más. Me has dado todo lo que te he pedido.

–Y te he quitado tu vida. ¿Acaso no te das cuenta? Te he quitado la libertad. Te he cambiado. Eso es una crueldad –gritó Alice.

–Fue mi elección, Al –dijo Samuel–. Lo que me pediste era lo correcto. Te casaste conmigo sin pensar, solo para que no perdiera la herencia de Arturo.

–No, Sam. Yo me casé porque siempre estuve enamorada de ti –dijo Alice, y otra vez su confesión la hizo derramar lágrimas. Abrir el corazón para que él viera su egoísmo, era confesar que se había aprovechado de la situación para conseguirlo–. Y te pedí que no tuvieras otras mujeres porque quise vivirlo como si fuera real –aclaró, erguida y mirándolo a los ojos, con la frente en alto, muy digna a pesar de la confesión y de las lágrimas–. Mi vida eran sueños. Soñaba con tener una empresa de organizadora de bodas porque soñaba con un casamiento mágico contigo –aclaró sin dejar de mirarlo. Le ardían las mejillas de vergüenza y no dejaba de llorar al contarle sus secretos–. Arturo me cumplió el sueño. Tú eras una liebre acorralada, y yo me aproveché de tu desesperación.

Estaba destrozada, desnudando sus sentimientos, pero sin apartarle los ojos para que él viera a la verdadera Alice. La romántica, egoísta, la que no tenía vida, y solo se había alimentado de ilusiones.

–No tengo una vida verdadera, solo una vida proyectada hacia el futuro –siguió confesando Alice–. Pero me he dado cuenta que el futuro nunca se alcanza, el futuro siempre está más allá, es algo que se vislumbra en la mente y nunca se concreta. En cambio, tú vives, Sam, vives al límite y disfrutas del momento. Puede ser que algunos te juzguen, pero tienes mucho que contar porque lo has vivido. Lo mío está acá y acá –se señaló la cabeza y el corazón–. Y allá –señaló la hoguera–. Proyectos, ilusiones que nunca se concretaban. Y apareciste tú a cumplir mi sueño, y yo, egoístamente me aproveché de tu urgencia y te robé tu libertad.

Samuel no sabía que decir. Alice había desnudado su vida, y también la de él. Se juzgaba y condenaba, y con esas palabras le estaba quitando las culpas. Ella le estaba devolviendo su libertad.

Alice se alejó rumbo al coche de Constanza. Él no la retuvo. Era demasiada información y le costaba comprender, porque había cosas que no le cerraban.

–Te casaste de negro –gritó Sam–. Te burlaste del matrimonio... o quizá de mí. Eso no fue una mentira, Al.

Ella se giró, y le sonrió con burla.

–Eso no fue para ti. Eso fue para mí. Me burlé de mi sueño. Una esposa de pacto –dijo Alice de forma irónica–. Pero no te preocupes, que no voy a pedir el divorcio hasta que todo esto esté a tu nombre –aclaró, se subió al coche de Constanza y se marchó.

Samuel se quedó mirando cómo se alejaba. No sabía si sentirse furioso con ella, o con él. Alice le estaba diciendo que lo había usado para cumplir su sueño. ¿Acaso él no la había usado para conseguir la herencia de Arturo?, claro que la había usado. ¿Qué habían tenido entonces? ¿Qué eran?, dos personas egoístas usándose mutuamente.

Cuando ella desapareció por el camino, se acercó a la hoguera y se quedó mirando como la vida que Alice había vivido hasta ese momento se hacía ceniza, y como el viento se la llevaba hasta hacerla desaparecer de la faz de la tierra. Se agachó y agarró una tarjeta que se había escapado de la hoguera. Dos manos unidas, dos argollas de oro entrelazadas en una de las esquinas, y dos nombres de novios invitando a la ceremonia que se realizaría... la fecha estaba en blanco, y el lugar también. Se la guardó en el bolsillo y se quedó parado mirando la vida de Alice consumirse por las llamas. Se sintió triste y dolido. No quedaba nada. Alice acababa de renunciar a todo. Había dado vuelta la página, y él había sido descartado al igual que su

trabajo de años.

¿Quién era Alice? una chica que soñaba despierta, como había dicho ella. Pero él había visto más, mucho más de lo que ella reconocía. Ella le había dicho que lo había estafado, que le había quitado su vida. Samuel, después de meditar durante todo el tiempo que la hoguera estuvo ardiendo, supo que la egoísta solo había querido quitarle las culpas por el engaño de la noche anterior. Ella se cargó toda la mochila al hombro, y se marchó dejándolo sin nada que cargar. ¿Ese era su egoísmo? Así de generoso era el egoísmo que había dicho que tenía.

CAPÍTULO 21

Tres días sin saber de Alice, y Samuel se sentía perdido. De día se mantenía ocupado, pero durante las noches se había acostumbrado a estar con ella. Llevaba dos noches escribiendo y borrando los mensajes sin decidirse a mandarlos.

Ella debía estar mal después de haber quemado lo que había sido su vida.

Samuel estaba recostado en la cama, mirando en el móvil la foto de WhatsApp de Alice. Ella sonreía, y no tuvo dudas que se la había sacado antes de tirar todo por la borda. Samuel tecleó un mensaje sencillo para saber si ella le respondía.

De Samuel:

¿Al, estás bien?

Al instante dos tildes se pusieron en azules.

De Alice:

Sí, estoy bien. ¿Y tú, Sam?

De Samuel:

Perfecto, era una mentira porque estaba para la mierda. ¿Qué estás haciendo, Al?

Samuel supo que era una conversación tonta, pero serviría para romper el hielo que se había instalado entre los dos desde que ella se había marchado. Mejor sería decir desde que él la traicionó con una mujer sin nombre.

De Alice:

Viviendo.

Samuel frunció el entrecejo.

¡Viviendo!, esa palabra no se la había esperado. ¿Qué carajo significaba viviendo?, que Al andaba de bar en bar, que bailaba moviendo ese cuerpito que solo había sido suyo. O quizá iba más allá y algún extraño ya le estaba metiendo mano en los lugares prohibidos. Ella iba a terminar teniendo sexo en un hotel barato con un tipo sin nombre. Esa había sido su vida. ¿Ese sería el viviendo de Alice?, se preguntó Samuel.

De solo pensar que ella estaba conociendo el mundo oscuro, que él había creído que era la mejor forma de vivir; y gozando de la libertad que le daba su independencia, tenía ganas de recorrer cada uno de esos sitios que

solía frecuentar para buscarla. Y si la encontraba, la sacaría a rastras de allí.

Era Al, por Dios, la mujer más ingenua que había conocido y que nada sabía de esa jungla.

De Samuel:

Si el viviendo es andar por bares nocturnos y dejar que los pervertidos te metan mano, te juro que no voy a parar de buscarte hasta que te encuentre, y te voy a sacar a empujones de allí.

De Alice:

Vete al carajo, Sam.

¡Cómo! ¡Lo había mandado al carajo! Maldición. Esa respuesta no era de la Alice que se había casado con él. Era de la Alice que había quemado toda su vida de sueños y ahora estaba viviendo de forma alocada.

De Samuel:

Al, creo que estás confundida. Por qué no me dices dónde estás y te voy a buscar, cariño.

De Alice:

Lo siento, Sam, pero tú no entras en “mí viviendo”. Además, eso es lo que he aprendido de ti. No veo por qué ahora reniegas que disfrute de la vida que tú adorabas.

Vaya que se había liberado con la hoguera. Había quemado una vida de nobleza y ahora era una descarada.

De Samuel:

Por si se te ha olvidado, soy tu esposo y me debes fidelidad.

De Alice:

Deberías haberlo pensado antes de acostarte con... ¿cómo era el nombre de tu última conquista?

Alice sonrió al móvil cuando envió el mensaje. Menos mal que él no podía verla, pensó.

De Samuel:

Yo soy hombre, Al. Los hombres somos distintos.

La peor respuesta se dijo Samuel, pero estaba tan furioso que se dio cuenta del error cuando ya la había mandado. Estaba furioso porque era verdad, y más furioso porque ni siquiera sabía el nombre de la mujer. Tampoco se acordaba de esa noche, ni del rostro, nada, no se acordaba de nada. A eso había llegado. A eso Alice había llamado vivir, y ahora ella estaba entrando en ese mundo de mierda.

Ella no respondió. Maldición con la feminista, se dijo y volvió a

teclear.

De Samuel:

Borra el anterior, fue un exabrupto. Quise decir que tú no eres como las mujeres con las que me acostaba. Quise decir que tú eres una mujer valiosa, y no deberías estar dejando que cualquier extraño te toque, Al. ¿Dónde carajo estás?

De Alice:

Sí, claro, ahora lo quieres arreglar. Donde estoy no es asunto tuyo. Esta plática está siendo muy instructiva, pero ahora mismo me llaman.

Sam se quedó mirando el móvil sin poder creer que ella lo hubiera plantado. ¡Me llaman!, había dicho y le había cortado. ¿Acaso ya se había encontrado un perverso que la llamaba para llevarla al catre?

Él estaba en el campo, ella vaya a saber dónde. Pero no le importó. Salió de la casa con la llave del coche en la mano, decidido a recorrer todos los bares nocturnos de la ciudad. No iba a parar hasta hallar a Alice y traerla de vuelta. Ella era su esposa. Él había cometido un error, pero ya había aprendido y estaba dispuesto a arrodillarse si ella se lo pedía.

¡Arrodillarse!, y en ese momento recordó otra situación. Recordó esos libros que ella leía donde los caballeros andantes se arrodillaban para conseguir el amor de una mujer. “Ríndete a mí” se llamaba. Qué un macho se rendía a una mujer le había dado tanta repulsión que el nombre del libro le había quedado grabado a fuego, aunque eso de que se rendía era una suposición suya.

¡Qué bajo había caído!, se dijo, pero ni así desistió de ese tema de tirar su orgullo al diablo y arrodillarse para que lo perdonara. Él era el culpable del libertinaje de Alice y tenía que hacerle entender el error que estaba cometiendo. Él iba decidido a recuperar a la Alice que había sido su esposa por tres meses.

De Samuel:

Estoy saliendo a buscarte, y no voy a parar hasta que te encuentre, Alice.

Ella le clavó el visto. Eso quería decir que sus manos no estaban recorriendo lugares prohibidos, ella aún estaba con las manos en el móvil.

Unas horas más tarde había recorrido todos los bares nocturnos conocidos y desconocidos, pero en ninguno estaba Alice. Su mundo feliz se había convertido en una pesadilla al imaginar que su esposa había sido presa del desenfreno.

De Samuel:

Esa vida es una mierda, te lo digo porque tengo años de experiencia. Conoces a una mujer, tomas unas copas que te quitan la inhibición, y las manos tienen voluntad propia y se meten donde no deben. Ahí ya estás perdido, Al, porque te vas a un hotel y... ¿Al, dime que estás sola, que no te has ido con nadie?

Otra vez el visto, pero Sam se relajó en el asiento del coche al ver que ella estaba escribiendo.

De Alice:

¡¡¡¡¿¿Me estás buscando en los bares, Sam!!!!??.

Además de todos los signos de pregunta y admiración, le había puesto un emoticón de asombro.

De Samuel:

Por supuesto, no voy a permitir que tires tu perfecta vida al diablo por mi culpa. Dime que aún estás en el bar, y que no hay ningún hombre cerca, Al.

De Alice:

Una duda, después de todos los preliminares, cuando ya estás desinhibido luego de varias copas y has puesto las manos en lo prohibido, ¿viene lo de ir a los bifés?

Samuel se sintió desconcertado. Cuando él le comentó con ironía lo de ir a los bifés, no se imaginó que ahora esa expresión se le vendría en contra.

De Samuel:

Al, eso de ir a los bifés llega después de mucho hablar. Lo que dije antes solo era un comentario sarcástico. ¿Entiendes?

De Alice:

¿Lo de las copas y desinhibirse era un comentario sarcástico? No, no creo. A mí me sonó a una lección, Sam, y nadie mejor que tú para enseñarme cómo es una mujer moderna.

¡Mujer moderna! No podía ser cierto que Alice, su Alice, estuviera dispuesta a cambiar toda una vida ejemplar por probar algo que le arruinaría la existencia.

De Alice:

Ya me cansé de ser una mojigata. Ya no quiero ser la chica que parpadea. Quiero ser una mujer fatal.

Alice envió el mensaje, y se quedó mirando la calle desde el balcón

del primer piso de su departamento. Allí abajo estaba el bar al que Samuel la había llevado para pasar un rato divertido con sus amigos. Él la había pasado genial, ella solo había mirado su mundo desde lejos, puesto que Sam se había olvidado de su existencia cuando se le cruzó frente a sus narices una de sus mujeres. El rato divertido lo había pasado con una extraña, y con esa experiencia ella comprendió el sinsentido de su vida.

Un coche, más precisamente un coche igual al de Sam frenó frente a su edificio, en doble fila. Y se bajó un hombre alto, que dio un portazo y oteó los alrededores. Después se acercó a la acera, el móvil en la mano y los ojos clavados en la pantalla. Se meció el cabello.

–¡Sam! –susurró Alice asombrada porque sus mensajes eran ciertos. Él estaba recorriendo todos los bares de la ciudad para encontrarla.

–¡Mojigata! ¡Mujer moderna! ¡Mujer fatal! ¡Loca, eso es lo que estás, loca! –gritó Sam.

Alice se asomó al balcón. Samuel elevó sus ojos al cielo. Dos miradas se encontraron. La de Alice de asombro, la de Samuel de furia.

Ella estaba con un cortísimo camisón de seda, y Samuel entrecerró los ojos.

–¡Ya te lo has tirado, Al! Maldición, qué estás haciendo de tu vida, de nuestra vida –gritó un Romeo exaltado desde debajo del balcón de Julieta.

Alice aún no podía creer que él estuviera abajo, y seguía con la boca abierta. Si Shakespeare viera esta escena se moriría de horror. Su Julieta casi en bola y su Romeo echando maldiciones en lugar de versos de amor.

–Y mira cómo vas vestida, desde acá abajo puedo ver la tanga blanca que llevas. ¡Abre la maldita puerta que voy a matar a ese cretino!

Alice no tuvo dudas que Shakespeare volvería a morir de angustia ante semejante interpretación. Ella estaba a punto de desmayarse de emoción.

–No te voy a abrir. Tú no tienes autoridad moral para juzgarme.

Era cierto. La moral nunca había sido una de sus virtudes... pero ella le había enseñado valores.

–Al, tú no eres como yo. Tú eres pura, eres una mujer maravillosa. Y con o sin autoridad moral, voy a impedir que tires toda tu virtuosa vida por la borda.

–Eso es imposible porque me cansé de ser virtuosa. Ahora quiero vivir –dijo Alice, y se metió dentro de su pequeño departamento.

Su imperfecto Romeo seguía despotricando abajo, y ella tuvo ganas de largar una carcajada, pero le ganaron las lágrimas. Después de muchos

años de batallar contra sus sentimientos, de llorar por no ser correspondida, lloraba de alegría.

–¡Tú debes ser el cretino que emborrachó a Alice y la metió en ese departamento! ¡Abusador! –gritó Samuel–. Y, con esa cara de idiota, no sé cómo Alice te ha aceptado para empezar lo que ella llama vivir.

Eso escuchó Alice desde la sala y salió al balcón. La ventaja de vivir en el primer piso era la de escuchar todo lo que se gritaba abajo.

–¿¡Qué!?! –gritó un hombre al que Samuel perseguía.

Pum, una trompada en el ojo derecho. Pum y pum, un puño impactó en el estómago del hombre y el otro en los riñones.

–¡Sam, deja a ese pobre tipo! –gritó Alice.

–¡Pobre tipo! –ironizó Sam–. Lo vi salir del edificio muy sonriente, Al. No hay dudas que este es el que te llevó a ese departamento que deben alquilar por hora. ¡Maldito desgraciado!, si hasta te debe haber alcoholizado para que hayas cometido semejante locura –gritó Samuel, lo levantó del suelo y pum, le dio otra trompada en la cara.

De la nada apareció una chica que empezó a revolver la cartera en la cabeza de Sam.

–¡Delincuente, deje en paz a mi novio! –chilló la joven, y Samuel comprendió el error que había cometido–. ¿Estás bien, cariño?

–¿Qué pasó? –dijo el hombre algo atontado–. ¿Me pasó una topadora por arriba, Maruca?

–No, no. Fue un ladrón que seguro que te quiso robar el móvil. ¿Quieres que hagamos la denuncia, cielo?

Al escuchar la palabra denuncia, Sam miró hacia el balcón. Alice se había ido. La luz estaba apagada y el vidrio del ventanal cerrado. Se subió a su coche antes de que la policía lo detuviera, y se marchó.

Se estaba volviendo loco, se dijo, y la culpa era de Alice. Por ella atacaba a hombres en la calle.

¿Qué le podía importar cómo vivía su esposa de pacto?, se preguntó. Le importaba, aunque aún no sabía bien el porqué. Quizá porque era él quien estaba quedando como idiota con la idea de Alice, su esposa, de vivir la vida. O tal vez porque se le entumecía el cuerpo al pensar que ella estaba con otro. ¿Qué otro la haría jadear como lo había hecho él?

Esa noche, al igual que las dos anteriores, después del papelón con ese pobre tipo al que golpeó en la calle, tampoco la llamó porque no sabía que decirle. Y la siguiente noche tampoco, y la otra tampoco.

Y así comenzaron a pasar los días, las semanas... y un mes entero se escapó del calendario sin que Samuel la llamara. Un mes sin ella le parecía toda una vida de soledad, pero no iba a dar el brazo a torcer. Él no iría más a hacer el ridículo por una mujer. Con una vez ya tenía para arrepentirse por el resto de su vida. Era un hombre que siempre había tenido muchas mujeres colgadas de su cuello.

¿Cómo podía haber caído tan bajo? Era Alice, la romántica empedernida. La mujer de la que siempre había huido.

Ella tampoco había dado señales de vida. Samuel no sabía si seguía con esa idea de vivir la vida. Había pasado un mes de aquel incidente y él seguía haciéndose la misma pregunta.

Su padre había llegado esa tarde a indagar, supuso Samuel, puesto que su incursión por los bares y posterior ataque al hombre que salió del edificio, ya era conocido por toda la familia, con tía Flora y Constanza incluidas. Según todas las mujeres, era él quien tenía que ir a pedir disculpas por el exabrupto. Samuel no opinaba lo mismo.

Le acababa de contar a su padre su versión de lo que había pasado para que se conformara y se largara pronto. No tenía ganas de seguir repitiendo su hecho vergonzoso, del que todos parecían disfrutar como si él estuviera contando un chiste.

–Actuaste movido por los celos –dijo Gabriel después de su explicación.

¡Celos! ¿Qué era eso?, él nunca había sentido celos.

–Alice no me mueve un pelo –aclaró Samuel–. ¿Quieres tomar algo?

–Un café –dijo Gabriel. Samuel entró a la cocina seguido por su padre–. ¿Cómo va el hostel?

–Deja bastante dinero. Mañana hay un seminario de tres días y han ocupado casi todas las habitaciones. Y el fin de semana que viene hay un casamiento y está todo reservado –aclaró, y sonrió–. Arturo no supo explotarlo, papá. Tengo reservas para todo el verano.

–Tú has sido visionario al alquilarlo para eventos –dijo Gabriel.

No había sido él, esa idea había sido de Alice, y su padre otra vez la trajo a su mente. No se habían visto más con Alice desde el día que fue a recorrer los bares nocturnos. Samuel había decidido tomar distancia para ver si Alice se iba de su mente. Pero no, allí estaba día y noche, como ahora.

–Fue idea de Alice –aclaró a su padre, y le acercó la taza de café.

–¿De Alice? –preguntó Gabriel asombrado. Samuel asintió sin

levantar la vista de su taza de café—. Esa chica tiene más virtudes de las que imaginaba.

—Ahora mismo las ha tirado todas al diablo —aclaró Samuel.

Su padre vio los nudillos blancos de su hijo y supo que estaba molesto.

—¡A las virtudes! No, no creo. Alice es una mujer centrada y con ideas muy firmes.

Eso era antes de que la dejara plantada en el bar por mujeres que ni recordaba el nombre, pensó Samuel, pero esa parte no se la había contado, aunque suponía que ya la sabía por Andrea, que se debía haber enterado por Carina o Constanza, que a su vez se habrían enterado con lujos de detalles por Alice, por lógica. Ese hecho era conocido por todos, y como él no había abierto la boca, no podía ser otra que Alice. La nobleza de su esposa se había ido al diablo, no tenía dudas, puesto que la Alice de antes no habría dicho nada.

—¿Cómo está mamá? —preguntó Samuel—. Me imagino que siguen de luna de miel.

—Sí, en cambio, tú ni luna de miel le diste a tu esposa —dijo Gabriel.

Otro palo más. Uno tras otro recibía de su familia desde que Alice se había ido.

—No es lo mismo. Al y yo solo hicimos un trato —aclaró Samuel, aunque a estas alturas ni él se lo creía.

—Cierto. Alice ha sido muy generosa al casarse contigo para que no perdieras todo esto. Un trato a cambio de nada.

—¡A cambio de nada! Yo no lo veo así —dijo Samuel furioso—. Le di el dinero para que montara su empresita de organizadora de bodas. ¿Y qué hizo ella?, quemó todo su trabajo de años por una estupidez —Samuel se acercó al fregadero y se puso a lavar la taza con violencia.

—Sí, ya me enteré, Sam. ¿No te sientes culpable de que quemara todo? Yo no podría dormir por las noches —aclaró Gabriel.

Y seguían los palos. Él tampoco podía dormir. Se torturaba noche tras noche por lo que había hecho. No necesitaba que su padre le recordara que él era el único responsable de que Alice hubiera quemado su vida pasada para comenzar una nueva. Pero no solo eso le quitaba el sueño. La ausencia de Al junto a él en la cama también era el motivo de su insomnio, y no estaba pensando solo en el sexo, sino en dormir abrazado a ella.

—Ella sabía cómo era yo —dijo Samuel después de un largo rato de

silencio—. Y ahora está tratando de copiar mi vida. ¿Puedes creerlo? Dice que le abrí los ojos. Dice que nunca vivió, que solo soñaba la vida. Y cuando le mandé un mensaje para saber cómo estaba, me contestó: “viviendo”. Se cree que yo vivía cuando salía todas las noches con mujeres diferentes.

—¿Y no vivías? —preguntó Gabriel—. Creí que esa era la vida para ti —aclaró.

—Para mí era vivir, no para Alice —dijo Samuel, y salió a zancadas al parque porque sentía que le faltaba el aire. Era cierto, había vivido. Pero mirando esa vida en perspectiva, ahora le parecía que había desperdiciado muchos años de su vida.

—¿Estás seguro, Samuel? ¿Esa es la vida que quieres?

No, ya no quería eso. Había sido una vida desperdiciada, sinsentido, una vida vacía de afecto. Solo era el efímero placer de la conquista, pero al día siguiente no quedaba nada, solo vacío y volver a empezar, pensó Samuel, pero nunca iba a decir tantas verdades delante de su padre.

—¿A qué has venido? —preguntó Samuel.

—A entender por qué dos personas, que creo que se aman, están separadas.

¡Se aman! Ella le había confesado lo que él siempre había supuesto. Y saberlo de su boca lo tenía aterrado.

—Eso es ridículo. Solo estoy mal porque ella pretende vivir la vida como la vivía yo —aclaró Samuel sin mirar a su padre, que se había parado a su lado.

—Es decir, que lo que tú no quieres es que ella se divierta —concluyó Gabriel—. Tú sí puedes hacer lo que quieras. Las mujeres que salen contigo también. Alice no tiene derecho a divertirse.

Samuel lo miró con el entrecejo fruncido. Se encogió de hombros porque su padre no entendía que él solo quería que Alice no se metiera en ese círculo vicioso que había sido su vida.

—No de esa forma —aclaró.

—Me parece que no tienes derecho a entrometerte en sus decisiones.

—¡Es mi esposa! —gritó Samuel, y Gabriel por fin lo escuchó decir lo que había esperado—. Es mi esposa —susurró.

—Es tu esposa, y no sé cómo no la has ido a buscar, Sam. Las oportunidades a veces se presentan una sola vez en la vida. Tú me la diste con tu madre cuando había perdido las esperanzas, y yo la aproveché. Espero que tú aproveches la oportunidad que te dio Arturo —dijo Gabriel—. Me voy

porque tu madre quiere que prepare una carne a la parrilla. Quiere festejar no sé qué. Bah, qué importa. Mientras sea festejo yo me uno –le palmeó el hombro, y se fue contento al ver que su hijo se había quedado pensando. Esa conversación podía hacer que Samuel dejara de negar lo evidente. Él nunca estuvo de acuerdo con el casamiento, pero se había llevado una grata sorpresa con el cambio de su hijo. Y ese cambio lo había obrado Alice.

Samuel entró a zancadas a la casa y se metió en la biblioteca. Él no necesitaba pensar. Ya estaba convencido que Alice lo había embrujado con alguna de sus cenas. No era muy diestra en la cocina, pero ¿cuántas veces le había dejado la nevera llena de bandejas de comida? Seguro que a esas comidas le habría metido algún yuyo para el amor, porque él estaba como idiotizado. ¡Era Alice la romántica empedernida, por Dios! ¿Qué le estaba pasando?

Su padre quizá tenía razón. Alice tenía derecho a divertirse. Aunque al imaginarla pasada de copas y metiéndose manos con algún extraño en lugares públicos, tuvo ganas de barrer con todos los papeles que tenía sobre el escritorio.

En ese momento recordó que entre esos papeles estaba la anotación que había hecho cuando el abogado de Arturo lo llamó por teléfono. Lo buscó entre el lío de cuentas del hostel. “Entregar al abogado las escrituras de la casa y el hostel”, eso había anotado.

Apartó sus pensamientos de Alice y abrió la caja fuerte. Revisó los papeles, y entre varios documentos vio el sobre que llevaba tiempo aguardando. *Para Samuel*. Esa era la carta de Arturo que había encontrado meses atrás, cuando Alice y él buscaban el dinero en la habitación de su tío. La carta que había guardado para leer sin que Alice se enterara.

Él había heredado todo, y ni siquiera había leído la carta que Arturo le había dejado. Si Alice hubiera encontrado la carta, le habría dado más importancia que al dinero.

Rajó el sobre con una navaja y sacó la misiva. Se asombró al ver el largo de la carta. Arturo no era de explayarse mucho hablando, al parecer sí lo hizo con esa carta.

Samuel sintió una enorme curiosidad por saber qué le pediría ahora su tío. Más condiciones no, tío, pensó.

Alexandra Barrios tocó tres veces la puerta de la biblioteca, y otra vez la carta quedó a la espera de que Samuel se dignara a darle unos minutos de su tiempo.

Él no lo sabía, pero esa carta era el camino hacia la verdad que se venía negando a aceptar. El destino, que a veces se presentaba solo y otras necesitaba una ayudita, lo estaba aguardando.

CAPÍTULO 22

–Me caso –esas palabras de Constanza apartaron a Alice del trabajo, se giró y la miró asombrada. Su madre venía a verla dos veces a la semana porque ella no tenía ánimo para reuniones, pero para evitar los sermones se excusaba en la falta de tiempo.

Vivir la vida se había convertido en un reto para Alice. Soñarla era más fácil. Su madre, al parecer, no tenía su problema y la estaba viviendo a tope.

–¿Qué? Esa es una decisión apresurada, mamá –aclaró Alice sin apartarle la mirada.

Constanza le sonrió feliz.

–Por Dios, Alice, si me he demorado casi cincuenta años en tomar la decisión de casarme –aclaró Constanza.

–¡Pero no hace cincuenta años que conoces a Jeremías! Dos meses, apenas hace dos meses –exclamó Alice.

–Un poco más, aunque no llevo la cuenta –aclaró Constanza.

–En una decisión precipitada –dijo Alice.

–Siempre tan sensata –dijo Constanza ofendida–. ¿Acaso pretendes que espere a tener un pie en el cajón? –preguntó Constanza.

–Creo que podrías esperar unos meses, y ver si realmente estás enamorada, y si él te atrae para pasar toda tu vida a su lado. ¿Y si conoces a otro hombre que te guste más? ¿Y sí conviviendo te das cuenta que no es el indicado? –preguntó Alice.

–¿Qué pretendes que espere, hija? Esta es mi oportunidad, y me siento feliz –dijo Constanza.

–Lo sé pero...

–Se ha casado Andrea dos veces. Se está por casar Pamela, y pronto la seguirá Carina.

–También me he casado yo, mamá –aclaró Alice al ver que su madre no tenía en cuenta su matrimonio.

–Bueno, el tuyo ha sido un error, Alice.

Alice lo sabía, pero no quería escucharlo de boca de su madre, que siempre había odiado a Samuel.

–Y lo tuyo también puede ser un error –dijo Alice con los dientes apretados.

–No quieres que me case –gritó Constanza–. Tu madre no tiene derecho a ser feliz.

–No es eso. Solo quiero que lo pienses un poco.

–Por Dios, que a los cincuenta años no tengo una fila de hombres aguardando en el portal. Quiero ser feliz –exageró con las manos, y Alice se quedó muda.

A su veintitrés tampoco le habían llovido las ofertas, pensó Alice. Quizá su madre tenía razón.

–Soy feliz con Jeremías –aclaró Constanza–. Con él todo es bello. Con Arturo todo era negro, Alice. Arturo era un buen hombre, pero siempre estuvo resentido porque tú no fuiste su hija. Me culpaba y se culpaba. Yo no me sentía culpable porque tú fuiste lo mejor que me pasó en la vida. Según él, de joven trabajó sin descanso para poner el mundo a mis pies. Yo me enteré cuanto quedé embarazada de ti y me escupió toda su bronca. Se puso furioso por mi infidelidad, como la llamó. ¿Cómo podía haberle sido infiel si nunca fui su novia? Igual me castigó y se castigó por una relación que él tenía en la cabeza –Constanza había callado por años, ahora no paraba de hablar, como si necesitara escupir todos sus secretos–. Tuve una relación a puertas adentro, allí me decía que me amaba. Pero fuera de la habitación solo era la amiga de la familia, Alice. Y yo acepté que me escondiera de todos porque también creí que lo amaba.

–¡Mamá! –dijo Alice con los ojos inundados de lágrimas–. No sabía todo eso.

–Porque yo no quise que tomaras esa relación como ejemplo. Sé que debería haberte explicado, pero no sabía cómo contarte algo que a mí me hacía sentir humillada. No quería que te avergonzaras de mí.

–Nunca me habría avergonzado. Tú te enfrentaste sola a la vida. Trabajaste para que no me faltara nada. Me lo diste todo, mamá.

–Si te hubiera contado mi relación con Arturo, quizá habría evitado que te casaras con Samuel. Estás siguiendo mi pésimo ejemplo. Él es igual a su tío, Alice. Y eso me tiene preocupada porque no quiero que tu vida sea como la mía –aclaró Constanza–. No quiero que te esconda de sus amigos como hacía Arturo. Él era demasiado machista para aceptar que estaba conmigo a pesar de “mi traición”, como la llamaba.

Alice la miraba con la boca abierta. Eran iguales, como si los hubieran sacado del mismo molde, pensó horrorizada. Samuel había hecho lo mismo. La había llevado al bar y la había dejado plantada. Y cuando ella se

marchó, ni siquiera la presentó a sus amigos como su esposa de pacto, o como una amiga de la familia. Samuel había guardado silencio como si el encuentro de ellos hubiera sido casual. La había ocultado, como lo había hecho Arturo con su madre.

Ahora entendía porque su madre odiaba tanto a Samuel. Alice no pensaba seguir ese tren. Ella tenía más dignidad que Constanza.

–No te preocupes por mí que no voy a seguir tu camino. Samuel y yo somos muy distintos y... voy a divorciarme dentro de dos meses –dijo Alice, y sonrió a pesar del nudo que le cerraba la garganta. Nada había entre ellos. Después del escándalo que hizo en la acera, y de haber molido a golpes a uno de sus vecinos, Samuel no había dado señales de vida.

Alice suponía que había regresado a su vida de desenfreno. Para lección ya había tenido suficiente, y el recuerdo que guardaría de los seis meses ya no tenía importancia. Ella había cambiado y ahora tenía los pies sobre la tierra, y ni un pájaro rondando su cabeza.

–Jeremías no es como Arturo, mamá –dijo Alice. Constanza sonrió, y Alice ya no tuvo dudas que su madre quería casarse porque lo amaba, no porque se le pasaba el tren–. Él no era mi jefe, pero era el socio de mejor carácter –comentó.

–Sigue siendo el socio de mejor carácter. Todos lo adoran, Alice. Y cuando me ve se le ilumina el rostro, y a mí me pasa lo mismo. Siempre me invita a cenar. ¿Sabes lo que hacemos?, nos llevamos un bolso a la oficina y cuando terminamos el trabajo salimos a correr –explicó Constanza, emocionada–. Él es un gran compañero, no como Arturo. Inclusive se empeñó a acompañarme a elegir zapatos, y el pobre estuvo más de dos horas esperando, yo intentaba apurarme, pero él me dijo: “Constanza, tómate el tiempo que necesites, lo importante es que te vayas satisfecha” –contó Constanza con los ojos brillantes de emoción–. Y cuando salimos de la oficina, me toma de la mano como si se sintiera orgulloso de que sea su pareja –Alice vio el asombro en la mirada de su madre, como si aún le costara creer su suerte.

–Entonces creo que tu decisión de casarte pronto es la mejor –dijo Alice, y Constanza se acercó para abrazar a su hija.

–Gracias, Alice, gracias por aceptarlo –susurró Constanza entre lágrimas.

–Yo siempre lo quise, mamá. Jeremías es un gran hombre.

Alice se sentía feliz por su madre. Tantos años manteniéndose al

margen de la vida de Arturo, y ahora le llegaba la recompensa con el nombre de Jeremías. El arquitecto era el mejor hombre para borrar lo que le había hecho Arturo.

A pesar de la confesión de su madre, ella no podía olvidar que Arturo siempre la había adorado.

Andrea se había casado dos veces, Pamela se casaría pronto, y le seguiría Carina. Ahora también se casaba su madre. Y ella, Alice Montiel, estaba a dos meses de divorciarse de Samuel, pensó, y tuvo ganas de ponerse a llorar.

Ojalá apareciera un Jeremías en su vida que la compensara en el futuro.

CAPÍTULO 23

Samuel había invitado a Alexandra a compartir una cena muy informal en la galería. Un pan abierto al medio al que le había agregado una rodaja fina de carne asada, tomate, lechuga y una loncha de queso.

La mujer miró la cena con cierto recelo, como si estuviera acostumbrada a cenar langosta o caviar todos los días. Él solo pensó que Alice se habría relamido los labios y no habría dejado ni una miga en el plato. *Esto es un manjar de los dioses*, le habría dicho y lo habría felicitado. Pero allí estaba Alexandra, y él solo esperaba que se largara para poder ir a leer la carta de Arturo, que lo tenía intrigado.

Ella venía en plan de negociadora. Quería rebaja en su precio para unas bodas de oro que estaba por contratar para dentro de dos meses. Lo tenía agarrado de las bolas, puesto que era la única con la que estaba trabajando.

–Eso es una locura. Me estás pidiendo un veinticinco por ciento menos, y apenas me va a quedar para cubrir los gastos –aclaró Samuel.

–Van a elegir otra locación si no les bajo el precio.

–Y por qué no bajas el precio de tu servicio alguna vez –dijo Samuel, y mordió con ganas el sándwich que se había preparado. El de Alexandra seguía intacto. Ella solo bebió por compromiso un sorbo pequeño de limonada.

–Quieres que negociemos un precio más alto, Sam –dijo Alexandra, y le acarició la pierna subiendo con descaro hasta cerca de su entrepierna.

Vaya con la negociadora. Hacía rato que lo venía provocando. Abrazos inesperados. Arrimadas sorprendidas. A veces se acercaba tanto que uno de sus pechos le rozaba el brazo. En otra época la habría tumbado en el piso de la galería y se habría dado un festín. En ese momento Alice se filtró en su mente, y con una sonrisa negó con la cabeza.

–Mi esposa me pediría el divorcio si se enterara –aclaró Samuel.

–Sí, ya sé, esa esposa que no te pega de nada. Tú eres para mujeres más liberales. Y, por lo que he escuchado, tu esposa no está en esta casa.

–Pero podría llegar en cualquier momento, y no me gustaría que me viera enredado en algo turbio. La fama me precede, y tengo que demostrarle que soy un hombre diferente.

–Nadie me rechaza sin pagar las consecuencias. ¿Lo sabías? –dijo Alexandra.

–Pues prefiero perderte a ti antes de tirar por la borda mi matrimonio
–aclaró Samuel sin alterarse.

–Pues has perdido unas bodas de oro para dentro de dos meses.

Eso a Samuel le sonó a amenaza, y él no pensaba dejarse manejar como títere por una mujer que se creía irremplazable. Nadie lo era, y él se encogió de hombros. Quizá era lo mejor acabar con algo que a futuro podía complicarle la vida.

–Alex, el hostel siempre estará disponible, pero el precio lo pongo yo
–aclaró Samuel.

Ella, herida en su orgullo, se había levantado de la silla y caminaba hacia su coche sin prestar atención a sus palabras. Samuel se encogió de hombros. Ingresó a la casa decidido a cumplir con su tío, que le había dejado una carta que debería haber leído meses atrás.

Se sentó tras el escritorio con la limonada que trajo de la galería. Bebió un sorbo y se recostó en el sillón con la hoja de Arturo en la mano.

Hola muchacho, Sam, mi querido Sam:

Si estás leyendo esta carta es porque estoy muerto, puesto que yo nunca te habría permitido entrar a mi habitación, mi mundo secreto, ese que dejaba ver quién era realmente.

Me imagino tu sorpresa al traspasar la puerta y descubrir mi vida. ¡Qué distinta de la que tú conocías o creías conocer! Y sí, era muy distinta.

Te pinte una vida que no era la mía, te di lecciones que nada tenían que ver con mi forma de vivir porque no quería que sintieras pena por ese tío al que admirabas desde que eras un niño. No quería que nadie sintiera pena por mí. Habría sido el pobre Arturo si dejaba ver mis fracasos.

A veces los padres nos condicionan. El mío lo hizo, aunque no tuvo mala intención. Él me hizo creer que era tan inteligente, tan grande, que podía conquistar el mundo si quería. Yo era el único hijo varón, y el mayor, y mi padre creía que sería un hombre lleno de triunfos. El dinero era tan escaso en nuestra familia que se convirtió en mi meta. Con dinero podría ser lo que había pronosticado mi padre. Con dinero también podía conseguir a Constanza, la chica más bella de la escuela. Un día le dije, tú serás mía, Constanza; y con eso creí que la tendría comiendo de mi mano. Yo era egocéntrico, Sam, muy egocéntrico.

Este hostel que te he dejado fue el castillo que hice para conquistarla. Necesitaba tener dinero para poner el mundo a sus pies. Me hice un mundo

en mi cabeza: el hostel, mi esposa y los hijos que tendríamos. Pero el mundo, muchacho, no se piensa. El mundo te atropella, y a mí me arrolló como un camión con acoplado cuando Constanza, que no había tomado mis palabras como un pedido de mano, porque no lo era, quedó embarazada de un idiota que salió disparando porque no pensaba arruinar su vida con una mujer y un hijo.

Nunca he visto a una mujer más valiente que ella. Asumió su rol de madre con un amor y una entereza que me dejó desconcertado. Yo quedé hecho pedazo y con el orgullo por el piso, como te imaginarás. Era Arturo, el rey Arturo, como me decía mi padre, y una doncella me había pisoteado a mí y a mi castillo.

Ya no viví más. Mi vida pensada se había ido a pique, y solo me inventé la vida. A Constanza nunca la perdoné. Ya no era digna de ser mi esposa, me había engañado. Pero siempre la necesité y por eso la hice mi amante. Estarás asombrado, o quizá ella ya te contó nuestra triste vida, que solo existió a puertas cerradas en una habitación. Nunca en mi casa, porque este era el castillo para mi esposa y ella me había traicionado.

Ya sé lo que estás pensando. Arturo está loco. Y sí, algo de locura siempre hubo en mi vida, también hubo cordura tras la puerta de mi habitación, donde te escribí esta carta. Allí sabía de mis errores, sabía que Constanza no era culpable de haber quedado embarazada, no era culpable de que hubiera construido nuestra vida para un futuro y sin hacerla parte del presente.

Dentro de mis cuatro paredes era honesto, Sam, pero afuera siempre fui un hombre de apariencias. Cuando salía de la habitación, me ponía el sobretodo del orgullo, me anudaba la corbata de la soberbia y me convertía en el hombre que ustedes conocían, frío, irónico, un libertino que viajaba y tenía montones de mujeres. Viajaba, sí, pero no tenía mujeres. La única mujer que tuve fue Constanza, bien escondida, bien guardada para preservar mi orgullo.

Te preguntarás por qué te cuento todo esto. Porque yo era tu ídolo. Y porque tu padre siempre tuvo razón, te arruiné, como me dijo tiempo atrás. Él es el ejemplo que deberías haber seguido. Él es el ídolo, no yo, Sam, que siempre fui un pobre tipo.

Como has entrado a mi habitación y estás leyendo esta carta, no hay dudas de que has respetado mi testamento. No fue un castigo, sobrino querido. Fue la única idea que se me ocurrió para enmendar mis errores.

¡Estás casado, Sam! No te lo estoy preguntando. Lo grito a los cuatro vientos. Y como no soy estúpido creo que lo has hecho con la única mujer que no te iba a cagar. Yo tenía la certeza que en ese largo listado que tenías no había ninguna. Todas eran egoístas y ambiciosas, por eso sé que la elegiste a ella, a mi bella Alice.

Alice no es mi hija, pero si hubiera tenido una Alice con Constanza dudo que se hubiera parecido tanto a mí como se parece ella. ¿Por qué digo esto? Porque Alice sueña la vida. Alice vive proyectando para el futuro. Un error, como le solía decir, pero nunca me entendió, quizá porque nunca le conté cómo soñaba yo la vida, y como la vida real derrumbó mi castillo de arena.

Me imagino que tener que recurrir a Alice te debe haber costado todo tu orgullo, y me imagino que Alice te debe haber sacado buena parte de la soberbia, mi Sam. Ojalá sea así, ojalá ella te haya abierto los ojos a un mundo de amor que tú no conociste por seguir el ejemplo de tu ídolo. Ojalá te haya permitido ver más allá de mí, y te haya dejado ver su generosidad.

Yo no soy tu ídolo, Sam, yo soy un farsante, una ilusión. Y Alice no es la romántica que siempre te imaginaste, aunque algo tiene la pobre, pero a pesar de su vida de sueños, ella no tiene mi orgullo. Si la has herido, que creo que sí, te aclaro que ella no tiene mi soberbia, y sabe perdonar. Otra ventaja para ti. Si está contigo es que has hecho las cosas bien. Si no está contigo, estoy seguro que ha sido ella la que te ha dejado marchar.

Alice no usa artimañas, aunque eso ya lo sabes a pesar de que toda la vida te esforzaste por mantenerla apartada. Alice es generosa. Y cuando ella ama, no amarra como hice yo con Constanza. Ella cuando ama, libera. Esa es Alice. Te lo cuento por si en algún momento te preguntaste, ¿con quién me casé? Te casaste con una mujer que te ama, pero que nunca te va a atar. “Porque te amo te libero”, así es ella. ¿Me entiendes?

Si encontraste el dinero, supongo que debes haber ayudado a todos. Si no lo encontraste, búscalo en las cajas más arruinadas. Allí no va nadie, por eso siempre lo dejaba mezclado con recuerdos de poco valor material. Lo guardé para que ustedes pudieran disfrutarlo cuando yo no estuviera. ¿Por qué no te lo di antes?, sencillamente porque no quise alimentar tu vida de libertinaje. Ahora ya tienes edad de usarlo con más criterio.

Por último, como ya no estoy allí dile a Constanza que la amé, bien o mal, la amé. Y cuéntale a tus padres, a la tía Flora y a tus hermanas que mi amor siempre fue Constanza, y que no me casé con ella porque fui un idiota.

El final de esta historia ya no me corresponde a mí, sino a ti. Yo hice mi parte, tú sabrás lo que quieres después de que la condición se acabe. No la hieras, y si ya lo has hecho, pídele disculpas, que seguro que eso te va a aliviar para el resto de tu vida, y a Alice le va a servir para sentirse satisfecha.

Ya no hay más, mi Sam. Sé feliz, cuida a tus padres, a tus hermanas, y que a mi querida Flora no le falte nunca el dinero para mis mascotas, pero sobre todo para vivir dignamente.

A Sam se le escurrían las lágrimas sin control. Su tío, su ídolo, le dejaba ver que había sido un fracasado. Los había engañado a todos. Su vida había sido una mentira, su vida había sido una mierda por culpa del maldito orgullo. Y a esa mierda había arrastrado a Constanza. Por eso ella era fría, irónica, y por eso lo odiaba.

¿Qué razón tenía de odiarlo? ¿Qué razón tenía de haber despreciado esa boda? Constanza sabía donde se estaba metiendo su hija. Y no quería para Alice la vida de mierda que había tenido ella con Arturo.

Después de muerto quería que toda su familia supiera su amor por Constanza. No sabía si sentir pena o bronca por Arturo. Por orgullo no había vivido. Para Samuel eso tenía otro nombre: Cobardía.

La misma pena y bronca sentía por Constanza, que había aceptado esa vida miserable que le había ofrecido. ¿Por qué?, no lo entendía. No entendía como dos personas habían perdido de gozar de forma completa la vida, solo por salvar el orgullo de un hombre.

Orgullo, él también tenía a montones. Soberbia, eso le salía por los poros. En eso había acertado, y también en que Alice lo había liberado de la carga de ese matrimonio para que él pudiera recuperar su vida pasada, se dijo. Lamentablemente no se sentía libre como antes de conocerla. Ella lo había cambiado, Arturo lo sabía. El maldito sabía todo de él, sabía que la elegida sería Alice. También sabía todo de Alice.

Su ídolo. Su padre debería haber sido su ídolo, como dijo Arturo. Su padre, un hombre entero, un trabajador incansable, un hombre lleno de virtudes, que amaba a su mujer y lo gritaba a los cuatro vientos, sin una pizca de orgullo. Que amaba a sus hijos y se había sacrificado para que no les faltara nada.

Agarró la carta y salió de la biblioteca. Buscó las llaves del coche y se fue a la casa de sus padres.

Llegó bien entrada la noche. Abrió con su llave y se encontró a los

dos en la cocina, su madre lavaba los platos y su padre los secaba, como siempre, incluso cuando se habían divorciado. Gabriel ya no tenía la ropa engrasada porque lo primero que hacía cuando llegaba era darse un baño para estar presentable.

Gabriel estaba canoso y algo encorvado. Su trabajo como mecánico era duro, y ya le pasaba factura. Su madre le dijo algo al oído, y su padre la miró con un arqueado de cejas. No había nadie en la casa y bien podían hablar a gritos, pero ella le susurraba como una novia enamorada.

–Espero no interrumpir algo íntimo –dijo Samuel, apoyado en el marco de la puerta.

Andrea se giró sonrojada, y su padre sonrió.

–Nada que no podamos retomar cuando te largues –dijo Gabriel.

Samuel rió.

–Hace un tiempo encontré una carta que me dejó Arturo, y recién la leo –dijo Samuel.

–¡Vaya! ¡Qué raro que mi hermano escribiera una carta! –dijo Andrea.

La carta estaba en la mano de Samuel, y Andrea se la arrebató.

Samuel se quedó mirando a su padre como si esa fuera la primera vez. Él no entendió esa mirada, se encogió de hombros y le ofreció un vino que había en la mesa.

–Mejor café –dijo Samuel. Su padre era más del café. Él era de la cerveza, como Arturo. Pero quiso compartir algo que a él le gustaba.

–¿Y qué dice esa carta? –preguntó Gabriel.

Andrea no podía dejar de leer y llorar, por lo que Samuel decidió contarle a su padre lo que a él lo había llevado a su casa.

–Dice que elegí mal a mi ídolo –dijo Samuel.

Gabriel lo miró sorprendido, y sonrió.

–Pues era el ídolo que cualquier adolescente habría elegido.

–Sí, pero tú deberías haber sido mi ídolo –aclaró Samuel–. Siempre atento a todas nuestras necesidades. Siempre dejando de trabajar para ir conmigo a los entrenamientos. Nunca te perdiste un partido. Trabajabas como negro para comprarme los botines que quería. Y yo no te valoré –dijo Samuel.

–No lo hacía para que me valoraras. Lo hacía porque me hacía feliz verlos felices –aclaró Gabriel con su clásica simpleza.

–No fui un buen hijo –dijo Samuel.

–Fuiste el mejor hijo varón –dijo Gabriel, y le dio la taza de café.

–Eso es porque soy el único –aclaró.

Su padre rió.

–Ya te tocará a ti que tus hijos te peguen una patada. Es la ley de la vida, Sam –dijo Gabriel sabiamente, y Samuel se perdió en ese pensamiento.

¡Hijos! Nunca se había imaginado teniendo hijos. Pero se vio disfrutando con su hijo todo lo que había hecho su padre con ellos. Inclusive, se sentaba en el piso a tomar el té en tazas de plástico con sus hermanas. Sonrió porque solo Alice se presentó en su imaginación, cargando a una niña de bucles desordenados como los de ella.

–Al menos yo no tendré un tío Arturo con el que competir.

–Arturo fue un buen hombre, a pesar de sus defectos, Sam –aclaró Gabriel.

–Sí, es cierto –dijo Sam, y recordó cuando Arturo le había regalado la bicicleta y le daba un empujón para que aprendiera a andar. O cuando jugaba con él a la pelota, y se ponía en el arco porque no soportaba el ritmo de su sobrino. Su padre nunca se cansaba, y si se cansaba, seguía jugando hasta que él ya no daba más–. Mejor quedarse con el recuerdo del libertino y soberbio que se inventó.

Su madre levantó el rostro de la carta. Tenía las mejillas empapadas de lágrimas, pero sonrió y asintió al comentario de su hijo.

–Me gusta la imagen que dejó en la carta. Parece más humano –aclaró.

Sam rió, y su padre, que no entendía nada, se encogió de hombros.

–A mí déjenme con la imagen que tenía de él –aclaró–. Las penas de Arturo, que supongo que están escritas allí, no me interesan –aclaró.

–Pero Constanza sufrió...

–Cariño, Constanza era una mujer adulta. No me cuentes más. Dudo que Arturo le hiciera hacer algo en contra de su voluntad –dijo Gabriel interrumpiendo a su esposa, y era cierto.

Gabriel, que no era afecto a los cotilleos, y tía Flora, que adoraba los cotilleos, fueron los únicos que no se enteraron de la vida miserable, o la doble vida de Arturo. A Flora la dejaron en la ignorancia porque era una mujer que daba vueltas en círculos sobre el mismo tema, y fue una decisión que todos sabían que les aliviaría los oídos.

A Samuel solo le quedaba un tema pendiente. En realidad le quedaba un tema pendiente y resolver su vida, pero ese día solo podía resolver el tema

pendiente, y se marchó feliz de la casa de sus padres.

Siempre le costaba ir a visitarlos, era como si tuviera mejores cosas que hacer que perder una hora para preguntarles como estaban, cuando él sabía que estaban bien. Ese día disfrutó de la visita. Disfrutó de poder tomar un café con Gabriel, y de la simpleza con la que analizaba todo. Gabriel era un padre ejemplar, un esposo ejemplar, y él quería compartir más horas a su lado.

A los veintinueve años había creído que tenía una vida perfecta, pero un huracán de unos meses, con el nombre de Alice, le abrió los ojos a una vida mucho más hermosa de la que conocía.

Se subió al coche y manejó hasta llegar a la casa de Constanza, rogando que ella no le diera con la puerta en las narices. La luz de la galería estaba encendida y un coche estaba estacionado a un lado de la casa, y supuso que tendría visitas.

Samuel se bajó y caminó por el sendero bordeado de violetas. Subió los dos escalones y tocó el timbre. Le abrió un hombre que no conocía. Un hombre con el cabello matizado de gris, ojos azules y sus labios curvados en una sonrisa. Un hombre apuesto y de rostro bondadoso.

–Buenas noches –dijo Jeremías–. Supongo que estás buscando a Constanza, o quizá a su hija Alice –dijo el hombre de forma cordial.

–¿Y usted es?

–Jeremías, la pareja de Constanza, aunque no por mucho tiempo porque le he pedido que se case conmigo –dijo Jeremías como un gallo orgulloso.

Samuel arqueó las cejas ante tantas explicaciones que no había pedido.

–Bueno, yo soy Samuel Dávila, el yerno de Constanza, aunque no por mucho tiempo –aclaró Samuel, y él hombre en lugar de reír, frunció el entrecejo.

–Eso suena muy feo, sobre todo sabiendo que la única hija de Cons es Alice. Y Alice es mujer para toda la vida –dijo Jeremías.

Claro que era mujer para toda la vida, por eso había huido despavorido antes de que Arturo se la impusiera.

Constanza apareció en la puerta envuelta en una bata de baño, el cabello húmedo y el ceño fruncido.

–¿Qué haces acá a esta hora, Sam? –preguntó Constanza confundida, o enojada. Samuel no supo discernir sus emociones.

–Necesito hablar contigo. Arturo me dejó una carta en su habitación... Pero no creo que sea el momento –dijo Samuel, y Jeremías le dedicó una mueca, porque sabía que no quería hablar en su presencia.

–Lo que tengas que decirme, puedes decirlo delante de Jeremías. Es mi pareja y está al tanto de toda mi vida con Arturo.

–De la vida de mierda que tuvo con Arturo –aclaró Jeremías, y Samuel anotó un punto a favor del hombre.

–Si quieres leer la carta –dijo Samuel, la sacó del bolsillo y se la tendió a Constanza.

–No creo. Sé lo que pone allí, Sam. Lo conocía. Seguro que te pidió que me dijeras que me amaba. Eso ya lo sé, a su manera, pero me amaba, o creía amarme –aclaró Constanza sin dolor en su voz–. Y yo lo amé, o creí amarlo. En realidad creí amarlo. Fue un círculo de culpas y rencores, que ya quedó atrás –dijo Constanza.

Jeremías la abrazó con ternura. Los dos cruzaron una mirada llena de amor, y Samuel le creyó.

–Me alegro mucho. Cuando la leí me sentí mal por ti, Constanza, aunque no lo creas.

–¿Por qué no iba a creerte?

–Porque tú crees que soy igual a mi tío –dijo Samuel, sin apartarle la mirada.

–Bueno, tu tío nunca habría hecho una maratón por los bares para encontrarme. Tampoco habría molido a palos a un pobre vecino que justo salía para encontrarse con su novia –dijo Constanza, y ella y Jeremías estallaron en carcajadas.

–¡Qué gracioso! –ironizó Samuel.

–Y tú no has venido hasta acá para contarme las confesiones de Arturo –dijo sabiamente Constanza.

–No precisamente. Esa era mi excusa –dijo Samuel.

–Entonces puedes pasar –Constanza se hizo a un lado y dejó pasar a su yerno. La sonrisa en su rostro le dijo a Samuel que su visita había sido esperada, quizá llevaba un tiempo esperando que él apareciera.

Lo invitaron a sentarse en la mesa de la cocina. Samuel de un lado y ella y Jeremías del otro. Los dos lo miraban con si fuera un imputado dispuesto a hacer su defensa.

–Y bien –dijo Constanza–. Eres tú quien tiene que hablar –aclaró.

–Me casé con Alice para conseguir la herencia de Arturo.

–Eso ya lo sé –dijo Constanza–. Le dije que no lo hiciera –aclaró.

–Eso lo sé –dijo Samuel, carraspeó y siguió–. Era un pacto, pero se nos fue de las manos –no la miró.

–Eso lo suponía –dijo Constanza para ayudarlo. El hombre nervioso al otro lado de la mesa parecía otro Samuel.

–Me había pedido una sola cosa. Me refiero a Alice –dijo Samuel.

–Sam, estamos hablando de Alice, no hace falta que me aclares –comentó Constanza.

Jeremías se mantenía como un mero espectador, mirando a uno y otro sin entender porque había tanta dificultad para decir algo que debería ser simple.

–Sí, claro. El tema es que incumplí su pedido –aclaró Sam.

Jeremías se levantó y sacó una cerveza de la heladera al suponer que esto iba para largo. Puso tres vasos en la mesa y los llenó.

–Me parece que si nos relajamos un poco las ideas van a fluir más rápido.

Samuel lo miró con el entrecejo fruncido, pero se bebió la cerveza. El café de su padre, fuerte y corto lo tenía a punto de escalar las paredes lisas de la casa de Constanza.

Constanza se apiadó de él ante el codazo de Jeremías.

–No sé los detalles, pero Alice llegó un sábado a la una de la madrugada y me imaginé que tú te habías quedado de parranda.

–Ajá, eso hice. Ella me insistió, pero no debería haberle hecho caso.

–Tú querías quedarte, Sam, sino la habrías seguido –aclaró Constanza.

–Es cierto. Me quería quedar porque sentía que ella me había quitado mi vida, mi libertad.

–Y te la había quitado, Sam, eso no lo dudes. Te la quitó aprovechándose de ese pacto –aclaró Constanza.

–No creo que Alice se aprovechara de nada. Ella después de ese día se fue de casa y...

–Sam, Alice se aprovechó –aclaró Constanza.

–La juzgas con demasiada dureza. Ella es tu hija –dijo Samuel–. Esto no me lo esperaba –aclaró.

–¿Y qué esperabas? Ustedes no se parecen en nada. Ella es una mujer que no podría frecuentar tu ambiente. Y tú no vas a poder dejarlo, Sam. Es tu vida –dijo Constanza.

–Mi vida se ha ido al traste, Constanza. Mi vida está patas arriba. Ella me cambió la vida y...

–Y yo qué puedo hacer –dijo Constanza–. Este es un tema que tienes que resolver tú. En muy poco tiempo serás libre y podrás volver a tu centro. Tienes dinero. Tienes el hostel, y Carina me dijo que ella y su novio están al pendiente. Te va a sobrar tiempo para viajar y divertirte con la mujer que se te antoje –aclaró Constanza.

Samuel la miró con el entrecejo fruncido. Había ido al vicio. Constanza no le estaba facilitando las cosas. Era una mujer que le importaba una mierda la felicidad de su hija. Se levantó furioso. Sacó del bolsillo un papel arrugado y se lo entregó.

–Necesito ayuda con esto y con algunas cosas más. Treinta. Si no salen perfectas, apelaremos a la intención –dijo Samuel, que ya había perdido la paciencia.

Constanza se quedó desconcertada mirando el desastre que tenía frente a ella.

–¡Oh, Dios mío! La intención es lo que cuenta –dijo Constanza, le brillaron los ojos de la emoción, pero no pudo contener la carcajada–. Por supuesto que tendrás mi ayuda.

–La mía también –aclaró Jeremías con una sonrisa. Samuel le devolvió la sonrisa. Constanza había encontrado una vida feliz en ese hombre con el rostro lleno de bondad.

–Una buena elección –dijo Samuel, y señaló a Jeremías. Constanza sonrió con sarcasmo.

–La segunda mejor decisión de mi vida. La primera fue tener a Alice sola –aclaró.

–¿Dónde está? –preguntó Samuel.

–Supongo que viviendo, aunque eso no quiere decir que esté disfrutando –dijo Constanza, y Samuel se tensó al escuchar esas palabras.

CAPÍTULO 24

Alice estaba viviendo. Aunque el viviendo no se le daba muy bien.

La parte buena era el trabajo. Eso sí que lo disfrutaba. Había hecho un gran cambio en su vida. La empresita de organizadora de bodas la había tirado por el desagüe después de la preciosa boda que había preparado de forma artesanal, diría Samuel. Había sido un sueño hecho realidad para la pareja de novios, dos jovencitos llenos de ilusiones, que habían llorado de emoción al ver el caserón antiguo decorado como un cuento de hadas.

Después de esa boda ella se dijo que nunca más. Las experiencias son las que abren los ojos. Había disfrutado los preparativos, pero también se había vuelto loca con los cambios de último momento de los novios. Por eso había dicho nunca más.

Por suerte, al salir al mundo se abrió para ella un abanico de posibilidades. O mejor sería decir, otra opción de trabajo.

Todo fue gracias a las tarjetas de la boda, le decía Santiago Valdivia, y reía a carcajadas. Aunque sonara redundante él era un empresario que organizaba eventos para empresas. También era el tío de la novia, y por lógica había recibido una tarjeta de invitación para el casamiento. Y sí, así funcionaba el mundo. Había que salir al ruedo para encontrar las oportunidades. La tarjeta artesanal había llenado de ideas innovadoras a Santiago, y le había ofrecido un trato.

Otro trato más, pensó Alice al recordar su trato con Samuel. Pero este sería solo negocio, no le destrozaría el corazón, y aceptó reunirse con el hombre a la semana siguiente de la boda. Su idea era muy parecida a lo que le había dicho Samuel, trabajo en serie, por lo que Alice solo tenía que pintar una tarjeta exclusiva para cada evento, e imprimir la cantidad que él le pidiera.

Nunca había pensado trabajar así. Samuel había tenido razón cuando le decía que con su método no ganaría dinero. Y era cierto, también era cierto que su sueño de ocho años de ser organizadora de bodas, con una sola que había hecho, le parecía más una pesadilla que un sueño. Soñar la vida había sido su peor error.

Como le sobraba el tiempo, recorría los negocios del barrio ofreciendo tarjetas personales, y un comercio de la zona ya le había encargado tarjetas exclusivas para poner en las compras de sus clientes. De a

poco iría consiguiendo más clientes, no tenía dudas.

Económicamente todo marchaba bien. La parte sentimental era otra historia.

El viviendo no se le daba bien en el aspecto sentimental. El viviendo era un desastre para Alice. Ella había alquilado un pequeño departamento al frente del bar que frecuentaba Samuel. Y sí, era masoquista, porque se pasaba las noches asomada al balcón buscando el coche de Samuel, o tratando de ver si él entraba al bar para divertirse con sus amigos. Pero nunca lo había visto. Quizá Samuel ya se había enterado que ella vivía allí, por eso debía haber cambiado de bar.

Después de los gritos de Samuel desde la acera, y de haber golpeado a su pobre vecino del quinto, Samuel no la llamó más. Ella tampoco, porque no quería parecer una acosadora, no quería quitarle su libertad.

El problema era que ya estaban llegando a los seis meses, y alguno de los dos tendría que dar el brazo a torcer y llamar al otro para ponerle fin al matrimonio.

Ese solo pensamiento le llenaba los ojos de lágrimas. Toda una vida de sueños, y cuando los había hecho realidad se le rompieron en mil pedazos, todos, absolutamente todos. El sueño de ser organizadora de bodas y el sueño de tener a Samuel, ya no existían.

Ahora era una mujer práctica, que trabajaba para mantenerse, salía a correr, y de vez en cuando se cruzaba a ese bar lleno de ruido para tratar de adaptarse a un mundo que no le gustaba.

El barman ya la conocía, y siempre le decía. *¿Un chiquitín de vodka?*, ella fruncía el entrecejo y él se mataba de risa.

Alice se sentaba en la barra con su bebida y veía la vida de Samuel como si fuera una película. La espiaba sin participar, puesto que ella no se veía bailando con uno y a los cinco minutos besando a otro. Los fines de semana eran los más concurridos, y Alice había visto en algunas ocasiones a las dos mujeres que habían estado con Samuel aquella noche. La que bailó con él y la que le insistió para que la siguiera a la mesa de sus amigos.

Ir allí era como revivir la debacle, el fin de su sueño. No era bueno para su salud mental estar reviviendo aquella noche, pero Alice creía que viendo de cerca la vida que tanto disfrutaba Samuel, se podía convencer más pronto que tarde que los dos eran como el agua y el aceite. Que sus mundos nunca se cruzarían. Con el tiempo, estaba segura, podría pasar página y vivir su propia vida, una en la que se sintiera cómoda. Esa forma de vivir era como

subirse a zapatos que no eran de su talla, esos que sacaban ampollas, y ella solo quería regresar a su departamento para sacárselos.

–Siempre mirando y nunca entrando en acción –dijo el barman.

Alice lo miró con recelo.

–Esto no me gusta –aclaró.

–¿Y a qué vienes? –preguntó curioso.

¿Cómo explicarle que quería encajar?, ¿o quizá quería convencerse de que ellos nunca encajarían?

Se encogió de hombros.

–No lo sé. Solo vengo a mirar –aclaró.

–¿Eres escritora y miras para inspirarte?

–No, para nada. Yo pinto tarjetas para eventos. Tarjetas exclusivas. Si te interesa, me avisas. Estoy buscando nuevos clientes.

–Qué trabajo raro –dijo.

A ella también le había parecido. Quizá por eso le iba bien, porque era un rubro que nadie había explotado. Ella tampoco lo habría hecho, pero tuvo la suerte de encontrar a un empresario visionario.

–No te creas. Es un trabajo artístico, por eso te parece raro.

–¿Eres pintora de cuadros? –preguntó curioso.

–No, nunca pinté más que tarjetas –aclaró, y se sintió algo incómoda.

Su oficio era tan extraño como ella sentada en la barra, mirando a gente que la hacía sentir como un sapo de otro pozo.

–Le voy a comentar al dueño. Quizá le interese.

–Yo vivo justo al frente, en el primero –dijo Alice, y bebió un sorbo de la bebida que le había preparado. Pura gaseosa con una gota de vodka, que escupió dentro del vaso al ver a Samuel entrando al bar.

Él se quedó mirando la barra, o a ella, con el rostro desencajado.

–¡Samuel! –gritó una mujer, y Sam no alcanzó a girarse que ya la tenía colgada del cuello. Pero esta vez fue rápido y desvió el rostro antes de que esos labios, que no le interesaban, impactaran en los suyos–. Cuánto tiempo sin venir a vernos –dijo la mujer, que parecía conocerlo de toda la vida.

–Sí, mucho –dijo Samuel, y se deshizo de su abrazo.

Al instante fue rodeado por tres amigos, y no tuvo más remedio que intercambiar algunos comentarios y reír de anécdotas que ya no le resultaban graciosas. Él estaba más interesado en echar miradas asesinas a la barra donde Alice estaba ahogando sus penas en alcohol. Viviendo, estaba

viviendo, o destruyendo su soñadora vida, se dijo.

Alice se bebió de un trago el contenido del vaso y comenzó a rebuscar el dinero en la cartera para pagar y largarse de allí. Una cosa era ir a ver el mundo de Samuel, y otra era verlo por segunda vez desplegando sus dotes de conquistador, mientras ella se encogía de tristeza en la banqueta.

–¿Viviendo, Al? –preguntó Samuel tras ella.

Alice se giró y el acostumbrado nudo le cerró la garganta. Allí estaba él, alto, atractivo y muy a gusto, como si fuera el dueño y señor del lugar. El cabello ondulado algo revueltos. La mirada segura de sus ojos grises azulados parecía iluminar el local. Las manos laxas al costado del cuerpo. Ella temblaba y se las retorció. Estaba tan tensa que tuvo miedo de romperse en pedacitos en el local. Él estaba tranquilo, y la comitiva de sus amigos y esas mujeres que tanto lo perseguían, estaban atrás, a la espera de recibir su atención. Parecía ser el centro del mundo, ella una de las columnas del local que nadie miraba.

–Hola, Sam –dijo Alice con voz temblorosa–. Ya me iba –aclaró. Dónde estaba la billetera para poder pagar y salir corriendo, pensó y siguió rebuscando desesperada.

–Pasé por tu departamento, pero como no me atendiste se me ocurrió venir acá.

–Bueno, este es más tu sitio –dijo Alice, sin mirarlo porque seguía con la cabeza metida en la cartera. ¿Por qué carajo llevaba tantas cosas? Un hombre la atropelló y la mitad del contenido se desparramó en el suelo. Montones de diseños de sus tarjetas salieron volando, junto a un labial rosa, un paquete de pañuelos descartables, dos barras de chocolate, un paquete de caramelos de fruta y un rollito chiquito de papel higiénico por si le daban ganas de hacer pis y no tenía con que limpiarse.

–Tu amiga parece que carga con media casa en la cartera –dijo una mujer que estaba tras ellos–. Hasta el papel para ir al baño por si le dan ganas de hacer pipi –habló fuerte, como si estuviera entreteniéndolo al público, y todos los idiotas de alrededor se rieron.

Alice se agachó y comenzó a meter todo a los apurones. Una cosa era ser espectadora y otra la protagonista ridícula de esa vida de mierda.

Samuel se agachó a su lado y comenzó a alcanzarle tampones, pañuelos de papel y las tarjetas pintadas. Eran nuevas y le parecieron mucho más elaboradas que las que había quemado.

–Vete con tus amigos y déjame en paz –dijo Alice.

–Al, me gustaría que hablemos –dijo Sam en un susurro que solo escucharon ellos.

Alice recordó a Arturo, que siempre había escondido a su madre. Una vida gris, eso había tenido Constanza. Samuel, si bien la estaba ayudando, no había parado las burlas de sus amigos. Todos riéndose de ella. Él pensaba seguir ocultando que eran... ¿matrimonio de pacto?, ¿eso quería que dijera?

Ella es mi esposa por seis meses, la que me ayudó a conseguir la herencia de mi tío.

¡No, por Dios! Era mejor que no dijera nada.

–Mejor diviértete con tus amigos –dijo Alice, se levantó y salió empujando gente hasta que alcanzó la calle.

El tiempo que llevaba visitando el bar le había dado práctica para esquivar los pisotones, evitar los empujones y salir casi ilesa de ese sitio de locos. Cruzó la calle corriendo, y sintió una frenada junto a ella.

–¡Ebria loca!, por poco te tiras bajo las ruedas de mi coche –gritó un hombre. Ella siguió corriendo como si no hubiera estado a punto de morir aplastada. Abrió la puerta del edificio con su tarjeta y subió corriendo por las escaleras para no tener que echar miradas furtivas mientras esperaba el ascensor.

Alice llegó a la seguridad de su departamento y se asomó por la ventana para ver la calle.

Samuel estaba parado en la acera, mirando el balcón.

Ella no prendió las luces porque la oscuridad le permitiría espiarlo sin que él se diera cuenta. Se hizo un café, lo bebió y se asomó nuevamente.

Él seguía parado mirando el balcón.

Ella prendió su ordenador portátil y se puso a revisar las tarjetas que tenía que imprimir. Pero la curiosidad no la dejaba concentrar. Otra vez fue a la ventana.

Samuel seguía parado mirando el balcón.

Alice prendió el televisor y se puso a pasar canales. No miraba nada, pero siguió en la tarea durante media hora. Otra vez se levantó para asomarse a la ventana.

Él estaba apoyado en el capo de su coche y seguía mirando al balcón.

El corazón le iba a mil y a Alice se le escaparon unas lágrimas. ¿Qué quería?, se preguntó, pero no bajó ni se asomó al maldito balcón.

Samuel llevaba una hora abajo, esperando que ella cayera rendida a sus pies. Alice vio que una mujer cruzó la calle, se acercó a Samuel y se

acomodó entre sus piernas. Ahora venía el espectáculo, pensó decepcionada. Pero él la alejó de forma educada y supuso que le estaba diciendo algo. La mujer miró hacia arriba, rió y se marchó.

Alice llevaba tres horas caminando por el departamento. Se sentaba, prendía el televisor, lo apagaba, se sentaba frente al ordenador, y cada cinco minutos se asomaba por la ventana.

Samuel seguía apoyado en el capó de su coche, pero tenía la cabeza inclinada al suelo y ella supuso que se estaba durmiendo.

No se pensaba ir, y eso la llenó de esperanzas.

Al amanecer Alice seguía dando vueltas por su casa. Estaba furiosa porque él había pasado la noche afuera, y ella seguía sin ceder. ¿Por qué no se iba?, se preguntó. La última vez que se asomó, él se había sentado en la vereda y estaba durmiendo apoyado en el neumático de su coche.

Se sintió mala, egoísta, culpable, una resentida, una mujer que no sabía perdonar. Pero no quería perdonar, porque ceder con Samuel era sufrir las consecuencias de dos personas con vidas muy diferentes. Ella había intentado adaptarse al desenfreno, pero no pudo. Y él no podría adaptarse a su vida tranquila, sin tanta adrenalina. Ella no podía permitir que él dejara todo de lado.

¡Pero qué estaba pensando! ¡Otra vez se estaba haciendo la película! Él no había regresado por ella. Samuel había ido al bar y al encontrarla allí se había quedado de piedra y había inventado la excusa de que había pasado por su departamento para no hacerla sufrir. Y ella pensando que había venido a buscarla. ¡Mil veces idiota!, se repitió.

Quizá, aprovechando que la había encontrado de casualidad, había decidido matar dos pájaros de un tiro y le quería hablar del divorcio. Quizá quería terminar de forma amigable. Tal vez, se sentía culpable, por eso había pasado la noche durmiendo en la vereda, y ella... otra vez soñando con fantasías románticas.

Se dio un baño rápido. No demoró más de diez minutos porque quería saber si él seguía abajo. Se puso una bata y con el cabello empapado fue a asomarse a la ventana.

El coche de Samuel había desaparecido.

Alice se deslizó en el suelo de la cocina y dejó que las lágrimas tomaran el control de sus emociones.

–Alice, tú no eres así. Cómo has dejado a Samuel toda la noche

durmiendo en la vereda –gritó Constanza, que había llegado en su hora de almuerzo del trabajo para saludarla.

Por primera vez Constanza sintió admiración por su yerno. Lo había odiado, o había odiado la vida que tendría Alice a su lado, pero él estaba demostrando que en nada se parecía a Arturo.

Arturo nunca habría pasado la noche afuera por ella.

–Samuel fue al bar... y creo que nunca se esperó encontrarme allí. Iba a ver a sus amigos y a todas esas mujeres que se le tiran encima. Pero me vio a mí, y para disimular se inventó la excusa de que teníamos que hablar, mamá.

–Quizá fue a buscarte a ti, Alice –dijo Constanza que sabía que había ido por ella–. Anoche me preguntó por ti, y le dije, Alice está viviendo –aclaró Constanza.

Alice la miró con la boca abierta. No podía ser cierto. Él la había encontrado de casualidad y no quería herirla. Lástima, eso sentía por ella, la mujer que nunca miró, que nunca habló y de la que huía despavorido.

–Bueno, pero eso no quiere decir que esté viviendo como vivía él. Y mucho menos quiere decir que fuera a buscarme a mí –aclaró Alice.

–No hay dudas que eres un desastre para sacar conclusiones.

–¿Cómo va tu idilio con Jeremías? –preguntó Alice para cambiar el tema.

–Nos vamos a casar en el hostel dentro de... muy poco –dijo Constanza.

–¡Qué! ¿En el hostel? Pero si hay otros sitios hermosos donde se podrían casar –aclaró Alice.

–Es mi pequeña venganza para Arturo –dijo Constanza, y sonrió–. Un placer que me merezco, creo –aclaró.

–Bueno, eso no habla muy bien de ti, mamá.

–Porque no soy una buena persona como tú, Alice –dijo Constanza.

–Eso no es cierto –dijo Alice.

–Me gustaría que fueras mi dama de honor –dijo Constanza cambiando el tema.

–¡Cómo! Eso me suena a risas. ¿Tú queriendo dama de honor? Por Dios, ese día el cielo se va a abrir sobre nuestras cabezas. Tú no eres romántica, mamá. Eres más bien cínica –dijo Alice, y Constanza la miró furiosa.

–¿Acaso no puedo querer ser romántica para Jeremías? –preguntó

molesta. En el fondo su hija tenía razón. Ella nunca había sido romántica.

–Sí. Claro que puedes. Es que yo no te imagino de blanco –dijo Alice, y largó una carcajada.

–Tú irás de blanco. Yo iré de verde.

–¿Y por qué yo de blanco si la que se casa eres tú? Sería ridículo que yo fuera de blanco y tú de ¡verde! Si nunca te gustó el verde –recordó Alice.

–Desde que corremos por el parque me encanta el verde. Es el color que me une a Jeremías –podía parecer ridículo, pero ellos habían empezado a conocerse cuando él la invitó a correr por el parque, y allí todo era verde.

–El vestido blanco me lo elijo yo –aclaró Alice.

–Los vestidos de las damas de honor los eligen las novias, porque tú no puedes resaltar más que yo –aclaró Constanza.

–Qué egoísta estás con tu única hija –dijo Alice con el entrecejo fruncido.

–Es mi casamiento. Tú ya te casaste –dijo Constanza.

–Gracias por recordarme mi casamiento –dijo Alice seria–. Por si se te ha olvidado, te recuerdo que me casé de negro. Y ahora pretendes que vaya de blanco –comentó Alice.

–Sí, parecía que ibas a un funeral. Pero esa fue tu elección, por eso ahora elijo yo –dijo Constanza.

–Fui a un funeral. Tú tenías razón. Y aún estoy llorando por culpa de aquella decisión.

–Lo sé. También sé que por Samuel lo volverías a hacer –dijo Constanza, miró la hora y se levantó sin esperar que su hija le respondiera–. Tengo que volver al trabajo. Ya se me pasó la hora del almuerzo. Menos mal que soy la pareja de Jeremías y nadie se fija en mi horario –rió, y con un beso en la mejilla se despidió de una Alice que la miraba con la boca abierta.

Había llegado como un huracán, y se había ido dejando un estropicio a su paso. Ella se quedó pensando durante media hora. Se casaba en el hostal. ¡De verde! Y pretendía que ella fuera su dama de honor con un maldito vestido blanco.

Era su madre, la única que tenía y la quería. Si eso la hacía feliz, ella tendría que pasar el mal trago con una sonrisa.

CAPÍTULO 25

Los hijos por lo general no van a la boda de sus padres. Lo normal es que primero se casen y después tengan hijos. Constanza había hecho todo al revés. Había tenido a su hija, la había criado, y cuando ya era una adulta había decidido casarse, y encima la había elegido como su dama de honor.

Como su hija había soñado con ser organizadora de bodas, aunque ahora lo detestaba, Constanza quiso que su boda fuera organizada por Alice.

¿Cómo podía Alice negarse al pedido de su madre? Era imposible. Quería a Constanza y sabía que ese día sería especial para ella. Después de todo, uno no se casaba todos los días, y Constanza nunca había dado el paso.

Para colmo de males su madre se había empeñado en casarse en el hostel. Y como Alice quería hacer bien su trabajo, tendría que hablar con Samuel.

Después de la noche en que Samuel durmió en la vereda la había llamado varias veces al móvil, pero ella no lo había atendido porque necesitaba olvidarlo.

Ahora a Alice no le quedaba otra opción. Tenía que actuar con profesionalismo, su madre se casaba y tenía que dejar de lado sus emociones. Pero cuando los sentimientos se mezclaban con la profesión, nada podía salir bien. Y cuando Samuel la llamó, Alice tuvo que atenderlo. Lamentablemente, apenas escuchó su voz se olvidó del profesionalismo y de la boda de su madre.

Fue algo así como: *Hola, Alice. Constanza ha decidido casarse en el hostel, y creo que los dos podríamos trabajar en equipo.*

La respuesta de Alice fue algo así como: *Eso ni en tus sueños, macho. Nosotros de lo único que vamos a hablar es de la demanda de divorcio.*

Él se había quedado mudo unos minutos, como si no pudiera creer su frialdad, pero se repuso.

De acuerdo. Si lo quieres así, se hará así. Yo voy a preparar el hostel a mi manera, y tú ocúpate de tu madre.

El muy arrogante le había contestado con frialdad y le había cortado. No le había insistido, ni le había dicho que la extrañaba, nada de nada. Le había cortado dejándola con miles de insultos al estilo de: *Maldito hombre. Libertino sin sentimientos. Picaflor. Pervertido. Descarado. Orgulloso. ¡Vete a freír espárragos!* En realidad había gritado todo eso, lástima que él no se

había enterado.

Demasiado tenía que lidiar con su madre, que estaba tan nerviosa que todo lo delegaba en ella, como para tener que estar pensando en que Samuel le había cortado haciéndose con la última palabra.

Y encima, después del feliz casamiento de su madre, ella tendría que sobrellevar el triste divorcio.

Constanza le había pedido que le eligiera el vestido de novia. Alice, desechando el famoso verde, le había encontrado en una tienda un delicado vestido blanco. Pero su madre, terca como una mula, manoteó uno cualquiera de la percha, y de color verde. *¡Y dale con el verde!*, le había dicho Alice. *Sí, verde, porque con Jeremías nos enamoramos corriendo por el parque, y allí casi todo es verde. Ya te lo había dicho.*

Sí, ya se lo había dicho, y ella no encontró argumentos para refutar la mala elección de color. Si quería casarse de verde, que se casara de verde, se dijo Alice.

Lo más asombroso fue que la muy caradura seguía empeñada en que ella fuera su dama de honor y se vistiera de blanco. *¡Es ridículo que tú vayas de verde y yo de blanco!* Pero su madre le dijo: *Es mi casamiento, Alice, no me contradigas.*

Una tarde Constanza llegó con una enorme caja. Alice al abrirla y ver el vestido de dama de honor que le había comprado casi se pone a chillar, y tuvo ganas de arrancarse todos los pelos. Era lo más ridículo que había visto en su vida. Sabía que las novias elegían para sus damas de honor vestidos poco favorecedores, para que no lucieran más hermosas que la agasajada, pero ese vestido era realmente espantoso.

Tenía tantos metros de tela que costaba sacarlo de la caja. Era una combinación de tul, seda, gasa, puntillas, encajes y... vaya a saber qué más. Quien lo había hecho había volcado todo lo que había encontrado para crear ese adefesio.

Alice no tuvo dudas que cargar todo ese peso encima la iba a tumbar al piso antes de llegar al altar presidiendo a su madre. Y si tenía suerte de llegar a salvo, no se salvaría de ser el hazmerreír de todos los invitados. Ella se lo había probado, por curiosidad, y le quedaba como una patada en el culo. No se lo iba a poner ni aunque Constanza le pusiera un cuchillo en el cuello. Y no tuvo dudas que el amor de su madre por Jeremías le había trastocado las neuronas.

Pero se vengó, por supuesto que se vengó. Su madre, la única decisión

que había tomado fue la elección del ramo de novia. ¿Y qué eligió?, nada menos un ramo de violetas. Eso era peor que clavarle un cuchillo en el corazón y escarbar hasta destruirlo, si es que algo quedaba por romper. A Alice se le llenaron los ojos de lágrimas, y se sintió miserable al ver la pena en la mirada de Constanza al darse cuenta del error. *Lo siento, Alice, no lo hice a propósito. Siempre me gustaron, fue por eso que se me ocurrió*, le había dicho su madre en un susurro.

Alice todavía guardaba los ramos chamuscados que le había regalado Samuel. La Alice de ahora era más práctica y debería haberlos tirado a la basura, pero aún no había encontrado el coraje para hacerlo.

Su venganza fue cruel, tan cruel como la idea de su madre, porque le dijo. *Para ti lo mejor mamá, y nada más original que un ramo de tulipanes.*

¿Qué? ¡Tulipanes! ¿Y de donde crees que los voy a sacar? ¿Acaso pretendes que Jeremías viaje a Holanda a buscarlos?, le había dicho su madre llena de espanto. *Una no se casa todos los días, y si él te quiere de algún lado los va a sacar*, le había respondido. Constanza había fruncido el entrecejo y había hecho un gesto de asentimiento. Alice dejó escapar una carcajada al ver como apretaba los dientes.

Después de la indignación que había sentido con ese vestido horrendo, Alice había recorrido todas las tiendas de la ciudad y se había comprado un vestido de seda blanco, largo y ajustado al cuerpo, con unas piedritas brillantes en el escote, y nada más. Sencillo y sensual.

Ese habría sido el vestido que le hubiera gustado ponerse para su boda si no hubiera sido un pacto. Ella nunca habría elegido uno de princesa. Su romanticismo no iba más allá de las novelas que leía, y a ella le gustaba lo discreto y elegante. Se pondría los zapatos clásicos blancos que había usado para la boda de Andrea, y listo.

El tiempo había pasado volando. Entre su trabajo y Constanza, que todo el día venía con alguna nueva pregunta, el día del casamiento había llegado. Eso significaba que después del día más feliz para su madre, ella regresaría a la realidad de su vida, que era buscar un abogado que le hiciera la demanda de divorcio. Apartó esos pensamientos que la hacían llorar. No pensaba arruinar la felicidad de Constanza con sus miserias.

Esa mañana se había ido a la peluquería, que tenía a media cuadra de su departamento, para que le lavaran la cabeza y le ordenaran los bucles rebeldes. Era la boda de su madre, por eso optó por un peinado casual, nada de adornos en el cabello, solo ondas prolijas. En su casa se puso un poco de

maquillaje y un labial rosa que casi no se notaba.

El coche de Constanza estaba abajo. Alice ya iba vestida porque no quería usar la casa de Samuel para cambiarse.

Al mirarse al espejo se le anudó la garganta. Casi parecía la novia que había deseado ser. Se apartó para dejar de fantasear.

Constanza, en cambio, había decidido cambiarse en la casa de Arturo. Al ver la sonrisa irónica de su madre, Alice no tuvo dudas que esa era su venganza.

Me caso, Arturo. Otro hombre sí me quiere lo suficiente para gritárselo al mundo, bueno, eso fue lo que Alice supuso que pensaría su madre mientras se preparaba.

Quizá, hasta se cambiaba en la habitación de Arturo. Su madre no era tan tonta como ella, era más de enterrar la daga en el centro del corazón y hacerse con la victoria.

Alice había decidido llegar justo para la ceremonia, ni un minuto antes; y pensaba escabullirse para regresar a la seguridad de su departamento en cuando se olvidaran de su presencia. Lo único que rogaba era que su encuentro con Samuel fuera lo más educado posible, no como la última vez que hablaron por teléfono en la que él le cortó sin dejarla descargar todos los insultos que tenía en la cabeza. También rogó que no estuviera acompañado por alguna de sus mujeres. Eso sería peor que verlo aparecer dentro de una semana, con la demanda de divorcio en la mano para acabar con el matrimonio de pacto.

Bajó por el ascensor y se subió al coche. Le temblaban las manos en el volante y rogó no sufrir un accidente mientras recorría la carretera.

Una hora, solo una hora para volver a ver a Samuel. ¿Estaría como anfitrión controlando que todo estuviera en orden? ¿O se habría largado para disfrutar de la noche de sábado con alguna nueva conquista? Seguro que lo segundo, se dijo.

Afuera Samuel, se dijo en voz alta. Esta era la noche de su madre.

La noche anterior, su madre la había llamado por teléfono y le había repetido varias veces que no se fuera a olvidar la tarjeta de invitación.

Era ridículo cargar con la tarjeta porque todos la conocían desde que había nacido, pero otra vez se dijo que era el casamiento de su madre, y si quería que llevara la tarjeta, la llevaría.

Lo más extraño del casamiento era la tarjeta que Constanza le había entregado tres días atrás. Alice trabajaba diseñando tarjetas, y su madre, que

le había pedido que eligiera todo para ese casamiento, no le había encargado las tarjetas. Cuando Alice la sacó del sobre no pudo evitar la carcajada. Era una tarjeta pintada a mano, uno de los diseños que ella había creado de adolescente, pero esta parecía hecha por una persona sin pulso para deslizar el pincel, o por un niño que recién estaba aprendiendo a hacer trazos con un lápiz. La tenía guardada en la cartera, y cada tanto la sacaba y se partía de la risa.

En un primer momento se había ofendido con su madre y le había dicho de forma irónica que no sabía si la fea tarjeta era peor que el espantoso vestido de dama de honor que pretendía que usara. Pero Constanza se había puesto furiosa y le había dicho: *La intención es lo que cuenta.*

Esa frase la había dejado desconcertada. Esas eran las palabras que ella usaba cuando Samuel intentaba ser romántico sin mucho éxito, y se llenó de dudas. Pero después pensó que su madre quizá había tenido guardada alguna de sus tarjetas, y quiso hacer honor a todo el trabajo de años, que ella había quemado en la casa de Arturo, pintando con sus propias manos las tarjetas, y eso la emocionó.

Entre recuerdo y recuerdo, Alice llegó al desvío del hostel. La nostalgia le hizo brillar los ojos. Los pocos meses de convivencia habían sido fantásticos, los más felices de su vida. Era como si los dos, entre todas las diferencias que los separaban, hubieran encontrado las pocas coincidencias para hacer que el matrimonio funcionara. Se le escapó una lágrima y otra mientras recorría el camino de grava.

En la última curva, el hostel apareció en todo su esplendor, iluminado con luces verdes, como el color del vestido de su madre. Siguió avanzando y llorando de felicidad por su madre, y de tristeza por lo poco que le había durado a ella la vida feliz. Allí se habían casado, tirándose palos el uno al otro. Ella de negro. Ahora iba de blanco, pero solo sería la dama de honor.

Se acercó despacio y estacionó en uno de los laterales para que nadie la viera y rebuscó en la cartera la famosa tarjeta que tenía que llevar en la mano, hasta que por fin la encontró. Otra vez se rió al ver los anillos deformados que había pintado. La tarjeta para dedos artríticos, recordó que le había dicho. Quizá la había pintado el pobre Jeremías sin nada de técnica pero con mucho amor.

Salió del vehículo con la tarjeta en la mano, y caminó rumbo al ingreso del hostel.

Cuando dobló la esquina pudo ver que las luces verdes salían de unas

farolas doradas que colgaban de los árboles. También habían puesto la alfombra roja y las sillas blancas que contorneaban el camino al altar. Su madre se casaba, pensó Alice emocionada. Las sillas estaban unidas por un lazo de raso blanco, y ella sonrió al ver en cada moño los dos tulipanes que le había sugerido para el ramo, uno era rojo y el otro blanco.

Alice estaba maravillada, y se preguntó cuánto habría tenido que lidiar Jeremías para conseguirlos. Seguro que había viajado a buscarlos en avión. Ese hombre, que era capaz de recorrer el país para conseguir una flor exótica, se merecía todo el amor de Constanza.

Al fondo se veía el altar para el casamiento, con dos floreros de cristal a los lados. Alice abrió la boca asombrada al ver que tenían ramos frescos de violetas. *¿Por qué, mamá? ¿Por qué me has hecho esto? Las violetas eran mi recuerdo,* pensó llena de dolor, y las traicioneras lágrimas otra vez acudieron a sus ojos. Quiso girar sobre sus pasos y correr a refugiarse dentro del coche, pero respiró hondo varias veces y siguió andando.

Todos la miraban, Andrea con la boca abierta y los ojos brillantes. Gabriel la saludó con la mano. Carina le dedicó una sonrisa. Pamela se abrazó a su novio mientras la observaba con los ojos empapados de lágrimas. A Alice todo le parecía raro. Eso no era normal. *¿Dónde estaba Constanza?*, se preguntó. Ella parecía ser el centro de todas las miradas, y solo era la hija de la novia. *¡Es el casamiento de mi madre!*, quiso gritar, pero no encontró la voz.

Constanza bajó las escaleras del brazo de Jeremías, y por un instante Alice se relajó. Habían roto la regla de que la entregara Gabriel en el altar, como le había dicho su madre. Pero a Constanza le encantaba romper las reglas, y a sus casi cincuenta años, ¿quién podía llevarle la contraria? Su madre había vivido mucho, y si quería ir al altar con Jeremías, a Alice le parecía genial. Otra cosa que le asombró era que Constanza tenía las manos vacías. *¿Dónde estaba el ramo que su madre tenía que llevar?* Había flores de tulipanes encajadas en cada moño pero no en las manos de la novia.

Todo le parecía extraño. Ella había venido a la boda de su madre, pero Constanza seguía parada al pie de las escaleras del hostal y parecía una más de los invitados.

Miró para todos lados tratando de entender, y se encontró con unos ojos grises azulados que no le apartaban la mirada. ¡Oh, Dios!, dijo Alice en un susurro al ver a Samuel apoyado en el tronco de un árbol, a un costado del altar. Él se enderezó cuando ella lo vio. Alice abrió la boca sorprendida, o

quizá horrorizada al verlo con un ramo de tulipanes colgando de su mano.

No sabía si salir corriendo hacia el coche o correr hacia donde estaba Sam. La esperanza la hizo avanzar, y se acercó insegura hasta quedar a un pie de distancia de la alfombra roja. Le temblaba todo el cuerpo y tuvo miedo de desmayarse como las mujeres de sus novelas históricas.

Samuel, al ver que Alice no salía corriendo, se animó a avanzar hacia ella. La soberbia de antaño había desaparecido. Ya no era un conquistador sino un hombre inseguro. Alice vio que tenía los hombros encorvados y la mirada fija en ella. El miedo se reflejaba en sus ojos, siempre vivaces. Él se detuvo a dos pasos de distancia.

–Tú... Tú... –a Alice no le salía una palabra–. ¿Esto es... para mi madre? –por fin pudo decir algo para nada ingenioso, pero que le permitiría corroborar lo que estaba suponiendo desde que lo vio con los tulipanes en la mano.

Samuel negó con la cabeza.

Claro que no eran para Constanza. Era él quien tenía los tulipanes en la mano, pensó y todo el cuerpo se le estremeció.

–¡Oh, madre mía! –dijo Alice, y dio un paso atrás.

–Lo prepararé yo... para ti, Al. Constanza me ayudó a entender tus gustos. Todos me ayudaron, Al –dijo Samuel, estaba tenso y esperaba ver esa sonrisa tan franca de Alice para relajarse. Se había jugado el orgullo, la soberbia; y al estar desprovisto de todas sus capas se sentía vulnerable.

–En mi tarjeta, que es bastante horrorosa por cierto, me invitan al casamiento de mi madre –dijo Alice, que aún se negaba a creer lo que estaba imaginando. Estaba tratando de dejar atrás su vida de sueños y no quería caer en otra de sus ilusiones para nada reales, por eso le mostró la fea tarjeta–. Parece pintada por alguien sin pulso. Acá pone que me invitan al casamiento de mi madre con Jeremías –dijo de forma atolondrada.

–Déjame ver –dijo Samuel, y le tomó la mano. Él parecía muy concentrado en analizar la tarjeta. Alice no podía apartar los ojos del hombre que había amado de forma ideal y real–. Sí, los anillos están un poco deformados –dijo Samuel, y la miró con una sonrisa. Alice seguía seria, como si intentara recuperarse del impacto, como si intentara animarse a creer sus suposiciones–. No soy tan bueno como tú, cariño. Tu tarjeta fue pintada con mis propias manos. Lo de los nombres fue para que no te dieras cuenta que venías a nuestra boda –dijo Samuel.

¿¡Qué!?! ¿¡Cómo!?! ¿Había escuchado bien, o estaba soñando?

–¡Nuestra boda! –chilló Alice, y lo miró con los ojos llenos de lágrimas–. Sam, nosotros ya nos casamos, por si se te ha olvidado.

–Cada día de mi vida recuerdo ese casamiento. Y no era el que te merecías, Al. Fue más una guerra que un casamiento. Por eso hice todo esto –dijo Samuel, y señaló la decoración del parque.

–¿Tú... Tú hiciste todo esto? ¿Para mí? –Samuel asintió–. ¿Y pintaste una tarjeta para mí? –preguntó llena de emoción. Samuel asintió–. ¿En serio?

–En serio –dijo Sam, y se acercó a ella–. No soy un artista como tú. No sé organizar una boda como tú. Pero le puse todo el entusiasmo –aclaró Samuel al ver su escepticismo.

–No, claro, no lo eres. Quiero decir que sí, que lo eres. Eres un artista fantástico. Deberías dedicarte a pintar tarjetas de bodas y... y a organizar bodas románticas y... Es la tarjeta más bella que he visto en mi vida –dijo Alice cambiando el discurso.

Los invitados estallaron en carcajadas.

–Eso es amor, hijo –gritó Gabriel, y Samuel por fin se relajó.

Le sonrió mientras le entregaba los tulipanes.

–Los tulipanes que pediste, Alice.

–Yo no quise ponerte en el trabajo de buscarlos... Yo... a mí me gustan las violetas –aclaró Alice.

–Sé que habrías elegido violetas si hubieras sabido que venias a nuestro casamiento, y por eso las puse en el altar, Al. Además, los tulipanes están congelados –aclaró Samuel.

–¿Congelados?

–No quería que estos se quedaran chamuscados –aclaró, y Alice asintió como si esa fuera la mejor y más romántica de las confesiones. Ni siquiera escuchó los murmullos burlones de los familiares.

–Es el ramo de novia más hermoso que he visto.

–¿Aunque estén congelados? –preguntó Samuel con un arqueado de cejas.

–Bueno, ya sabes que la intención es lo que cuenta –dijo Alice. Ella no esperaba que él se convirtiera en un hombre romántico, pero sus intentos la llenaban de emoción, y le sonrió.

–Ya sabía yo que no me ibas a exigir tanto. Me esmeré, te lo aseguro. Me quedé noches y noches en vela pintando tarjetas. Ya sé que los anillos parecen para dedos artríticos –dijo Samuel, y Alice sonrió porque no tuvo dudas que su madre le había transmitido su comentario–. Y te aseguro que

me he roto la cabeza pensando como los pintabas tan perfectos.

–Solo tenías que apoyar un anillo en la hoja y copiarlos. Pero no serían tan preciosos como los que hiciste tú.

–Ven, ¿qué les dije? Ella se sentiría orgullosa de mi trabajo –dijo Samuel a gritos para que todos escucharan–. Entonces, ¿me aceptarías como tu esposo para pasar el resto de nuestra vida juntos, Al? –preguntó Samuel.

Ella se quedó pensativa, con la vista perdida en algún punto. Frunció el entrecejo y Samuel se preocupó. La verdad que todos se preocuparon porque esperaban que Alice gritara sí y se lanzara a sus brazos. Los segundos pasaban y a Samuel le parecieron horas, pero Alice arqueó las cejas y dijo:

–Admiro tu esfuerzo, pero te falta el poema.

Samuel sintió que todo el cuerpo se le aflojaba. Por un momento pensó que ella iba a rechazar su propuesta, pero no, ella se estaba desquitando, y él se sintió feliz. Negó con la cabeza, y le sonrió de lado.

–Eso te pasa por haberle hecho unos poemas tan espantosos –gritó Carina, y largó una carcajada.

–¿Lo tienes, Sam? Dudo que después de pensar hasta en el mínimo detalle para que Alice te aceptara, no hayan pensado en el poema –preguntó su padre.

Samuel miró a su padre con el entrecejo fruncido.

–Vamos, muchacho, que eso es lo más fácil –dijo Jeremías dándole ánimo.

–Es que no soy muy bueno con esto de los poemas. ¿Es un requisito indispensable, Al? –preguntó Samuel en un susurro.

–Por supuesto. Sin poema no hay matrimonio.

–Ya estamos casados, Al. Esto es la boda que te merecías. Es la confirmación de nuestro amor frente al párroco. Nuestra boda por iglesia –aclaró Samuel.

¡Confirmación de nuestro amor!, esas fueron las únicas palabras que escuchó Alice, y sintió como su cuerpo se estremecía de emoción y esperanzas. Él la amaba. La había conocido de verdad en esos meses y la amaba. Pero no iba a ceder tan fácilmente.

–Si no hay poema mañana te presento la demanda de divorcio –dijo Alice.

–Sí, claro, ya me parecía que no me lo iba a llevar de rositas –dijo Sam, y se frotó el mentón.

–Vamos, qué tú puedes. Eres hijo de tu madre –gritó Andrea.

–Nunca hiciste un poema, mamá –dijo Samuel.

–No debe ser tan difícil. Solo dime lo que sientes –dijo Alice para ayudarlo.

Samuel sonrió como el descarado que era, y Alice se sintió llena de amor por él. Ese era el Sam que la había enamorado a los quince años, y ese era el esposo que quería a su lado.

–Que te parece este: *En el cielo las estrellas, en el campo las espinas, y en el centro de mi pecho, mi corazón estalla de amor por ti, mi Alice querida* –dijo Samuel, y le sonrió.

–¡Por Dios, eso no tiene nada de original! –gritó Carina.

–¡Qué poca imaginación! –gritó Constanza.

–Este chico mío no puede ser tan bruto para conquistar a una mujer –dijo Andrea, y se agarró la cabeza.

Todos refunfuñaban y se quejaban.

Alice rememoró el anterior. *En el cielo las estrellas, en el campo las espinas, y en el centro de mi pecho, tú, mi peor pesadilla, como una daga clavada de por vida*, y no tuvo dudas que él había avanzado un mundo respecto a su primer poema. Se acercó a Samuel, y le dijo.

–Es el mejor poema del mundo. Nunca nadie me había dicho unas palabras tan emotivas –Alice se colgó del cuello de Samuel, y él le rodeó la cintura.

Atrás seguían los murmullos por su poca imaginación para la conquista.

Samuel, desoyendo las palabras de su familia, se acercó al oído de su esposa y le susurró.

–Si pudiera regresar en el tiempo, Al, a tus quince años, te miraría a los ojos y te juro que me habría quedado encandilado con esos ojos tuyos llenos de amor y generosidad. Me habría enamorado de ti en un solo instante. No sé si lamentar mi vida pasada, solo sé que no te cambiaría a ti por lo vivido antes de permitirme conocerte. Sin ti me siento vacío, me siento perdido. Llevo tres meses sin poder dormir porque no puedo abrazarte por las noches. Y sería el hombre más feliz del mundo si quisieras pasar el resto de tu vida a mi lado, en lo posible con la casa llena de niños.

Alice se distanció para mirarlo y le dedicó una radiante sonrisa. Los ojos embebidos en lágrimas de felicidad. Samuel supo que ella había quedado realmente complacida. Esto no era aceptar las puras intenciones. Él había desnudado su corazón y su alma frente a Al, y ella lloraba de emoción.

Sus palabras acallaron los murmullos de la familia.

–Ese sí fue el mejor poema. Sí, sí quiero todo lo que me dijiste. Quiero los niños. Todo, lo quiero todo. Tú, mi amor, has hecho todos mis sueños realidad –se colgó nuevamente del cuello de Sam, y el beso les hizo olvidar que no estaban solos.

Todos dejaron de murmurar. El poema había sido privado, se dijeron con las miradas. Lágrimas y risas se mezclaron cuando Gabriel dijo: “Digno hijo de su padre”.

–Niños –dijo Andrea, y miró a Constanza.

–Nos vamos a recibir de abuelas juntas –dijo Constanza, y las dos lloraron de emoción.

Ellos no escucharon a sus madres. No podían dejar de abrazarse y besarse. Los niños ya vendrían.

A escasos metros un anciano sacerdote los esperaba tras el altar. Carraspeó con todas sus fuerzas, y Samuel y Alice se separaron y rieron. Él la tomó de la mano y con el ramo de tulipanes congelados en la otra, Alice caminó a cumplir su sueño.

Tras ellos Andrea y Constanza se peleaban por los días que cada una tendría a los niños en sus casas. Andrea ya le había dicho a Gabriel que tenía que comprar una cuna. Constanza miró a Jeremías, y él le dijo: *Mañana compro una cuna*. No hacía mucho que se conocían, pero se entendían solo con gestos.

Los novios se pararon frente al anciano sacerdote.

–Estamos aquí reunidos para unir en santo matrimonio a Samuel Dávila y Alice Montiel... –y el discurso siguió, pero los novios estaban más concentrados en mirarse que en las palabras del cura.

–¿Porque no te pusiste el vestido que te elegí? –susurró Samuel en su oído.

–Sam, creo que aún no me conoces demasiado. No soy una romántica empedernida –aclaró Alice.

–Ya veo –dijo Sam, la miró de arriba abajo, arqueó las cejas y aclaró–. No sabes cuánto me alegro, Al. Este vestido es mucho más sexy, aunque yo lo único que quiero es arrancarlo de tu cuerpo, mi amor –aclaró,

–¿Si fuera una romántica empedernida habrías hecho todo esto, Sam? –preguntó Alice.

–Por supuesto que sí, solo que no habría sabido estar a la altura de tus exigencias.

–¡Oh! Bueno... ya sabes que me habría conformado con tus puras intenciones –dijo Alice.

Y sí, esa era una de las facetas que lo había conquistado de Alice. Ella era pura, noble, generosa. Lo daba todo sin exigir nada. Él estaba dispuesto a poner el mundo a sus pies, porque ella le había dado sentido a su vacía vida, le había enseñado lo que era el amor.

El cura le preguntó a Alice si aceptaba a Samuel por esposo. Ella lo miró, simuló pensárselo un rato y gritó: sí, mientras se lanzaba a sus brazos.

No, romántica no era. Se dijo Samuel, que respondió al beso que ella le regaló antes de que el párroco los declarara marido y mujer.

–Por favor, no pueden esperar un poco y respetar que la ceremonia se realice como Dios manda –dijo el circunspecto anciano.

–Sí, sí, claro que acepto –dijo Samuel sin darse cuenta que el párrafo no le estaba haciendo la clásica pregunta, sino llamándolo al orden, y siguió–. Acepto a mi Alice para amarla, adorarla y llenarla de hijos, y ruego a Dios que nuestros hijos se parezcan a ella para que no tenga que sufrir todo lo que sufrió conmigo –dijo Samuel.

Todos rieron. Andrea miró a Constanza y vio que se secaba los ojos. Ella no había creído en su hijo. Tenía terror que su hija tuviera una vida desdichada, pero estaba emocionada al descubrir que se había equivocado.

–Niñas con tutú, Constanza –dijo Andrea para sacarla de la nostalgia.

–Y pinturitas de labios, Andrea –dijo Constanza con una sonrisa temblorosa en los labios. Jeremías la atrajo a sus brazos, y ella se relajó. Todo estaría bien, la vida sería maravillosa, se dijo.

–Madre mía, lo que nos espera –dijo Gabriel mirando a Jeremías.

Todos rieron mientras conjeturaban sobre cuántos niños tendrían, a cuál de los dos se parecerían, y cuándo vendrían.

–Mi mayor conquista. Mi Alice –dijo Samuel mirando a su esposa.

–No sé si tú me conquistaste a mí o yo te conquisté a ti, Sam –dijo Alice, y Samuel estalló en una carcajada.

–¿Según tú, nuestra historia se debería llamar “Conquistando a Samuel?” –preguntó Sam con un arqueado de cejas.

–Yo creo que sí. Pero me gusta más “Conquistando a Alice”. Es más romántica, mi amor.

–Dios me libre de tus ideas románticas –dijo Samuel. Alice rió. Él miró al cielo como si supiera que Arturo estaba sentado en una nube, con las piernas colgando en el vacío y sonriendo orgulloso por su último logro–.

Gracias, Arturo, por darme a mi Alice.

Alice miró los ojos llenos de lágrimas de su esposo y supo que esta vez era real y para siempre. Le rodeó el cuello con sus brazos y Samuel la besó mientras le susurraba el amor que sentía por ella.

AGRADECIMIENTOS

A mis lectoras, por el apoyo, por leer y esperar mis novelas, y por regalarme siempre tan bellos comentarios en Amazon, Goodreads, en mis perfiles y en los grupos. Sepan que ustedes son las que me alientan a seguir. Mil gracias.

A mi amiga Cecilia Lista, por sus acertadas sugerencias para algunas escenas de la novela. Amiga, me das algo invaluable, tu tiempo y tu entusiasmo. Gracias por estar siempre dispuesta a ayudarme cuando necesito un consejo.

A mi amiga Barbara Diaz, que desde el comienzo de la novela ha estado allí para mí, dándome ánimo y buenos consejos. La distancia no es nada para nosotras, la amistad se saltó todas las barreras.

A mi esposo, que me ayudó en la revisión de algunos capítulos. Él no es amante del género, pero siempre estás dispuesto a colaborar. Gracias, Coco.

Si les ha gustado la historia de Samuel y Alice, las invito a dejar su comentario en Amazon, Goodreads, blogs y grupos de lecturas. Ustedes son las que hacen posible que otras lectoras puedan conocer mi trabajo. Muchas gracias.

SINOPSIS

Samuel Dávila siempre sintió admiración por la vida disipada de su tío Arturo, un hombre libre, independiente, y al que nunca le faltaba una mujer para compartir el lecho.

Pero el tío Arturo ha muerto. Y su sobrino se ve acorralado por su ídolo, puesto que le ha dejado su hostel en herencia con la condición de que siente cabeza.

Samuel Dávila, digno sobrino de Arturo, necesita urgente una esposa para quedarse con la herencia de su tío. Lamentablemente, en su larga lista de mujeres, ordenada alfabéticamente, no hay una en la que pueda confiar para ofrecerle un matrimonio con fecha de caducidad.

La única confiable y que, por lógica, no está en su larga lista sino tachada de ella, es la honesta, noble y generosa Alice Montiel. Una amiga de la familia de toda la vida. Una romántica empedernida que le produce prurito. La mujer de la que siempre ha huido despavorido.

¿Qué son seis meses de soportarla?

Pero en ese tiempo, Samuel descubre que Alice Montiel no es lo que siempre había imaginado. Alice Montiel es una caja de sorpresas.

BIOGRAFÍA

Susana Oro nació en Córdoba, Argentina. Se graduó de abogada en la Facultad de Derecho de la UNC y ejerció su carrera los primeros años. Vive en Córdoba, Argentina, con su esposo y sus dos hijos. Su pasión por el romance y los finales felices se remonta a su juventud.

En el año 2009 comenzó a escribir novelas románticas contemporáneas y en 2012 publicó “Ríndete a mí” bajo el sello Amor y Aventura de Vergara. Su novela Hechizo de Luna es una de las cinco finalistas del III Concurso Indie 2016 de Amazon. Hechizo de amor ha ganado el premio Erginal Books en romance contemporáneo. En la actualidad todas sus novelas están publicadas en Amazon.

Mail: susananick@hotmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/susana.oro.1>

Twitter: @Susana_Oro

Instagram: susana_oro

Página de Amazon donde pueden encontrar todas mis novelas:

relinks.me/SusanaOro

Mis novelas:

Ríndete a mí

Todos los caminos me conducen a ti

Más allá de las estrellas

Cuando él me amó

Y llegaste a mí

El valor de una promesa

La caída del soltero

Hechizo de Luna

Hechizo de amor

Nuestros bellos años

Hechizo de amor, una comedia romántica. Pertenece a la serie Hechizo. Novela independiente. relinks.me/B01M6CB8YO



Sinopsis

A los veinte años, Tadeo Santillán decide hacer una incursión al humilde barrio Los Telares. Su deseo fue conocer la forma de vida de los empleados de la fábrica textil de su abuelo, esos hombres y mujeres que trabajan sin descanso para que él disfrute de tantos lujos. Lo hizo para matar el tedio, sin saber que allí conocería a Ariana Castillo, el amor de su vida. Durante dos años llevó una doble vida. En el barrio Los Telares era un pobre muchacho huérfano vestido con harapos, que quería ayudar a los vecinos a salir de esa vida de miseria y sumisión; en la ciudad, el nieto rico del anciano Santillán.

Las mentiras tienen patas cortas y la aventura se acabó el día que su abuelo lo puso en evidencia delante de sus humildes amigos del barrio textil, que lo echaron sin pedir explicación, Tadeo tampoco quiso darlas. Perdió a Ariana, y la bronca por la reacción de esa gente que creía sus amigos se apoderó de él, la misma bronca que sintieron ellos con su engaño. Dos verdades, según del lado que se la mire.

Once años después se ve obligado a regresar a Los Telares. Carmela, su madre, está al mando de la fábrica textil, pero lleva tres años lidiando con el jefe de taller, el machista de Federico Castillo, que no pierde oportunidad de dejarla en ridículo. Cuando ella dice “No vuelvo más”, Tadeo tiene que enfrentarse a varios frentes de ataque. Los vecinos del barrio aún están

resentidos por su engaño. Federico Castillo está dispuesto a dejar de incordiar a su madre si él se casa con su sobrina Ariana. Y Ariana..., ella es su mayor reto, porque la princesa que lo hechizó en su juventud se ha convertido en una arpía, y volver a conquistarla es casi un imposible.

El valor de una promesa relinks.me/B014QIRH3Y



Sinopsis

Una promesa de matrimonio.

“Mira, para que no llores más, te digo, que si cuando te hagas grande no hay nadie que se quiera casar contigo, que seguro no va a haber nadie ya que eres tan fea que no se te puede ni mirar, yo voy a casarme contigo. ¿Está claro?, ¿así vas a dejar de llorar?” Elisa lo miró, le sonrió de oreja a oreja y con su manito pequeña se apoderó del dedo pulgar de Alan sellando la promesa que él le acababa de hacer.

Una promesa de amor eterno.

“Te prometo que te amaré siempre”, le dijo Marian a Eduardo.

Marian había sido la mujer más falsa que había conocido, y Eduardo tenía ganas de gritarle en la cara que si fuera la única mujer sobre la tierra preferiría mantenerse célibe antes de caer en sus garras.

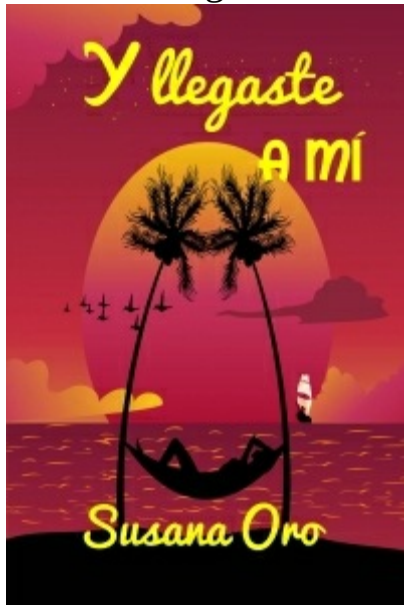
Dos mujeres batallando por lograr el respeto en un pueblo lleno de hombres machistas. Una lucha que están decididas a ganar. Y en medio de esa lucha, cargan sobre sus espaldas el peso de promesas realizadas mucho tiempo atrás.

Luego de veintitrés años, ¿qué valor puede tener la promesa de matrimonio que hizo Alan Martín a los siete años a Elisa Parker el día que nació?

¿Qué valor tiene el “te amaré siempre” de una novia que se dio a la fuga y regresó treinta y un años después?

Elisa y Alan, Marian y Eduardo, serán los encargados de averiguarlo en esta historia llena de situaciones divertidas y momentos emotivos.

Y llegaste a mí relinks.me/B00S8SPBQ4



Sinopsis

Guido Ferrer, a los veintitrés años, tiene que hacerse cargo de la empresa familiar. El arquitecto Jaime del Pozo, incondicional amigo de Guido, se convertirá en su mano derecha. La vida del empresario Ferrer gira en torno al lujoso hotel que construyó en una isla, que puede catapultarlo a la cima o a la bancarrota.

Miranda Linares, a los veintidós años, recibe un legado de su padre que debe guardar en secreto. Un legado que le complicará la vida.

El empresario Guido Ferrer es un hombre frío, seguro y autoritario que vive sujeto a su estricta agenda laboral. Todo lo contrario a su amigo Jaime del Pozo, que es todo encanto y amabilidad, salvo cuando tiene que lidiar con Lucy Álvarez, su díscola y atolondrada secretaria. Lucy está enamorada de Jaime y hará lo imposible para que él la vea como mujer.

Toda la vida estructurada de Guido Ferrer se viene abajo cuando conoce a Miranda Linares, la joven que le impone su madre para que lleve a la fama el complejo de la isla. En un primer momento él solo quiere sacársela de encima, pero ella llega con toda su espontaneidad, gracia y encanto, tropezando y hablando de sueños. Y él, lo que más desea es conocer sus sueños.

Miranda es una mujer sencilla, común y bastante torpe. Se siente plena de felicidad el día que consigue un trabajo importante gracias a la

recomendación de Carmen, la madre del empresario Ferrer. Cuando descubre que tiene que llevar a la fama un complejo turístico en una isla de Brasil comprende que se ha metido en la boca del lobo. Lo más sensato habría sido rechazarlo, pero ella no es sensata y se deja llevar por la emoción de saber que ha conseguido un trabajo que ni en sueños se había imaginado. Todo un milagro para alguien que no ha logrado conservar ni siquiera un trabajo de camarera.

Una mujer insegura y un empresario dispuesto a alcanzar la cima, que se sienten atraídos con el impacto de la primera mirada. Lamentablemente, la felicidad no es posible cuando tras ellos hay personas que por sus propios miedos o deseos están manipulando la vida de los dos.

Hechizo de Luna, la primera de la serie independiente Hechizo. La historia de Emi y Rafe. relinks.me/B01HUCHLIY



Sinopsis

Rafe Salazar es un hombre frío, arrogante y prepotente. La venganza es la meta de su vida, y también su fin. Su padre antes de morir se había cansado de menospreciarlo; y Armando Méndez, el socio fundador de las tiendas Atenea, valiéndose de su poder y dinero, le arrebató a la mujer que amaba. Pero todo cambia el día que Emi del Campo entra a trabajar en Atenea como su secretaria. Rafe no tiene dudas que esa mujer es capaz de derretir su frialdad. De solo verla se excita y suele quedarse como un tonto por horas mirando por la ventana, algo que no puede permitirse. Ella es una hechicera que lo aleja de sus metas, nada menos que cuando está a un paso de conseguir su venganza. Echarla fue su única opción.

Emi del Campo llegó como un soplo de aire puro a ocupar el puesto de secretaria para Rafe Salazar, el director de las tiendas Atenea. Él es un bomboncito que la deja hipnotizada. También es el hombre más frío y arrogante con el que se ha topado en su vida. Ni siquiera es capaz de responder con educación cuando le pregunta: ¿Cómo ha amanecido, señor Salazar? Y encima la pone de patitas en la calle por dos míseros errores. Su vida está llena de complicaciones, pero ella es una mujer alegre y afronta las dificultades con buen ánimo y una sonrisa. ¿Vengarse?, no conoce el significado de esa palabra.

Rafe Salazar descubre que no todas las metas pueden cumplirse, sobre

todo porque Armando Méndez es un viejo ladino, que por salvar su orgullo y su dinero le ofrece en matrimonio a Emi Méndez, la nieta que nunca quiso, como si ella fuera una mercadería de oferta. Y Emi Méndez,... no solo es la nieta de Armando.

¿Qué sabor tiene la venganza cuando una hechicera ha llegado a dar vuelta sus planes... y su vida?

Nuestros bellos años es una novela sentimental. En este link puedes empezar a leer relinks.me/B06Y494V8F



Sinopsis

¿Crees que somos almas viejas que se encuentran en cada vida, que nuestro amor existe más allá de este tiempo?

–No lo sé, Sara

–Yo estoy segura de que lo somos. Si no, la vida no nos habría dado tantas oportunidades

Bella, arrogante, egocéntrica y atrevida. Sara Dalton creía que el mundo y todos los mortales giraban a su alrededor. Cuando tuvo que elegir entre ir tras la fama o el amor, prefirió la fama. Hasta que la vida le arrancó la arrogancia a tiras, le revolcó el ego por el piso y le dio unas cuantas lecciones de humildad.

Noble, responsable y siempre dispuesto a ponerle el pecho a los problemas. Erick Velarde amó con el alma a una sola mujer. También la odió con el alma cuando ella lo plantó para ir a conseguir la fama que tanto quería. Cada fracaso de Sara se convirtió en un éxito personal para él.

Muchos años después ella aparece nuevamente en su camino, más madura, más centrada y más humilde; y él descubre que del odio al amor hay un camino muy corto.

Nuestros bellos años es una historia de amor intensa, es el deseo de una mujer por regresar al pasado para recuperar una época perdida. El anhelo

de revivir aquellos años que quedaron en sus recuerdos cuando se fue de Lago Perdido dispuesta a conseguir la fama que tanto ambicionaba. Es una lucha por alcanzar la verdadera felicidad y enmendar los errores.